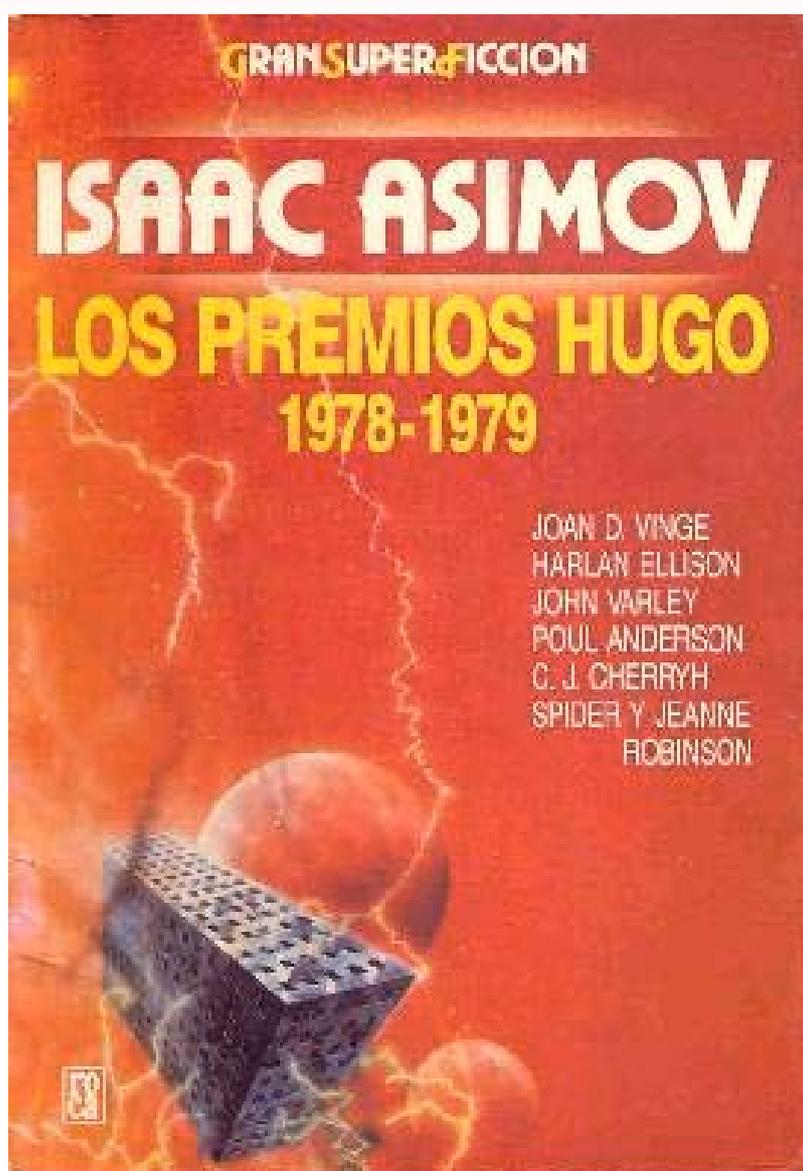


# LOS PREMIOS HUGO 1978-1979



**Isaac Asimov**  
(Recopilador)

Título original: The Hugo Winners  
Traducción: M. Giménez Sales y Francisco Blanco  
©1980 por Doubleday and Company  
© Ediciones Martínez Roca. S. A.  
Gran vía 774 - Barcelona  
Edición digital: Elfowar  
Revisión: matqteqm  
R6 02/03

## **ÍNDICE**

1978: 36ª CONVENCIÓN, PHOENIX

**Danza estelar**, (Stardance) por Spider y Jeanne Robinson (novela corta)

**Ojos de ámbar**, (Eyes of Amber) por Joan D. Vinge (relato)

**Jeffy tiene cinco años**, (Jeffy Is Five) por Harlan Ellison (relato corto)

1979: 37ª CONVENCIÓN, BRIGHTON (INGLATERRA)

**La persistencia de la visión**, (The Persistence of Vision) por John Varley (novela corta)

**La luna del cazador**, (Hunter's Moon) por Poul Anderson (relato)

**Casandra**, (Cassandra) por C. J. Cherryh (relato corto)

## DANZA ESTELAR

### Spider y Jeanne Robinson

*Bien, aquí tenemos de nuevo a Spider, quien gana el «Hugo» por segundo año consecutivo (y, para empeorar el asunto, con una segunda novela corta, aunque Fritz Leiber hizo lo mismo en 1970 y 1971)*

*Observarán que tiene un colaborador del mismo apellido, por lo que cabe adivinar que son parientes. Bien, pondré fin al suspense. Jeanne es la esposa de Spider, y están casados desde 1975.*

*Spider explica la colaboración.. Jeanne leía el relato a medida que Spider lo mecanografiaba, y lo discutía con él. La conclusión fue, dijo Spider, que «aunque ella no llegó a pulsar una sola tecla de la máquina de escribir, la novela resultante fue al menos tan suya como mía».*

*No estoy seguro de que sea una buena justificación. Pienso en las ocasiones en que John Campbell me prestó bastante ayuda en una narración o en otra, para no hablar de la que recibí de otros editores como Horace Gold y Fred Pohl.*

*¿También debería darles un lugar a mi lado como autores? ¿Dejar que se apoderen de mi nombre? Jamás. No soy tan generoso como Spider.*

*Sí, claro, he colaborado con mi esposa, Janet, en una antología y en dos novelas juveniles; pero, en cada caso, mi querida Janet sí puso los diez dedos en la máquina de escribir, por decirlo de algún modo. Ella efectuó la colección y dispuso las historias de la antología, e hizo el primer borrador, completo, en el caso de las juveniles. Por consiguiente, fue para mí muy difícil mantener su nombre fuera de los libros. (También ha publicado dos novelas propias y una colección de sus relatos cortos en la prensa, por lo que me alegro de que no decidiese mantener mi nombre fuera de esos libros.)*

*Sin embargo, es posible considerar el asunto desde otro punto de vista.*

*Cuando yo era joven e ingenuo (como opuesto a ser viejo e ingenuo), pensaba que si deseaba escribir ciencia ficción lo que debía conocer era ciencia. Estar bien en física, paleontología y geometría plana, y ya estaba todo listo.*

*No obstante, todo ese material científico está sólo en el fondo. El ambiente social de la historia es el que requiere el deslumbramiento tecnológico. En primer plano se encuentra el argumento, y puede adornarse con cualquier cosa. La ciencia ficción es universal.*

*Esto significa que puede ser útil tener un amplio conocimiento cultural. La experiencia militar de Joe Haldeman, la experiencia psicológica de James Tiptree. Los conocimientos de literatura contemporánea de Roger Zelazny y su sabiduría sobre la mitología hindú: todo es útil y conduce a esas inteligentes personas en una dirección que, por ejemplo, yo no puedo seguir.*

*¡Pero la coreografía! Si me despertaran en medio de la noche y me pidieran que nombrase algo que un escritor de ciencia ficción no ha de conocer, respondería: «¡La coreografía!».*

*Y estaría equivocado. Spider ha escrito aquí una narración de ciencia ficción coreográfica y ha ganado el «Hugo». No es posible suprimir la coreografía y continuar manteniendo toda la historia. En apariencia, Jeanne aportó la mayor parte de la coreografía. Y en tales circunstancias, incluso yo le habría hecho justicia y habría colocado su nombre junto al mío.*

De hecho, no puedo decir que la conociese; desde luego, no como Seroff conocía a Isadora. Lo único que sé de su niñez y su adolescencia son las anécdotas que ella solía relatarme al oído..., suficientes para estar seguro de que los tres contradictorios biógrafos de la actual lista de *best-sellers* son unos embusteros. Lo único que conozco de su vida

adulta son las horas que pasó en mi presencia y en mis monitores, más que suficientes para saber que todos los artículos periodísticos que he visto resultan engañosos. Es probable que Carrington creyera conocerla mejor que yo, y hasta cierto punto tenía razón..., mas nunca escribió sobre ello, y ahora está muerto.

No obstante, yo era su hombre del vídeo desde los días en que uno toca la cámara con las manos, y la conocía de entre bastidores. Un tipo de relación como no existe otro en la Tierra. No creo que pueda ser descrito a alguien que no pertenezca a la profesión. Puede pensarse en ello como algo situado entre colaboradores y adversarios en el combate. Yo estaba con ella el día en que llegó Skyfac, aterrada y decidida, para apostar su vida en un sueño. La vi desarrollar su trabajo y trabajé con ella durante esos dos meses, mediante ensayos interminables, y he guardado todas las cintas grabadas, que no están en venta.

Y, por supuesto, vi la *Stardance (Danza estelar)*. Yo estaba allí y la grabé.

Supongo que puedo apuntar algo acerca de ella.

Para empezar, no era, como sugieren *Shara*, de Cashill, y la *Danza ilimitada: La creación del nuevo modernismo*, de Von Derski, una fascinación eterna con el viaje espacial y el espacio, lo que le condujo a convertirse en la danzarina de la primera raza de gravedad cero. El espacio significaba mucho para ella, no como un fin, y al principio la asustaba su vasta y vacía inmensidad. No era, como afirma el libelo de tapas duras de Melberg. *La verdadera Shara Drummond*, porque le faltaba talento para ser una gran bailarina en la Tierra. Si se cree que bailar en caída libre es más fácil que la danza convencional, hay que probarlo. Sin olvidar el frasquito de pastillas contra el mareo.

Pero existe un grano de verdad en la calumnia de Melberg, como lo hay en todas las calumnias. No podía bailar en la Tierra..., pero no por falta de talento.

La vi por primera vez en Toronto, en julio de 1984. Por aquel entonces, yo dirigía el departamento de vídeo del Teatro de la Danza, en Toronto, y odiaba cada minuto de mi trabajo. En aquella época, yo lo odiaba todo. El programa de aquel día me obligaba a pasar toda la tarde grabando cintas de estudiantes: una pérdida de tiempo, pues la grabación es lo que más odio aparte de la compañía telefónica. Todavía no había visto la nueva cosecha del año, ni lo deseaba tampoco. Me gusta ver bailar bien, y los esfuerzos de un novato me resultan tan agradables como un estudiante de primer año de violín en el apartamento contiguo al mío.

Mi pierna me molestaba más que de costumbre mientras andaba hacia el estudio. Norrey observó mi expresión y dejó un grupo de jóvenes esperanzas para acercarse a mí.

—Charlie...

—Lo sé, Lo sé... Son unos jóvenes bisoños. Charlie, con unos ego tan frágiles como huevos de Pascua en diciembre. No los muerdas, Charlie. Ni siquiera les ladres si puedes contenerte, Charlie.

Ella sonrió.

—Algo por el estilo. ¿La pierna...?

—La pierna.

Norrey Drummond es una bailarina que consigue parecer una mujer porque es bajita. Pesará unos cincuenta y dos kilos, y es casi todo corazón. Mide menos de un metro sesenta, y es perfectamente capaz de parecer que domina a las otras estudiantes más altas. Tiene más energía que la Transmisión Norteamericana, y la usa con eficacia, como una bomba de espoleta. ¿Han estudiado el principio de la bomba de émbolo normal? Pues estudien el principio de una bomba de espoleta. Me pregunto cómo debió ser el concepto original de «esa» idea, como experiencia emocional. En su danza hay una rúbrica única, siendo éste el único motivo, a mi entender, por el que consiguió papeles tan poco enjundiosos en las producciones de la compañía hasta que el Modernismo cedió paso al Nuevo Modernismo. Me gustaba porque no me compadecía.

—No es sólo la pierna —admití—. No me gusta ver a esos novatos destrozando tu

coreografía.

—No necesitas preocuparte. La pieza que vas a grabar hoy... es de una de los estudiantes.

—¡Oh, estupendo! Ya sabía que debí ponerme enfermo. ¿Cuál es el chiste?

—¿Eh?

—¿Por qué ha cambiado tu voz cuando has dicho «de una de los estudiantes»?

—¡Maldita sea! —enrojeció ella—. Se trata de mi hermana.

Norrey y yo somos viejos e íntimos amigos, pero no conocía a su hermana supongo que es una cosa corriente hoy en día.

—Entonces, debe ser buena —dije, enarcando las cejas.

—Vaya, gracias, Charlie.

—Tonterías. Te haré un cumplido de inmediato..., o ninguno en absoluto. No hablo de herencia. Me refiero a que tienes una ética tan estricta que te inclinarías hacia atrás para evitar el nepotismo. Para otórgale a tu hermana un papel así, ha de ser «maravillosa».

—Lo es, Charlie —asintió ella con toda sencillez.

—Ya veremos. ¿Cómo se llama?

—Shara.

Norrey la señaló y comprendí el resto del chiste. Shara Drummond era diez años más joven que su hermana... y treinta y cinco centímetros más alta, con quince o veinte kilos más, con aire distraído, que era asombrosamente bella, si bien eso no desterró mi desánimo: en sus mejores años, Sofía Loren nunca hubiese sido una bailarina moderna. Norrey era baja; Shara, alta. Norrey era corpulenta; Shara, todavía más. De haberla visto en la calle, habría silbado apreciativamente..., pero en el estudio fruncí el entrecejo.

—¡Dios mío, Norrey, es enorme!

—El segundo esposo de mamá era futbolista —explicó ella, con tristeza—. Shara es muy buena.

—Si es muy buena, esto es espantoso. Pobre chica... Bien, ¿qué quieres que haga por ti?

—¿Por qué piensas eso?

—Todavía estás aquí.

—¡Oh!, sí, supongo que sí. Bueno..., almuerza con nosotras, Charlie.

—¿Porqué?

Yo lo sabía muy bien, pero esperaba una mentira cortés. Mas eso no iba con el carácter de Norrey Drummond.

—Porque ambos tenéis dos cosas en común, creo. Le hice el cumplido de no parpadear.

—Supongo que será así.

—¿Accedes, pues?

—Nada más acabar la sesión.

Sus ojos chispearon y se marchó. En un tiempo relativamente corto, organizó el estudio, lleno de jóvenes que charlaban y se paseaban, y lo convirtió en algo semejante a un conjunto de baile. Hubo calentamiento durante veinte minutos, el tiempo que tardé en instalar y comprobar mi equipo. Coloqué mi cámara delante de ellos, con otra detrás, y sostuve una en mi mano para la labor de los primeros planos. No llegué a hacerla funcionar.

Hay un juego que se realiza con la mente. Cada vez que alguien capta o atrae tu atención, entonces, tratas de adivinar su manera de ser. Intentas conocer su carácter y sus costumbres por medio de su aspecto. ¿Aquél? Descortés, desorganizado..., no tapa el tubo del dentífrico, y toma bebidas calientes. ¿Aquélla? Pertenece al tipo de las estudiantes de arte, es probable que use diafragma y escriba cartas con una caligrafía de su propia invención. ¿Aquéllos? Parecen profesores de Miami, que tal vez hayan venido a ver cómo es la nieve, y asisten a una convención. A menudo me

aproximo bastante. No sé cómo clasifiqué a Shara Drummond durante aquellos primeros veinte minutos. Tan pronto empezó a bailar, todas mis concepciones previas huyeron de mi mente. Se convirtió en algo elemental, desconocido; en un puente viviente entre nuestro mundo y aquel en que las Musas viven.

Sé, a nivel intelectual y académico, todo lo que hay que saber acerca de la danza, pero no pude catalogar o clasificar, ni siquiera comprender, lo que bailó aquella tarde. Lo vi, lo aprecié, pero no me hallaba preparado para comprenderlo. Mi cámara se balanceaba en el extremo de mi brazo, junto a mi barbilla. Los bailarines hablaban de su «centro», ese lugar en torno al cual desarrollan sus movimientos, a menudo muy próximo al centro de gravedad físico. Uno trata de «bailar desde su centro», y la idea de la «contracción y descontracción» que subyace en casi toda la danza modernista depende del centro por su foco de energía. El centro de Shara parecía moverse por la sala mediante el propio poder de él mismo, mientras arrastraba unos brazos y unas piernas que se le unían más por gusto que por necesidad. ¿Cuál es la palabra para la parte más externa del sol, esa que todavía se ve en un eclipse? ¿Corona? Eso eran sus extremidades: cuatro lenguas prolongadas de llamas que seguían al centro en su órbita excéntrica y giratoria, dando fluidas vueltas en torno a su superficie. Que las dos extremidades inferiores tocasen el suelo con frecuencia parecía una coincidencia, puesto que las dos superiores lo tocaban también con la misma regularidad.

Había otros estudiantes bailando. Lo sé porque las dos cámaras automáticas de vídeo, al contrario que yo, realizaban su tarea y grababan el conjunto. La melodía se titulaba *Nacimiento*, y describía la formación de una galaxia, que terminaba por asemejarse a Andrómeda. Era algo exacto sólo en su vaguedad, literariamente, aunque no intentaba ser real. Pero se trataba del símbolo del nacimiento de una galaxia.

Retrospectivamente. Por entonces, yo conocía sólo el corazón de la galaxia: Shara. Los estudiantes la ocultaban de vez en cuando, y yo no me daba cuenta. Dolía verle.

Si saben algo acerca de la danza, esto debe resultarles horrible. ¿Una danza respecto a una nebulosa? Lo sé, lo sé. Es una idea ridícula. Y funcionó. Funcionó en la forma celular, si se exceptúa que Shara era demasiado buena para quienes la rodeaban. No pertenecía a ese grupo de torpes, de aprendices medio entrenados. Era como escuchar al difunto Stephen Wonder intentando trabajar con un gramófono en un bar de Montreal.

Pero eso no era lo que dolía.

El *Maintenant* era ordinario, pero la comida resultaba excelente y la marca de hierba de la casa también lo era. Presenta una tarjeta del Diner's Club allí, y te ofrecerán una cocina llena de platos sucios. Ya no existe. Norrey y Shara no aceptaron un obsequio, pero, en mi línea de trabajo, ayuda. Además, yo necesito unos cuantos éxitos. ¿Cómo decirle a una encantadora joven que su más querido sueño es imposible?

No necesitaba preguntárselo a Shara para saber que su más querido sueño era bailar. Más aún: bailar como profesional. A menudo he especulado sobre los motivos del artista profesional. Unos buscan la seguridad narcisista de que la gente pagará para oír o contemplar su actuación. Otros son tan incompetentes o desorganizados que sólo pueden vivir así. Hay algunos que aún tienen un mensaje que necesitan expresar. Supongo que casi todos los artistas combinan estos tres elementos. No se trata de ninguna queja: lo que ellos hacen es necesario para nosotros. Tenemos que estar agradecidos de que «haya» motivos.

Pero Shara era una artista rara. Bailaba porque lo necesitaba. Tenía que decir cosas que no sabía expresar de otra forma, y necesitaba captar su significado y su vida por lo que los otros dijeran. Todo lo demás hubiese reducido y devaluado la declaración esencial de su baile. Yo lo sabía porque lo comprendí al verle bailar.

Entre beber y mantener la boca llena y otro trago (poca cantidad de bebida para

contrarrestar el efecto reductor de la comida), transcurrió media hora, antes de que me invitasen a decir algo, aparte de algún gruñido ocasional como respuesta a la charla de las damas.

—¿No hablas Charlie?— preguntó Shara cuando nos sirvieron el café.

Sí, era la hermana de Norrey, desde luego.

De banalidades.

No existen las banalidades. Sí acaso, personas banales.

—¿Le gusta bailar, señorita Drummond?

—Defina «gustar», por favor —respondió la joven con gran seriedad.

Abrí la boca y la cerré unas tres veces. Era difícil.

—Y dígame también por qué se niega a hablar conmigo. Me tiene preocupada.

—¡Shara! —protestó Norrey.

—Calla. Quiero saberlo.

Decidí hablar.

—Shara, antes de que falleciese tuve el privilegio de conocer a Bertram Ross. Antes sólo le había visto bailar. Un productor que yo conocía y que me apreciaba bastante me dejó estar entre bastidores, tal como se lleva a un niño a ver a Santa Claus. Bien, yo había esperado encontrar a Ross más viejo en su descanso, sin las luces de escena. En realidad, me pareció más joven, como si el movimiento del baile le rejuveneciera en realidad. Comenzó a charlar conmigo. Poco después, cerró la boca porque no sabía qué decir.

Shara aguardó, a la espera de algo más. De forma gradual comprendió mi cumplido y su dimensión. Yo había supuesto que estaba muy claro. Casi todos los artistas «esperan» un cumplido. Cuando lo entendió por completo, no se ruborizó ni sonrió. Tampoco ladeó la cabeza y exclamó: «¡Oh, vamos...!». No dijo: «Usted me halaga». Ni desvió la mirada.

—Gracias, Charlie —asintió y murmuró —: Esto vale mucho más que una charla banal.

En su sonrisa hubo una nota de tristeza, como si ambos compartiésemos una amarga broma.

—Tiene razón —afirmé.

—¡Oh, por favor, Norrey! ¿A qué viene ese aspecto de inquietud?

El gato se comió la lengua de Norrey en ese momento.

—La he defraudado —intervine—. He dicho una tontería.

—¿Cuál?

—He debido decir: «Señorita Drummond, creo que debería dejar de bailar».

—Debió decir: «Shara, creo que debería...». ¿qué?

—Charlie... —empezó a hablar Norrey.

Se suponía que yo debía decirte que no todo el mundo puede ser bailarín profesional, que también hacen *surfing* los que van por la arena o chapoteando. Shara, yo tenía que decirte que abandones la danza... antes de que la danza te abandone a ti.

En mi necesidad de ser honrado con ella, fui más brutal de lo necesario. Pero yo debía aprender que la brutalidad jamás disuadía a Shara. En realidad, la exigía.

—¿Por qué tu? —fue lo único que preguntó.

—Los dos vamos en el mismo barco. Ambos tenemos el mismo sarpullido en el cuerpo, pero no dejan que nos rasquemos.

—¿Cuál es tu sarpullido? —quiso saber, suavizando la mirada.

—El mismo que el tuyo.

—¿Eh?

—El hombre que se suponía vendría el jueves a reparar el teléfono. Mi compañera de habitación. Karen y yo estuvimos ensayando todo el día. Dejamos una nota. El operario debía enterarse por la nota de que mi amiga y yo teníamos que salir. No podíamos avisarle... Le indicábamos que pidiera la llave al portero y subiese. El teléfono estaba en

el dormitorio. Bueno, el del teléfono no se presentó. Nunca lo hacen. —Mis manos temblaban—. Subimos al piso por la escalera trasera del callejón. El teléfono seguía sin funcionar, pero no me acordé de recoger la nota que había dejado en la puerta. A la mañana siguiente no me encontré bien. Calambres. Vómitos. Karen y yo éramos amigos solamente, pero se quedó para cuidarme. Supongo que un viernes por la noche, la nota resultaba más plausible aún. Él abrió la cerradura con una lámina de plástico y Karen salió de la cocina mientras el hombre se dedicaba a desenchufar el estéreo. Se mostró tan indignado que disparó contra ella. Dos veces. El ruido le asustó y cuando llegué al salón, ya estaba casi en la puerta. Aún tuvo tiempo de alojarme una bala en la cadera, y desaparecer luego. No le atraparon. Ni nadie volvió a arreglar el teléfono. —Yo tenía ya controladas mis manos—. Karen era una magnífica bailarina, aunque yo la superaba. Y, en mi mente, sigo haciéndolo.

—¿Usted es...? —exclamó con los ojos muy abiertos—. ¡Charles Armstead!

En efecto —asentí.—

—¡Oh, Dios mío! De modo que *así* sucedió...

Me asombró su aspecto. Y me recordó que debía olvidarme de la fría y ventosa autocompasión. Empecé a apiadarme de ella. Debí haber adivinado la profundidad de su empatía. Y en la forma que importaba en realidad, éramos condenadamente iguales..., compartíamos la misma broma amarga. Me pregunté por qué había querido asombrarla.

—¿No podían operarte la cadera? —preguntó.

—Puedo andar a la perfección. Y con un buen motivo, incluso soy capaz de correr distancias cortas. Pero, de resultas de ello, no puedo bailar en absoluto.

—Y te convertiste en un especialista del vídeo.

Hace tres años. Hoy día, la gente que sabe bailar y conoce los vídeos es tan corriente como las fajas. ¡Oh!, están grabando bailes desde los años setenta... con la imaginación de un cámara de noticiarios. Si uno rueda una comedia con dos cámaras desde el foso de la orquesta. ¿es una película?

¿Hace usted para la danza con la cámara cinematográfica lo que hicieron por el drama?

Bonita analogía. Lo cierto es que la danza es más análoga a la música que al drama. No es posible detenerse y volver a empezar y tomar de nuevo una escena mal interpretada, o invertir la cronología para lograr un horario de rodaje perfecto. El hecho sucede y uno lo graba. Yo soy aquello por lo que la industria de la grabación paga muy bien en dólares..., un hombre mixto con la capacidad suficiente para saber cortar a alguien a quien protesta en un momento dado y aumentar el ritmo del rodaje... y también en el sentido de saber ofrecer los mejores rodajes a los petimetres más pesados... No hay muchos como yo. Soy el mejor.

Lo aceptó como había aceptado el cumplido que yo le había dirigido: en su justo valor. Por lo general, cuando digo cosas semejantes, me importa un bledo la reacción que obtengo, o espero un insulto. Pero su aceptación me agradó, tanto que consiguió intrigarme. Una débil irritación volvió a hacer que me mostrara brutal, a sabiendas de que no daría resultado.

Bien, todo esto conduce a que Norrey esperaba que yo sugiriese una forma similar de sublimación para usted. Porque yo lo pondré en danza antes de que usted lo desee.

—Esto no me gusta, Charlie —se obstinó ella—. Sé de qué me habla. No soy tonta, pero pienso que puedo dominarlo.

—¡Oh!, seguro que sí... «Usted es demasiado grande, señora». Usted tiene unas tetas como las dos mitades de un melón de concurso, y un culo por el que cualquier actriz de Hollywood vendería a sus padres; y en la danza moderna eso hace que usted esté muerta, no tiene la menor posibilidad. ¿Vencer? Primero su propia cabeza ha de vencer. ¿Qué tal lo hago, Norrey?

—¡Por favor, Charlie!

Me suavicé. No puedo hacer que Norrey sufra una rabieta..., la aprecio demasiado.

—Lo siento, cariño. Mi pierna me enfurece y me vuelve loco. Ella «debería» hacerlo... y no quiere. Es tu hermana, y esto te entristece. Bien, yo soy un completo extraño, y eso me enfurece.

—¿Qué piensa que me hace a mí? —chispeó Shara, sobresaltándonos a ambos. Ignoraba que tuviese tal volumen de voz—. De modo que quiere que abandone y que me alquile a una cámara ¿eh, Charlie? ¿O tal vez vender manzanas fuera del estudio? —Una especie de onda concéntrica corrió por su barbilla—. Bien, me maldecirán todos los dioses de California del Sur antes de abandonar. Dios me dio estas dimensiones, en las que no me sobra ni un gramo, y que me sientan como un guante, y por Jesús que puedo bailar y lo haré. Tal vez usted tenga razón, quizá me rompa la cabeza antes. Pero lo conseguiré. —Respiró hondo—. Y ahora, gracias por su amable intención. Char... señor Armst... ¡Oh, mierda!

Las lágrimas comenzaron a caer y se marchó apresuradamente, pero no antes de derramar una taza de café frío en la falda de Norrey.

—Charlie —murmuró Norrey por entre sus apretados dientes—, ¿por qué me gustas tanto?

Los bailarines son idiotas.

Le di mi pañuelo.

—¡Oh! —se limpió un poco la falda—. ¿Por qué empecé a gustarte?

Los que nos dedicamos al vídeo somos listos.

—¡Oh...!

Pasé la tarde en mi apartamento, dedicado a revisar lo rodado aquella mañana, y cuanto más lo miraba, más loco me volvía.

La danza requiere una intensa motivación a una edad en extremo temprana..., una devoción ciega, una apuesta sobre los potenciales aún no comprendidos de la herencia y la nutrición. Se puede empezar el enfrenamiento del ballet clásico a los seis años— y a los catorce tener los hombros muy anchos: entonces, todo el esfuerzo se habrá perdido. Shara deseaba dedicarse al ballet moderno... y descubría, demasiado tarde, que Dios le había concedido un cuerpo de mujer.

No era gorda ya la han visto. Era alta, alta y de grandes huesos, y en aquel marco se había forjado un hermoso y maduro cuerpo femenino. Como pasé las cintas de *Nacimiento* una y otra vez, el dolor me invadió tanto que hasta olvidé el eterno dolor de la pierna. Era como contemplar un jugador de baloncesto, maravillosamente bien dotado, que midiese sólo un metro de estatura.

Para triunfar en la danza moderna es casi imprescindible entrar en una compañía. Y eso no se logra si no estás visible. Norrey me había contado, camino del estudio, los esfuerzos de Shara por entrar en alguna... y yo podía anticipar casi cada palabra.

—Merce *Cunningham* vio su baile, Charlie. Martha Graham, poco antes de morir, la vio bailar. Ambas la alabaron con calor, tanto por su coreografía como por su técnica. Pero ninguna le ofreció una posición.

Ni siquiera sé si puedo reprochárselo, pues, en realidad, lo comprendo.

Norrey sí podía comprenderlo. Su gran defecto era magnificado un centenar de veces: la unicidad. El miembro de una compañía ha de ser capaz de realizar un solo excelente, pero también ha de saber fundirse en el grupo, en una labor de conjunto. La gran unicidad de Shara la tornaba prácticamente inútil en una compañía. Llamaba la atención por encima de todo el mundo.

Y una vez atraído por ella, al menos el ojo masculino ya no la dejaba. Los bailarines de danza modernos deben bailar, a veces desnudos hoy día, y han de poseer el cuerpo de un chiquillo de catorce años. Podemos tener a mujeres que bailen más o menos vestidas o desnudas, pero eso ha de ser Arte. Una actriz, un músico, un cantante o un pintor pueden estar bien dotados a nivel erótico pero una bailarina debe carecer de sexo igual

que una modelo de alta costura. Tal vez Dios sepa el porqué. Shara no hubiese podido restar sexualidad a su danza aunque hubiese querido intentarlo, y mientras examinaba las cintas en mi monitor, supe que ni siquiera lo intentaba.

¿Por qué su genio tenía que inclinarse hacia la única ocupación, junto con la de modelo y la de monja, donde el sexo es una tara? Por empatía análoga, eso me rompía el corazón.

—No sirve, ¿verdad?

—¡Maldición! —grité, dando media vuelta—, ha hecho que me mordiese la lengua.

—Lo siento —se apartó del umbral y entró en el salón—. Norrey me dijo cómo hallar este apartamento. La puerta estaba entornada.

—Olvidé cerrarla al entrar.

—¿La había dejado abierta?

Yo aprendí esa lección. Ningún drogadicto ni ladrón entra en un apartamento donde la puerta está entornada y la radio encendida. Es obvio que eso indica la presencia de alguien en la casa. Aunque, en verdad, no es una buena cosa. Bien, siéntese.

Se acomodó en el sofá. Se había peinado, y así me gustaba más. Apagué el monitor y quité la cinta, que guardé en un estante.

He venido a disculparme. No debí enfadarme con usted en el almuerzo. Trataba de ayudarme.

—Se lo mereció. Supongo que ya tiene la cabeza llena de humor...

El precio de cinco años... Me imaginé que empezaría en Estados Unidos y no en Canadá. Que iría de prisa, muy de prisa. Y ahora, me encuentro en Toronto y creo que tampoco lo conseguiré aquí. Tiene usted razón, señor Armstead..., soy demasiado alta y gruesa. Las Amazonas no bailan.

—Escuche, deseo preguntarle una cosa. El último gesto, al final de *Nacimiento*, ¿qué es? Creía que se trataba de un saludo, y Norrey dice que es una despedida, y ahora que he pasado la cinta más bien parece un anhelo, el deseo de alcanzar algo.

—Entonces, lo logré.

—¿Qué quiere decir?

—Pensé que el nacimiento de una galaxia necesitaba esas tres cosas. Están tan próximas en espíritu que me pareció tonto darles a cada una un movimiento separado.

—Hum... —Cada vez peor. Supongamos que Einstein hubiese padecido una afasia—. ¿Por qué no podía ser una mala bailarina? Sería una ironía. Esto es una gran tragedia —dije mientras señalaba la cinta.

—¿No irá a decirme que puedo bailársela?

—No. Para usted, eso sería peor que no bailar en absoluto.

—Dios mío, es muy perceptivo. ¿O resulta fácil leer en mí?

Me encogí de hombros.

—¡Oh, Charlie! —explotó—. ¿Qué voy a hacer?.

—Es mejor que no me lo preguntes.

Mi voz sonaba divertida.

—¿Por qué no?

—Porque estoy dos tercios enamorado de ti. Y porque tú no estás enamorada de mí ni lo estarás nunca. Por tanto, ésta es la clase de preguntas que jamás debes formularme.

Se sobresaltó ligeramente, pero se recobró con rapidez. Su mirada se suavizó y movió la cabeza despacio.

—Incluso sabes por qué no lo estoy, ¿verdad?

—Y por qué no lo estarás.

Temí que dijese: «Charlie, lo siento». Pero volvió a sorprenderme.

Puedo contar con los dedos de un pie los hombres que he conocido—murmuró, en cambio—. Te estoy muy agradecida. ¿Crees que las tragedias de la ironía vienen por

pares?

—A veces.

Bien, ahora sólo tengo que imaginar qué hago con mi vida. Esto debería matar el fin de semana.

—¿Continuarás las clases?

—Tal vez. Continuar no será una gran pérdida de tiempo. Norrey me enseña cosas...

De pronto, mi mente empezó a filtrar. El hombre es un animal racional, ¿verdad...? ¿Verdad?

—¿Y si yo tuviese una idea mejor?

—Si tienes otra idea, seguro que será mejor. Suéltala.

—¿Necesitas un auditorio? Quiero decir: ¿ha de ser *vivo*?

—¿A qué te refieres?

—Tal vez haya una forma de volver a ello..., a la danza. Oye, en la actualidad están construyendo instalaciones de grabación en todas las emisoras de televisión. Estas disponen de las películas viejas y todos los programas de Ernie Kovacs y otros semejantes, que son los que siempre desearon tener. Bien, ahora la gente busca cosas exóticas. Material exótico, sí, demasiado esotéricas para una radio o una red local, un material que...

—¿Hablas de las compañías de grabación independientes?

Exacto. La TDT tiene pensado ingresar en el mercado, y la compañía Graham ya lo ha hecho.

—¿Y bien...?

—Supongamos que somos independientes. Tú y yo... Tú bailas y yo grabo. Sólo es un negocio. Yo poseo algunas relaciones, y tal vez consiga más. Ahora mismo podría darte el nombre de diez actos en el negocio de la música que jamás hicieron una gira..., sólo quedaron grabados. ¿Por qué no obviar la estructura de las compañías de baile y correr un riesgo ante el público? Tal vez de palabra podría...

Su rostro empezó a iluminarse como un fuego fatuo.

—Charlie. ¿piensas que daría resultado? ¿De veras lo crees?

No pienso que sea la oportunidad de una bola de nieve. —Crucé el salón, abrí el frigorífico y saqué la bola de hielo que guardaba allí en el verano. Se la arrojé. La cogió a duras penas, y cuando vio lo que era, estalló en una carcajada—. Tengo tanta fe en esta idea como para dejar de trabajar en la TDT y emplear mi tiempo en ella. Invertiré mi tiempo, mis cintas, mi equipo y mis ahorros. Ánimo.

Shara trató de serenarse, pero la bola de hielo le congelaba los dedos y volvió a lamentarse.

Una bola de hielo en julio. Estás loco. Cuenta conmigo. No tengo mucho dinero ahorrado. Y..., y supongo que no me queda otra elección, ¿verdad?

—Supongo que no.

Los tres años siguientes fueron los más excitantes de mi vida..., de nuestras vidas. Mientras yo miraba y grababa, Shara se transformaba de una gran bailarina en potencia en un ser realmente asombroso. Hizo algo que no sé si sabré explicar.

Se convirtió en la analogía del músico de jazz en la danza.

La danza era, para Shara, autoexpresión, pura y simple, lo primero, lo último, lo de siempre. Una vez liberada de su intento de entrar en una compañía de baile mundial, consideró la coreografía como un «obstáculo» para expresarse a sí misma, como una ruta ya programada, inexorable como un guión, y tan limitado como éste. Por eso, lo devaluó.

Un músico de jazz puede tocar *Noche en Túnez* doce noches seguidas, y vivir una experiencia diferente en cada una, ya que interpreta la misma melodía según el humor del momento. La unidad absoluta del artista y su arte: la creación espontánea. El punto de

arranque melódico distingue el resultado de la pura anarquía.

Fue de esta manera que Shara devaluó la coreografía preinterpretativa hasta un punto de arranque, un marco en el que construir todo lo que un momento determinado exigía para entonces, inspirarse en ello. En aquellos tres atareados años, aprendió a desmantelar la cara interna entre sí misma y la danza. Los bailarines siempre tienden a burlarse del baile improvisado, aunque lo practiquen en el estudio por la flexibilidad que les proporciona. No ven que la improvisación planeada, la improvisación en torno a un tema bien pensado por anticipado, es el siguiente paso natural en el baile. Shara dio ese paso. Hay que ser muy, muy bueno antes de actuar con tanta libertad. Ella era muy buena.

De nada sirve detallar los avalares de la Empresa Drummond durante aquellos tres años. Trabajamos duro, grabamos varias cintas magníficas y no pudimos venderlas ni como pisapapeles. Existía una industria casera de videocasetes, y ellos sabían tanto de danza moderna como la industria discográfica sabía respecto a los *blues* cuando ese estilo de música empezó. Los grandes equipos exigían credenciales, y los equipos menores querían talentos baratos. Finalmente, nos vimos tan desesperados como para probar en las casas piratas... y nos enteramos de lo que ya sabíamos. No poseían la distribución, el prestigio ni la técnica de propaganda suficientes para que los críticos reparasen en ellas. La propaganda de palabra es como un cultivo de genes: si no existe cierta cantidad con que iniciarlo, no se consigue nada. «Spider» John Koerner es un músico de gran talento, un buen autor de canciones, que graba y vende sus discos desde 1972. ¿Cuántos le han escuchado?

En mayo de 1987 abrí mi buzón del vestíbulo y encontré la carta de la VisuEnt Inc., que daba por concluida nuestra opción con el mayor sentimiento, y sin aplazamientos. Fui al apartamento de Shara directamente, y mi pierna se quedó como si la médula ósea hubiera sido sustituida por termitas y le hubieran aplicado fuego. Era una caminata muy larga.

Cuando llegué, trabajaba en *Pesar es un verbo*. Convertir su salón en un estudio había costado tiempo, dinero y sudor de cráneo, aparte de una buena propina al administrador, pero resultó más barato que alquilar un estudio, si se tenían en cuenta los escenarios que necesitábamos. Aquel día parecía un país montañoso, y al entrar, colgué el sombrero en un falso aliso.

Me dedicó una sonrisa y siguió moviéndose, dando unos pasos cada vez mayores. Era como la cabra montes más grande que hubiese visto nunca. Yo estaba de mal humor, y ansiaba parar la música (McLaughlin y Miles juntos, saltando a la par), pero no podía interrumpir a Shara cuando ella bailaba. Construía el baile de manera gradual, con un contrapunto direccional; entonces, parecía elevarse en el aire, y permanecer en él hasta que el paso estaba listo, para bajar de nuevo. A veces, rodaba por el suelo cuando lo tocaba, y otras, caía de manos, pero siempre la energía de la caída se transmitía a algo, en lugar de quedar absorbida. Era un resultado de energía total, y cuando lo hubo realizado, yo ya me había calmado hasta el punto de poder mostrarme algo filósofo acerca de nuestra ruina profesional.

Shara terminó por caer sobre sí misma, la cabeza inclinada, exquisitamente humilde en su intento de desafiar la gravedad. Aplaudí. Me sentía coriáceo, pero hube de aplaudir.

—Gracias. Charlie.

Así me aspen... *Pesar es un verbo*. Creí que estabas loca cuando me dijiste el título.

Es uno de los verbos más fuertes del baile... y puedes lograr que lo haga *todo*.

—Casi todo.

—¿Eh?

—VisuEnt dio por finalizado nuestro contrato.

—¡Oh...! —Nada asomó a sus ojos, aunque yo sabía lo que había detrás—. Bien, ¿cuál es el siguiente de la lista?

—No queda ninguno en la lista.

—¡Oh...! —Esta vez sí se asomó—. ¡Oh...!

Debimos acordarnos. Los grandes artistas nunca son reconocidos en vida. Lo que deberíamos hacer es caer muertos..., y todo quedaría arreglado.

En cierta forma, trataba de mostrarme fuerte para ella. Shara lo sabía y trató de mostrarse fuerte para mí.

—Tal vez deberíamos hacer un seguro de vida para artistas —murmuró—. Pagaríamos los plazos contra un interés de control de los bienes, y nos aseguraríamos de que el artista muriese.

—No podemos perder. Y si el artista resulta famoso en vida, cobra el seguro.

—Estupendo... Callemos antes de que me muera de risa.

—Sí.

Shara permaneció en silencio largo rato. Mi cerebro funcionaba con eficacia, pero la transmisión fallaba... No iría a ninguna parte. Al fin, ella se puso de pie y desconectó el magnetófono que había estado sonando con un suave zumbido desde que se acabó la cinta. Se oyó un fuerte *clac*.

—Norrey posee unas tierras en la isla Príncipe Eduardo —dijo Shara, sin mirarme—. Hay una casa.

Intenté alegrarla con el viejo chiste del niño que empuja la jaula del elefante en el circo, y cuyo padre le ofrece llevárselo para buscarle un trabajo decente.

«¡Cómo! —replica el chiquillo—. ¿Y abandonar el mundo del espectáculo?»

—Olvídate del espectáculo —replicó ella, suave—. Si me marchara ahora a esa isla, tal vez podría desbrozar el terreno y ararlo a tiempo de hacer un jardín. ¿Y tú? —preguntó, cambiando de expresión.

—¿Yo?, estaré muy bien. La TDT me ha pedido que vuelva con ellos.

—De esto hace seis meses.

—Me lo han vuelto a pedir. La semana pasada.

—Y tú lo rechazaste. Idiota.

—Tal vez sí, tal vez no.

—Todo esto ha sido una pérdida de tiempo. De todo ese tiempo. De todas las energías. De todo el trabajo. Hubiésemos podido tener ya una granja en la isla..., y la tierra empezaría a producir ya. Qué gran pérdida de todo. Charlie, qué gran pérdida...

—Yo no opino lo mismo, Shara. Parece estúpido decir que no se ha perdido nada, pero... Bueno, es como esa danza que hacías. Tal vez no logras vencer a la gravedad—pero es hermoso intentarlo.

—Sí, lo sé. Acuérdate de la Brigada Ligera. Acuérdate de El Álamo. Lo intentaron.

Shara soltó una risa amarga.

—Sí, igual que Jesús de Nazaret. ¿Lo hiciste por la recompensa material o porque necesitabas hacerlo? Si no otra cosa, ahora poseemos varios centenares de metros de magníficas cintas grabadas, de valor comercial cero, de un valor auténtico incalculable, y esto, para mí, no es una pérdida de tiempo. Bien, todo ha terminado, y los dos nos dedicaremos a otra cosa, pero no ha sido ninguna pérdida.

Descubrí que gritaba y callé.

Shara también calló. Poco después, forzó una sonrisa.

—Tienes razón. Charlie. No fue ninguna pérdida. Soy mucho mejor bailarina de lo que era.

—Exacto. Tienes la coreografía trascendental.

—Sí —sonrió con más alegría—. Hasta Norrey piensa que es un callejón sin salida.

En absoluto. Hay algo más que odas y sonetos en los poemas. Los bailarines «no» han de ser robots, no tienes que recitar versos de memoria con sus cuerpos.

—Han de hacerlo si desean ganarse el sustento.

—Volveremos a intentarlo dentro de unos años. Tal vez para entonces ellos ya estén

preparados.

—Seguro. Bien, tomemos una copa.

Aquella noche dormí con ella, por primera y última vez. A la mañana siguiente, quité el decorado del salón mientras hacía el equipaje. Prometí que le escribiría. Prometí que la visitaría siempre que pudiese.

Bajé su equipaje al coche y lo metí en el maletero. La besé y le dije adiós. Fui en busca de una bebida y un camarero, a las cuatro de la madrugada, decidió que yo estaba borracho y le rompí la mandíbula, la nariz y dos costillas: después, me senté sobre él y lloré. El lunes por la mañana regresé al estudio con el sombrero en la mano y una boca como un cenicero de estación de autobuses, y volví a mi antiguo trabajo. Norrey no me hizo ninguna pregunta. Con el alza de precios en los alimentos, dejé de tomar algo, aparte de whisky, y a los seis meses me despidieron. Así estuve largo tiempo.

No escribí a Shara. Y, desde entonces, no he pasado del «Querida Shara...»

Cuando llegué al punto de vender mi equipo de vídeo para poder beber, en algún lugar de mi cerebro sonó la alarma e hice inventario de mí mismo. Aquello era todo lo que me quedaba, de manera que me marché al local Al-Anon en lugar de ir a un prestamista, y me serené. Poco después, mi espíritu se entumeció y dejé de acobardarme al despertarme. Cien veces intenté borrar las cintas que aún poseía de Shara —ella tenía otras copias—. Mas, al final, no pude hacerlo. De vez en cuando me pregunté qué haría ella, pero no me atreví a averiguarlo. Si Norrey sabía algo, no me lo decía. Incluso intentó lograr que, por tercera vez, me ofrecieran mi antiguo empleo, pero todo fue inútil. La fama puede ser algo terrible una vez la has destruido. Fue una suerte encontrar un trabajo en una emisora de televisión pedagógica de Nueva Brunswick.

Durante dos largos años.

Los videófonos empezaron a aparecer hacia 1990, y yo había instalado uno para mí, sin conocimiento ni consentimiento de la compañía telefónica, a la que yo seguía odiando más que a nada. Cuando la lámpara de piñón, que había reemplazado al maldito timbre con un resplandor sorprendente, empezó a parpadear una noche de junio, metí el receptor en el *pickup* audio, y aumenté la potencia del tubo, por si el visitante también estaba equipado.

—Hola.

Era ella. Cuando el rostro de Shara apareció experimenté un súbito vuelco de temor en el estómago, porque ya había dejado de ver su rostro por todas partes cuando dejé de beber, y últimamente pensaba en volver a las copas de nuevo. Cuando parpadeé y ella continuó delante de mí, me sentí mucho mejor y traté de hablar. Pero no lo conseguí.

—Hola, Charlie. Ha pasado mucho tiempo...

La segunda vez, me salieron las palabras.

—Parece que fue ayer. El ayer de otras personas.

—Así es. He tardado varios días en dar contigo. Norrey está en París. Nadie sabía dónde parabas.

—Sí. ¿Qué tal la granja?

—Pues... lo dejé. Charlie. Resultaba casi más creativo que el baile, pero no es lo mismo.

—Entonces, ¿qué haces ahora?

—Trabajo.

—¿Bailas?

—Sí. Charlie. Te necesito. Quiero decir que tengo trabajo para ti. Necesito tus cámaras y tus ojos.

—No importan las alabanzas. Haré lo que quieras. ¿Dónde estás? ¿Cuándo sale el primer avión para allá? ¿Qué cámaras debo llevar?

—Nueva York, a una hora de aquí, y ninguna cámara. No me refería a «tus cámaras», en el sentido literal de la frase, a menos que uses GLX-5000 y una Hamilton

Board.

Silbé. La boca me dolió.

—No entra en mi presupuesto. Además, soy muy anticuado. Me gusta sostenerlas con las manos.

—Para este trabajo usarás una Hamilton, que llevará un alimentador Mastercromo, una nueva marca.

—¿Cultivabas adormideras en esa granja? ¿O descubriste diamantes con el arado?

—Bryce Carrington te pagará.

Parpadeé.

—Y ahora, ¿tomarás ese avión para que pueda hablarte sobre ello? En La Nueva Era, pregunta por la Suite Presidencial.

—Al diablo con el avión, iré a pie. Es más rápido.

Colgué.

Según la revista *Time* que yo había leído en la sala de espera de mi dentista. Bryce Carrington era el genio que había llegado a multimillonario convenciendo a buen número de gigantes de la industria para suscribirse a Skyfac, el gran complejo orbital que había arruinado los mercados de cristal. Según recordaba, cierta enfermedad polio no sé qué se había adueñado de sus piernas, dejándole sentado en un sillón de ruedas. Pero las piernas fueron perdiendo fuerzas, no funcionaban..., mas funcionaban bastante bien en la gravedad menor. Por eso creó Skyfac, estableciendo equipos de minería en la Luna para proveerlos con materiales crudos y baratos, y vivía en órbita con una gravedad disminuida. Su retrato le daba el aspecto de un autor de éxito (como contrario a escritor). Presté poca atención a la noticia y ninguna a las novedades espaciales.

La Nueva Era «era» el hotel de Nueva York por aquel tiempo, edificado sobre las ruinas del Sheraton. Seguridad ultraeficiente, ventanas a prueba de balas, alfombras más espesas que el aire exterior, y un vestíbulo de una persuasión arquitectónica que John MacDonald la definió en cierta ocasión como «primitiva platina dental». Apeataba a dinero. Me alegré de mi esfuerzo por encontrar una corbata, y lamenté no haberme limpiado los zapatos. Un hombre increíble me cerró el paso cuando penetré por la escotilla de aire comprimido. Se movía y tenía aspecto de ser el saltarín más formidable y raudo que conocía. Vestía y actuaba como un mayordomo del Todopoderoso. Dijo que se llamaba Perry. Me preguntó en qué podía servirme como si no pensara hacerlo.

—Sí. Perry. ¿Le molestaría levantar uno de sus pies?

—¿Porqué?

Le apuesto veinte dólares a que se ha lustrado las suelas de sus zapatos.

Sonrió a medias y no se apartó de mí ni un centímetro.

—¿A quién desea ver?

—A Shara Drummond.

—No está registrada.

—La Suite Presidencial.

—¡Oh...! —Su rostro se iluminó—. La dama del señor Carrington. Debió decirlo antes. Aguarde aquí, por favor.

Mientras telefoneaba para comprobar que me esperaban, sin perderme de vista y con la mano cerca de su bolsillo, me tragué el corazón y compuse mi expresión. Tardé bastante. Bien, así estaban las cosas. Era preciso aceptarlo. Así era como estaban las cosas.

Perry volvió y me entregó el pequeño transmisor que me permitiría recorrer los pasillos del Nueva Era sin ser detenido por el fuego láser automático, y me explicó que me abriría un enorme agujero si intentaba abandonar el edificio sin devolvérselo. Por sus modales comprendí que yo había descendido cuatro grados en la escala social. Le di las gracias, aunque, ¡que me maten si sabía el porqué!

Seguí las verdes flechas fluorescentes que aparecían en el techo sin lámparas, y, al

cabo de un largo recorrido, llegué a la Suite Presidencial. Shara me esperaba en la puerta, con algo semejante a un pijama de ángel. Hacía más delicado su enorme cuerpo.

—Hola, Charlie.

Yo me mostré jovial y agradable.

—Hola, muñeca. Vaya lujo... ¿Qué tal estás? ¿Cómo te conservas tan bien?

—No me conservo.

—Bueno, ¿cómo te conserva Carrington tan bien? «Calma, chico»

—Entra, Charlie.

La obedecí. Parecía la sala donde la reina paraba cuando acudía a la ciudad, y estoy seguro de que Shara disfrutaba con ello. En el salón hubiese podido aterrizar un avión sin despertar a los que estuvieran en la cama. Había dos pianos. Sólo una chimenea, pero lo bastante grande para asar un búfalo en ella..., supongo que se debe ser un poco avaro. Se oía a Roger Kellaway por la radio, y durante un momento idiota pensé que se hallaba realmente en la *suite*, tocando en un tercer piano invisible. Bien, así era como iban las cosas.

—¿Quieres tomar algo, Charlie?

—¡Oh!, seguro. Grasa de picadillo. Tángen Supremo. Dom Pérignon para la pipa.

Sin sonreír, Shara fue hacia una alacena que parecía una catedral enana, y sacó exactamente lo que yo había pedido. Mantuve el gesto impassible y mi rostro se iluminó. Las burbujas estallaron en mi garganta, y el trago fue exquisito. Me sentí relajado, y cuando nos hubimos pasado varias veces la boquilla del narguile, sentí su relajación. Nos contemplamos mutuamente, nos contemplamos de veras; después, a todo cuanto nos rodeaba, y otra vez uno al otro. Estallamos en una carcajada simultánea, una carcajada que arrojó fuera del cuarto todo lo de valor, y dejó penetrar la riqueza. Su carcajada tenía la misma cualidad atronadora que yo recordaba tan bien, una risa autoconsciente y lasciva, algo que me tranquilizó muchísimo. Tanto, que no pude dejar de reír, y eso hizo que ella también continuase riendo, y cuando podíamos haber callado, ella frunció los labios y silbó un arpegio tartamudeado. Existe un disco viejo llamado *Disco de la risa de Spike Jones*, donde el músico de tuba trata de tocar *El vuelo del moscardón*, y acaba riendo; entonces, toda la orquesta se interrumpe y ríe durante más de dos minutos; y cada vez que les falta aire, el de la tuba intenta tocar la melodía, y las risotadas e interrupciones se renuevan. En una ocasión que Shara estaba muy enfadada, le aposté diez dólares a que no era capaz de escuchar ese disco sin sonreír al menos..., y gané. Cuando comprendí que ella lo recordaba también, me estremecí y me disolví en otra enorme carcajada. Un instante después, habíamos llegado al extremo de saltar de nuestros asientos y tumbarnos en el suelo, en una agonía de júbilo, mientras aporreábamos la alfombra y aullábamos. Ahora, ahuyento esa risa de mi memoria y vuelvo a oírla... aunque no a menudo, pues esos discos se deterioran drásticamente con el uso.

Al fin, volvimos a las sonrisas jadeantes y la ayudé a incorporarse.

—¡Qué sitio tan horrible! —exclamó, todavía entre risas.

Shara miró a su alrededor y se estremeció.

—¡Oh!, sí, Charlie. Debe ser horrible necesitar esta fachada.

—Durante un espantoso instante, creí que eras tú quien la necesitaba.

Dejó de reír y me miró con fijeza.

—Charlie, ojalá no fuese así... pero le necesito.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, estrechando los ojos.

—Necesitaba a Bryce Carrington.

—Esta vez puedes ahorrarte las cualidades. ¿Cuánto le necesitas?

—Necesito su dinero —sollozó.

—¿Cómo es posible estar relajado y tenso al mismo tiempo?

¡Oh, maldita sea, Shara! ¿Es así como lograrás bailar? ¿Comprándolo? ¿Para qué sirve un crítico hoy día?

Basta. Charlie. Necesito a Carrington para que me vean. Alquilaré un salón para mí, eso es todo.

Si eso es todo, salgamos ahora mismo de esta basura. Yo puedo pedir..., puedo conseguir el dinero suficiente para alquilar cualquier salón del mundo, y estoy ansioso por arriesgar mi capital.

—¿Podrías alquilar Skyfac?

—¿Eh?

En toda mi vida hubiera adivinado por qué Shara se proponía bailar en Skyfac. ¿Por qué no en la Antártida?

—Shara, conoces menos del espacio que yo, pero debes de saber que no es posible convertir un satélite en un emisor.

—¡Idiota! Lo que quiero es el escenario.

Reflexioné sobre ello.

—Visualmente, la Luna sería mejor. Montes. Luces. Contraste.

—El aspecto visual es secundario. No quiero una gravedad de un sexto, Charlie. Quiero la gravedad cero.

Abrí la boca.

—Y quiero que tú seas mi operador de vídeo.

Era muy rara. Lo que yo necesitaba entonces era estar sentado allí con la boca abierta y meditar durante unos minutos. Shara me lo permitió, mientras ella aguardaba con suma paciencia.

—El peso no es un verbo ya, Charlie —exclamó ella finalmente—. Esa danza acabó con el aserto de que no es posible vencer la gravedad. Tú mismo lo dijiste. Bien, estás equivocado, desfasado. La danza del siglo veintiuno deberá tener esto en cuenta.

—Y eso es lo que tú necesitas. Un nuevo estilo de danza para una nueva clase de bailarina. Única. Llamarás la atención del público y dispondrás de ese campo sólo para ti, durante años. Me gusta, Shara. Me gusta. Pero... ¿no podrías olvidarlo?

—Reflexioné sobre lo que dijiste: no es posible vencer la gravedad, pero es hermoso intentarlo. Lo medité durante meses, y un día visité a un vecino que tenía un televisor, y vi un programa acerca del equipo que trabaja en Skyfac Dos. Estuve despierta durante toda la noche, dedicada a meditar, y a la mañana siguiente vine a Estados Unidos y solicité empleo en Skyfac Uno. Llevo allí casi un año, cada vez más cerca de Carrington. Puedo hacerlo, Charlie. Puedo conseguir que funcione.

En su barbilla tenía el mismo círculo concéntrico que le vi cuando hablamos en El Maintenant. Era un círculo de determinación. Fruncí el entrecejo.

—Con el apoyo de Carrington. Desvió la mirada.

—No existe un almuerzo gratis.

—¿Cuánto pide?

No respondió, estuvo largo rato sin responder. En aquel instante, empecé a creer en Dios de nuevo, por primera vez en muchos años..., sólo para descargar mi odio en Él.

Pero mantuve la boca cerrada. Shara era bastante mayor ya para manejar sus finanzas. El precio de un sueño está más alto cada año. Diablos, casi lo había esperado desde el momento en que me llamó.

Aunque sólo a medias.

—Charlie, no te quedes ahí sentado, con esa expresión tan severa. Di algo. Insúltame, llámame puta, algo...

—Diantre. Tú misma has de ser tu conciencia. Tengo bastante con la mía. Quieres bailar y tienes un padrino, y un operador de vídeo también.

Yo no esperaba pronunciar esa última frase.

De manera extraña, casi pareció defraudada al principio. Mas de pronto se relajó y sonrió.

—Gracias, Charlie. ¿Puedes dejar lo que estés haciendo ahora?—Trabajo en una

estación pedagógica de Shediak —la informé—. Y he de filmar un baile... El baile de un oso del zoo de Londres. Lo asombroso es que lo hace muy bien. —Shara sonrió—. Puedo quedar libre.

—Me alegro. Creo que yo sería incapaz de llevar a cabo esto sin tu ayuda.

—Trabajaré para ti, no para Carrington.

—De acuerdo.

—Y a propósito, ¿dónde se encuentra el gran hombre? ¿Se dedica al submarinismo en la bañera?

—No —dijo una voz suave desde el umbral—. Al esquí en el vestíbulo.

Su sillón de ruedas era un trono móvil. Llevaba un traje de cuatrocientos dólares, color helado de fresas, un jersey polo azul humo, y un pendiente de oro. Los zapatos, de ante auténtico. El reloj pertenecía a esa clase de relojes sin nada, que literalmente te susurran la hora. No era bastante alto para Shara y sus hombros resultaban absurdamente anchos, aunque el traje trataba de negar ambos aspectos. Sus ojos parecían dos moras gemelas. Su sonrisa era la del tiburón cuando piensa qué parte tendrá mejor sabor. Deseé poder aplastarle la cabeza entre dos piedras.

Shara se había puesto en pie.

—Bryce, te presento a Charles Armstead. Ya te comenté que...

—Oh, sí. El tipo del vídeo... —Hizo rodar la silla hacia adelante y alargó una mano, con una impecable manicura—. Soy Bryce Carrington. Armstead.

Permanecí sentado, con las manos en las rodillas.

—Oh, sí, el tipo rico...

Enarcó una ceja.

—Vaya... Otro individuo rudo. Bueno, si usted es tan bueno como Shara dice, bienvenido sea.

—Estoy podrido.

—Dejemos de jugar. —Su sonrisa desapareció—. Armstead, no espero buenos modales de las personas creativas, pero soy más desdeñoso que usted, si lo creo necesario. Y ahora estoy harto de esta maldita gravedad; he tenido un día horroroso testificando para un amigo, y creo que volverán a convocarme mañana. ¿Quiere el empleo o no?

Me tenía cogido.

—Sí.

—Bien, de acuerdo. Su habitación es la veintisiete setenta y dos.

—Dentro de dos días subiremos a Skyfac. Esté aquí a las ocho de la mañana.

—Quiero hablar contigo respecto a lo que necesitarás, Charlie —intervino Shara—. Llámame mañana.

Me volví hacia ella, que desvió la mirada. Carrington no se dio cuenta.

—Sí, haga una lista de lo que necesita para mañana, a fin de poder llevárnoslo todo. No escatime nada. Si no lo consigue, tendrá que prescindir de lo que sea. Buenas noches. Armstead.

—Buenas noches —repuse, y le miré con fijeza—, señor Carrington.

Fue hacia el narguile, y Shara se apresuró a llenar la cámara y la cazoleta. Me retire de prisa, yendo hacia la puerta. Me dolía tanto la pierna que casi se me dobló, pero cuadré la mandíbula y continué mi camino. Al llegar a la puerta, me dije: «Ahora, abrirás y cruzarás el umbral». De repente, giré sobre mí mismo.

—¡Carrington!

Él pestañeó, sorprendido, al descubrir que yo todavía existía.

—¿Sí?

—¿Está «enterado» de que ella no le ama a usted en absoluto?

Mi voz sonó alta, mientras mantenía los puños bien dispuestos.

—Oh... —exclamó, y repitió—: Oh... Así que se trata de eso. No pensé que el éxito

mereciese tanto desprecio. —Dejó la boquilla y dobló los dedos—. Permítame que le diga una cosa. Armstead. Nunca he sido amado, que yo sepa. Ni siquiera esta suite me ama. Pero —su voz adquirió un timbre humano por primera vez— es «mía». Y ahora, salga.

Abrí la boca para comunicarle el lugar al que podía enviar mi empleo; pero, de repente, al ver el rostro de Shara y su expresión dolorida, sentí una inmensa vergüenza. Salí al instante y, cuando la puerta se cerró a mi espalda, vomité sobre una alfombra que debía valer muy poco menos que una Hamilton Masterchrome. Entonces, lamenté haberme puesto corbata.

El viaje hasta el aeropuerto espacial de Pike's Peak resultó agradabale a nivel estético. Gocé cuando me vi en el aire, y me deslicé entre sosegadas nubes, mientras contemplaba la interminable procesión de montañas y llanuras, el vasto panorama de granjas y los intrincados mosaicos de suburbios que se despleaban más abajo.

Pero el salto a Skyfac en el traspordador personal de Carrington, *El primer paso*, lo mismo pudo ser una repetición del antiguo Comando Espacial. Ya sé que es imposible ponerles portillos a las naves espaciales; pero, maldita sea, un relé de vídeo en una nave no comporta una resolución mejor, ni mejores valores de color, o la presencia que puede obtenerse en el tubo del salón propio. La única diferencia estriba en que las estrellas no se «mueven» para dar la ilusión del viaje, ni hay director del POV, que dé unos planos dramáticamente interesantes.

Si se observa a nivel estético, la diferencia «experimental» es que mientras contemplas el Comando Espacial vendiendo remedios para las hemorroides, no te sujetan a una litera, ni te asedian con truenos, ni te hacen pesar más de media tonelada durante un tiempo irrazonablemente largo, para después dejarte caer al borde del mundo ingrávido. Casi había esperado sentir náuseas, pero lo que me sucedió fue más chocante aún: de súbito, y sin previo aviso, la pierna dejó de dolerme. En esto, Shara lo pasó peor que yo, pues apenas tuvo tiempo de sacar su bolsa para los vómitos a tiempo. Carrington se quitó el cinturón y le administró una inyección antimareos con movimientos muy seguros. Me pareció que tardaba un tiempo incalculable en inyectársela, mas, cuando lo hizo, un enorme cambio se produjo en ella: el color y la energía le volvieron rápidamente, y cuando el piloto anunció que estábamos a punto de llegar a la base, que, por favor, nos pusiésemos los cinturones, y cerró la comunicación. Shara ya se había recuperado por completo. También yo había esperado casi que Carrington le ladrara al piloto que mostrara mejores modales, mas, por lo visto, el magnate de la industria no hacía tales tonterías. Calló y se sujetó el cinturón.

La pierna no me dolía ya. En absoluto.

El complejo de Skyfac semejaba un montón desordenado de llantas de ruedas y balones de playa de diversos tamaños. Nuestro piloto se dirigió hacia el montón que parecía una llanta de tractor. Igualamos su rumbo, para convertirnos en su eje, e igualamos su giro, y la maldita cosa proyectó un rayo que nos atrapo directamente en la cámara de presión. Ésta se hallaba encima de nuestras literas, pero entramos y salimos con los pies por delante. Viajamos unos metros en el rayo en dirección descendente, y los agarraderos se transformaron en una escalerilla. El peso aumentaba a cada paso, pero, incluso cuando penetramos en un compartimiento bastante mayor y cúbico, el peso era mucho menor que en la Tierra. Sin embargo, la pierna volvía a morderme.

La habitación intentaba ser la clásica sala de recepción de alto nivel («Siéntese, por favor. Su Majestad le recibirá muy pronto»), pero la menor gravedad y los trajes espaciales colgados en las paredes estropeaban el efecto. Al revés que la armadura del Comando Espacial, un traje de presión verdadero parece una bolsa en forma de cuerpo humano, y ambas cosas parecen especialmente tontas en respuesta a ello. Un joven de cabello oscuro, con traje de mezclilla, se levantó de detrás de un escritorio lleno de aparatos,

mientras sonreía.

—Encantado de verle, señor Carrington. Espero que haya tenido un buen trasbordo.

—Sí, gracias, Tom. Te acuerdas de Shara, claro. Éste es Charles Armstead. Tom McGillicuddy.

Ambos exhibimos los dientes y dijimos que estábamos encantados de conocernos. Tras aquellas frases de cortesía, pude observar que McGillicuddy se hallaba inquieto por algo.

—Nils y el señor Longmire le aguardan en su despacho, señor. Ha habido... ha habido otro avistamiento.

—Maldición —juró Carrington, aunque calló al instante. Le mire. Toda la fuerza de mi mejor sarcasmo no habría logrado encolerizar a aquel hombre—. De acuerdo. Ocúpate de mis invitados mientras veo qué ha de comunicarme Longmire. —Fue hacia la puerta, moviéndose con lentitud, como un balón de playa, pero por sí mismo. Luego, añadió—: Oh, sí..., el *Step* está cargado hasta el borde superior de la quilla con equipó pesado, Tom. Que lo lleven al dique de descarga. Y mete el cargamento en el Seis.

Salió, con expresión preocupada. McGillicuddy activó su mesa y dio las órdenes oportunas.

—¿Qué sucede, Tom? —se interesó Shara cuando el joven hubo terminado.

Este me miró antes de responder.

Perdone que se lo pregunte, señor Armstead..., ¿es usted periodista?

Me llamo Charlie. No. Soy operador de vídeo, pero trabajo para Shara.

Hummm... Bueno, más pronto o más tarde acabará por enterarse.

Hace unas dos semanas, un objeto apareció dentro de la órbita de Neptuno, como si surgiera de la nada. Hubo... otras anomalías. Permaneció quieto medio día y volvió a desaparecer. El Comando Espacial no hizo caso, pero es del conocimiento público a bordo del Skyfac.

—¿Y ha vuelto a verse el objeto? —inquirió Shara.

—Más allá de la órbita de Júpiter.

Yo estaba interesado a medias. Sin duda, habría una explicación para el fenómeno, y, dado que Isaac Asimov no se encontraba allí, era indudable que yo no entendería ni una sola palabra del asunto. Casi todos nosotros dejamos de pensar en una vida inteligente no humana cuando la última sonda intersistemas regresó vacía.

—Supongo que se trata de los hombrecitos verdes. ¿Puede enseñarnos el salón, Tom? Creo que es igual a aquel en que estuvimos trabajando.

Pareció alegrarle el cambio de tema.

—Seguro.

McGillicuddy nos condujo a través de una puerta presurizada, opuesta a la usada por Carrington, y después por largos corredores, cuyos suelos se curvaban, delante y detrás de nosotros, y que estaban equipados de forma diferente entre sí; cada uno aparecía lleno de gente ocupada, atareada, y me recordaron el vestíbulo del Nueva Era, o tal vez la antigua película *2001*. Opulencia Futurista, tan destacada como para chillar. Wall Street levantada corporalmente en órbita: los relojes daban la hora de dicha calle. Intenté creer que el espacio helado y vacío se hallaba a corta distancia, en todas direcciones, pero eso resultaba imposible. Decidí que era perfecto que las naves espaciales no tuviesen portillos ni miradores..., pues, cuando uno se acostumbraba a la gravedad reducida, podía olvidarse de ese detalle y abrir alguno de ellos para arrojar la colilla del cigarro.

Estudí a McGillicuddy mientras caminábamos. Era un joven immaculado en todos los aspectos, de la cabeza a los pies, y no llevaba joya alguna. El cabello, corto y negro; la barba, inhibida, y unos ojos de sorprendente calor en un rostro profesionalmente estéril. Me pregunté por cuánto habría vendido su alma. Esperaba que hubiese obtenido un buen precio.

Habíamos descendido dos niveles para llegar al salón. La gravedad del piso superior

se mantenía a una sexta parte de lo normal, en parte por la conveniencia del personal lunar, que eran los únicos trabajadores regulares de Skyfac, pero, sobre todo (claro), por la conveniencia de Carrington. Sin embargo, el descenso produjo un ligero aumento de peso, tal vez un quinto o un cuarto de lo normal. Mi pierna se quejaba con amargura; pero, ante mi enorme sorpresa, descubrí que prefería el dolor a su ausencia. Resulta un poco triste que un amigo te abandone de ese modo.

El salón era más grande de lo que yo suponía; lo bastante espacioso para nuestros propósitos. Abarcaba tres plantas, y una pared entera contenía una inmensa pantalla de vídeo, a través de la cual, las estrellas giraban alocadamente, agregándose a ellas, de vez en cuando, una rodaja de la madre Tierra. El suelo estaba lleno de sillas y mesas, en diversas agrupaciones, pero me di cuenta de que, vacía de muebles, le proporcionaría a Shara un adecuado salón de baile; además, mis pies me dijeron que la superficie era perfecta para la danza. De pronto, recordé lo poco que debía de servir el suelo.

—Bueno —me dijo Shara con una sonrisa—, esto será nuestro hogar durante los próximos seis meses. El salón del Anillo Dos es idéntico a éste.

—¿Seis? —preguntó McGillicuddy—. Imposible.

—¿Qué quiere decir? —inquirimos Shara y yo al unísono. Parpadeé ante nuestro volumen de voz combinado.

—Bueno, es probable que usted lo soporte bien, Charlie; pero Shara lleva más de un año con la gravedad reducida, cuando estaba en la sala de mecanografía.

—¿Y bien...?

Mire, si no lo he entendido mal, ustedes han de realizar caídas libres la mayor parte del tiempo.

—Doce horas diarias —aclaró Shara.

Shara... —El joven dejó ver un mohín—. Odio tener que decirlo..., pero será sorprendente si resiste un mes. Un cuerpo diseñado para el ambiente de una gravedad, no funciona como es debido en la gravedad cero.

—Mi cuerpo se adaptará, ¿verdad?

—Seguro —rió Tom con amargura—. Por eso, cambiamos todo el personal de la Tierra cada catorce meses. Su cuerpo se adaptará. En un sentido. Sin regreso. Una vez plenamente adaptada, la vuelta a la Tierra le pararía el corazón... si antes no ocurría otro fallo mayor del organismo. Oiga, usted ha estado tres días sólo en la Tierra. ¿No ha sentido dolores en el pecho? ¿Mareos? ¿Trastornos intestinales? ¿Vahídos al subir? ¿Vómitos?

—Sí, todo eso —admitió ella.

—¿Lo ve? Usted se hallaba cerca del límite nominal de los catorce meses cuando se marchó. Y su cuerpo se adaptará más rápidamente aún sin ninguna gravedad. El récord de resistencia en caída libre de unos ocho meses lo marcó un equipo de construcción de Skyfac con algunos problemas... y no habían pasado antes un año en una gravedad de sexto grado, ni esforzaban sus corazones como usted lo hace. Caramba, ahora tenemos cuatro hombres de la Luna, de la primitiva docena del primer equipo de minería, los cuales no volverán a ver la Tierra. Ocho de sus compañeros lo intentaron. ¿Conoce usted algo del espacio?

Oh, he de quedarme cuatro meses al menos. Cuatro meses de duro trabajo, todos los días. *Debo* quedarme.

Shara se sentía defraudada, pero luchaba por recuperar el dominio sobre sí misma.

McGillicuddy empezó a mover la cabeza, pero lo pensó mejor. Sus cálidos ojos estudiaban a Shara. Yo comprendí sus pensamientos y me gustó por ello.

Pensaba: *¿Cómo diablos le digo a una dama encantadora que su sueño más querido es imposible?*

Y no estaba enterado de la mitad del caso. Yo sí «sabía» lo que Shara había invertido —de manera irrevocable— en ese sueño, y algo gritó dentro de mí.

De pronto, vi el círculo concéntrico en su mandíbula y cobré nuevas esperanzas.

El doctor Panzarella era un viejo enteco y nervioso, con unas cejas como dos orugas peludas. Llevaba un traje muy ceñido, que no le hubiese servido como traje presurizado en caso de emergencia. El cabello que le caía hasta los hombros hubiera debido ser una crin en aquel enorme cráneo; pero lo llevaba recogido en previsión de una súbita ausencia de gravedad. Un hombre precavido. Para emplear una metáfora anticuada, era un tipo de tirantes y cinturón. Examinó a Shara, le efectuó varios análisis, y le concedió menos de un mes y medio. Shara profirió insultos. Yo, también. McGillicuddy dijo las mismas obscenidades. Panzarella se encogió de hombros, volvió a realizar otros análisis muy cuidadosos, y, a regañadientes, se aflojó los tirantes del pantalón. Dos meses. Ni un día más. Menos tal vez, según las subsiguientes reacciones de su cuerpo a la progresiva falta de peso. Después, un año en la Tierra antes de arriesgarse más. Shara se mostró satisfecha.

No veía, por mi parte, cómo lo conseguiríamos.

McGillicuddy nos aseguró que Shara tardaría un mes como mínimo en aprender tan sólo a comportarse de manera competente en la gravedad cero, y mucho más a bailar. Su familiaridad con la gravedad de sexto grado, nos advirtió el joven, sería más un lastre que una ventaja. Después, tres semanas para la coreografía y los ensayos; otra más de grabación, y tal vez poder difundir una danza antes de que Shara regresara a la Tierra. No bastaba. Ella y yo habíamos calculado que necesitaríamos tres espectáculos sucesivos, cada uno bien recibido, para que Shara pudiese entrar en el mundillo de la danza por la puerta grande. Un año era demasiado espacio de tiempo..., *¿y quién sabía si Carrington no se hartaría de ella?* Por tanto, me dirigí a Panzarella.

—Señor Armstead —replicó, acalorado, el doctor—, tengo específicamente prohibido permitir que esa joven se suicide. —Sonrió torvamente—. Me han dicho que es una magnífica «relaciones públicas».

—Charlie, ya está bien —insistió Shara—. Puedo conseguir las tres danzas. Tal vez pierda un poco de sueño, pero no importa.

En cierta ocasión le dije a un hombre que no hay nada imposible. Él me había preguntado si yo era capaz de esquiar a través de una puerta giratoria. Tú no tienes...

Mi cerebro tropezó con un hiperimpulso, pensó en varias cosas, se dio de patadas en el trasero varias veces, y volvió al momento real a tiempo de oír cómo mis labios terminaban sin interrupción:

—... muchas elecciones. De acuerdo. Tom, haz que preparen bien ese condenado salón del Anillo Dos. Lo quiero vacío de muebles y con el suelo pulido, y que alguien pase una capa de pintura por la pantalla de vídeo, del mismo color que las otras tres paredes, y quiero decir idéntico color. Shara, quítate esas ropas y ponte los leotardos. Doctor, nos veremos dentro de doce horas. Deja de admirarte y en marcha, Tom... Iremos allí dentro de muy poco. ¿Dónde demonios están mis cámaras?

McGillicuddy farfulló:

—Tráiganme unos cuantos obreros. Necesito que hagan agujeros en las paredes, con las cámaras detrás de los mismos, un espejo unidireccional, seis localidades, una habitación contigua al salón para una consola mezcladora del tamaño de una carlinga de avión a propulsión, y que instalen una máquina de café Norelco junto a una silla. Necesitaré otra habitación para el montaje, totalmente privada, y con una oscuridad completa, del tamaño de una cocina eficiente, y otra Norelco.

—Señor Armstead —me espetó Tom—, éste es el Anillo principal de Skyfac Uno. Un complejo, las oficinas administrativas de una de las corporaciones más acaudaladas que existen. Si piensa que todo el Anillo estará cabeza abajo por usted...

Le planteamos el problema a Carrington. Éste le indicó a Tom que el Anillo era «nuestro» y que debía proporcionarnos todo lo que pidiéramos. Parecía algo distraído.

McGillicuddy empezó a decirle cuántas semanas retrasaría eso la inauguración del complejo del Skyfac Dos. Carrington le replicó al instante que sabía sumar y restar muy bien, y que gracias... McGillicuddy palideció, y enmudeció.

Debo agradecerle eso a Carrington: nos dio vía libre.

Panzarella pasó al Skyfac Dos con nosotros. Nos condujeron en el trasbordador unos individuos que eran astronautas de barbilla estrecha, en un vehículo que semejava una escoba preñada. Fue magnífico tener al doctor junto a nosotros, ya que Shara se desmayó al concluir el viaje. A mí casi me ocurrió lo mismo, y estoy seguro de que la escoba espacial todavía ostenta las huellas de mis muslos: caer en el espacio es una experiencia terrible la primera vez. Shara respondió de manera espléndida cuando volvió a bordo, y, por fortuna, no tuvo más vómitos, pues la náusea puede ser una gran molestia en la caída libre, un desastre con un traje presurizado puesto. Cuando mis cámaras y la consola de montaje llegaron. Shara ya estaba de pie, tímidamente. Y, mientras yo dirigía a un equipo de técnicos para que realizaran la instalación más de prisa de lo que era humanamente posible. Shara empezó a aprender a moverse en la gravedad cero.

A las tres semanas, estuvimos listos para la primera grabación.

Los cuartos para alojarnos y para el sostén mínimo para la vida fueron dispuestos para nosotros en el Anillo Dos, a fin de que pudiésemos trabajar las veinticuatro horas del día si nos apetecía, pero casi la mitad de nuestro nominal «descanso» la pasábamos en Skyfac Uno. Shara tenía que dedicarle un día y medio a Carrington, y una buena parte de su tiempo restante por el espacio, se la pasaba en un traje presurizado. Al principio, fue un esfuerzo consciente por superar su temor al vacío. Pronto se convirtió en su lugar de meditación, su retiro, su ensueño artístico: un intento de obtener, con la contemplación de las heladas y negras profundidades, la suficiente visión interior sobre el significado de la existencia extraterrestre, a fin de bailar gracias a ella.

Yo pasaba el tiempo discutiendo con los ingenieros, los electricistas y los técnicos, y con un maldito enviado del Sindicato que insistía en que el segundo salón, terminado o no, pertenecía a una hipotética dotación futura y al personal administrativo. Conseguir su permiso para trabajar allí me desgarró la garganta, y alteró mis nervios. Pasé muchas noches haraganeando en lugar de dormir. Un pequeño ejemplo: todas las paredes interiores de aquel condenado Segundo Anillo estaban pintadas con el mismo matiz de color turquesa... y no supieron obtener el color idéntico para tapar la pantalla de vídeo. McGillicuddy fue el que impidió que sufriese una apoplejía. A sugerencia suya, quité la tercera capa de látex, saqué la cámara que alimentaba la pantalla, la volví hacia el otro lado, y la fijé de manera que mirase hacia una pared interior de una habitación contigua. Esto hizo que volviésemos a ser amigos.

Todo funcionaba de igual manera: improvisación, lima para que algo encajase y pintura para tapar. Si una cámara se estropeaba, me pasaba las horas de descanso con los ingenieros, para averiguar qué piezas de entre las que había en existencia, podían adaptarse a la cámara. Simplemente, resultaba demasiado costoso que nos enviaran algo desde la inmensa gravedad de la Tierra, y en la Luna no se encontraba lo que yo necesitaba.

Shara, por su parte, trabajaba más que yo. Un cuerpo debe coordinarse por completo de nuevo para que funcione en ausencia de peso: ella tenía que olvidar todo lo que sabía o había aprendido sobre la danza, y adquirir una nueva serie de habilidades. Eso resultó ser más difícil de lo que habíamos esperado. Tom tenía razón. Lo que Shara había aprendido en su año de un sexto grado de gravedad era un intento exagerado de «retener» las pautas terrestres de la coordinación. Para mí, resultaba mucho más fácil rechazarlas.

Pero yo no podía ir al mismo paso que ella: tenía que abandonar toda idea de trabajar con una cámara en las manos y fundar mis planes exclusivamente en las seis cámaras fijas. Por fortuna, las GLX-5000 tienen un montaje de bola y encaje; incluso

detrás de esa maldita lente unidireccional, tenía cuarenta grados de oposición en cada una. Aprender a coordinar simultáneamente las seis cámaras en la Tabla Hamilton fue algo extraordinario, y me elevó al último peldaño de la unidad con mi arte. Descubrí que podía ocuparme de los seis monitores con mi ojo mental, para percibir, casi esféricamente, no para compartir mi atención entre las seis, sino para *rodearlas* a todas, viendo como un ser de seis ojos desde muchos ángulos a la vez. Mi ojo mental se tornó holográfico, y mi sentido del conocimiento, múltiple. En realidad, empecé a comprender, por primera vez, la fotografía tridimensional.

Fue esa cuarta dimensión el impulso. Shara tardó dos días en decidir que no podía mostrarse lo bastante eficiente en caída libre manteniendo una pieza durante media hora en el tiempo requerido. De manera que rehizo su plan de trabajo, y adaptó su coreografía a las exigencias presentes. Estuvo seis días bajo el peso normal de la Tierra.

Y también eso la condujo al último peldaño de la apoteosis.

El lunes de la cuarta semana empezamos a grabar *Liberación*.

Plano establecido:

Una gran caja turquesa, vista desde dentro. Dimensiones desconocidas, pero el color le presta una impresión de inmensidad, de grandes distancias. Contra la pared opuesta, un reloj de péndulo afirma que éste es un ambiente de gravedad normal: pero el péndulo se mueve con tal lentitud, y es de fabricación tan en serie, que resulta imposible calcular su tamaño y, así, extrapolar las dimensiones de la habitación.

Debido a este efecto de *trompe l'oeil*, la habitación parece más pequeña de lo que es cuando la cámara retrocede y nosotros nos colocamos en la perspectiva apropiada para la aparición de Shara, postrada boca abajo, inerte, en el suelo, de cara a nosotros.

Lleva unos ajustados leotardos beige. El cabello caoba peinado en una cola de caballo que cae sobre un omóplato. Parece no respirar. Da la sensación de que no está viva.

La música comienza. El viejo Mahavishnu, un anticuado acústico de nylon, establece un mi menor sin prisas. Un par de cirios en candelabros sencillos aparecen intercalados a cada lado de la habitación. Son enormes, aunque pequeños al lado de Shara. Los dos están apagados.

Su cuerpo..., no hay palabras para expresarlo. No se mueve, en el sentido de una actividad motora. Uno podría decir que un círculo concéntrico pasa por él, salvo que el movimiento es claramente excéntrico desde su centro. Se *infla*, como si el primer aliento de vida fuese extraído de su cuerpo. Vive.

Las dos velas empiezan a lucir, oh, con suavidad. La música adopta un tono de urgencia.

Shara levanta el rostro hacia nosotros. Sus ojos se enfocan más allá de la cámara aunque no en el infinito. Su cuerpo se retuerce, ondula, y las dos velas brillan como carbones. (Que esta iluminación tiene lugar en movimiento lento no es aparente.)

Una contracción violenta la levanta a una postura agazapada, movimiento que esparce la cola de caballo por su espalda. Mahavishnu inicia una cascada cíclica de escalas, en un *tempo* creciente. Largas lenguas de llamas amarillo anaranjadas empiezan a encorvarse desde las dos velas, cuyos pabilos se tornan azulados.

El final de la contracción pone a Shara de pie. Las llamas gemelas de las velas se curvan sobre sí mismas, se retuercen con furia, hasta convertirse en llamas de velas convencionales, vacilando en tiempo normal. Bombos, tambores y un contrabajo se unen a la guitarra, y un enérgico interjuego se inicia alrededor de una séptima menor que intenta, inútilmente, hallar resolución en la sexta. Las velas quedan en perspectiva, pero disminuyen de tamaño hasta que se desvanecen.

Shara empieza a explorar las posibilidades del movimiento. Primero, se mueve sólo perpendicular a la cámara, explorando esta dimensión. Cada movimiento de piernas o cabeza se ve con claridad como un desafío a la gravedad, como una fuerza tan inexorable como los residuos radiactivos, como la entropía. Los brotes más violentos de energía

durán sólo algún tiempo: la pierna extendida cae, el brazo estirado se abate. Ella debe forcejear o caer. Se detiene a pensar.

Sus manos se tienden hacia la cámara, y en ese momento, cortamos para pasar a una panorámica de la pared izquierda. Vista desde el lado derecho, Shara alarga los brazos hacia la nueva dimensión, y pronto empieza a moverse en ella. (Cuando sale del campo de la cámara, toda su imagen pasa a la derecha de nuestra pantalla, y es borrada por la que entra en plano desde la segunda cámara, que la capta cuando la primera imagen se pierde sin ensamblaje visible.)

La nueva dimensión tampoco llena los anhelos de Shara de liberarse de la gravedad. Combinando ambas, sin embargo, se ofrecen tantos cambios de movimiento que, por unos instantes, intoxicada, se dedica a experimentar. En los siguientes quince minutos, se recapitulan todos los comienzos y la historia de Shara como bailarina, en un cegador *tour de forcé*, que incorpora elementos de jazz, música moderna, y los aspectos más gráciles de la gimnasia a nivel olímpico. Cinco cámaras entran en juego, solas o a pares, sobre una pantalla partida, cuando la «bolsa de trucos», amasados en una vida entera de estudio e improvisación, es descubierta de nuevo, y representada por un cuerpo soberbiamente entrenado y versátil, en un despliegue pirotécnico que haría gritar de júbilo si su expresión no continuara ausente, casi arrogante. *Esta es la oferta, parece decir, que vosotros no aceptáis. Y, por sí misma, no es bastante buena.*

Y no lo es. Incluso en su energía rabiosa y en su absoluto control, su cuerpo vuelve una y otra vez al compromiso final de la mera erección, la última y simple negativa a caer.

Aprieta la mandíbula y se dedica a una serie de saltos, cada vez más largos, cada vez más altos. Al fin, parece quedar suspendida durante varios segundos, como si ansiara volar. Cuando, inevitablemente, cae, lo hace a pesar de sí misma, y aun así la caída se produce en el último posible instante; se repliega sobre sí misma y rueda para quedar de pie. Los músicos tocan en un frenético *crescendo*. Ahora, la vemos sólo por la primera cámara, y las velas gemelas, pequeñas pero ardiendo ferozmente, han vuelto al plano.

Los saltos empiezan a disminuir en intensidad y altura, y ella tarda más en darlos. Lleva bailando unos veinte minutos, y las llamas de las velas comienzan a desvanecerse, lo mismo que la fuerza de Shara. Al final, se retira a un lugar situado bajo el indiferente péndulo, reúne todas sus energías en un acto de desesperación final, y corre hacia nosotros.

En un breve espacio alcanza una terrible velocidad, ejecuta un doble giro y salta en el aire con un pie; un segundo más tarde, parece que es empujada contra el vacío durante unos centímetros más de altura. Su cuerpo se pone rígido y abre mucho la boca y los ojos; las llamas alcanzan su máximo brillo, la música llega a su cenit con el gemido torturado de una guitarra eléctrica y ella cae, apenas ejecutando un giro cada vez, sólo irguiéndose de manera agachada. Se mantiene así un largo momento, y, de modo gradual, abate la cabeza y los hombros, derrotada, hacia el suelo. Las llamas de las velas se doblan sobre sí mismas, de una forma extraña y se apagan. El contrabajo continúa su melodía, modulando en re.

Músculo a músculo, el cuerpo de Shara cede y finaliza su lucha. El aire parece temblar en torno a los pabilos de las velas, que ahora son tan altas casi como la forma agachada de Shara.

Ella levanta el rostro hacia la cámara con evidente esfuerzo. Su expresión es de angustia, tiene los ojos casi cerrados. Una larga batalla.

De repente, abre los párpados, cuadra los hombros y se contrae. Es la contracción más exquisita y más completa jamás soñada, filmada en la realidad, aunque como si se realizara en cámara lenta. Se mantiene así. Mahavishnu vuelve con la guitarra, tocando a un *tempo* en *crescendo* desde una cuerda muy baja hasta un re, con una cuarta plana. Shara resiste.

Por primera vez, cambiamos a una cámara elevada que mira a Shara desde gran

altura. Mientras Mahavishnu llega al punto en que el acorde parece un zumbido sostenido, Shara, con lentitud, eleva la cabeza, sin perder la contracción, hasta que nos mira directamente. Conserva la misma postura una eternidad, como un muelle a punto de saltar...

... y salta hacia nosotros, se eleva cada vez más y más de prisa de lo que posiblemente podría hacer en un vuelo planeado, que se vuelve movimiento lento, acercándose cada vez más hasta que sus manos desaparecen a cada lado y su rostro llena la pantalla, flanqueada por dos velas que han vuelto a surgir en gotas de llamas amarillentas, en un instante. La guitarra y el contrabajo quedan sumergidos en la orquesta.

Casi al momento, gira, se aparta de nosotros, y el POV cambia a la cámara original, donde la vemos descender diez metros hacia el suelo, entonces cambia de postura a la mitad del vuelo, y, retorciéndose, surge del giro en una trayectoria absolutamente plana que la conduce a lo largo de la estancia. Choca con la pared opuesta, con un golpe que se oye por encima de la música, y que rompe el callado péndulo. Sus muslos absorben la energía cinética y la sueltan, y, una vez más, ella viene rauda hacia nosotros, el cabello ondeando a su espalda, y una amplia sonrisa de triunfo cada vez mayor en la pantalla.

En los cinco minutos siguientes, las seis cámaras tratan en vano de seguirla mientras ella revolotea por toda la habitación como un colibrí que intenta salir de la jaula, usando las paredes, el suelo y el techo igual que lo hace un maestro en jai alai, «existiendo en tres dimensiones». La gravedad queda derrotada. Se ha trascendido el supuesto básico de todas las danzas.

Shara se ha transformado.

Al fin, descansa en el centro vertical de la parte delantera del cubo turquesa, brazos-piernas-dedos-pies-rostro se alargan hacia afuera y giran con suavidad extremo sobre extremo. Las cuatro cámaras que la siguen se unen en una pantalla dividida en cuatro, la orquesta se resuelve en un sí mayor final..., y la imagen se desvanece.

Yo no tenía ni el tiempo ni el equipo necesarios para crear los efectos que Shara deseaba. Por eso, busqué la forma de retorcer la realidad según mis necesidades. La primera vela era un pedazo de vela retorcido, soplado desde arriba, en un movimiento hiperlento, y a la inversa. La segunda, un simple recuerdo de la realidad. Yo había encendido la vela, y empecé a grabar... matando el giro del Anillo. Una vela se comporta de manera muy extraña en la gravedad cero. Los gases de combustión, de lenta condensación, no surgen de la llama, y permiten que el aire la alcance por debajo. La llama no sale y se torna «durmiente». Si se restaura la gravedad al cabo de un par de minutos, vuelve a la vida. Lo que hice fue un truco junto con la música y el baile de Shara, de manera que todo se coordinara a la perfección. La idea la saqué de Harry Stein, el capataz de albañilería de Skyfac, que me ayudó a diseñar la siguiente danza.

Instalé una pantalla en el salón del Anillo Uno, y todos los que constituían el personal de Skyfac, y podían abandonar el trabajo, acudieron a presenciar el espectáculo. Casi medio segundo antes, vieron exactamente lo que el mundo entero veía, por medio del satélite de comunicaciones. (Carrington tenía suficiente autoridad para disponer de veinticinco minutos, sin interrupción para la publicidad.)

Yo pasé todo el espectáculo en el Salón de Comunicaciones, mordiéndome las uñas. Mas todo transcurrió sin la menor insinuación del resultado, por lo que salí a tiempo de oír la última mitad de la ovación. Shara se hallaba delante de la pantalla, con Carrington sentado a su lado. Entonces observé la diferencia que había en sus instructivas expresiones. El rostro de ella no mostraba ni sorpresa ni modestia. Siempre había tenido fe en sí misma; había aprobado la grabación, y sabía, con el increíble desapego de que tan pocos artistas son capaces, que el tremendo aplauso era lo que se merecía. Sin embargo, su rostro demostraba la profunda sorpresa que sentía y lo sumamente agradecida que estaba por otorgarle lo que se había ganado.

Carrington, por otra parte, dejaba ver una expresión de triunfo mezclado con un extraño

alivio. También había tenido fe en Shara, y la había apoyado con una amplia inversión, pero su fe era la que el comerciante tiene en un juego que supone le dará buenos resultados. Al ver sus ojos, el sudor que perlaba su frente, comprendí que ningún hombre de negocios acepta un juego caro sin estar preocupado por el fracaso que puede ser el comienzo de su única y esencial baza: la fachada.

Aquella clase de triunfo al lado de Shara me estropeó el momento de gloria, y, en lugar de emocionarme por Shara, casi empecé a odiarla. Shara me vio y me hizo señas para que me uniera a ella ante la enloquecida multitud, pero di media vuelta y huí de la estancia. Le pedí una botella a Harry Stein y me emborraché.

A la mañana siguiente, mi cabeza era como un fusible de quince amperios en un circuito de cuarenta, y pensé que sólo me mantenía de una pieza por la tensión superficial. Los movimientos repentinos me asustaban. Es una caída muy, muy larga, incluso aunque se produzca a un sexto de gravedad.

El teléfono sonó —no había tenido tiempo de cambiarle el timbre—, y un joven desconocido me anunció con tono cortés que el señor Carrington deseaba verme en su despacho. Al instante le hablé de un supositorio con púas y de lo que el señor Carrington podía hacer con él. Sin cambiar el tono, el joven repitió mi respuesta y colgó.

Me vestí, decidí dejarme la barba, y salí. Por el trayecto, me pregunté por qué había vendido mi independencia, y a cambio de qué.

El despacho de Carrington resultaba opresivo, pero, al menos, las luces quedaban amortiguadas. Mejor todavía: su sistema de filtro se cuidaba del humo, ya que el olor a «hierba» flotaba en el aire. Acepté un macrocigarro de Maci-Zowie de Carrington, con algo muy cercano a la gratitud, y mi resaca empezó a desvanecerse.

Shara se hallaba sentada junto al escritorio, con unos leotardos y una capa de sudor. Obviamente, había pasado la mañana ensayando la próxima danza. Me sentía avergonzado y, en consecuencia, muy tímido, evitando los ojos y el saludo de Shara. Panzarella y McGillicuddy entraron casi pisándome los talones, charlando del último avistamiento del misterioso objeto en el espacio, aparecido cerca de Mercurio esa vez. Discutían sobre si el objeto mostraba signos de inteligencia o no, y yo deseé que callasen.

Cuando todos estuvimos sentados, con los cigarrillos encendidos. Carrington descansó una cadera en su escritorio y sonrió.

—¿Bien, Tom?

Mejor de lo que esperábamos, señor —se ufanó Tom—. Todos los cálculos afirman que obtuvimos un setenta y cuatro por ciento del auditorio del mundo.

—¡Al diablo con los promedios! —grité—. ¿Qué dicen los críticos?

Bueno —parpadeó McGillicuddy—, la reacción general es que Shara obtuvo un triunfo. *The Times*...

Volví a interrumpirle:

—¿Cuál es la reacción menos general?

—Bueno, no se muestran unánimes...

—Especifica. ¿La prensa de la danza? ¿Liz Zimmer? ¿Migdalski?

Hum... Su crítica no es tan buena. Alaban a Shara, de acuerdo..., y dicen que sólo un ciego se perdería el espectáculo. Pero es una alabanza precavida. Humm... Zimmer la califica de danza magnífica estropeada por un final demasiado banal.

—¿Y Migdalski?

Encabeza su artículo con: «Pero ¿qué hace para una repetición?»— admitió Tom—. Su tesis básica es que se trata de un espectáculo encantador... para verlo una sola vez. Pero *The Times*...

—Gracias, Tom —le interrumpió Carrington—. Lo que esperábamos, más o menos, ¿verdad, querida? Un gran chapoteo, aunque nadie se atreve a llamarlo todavía una marea.

—Pero lo dirán, Bryce —asintió ella—. En las dos próximas danzas.

—Señora Drummond —intervino Panzarella—. ¿puedo preguntarle por qué bailó como lo hizo? Si usaba el interludio de gravedad cero sólo con un breve añadido a la danza convencional, es lógico que debiera esperarse una crítica así, con el comentario de que el final era banal.

—A fuer de honesta, doctor —respondió Shara con una sonrisa—, no podía hacer otra cosa. Estoy aprendiendo a utilizar mi cuerpo en caída libre, pero todavía se trata de un esfuerzo consciente, casi una pantomima. Necesitaré algunas semanas más para convertirlo en una segunda naturaleza, y así debe ser si deseo sostener toda una pieza. Por tanto, extraje una danza convencional del tronco, e hilvané sólo un final de cinco minutos con la gravedad cero, empleando todos los movimientos que yo conozco con esa gravedad, y, ante mi gran alivio, descubrí que formaban un buen sentido temático. Consulté la idea con Charlie, y él la puso en práctica visual y dramáticamente. Todo el tema de las velas fue suyo, con ellas destacaba lo que yo intentaba decir mejor que con cualquier decorado.

O sea, que todavía no ha completado lo que vino a hacer aquí...— comentó Panzarella.

Oh, no, en absoluto. La próxima danza le demostrará al mundo que el baile es algo más que una caída controlada. Y la tercera..., la tercera lo resumirá todo. —Su rostro se iluminó, y su expresión se animó—. La tercera danza será la que toda mi vida deseé montar. Todavía no puedo describirla por completo pero lo comprendí cuando empecé a darme cuenta de que sabía bailar. Sí, la crearé y será mi gran danza.

—¿Cuánto tiempo tardará en lograrlo? —preguntó Panzarella.

—No mucho. Estaré lista para grabarla dentro de dos semanas, y casi al momento empezaré con la tercera. Si hay suerte, todo estará listo antes de que el mes finalice.

—Señora Drummond —dijo Panzarella con tono grave—, me temo que usted no dispone de un mes.

Shara palideció y yo me levanté a medias de mi asiento. Carrington se mostró intrigado.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber Shara.

—Los últimos análisis no son nada alentadores. Yo había presumido que el ejercicio sostenido de los ensayos y la danza tenderían a desacelerar la adaptación de su sistema. Pero casi todo su trabajo lo ha realizado en una ingravidez absoluta, y yo no comprendí la extensión a la que su cuerpo está acostumbrado para un esfuerzo sostenido... en un ambiente terrestre.

—¿Cuánto tiempo? —insistió Shara.

—Dos semanas. Tal vez tres, con la condición de que pase tres horas diarias realizando ejercicios duros en dos gravedades.

—¡Eso es ridículo! —estallé—. ¿No conoce los giros de las danzas?

—Podría quedar destrozada en dos gravedades.

—¡Necesito cuatro semanas! —exclamó Shara.

—Lo siento, señora Drummond.

—¡Necesito cuatro semanas!

Panzarella tenía la misma expresión de tristeza que McGillicuddy, la misma que mostraba yo, y, de repente, me sentí harto de un universo en el que la gente tenía que ver a Shara de este modo.

—¡Maldición! —mascullé—. ¡Necesita cuatro semanas!

Panzarella sacudió su peluda cabeza.

—Si permanece en gravedad cero durante cuatro semanas, trabajando, puede morir.

Shara saltó de su silla.

—Entonces, moriré —proclamó—. Correré ese riesgo. Es preciso.

Carrington tosió antes de hablar:

—Me temo que yo no pueda permitirte, querida.

Shara se volvió hacia él, furiosa.

—Tu danza es una excelente publicidad para Skyfac —prosiguió él con calma—, pero si acaba por matarte, tendríamos un efecto de bumerán, ¿no lo comprendes?

Shara retorció los labios varias veces y luchó desesperadamente para controlarse. La cabeza me daba mil vueltas. ¿Morir? ¿Shara?

—Además —continuó Carrington—, he llegado a apreciarte mucho.

—Entonces, me quedaré en el espacio —replicó Shara.

—¿Dónde? Las únicas zonas de ingravidez sostenida son las factorías, y tú no estás cualificada para trabajar en ellas.

—Entonces, por favor, cédeme una de las nuevas cápsulas, las pequeñas esferas. Bryce, te daré un beneficio mucho más alto que cualquiera de tus factorías, y yo... —Su voz cambió— estaré a tu disposición siempre que lo desees.

—Sí —Carrington esbozó una perezosa sonrisa—. Pero yo tal vez no te desee «siempre», querida. Mi madre me advirtió seriamente que jamás debía adoptar decisiones irrevocables con respecto a las mujeres. En especial con las informales. Además, creo que el sexo a gravedad cero es demasiado agotador como dieta fija.

Casi recuperé la voz, y volví a perderla. Me alegraba que Carrington la humillase..., pero tal como lo hacía, yo sentía deseos de beber su sangre.

También Shara se quedó unos instantes sin saber qué decir. Y cuando habló, su voz sonó baja, intensa, casi suplicante.

—Bryce, es un asunto de tiempo. Si presento dos danzas más en las próximas cuatro semanas, tendré un mundo al que volver. Si he de regresar a la Tierra y aguardar uno o dos años, esa tercera danza se hundirá sin dejar rastro... Nadie la verá y el público no recordará las dos primeras. Esta es mi única opción, Bryce..., déjame correr el riesgo. Panzarella no puede garantizar que esas cuatro semanas me maten.

—No puedo garantizar su supervivencia —tronó el doctor.

—No puede garantizar que todos nosotros viviremos al término del día —replicó Shara—. Bryce —continuó, volviéndose hacia Carrington y mirándole fijamente—, deja que me arriesgue. Lograré que valga la pena.

En su rostro, mediante un enorme esfuerzo, apareció una sonrisa que clavó un cuchillo en mi corazón.

Carrington saboreó esa sonrisa y la rendición que el tono de la joven implicaba, como el hombre que paladea un fino clarete. Hubiese podido pegarle con mis manos y desgarrarle con mis dientes, y recé para que añadiera el final del abandono. Pero había subestimado su verdadera capacidad para la crueldad.

—Pues sigue con tus ensayos, querida —dijo el fin—. Cuando llegue el momento, adoptaremos la decisión final. He de reflexionar sobre ello...

—Creo que jamás me he sentido más desesperanzado, más... impotente en toda mi vida.

—Shara —intervine, a pesar de que sabía la inutilidad de ello—, no quiero que arriesgues tu vida...

—Voy a hacerlo, Charlie, con o sin ti —me interrumpió ella—. Nadie conoce mi trabajo tan bien para grabarlo adecuadamente, pero si deseas estar al margen, no puedo impedirlo. —Carrington me contemplaba con un interés algo lejano—. ¿Y bien...?

Pronuncié una obscenidad.

—Ya conoces la respuesta.

—Entonces, pongamos manos a la obra.

Los novatos son transportados en las escobas preñadas. Los veteranos cuelgan fuera de la escotilla hermética, asidos a la superficie del Anillo giratorio. Miran hacia el giro, y cuando su destino se divisa bajo el horizonte, se dejan caer. Las unidades impulsoras más perfectas construidas en guantes y botas aportan las necesarias correcciones de rumbo. Las distancias son pequeñas. Shara y yo, tras pasar más horas en ingravidez que algunos

técnicos que estaban en Skyfac desde hacía años, éramos veteranos ya. Efectuábamos un uso eficiente y justo de nuestros impulsores, sobre todo para cancelar la energía que el giro del Anillo nos impartió cuando nos fuimos de allí. Llevábamos micrófonos de garganta y receptores auriculares diminutos, pero no conversábamos mientras cruzábamos el vacío. Pasé el viaje apreciando el vacío estrellado a través del que caía (a la fuerza había llegado a comprender la atracción de la inmersión celeste), y me pregunté si me acostumbraría alguna vez al cese del dolor de mi pierna. Parecía incluso dolerme menos bajo el giro de aquellos días.

Aterrizamos, con menos fuerza de la empleada por un buzo espacial, en la superficie del nuevo estudio. Era un enorme globo de acero esmaltado, con pantallas solares y perdedoras de calor, sujetas por otras tres esferas en construcción, en las que trabajaban varias figuras con trajes presurizados. McGillicuddy me había contado que una vez terminado aquel complejo se utilizaría para «procesar la densidad controlada».

—¡Estupendo! —alabé.

—El molde de la dispersión espumosa y de la densidad variable —añadió él, como si eso lo explicara todo.

Tal vez fuese así. Por el momento, era el estudio de Shara.

La escotilla conducía a un espacio de trabajo algo menor alrededor de una esfera interior más pequeña aún, de unos cincuenta metros de diámetro. También estaba presurizada, a fin de contener un vacío, pero sus escotillas permanecían abiertas. Nos despojamos de los trajes presurizados, y Shara se puso los brazaletes impulsores, colgándose de la barra de ejercicios para ello. A continuación, se colocó las esclavas de los tobillos. Como joyas, resultaban casi ominosas, pero poseían cada una veinte minutos de uso continuo, y su manejo no era visible en la atmósfera normal ni bajo iluminación. Hubiese resultado sumamente difícil bailar sin ellas en interiores de gravedad cero.

Cuando se aseguraba la última cinta, me coloqué delante de ella y sujeté la barra.

—Shara...

Charlie, puedo conseguirlo. Realizaré ejercicios en «tres» gravedades, y dormiré en dos, y lograré que mi cuerpo lo soporte. Sé que puedo conseguirlo.

—¿Por qué no te saltas *Masa es un verbo*, y pasas directamente a la *Danza Estelar*?

—Todavía no estoy preparada —repuso, mientras también negaba con el gesto—, ni lo está el público. Primero he de bailar, y han de verme hacerlo, en una esfera, en un espacio limitado, antes de poder danzar en el espacio infinito y vacío, y antes de que el público sepa apreciarlo. He de liberar mi mente, y la de ellos, de todas las preconcepciones de la danza, he de cambiar los postulados. Incluso dos escenarios son pocos..., aunque sean el mínimo irreducible. —Sus pupilas se suavizaron—. Charlie..., debo hacerlo.

—Lo sé —gruñí.

Y di media vuelta.

Las lágrimas son una molestia en caída libre, pues no conducen a parte alguna. Empecé a izarme alrededor de la superficie de la esfera interior hacia el emplazamiento de la cámara con la que operaba, y Shara entró para iniciar el ensayo.

Recé mientras me ocupaba de mi equipo, colocando los cables entre las abrazaderas y conectándolos a los terminales en deriva. Por primera vez en muchos años recé..., recé para que Shara lo consiguiera. Para que ambos lo consiguiéramos.

Los doce días siguientes fueron los más duros de mi vida. Shara trabajó mucho más que yo. Pasaba medio día en el estudio, y el otro medio se ejercitaba bajo las gravedades dos y un cuarto, que era la máxima permitida por el doctor Panzarella, y también en la cama de Carrington, tratando de contentarle a fin de que la permitiese alargar el tiempo límite. Tal vez incluso dormía algunas horas. Sólo sé que nunca se la veía cansada, que no perdía su compostura ni su determinación. Obstinado, tal vez de manera reacia, su cuerpo perdió torpeza, adquirió más gracia incluso en un ambiente

donde ésta requería una enorme concentración. Como un niño que aprende a caminar. Shara aprendía a volar.

Hasta empecé a acostumbrarme a la ausencia de dolor en mi pierna.

¿Qué puedo decir de *Masa*, si no la han visto? Es imposible describirla, ni siquiera mal, en términos mecánicos, tal como podría escribirse una sinfonía en palabras. La terminología de la danza convencional es, por sus supuestas estructuras, menos que inútil, y si uno está familiarizado con la nueva nomenclatura, debe estarlo también con *Masa es un verbo*, de la que extrae sus supuestas estructuras.

No puedo decir muchas cosas de los aspectos técnicos de *Masa*. No tiene efectos especiales, ni siquiera música. La soberbia música de Brindle fue compuesta *de la danza*, y añadida a la cinta dos años más tarde, con mi permiso, pero fue la versión original, muda, la que me supuso la concesión del *Emmy*. Toda mi contribución, aparte de editarla y de la instalación de dos trampolines, fue camuflar unas baterías de luz de amplia dispersión, por grupos, alrededor de cada lente de la cámara, instalarlos de manera que sólo funcionaran cuando estuviesen fuera de marco con respecto a la cámara que filmase en un momento dado, de modo que Shara quedase siempre iluminada de frente y presentase dos sombras (no siempre congruentes). No intenté usar labor ya filmada sino que, simplemente, grabé lo que Shara bailaba, cambiando de POV sólo cuando cambiaba ella.

No. *Masa es un verbo* sólo puede describirse en términos simbólicos, y aun pobremente. Puedo afirmar que Shara demostró que la masa y la inercia son tan capaces como la gravedad de aportar el conflicto dinámico tan esencial para la danza. Puedo afirmar también que gracias a ellas, Shara compuso un estilo de danza que sólo hubiese podido imaginar un grupo formado por un acróbata, un buzo especialista, un escritor espacial y una bailarina submarinista. Puedo afirmar que Shara desmanteló el último velo entre sí misma y la máxima libertad de movimientos, sometiendo su cuerpo a su voluntad y el espacio a sus necesidades.

Y a pesar de afirmar todo esto apenas he dicho nada. Porque Shara buscaba algo más que la libertad..., buscaba el significado. *Masa* era, por encima de todo, el título equívoco que parangonaba su ambigüedad temática entre la tecnología y la teología. Shara convirtió la confrontación humana con la existencia en un acto transitivo, y halló a Dios a medio camino. No deseo dar a entender que su danza estuviera dirigida en ningún momento a un dios exterior, a una discreta entidad con o sin barba blanca. Su danza estaba dirigida a la realidad. Daba expresiones sucesivas a las Tres Eternas Cuestiones formuladas por los seres humanos de todas las épocas.

Su danza observaba su Ego y preguntaba: «¿Cómo he llegado a estar aquí?».

Su danza observaba el Universo en el que su Ego existía y preguntaba: «¿Cómo he logrado que todo esté conmigo?».

Y, al fin, observando su Ego en relación con el Universo, preguntaba: «¿Por qué me siento tan sola?».

Y una vez se formulaba estas preguntas, habiéndolas hecho con todos los músculos y los tendones de su cuerpo, se detenía, suspendida en el centro de la esfera, con todo su ser abierto al Universo, y cuando no hallaba las respuestas, se contraía. No en un sentido dramático, saltando hasta el techo, como hiciera en *Liberación*, sino en una contracción de tensión y energía. Era algo físicamente similar, pero se trataba de un fenómeno sumamente distinto. Era un enfoque interior, un acto de introspección, un giro del ojo de la mente (del alma, tal vez) sobre sí mismo, en busca de unas respuestas que no se hallaban en ninguna otra parte. Su cuerpo, por tanto, también parecía doblarse sobre sí mismo, para formar una masa compacta, tan regular que su postura en el espacio no resultaba perturbada.

Y, al buscar en sí misma, se cerraba en el vacío. La cámara se desvanecía, y la dejaba sola, encapsulada, anhelante. La danza terminaba, pero sus tres preguntas seguían sin

obtener respuestas, y su tensión interrogante sin resolverse. Sólo la expresión de paciente espera en su rostro, que embotaba el asombroso borde del no final, hacía tolerable una señal bendita, pequeña y susurrante: «Continuará».

Al día decimoctavo lo teníamos ya en el cilindro, en forma rudimentaria. Shara lo apartó de inmediato de su mente y empezó la coreografía de *Danza estelar*, pero yo pasé dos días difíciles editando la danza anterior antes de estar listo para poder dar a conocer la grabación. Me quedaban cuatro días hasta la media hora del tiempo que Carrington había adquirido...; mas ésa no era la amenaza que sentía deslizarse por mi cuello.

McGillicuddy entró en mi sala de trabajo mientras yo estaba mezclando, y aunque vio las lágrimas que resbalaban por mi rostro, no dijo nada. Dejé pasar la cinta: él la contempló en silencio, y pronto también tuvo las mejillas mojadas. Cuando la cinta hubo terminado, al cabo de unos segundos, exclamó:

—Cualquier día, abandonaré este apesadoso trabajo. Yo no repliqué.

—Antes fui instructor de karate. Bastante bueno. Volvería a enseñar, tal vez pudiera realizar una labor de exhibición, y ganar un diez por ciento de lo que gano ahora.

Seguí sin hablar.

—Todo este maldito Anillo está derivado y lleno de trampas y micros. En el escritorio de mi despacho se pueden activar y grabar todos los videófonos de Skyfac. En realidad, cuatro a la vez.

No dije nada.

—Os vi a los dos en la escotilla cuando llegasteis la última vez. La vi derrumbarse, y a ti haciéndola revivir. Y la oí hacerte prometer que no se lo dirías al doctor Panzarella.

Aguardé. La esperanza se agitaba en mí.

He venido —continuó Tom, mientras se enjugaba el sudor del rostro— a decirte que pienso contarle a Panzarella lo que he visto. Para que él obligue a Carrington a enviar a Shara a la Tierra de inmediato.

—¿Y ahora...? —pregunté.

—Ya he visto la grabación.

—¿Y sabes que probablemente la *Danza estelar* la matará?

—Sí.

—¿Y sabes que debemos permitir que la interprete?

—Sí.

La esperanza murió. Asentí.

—Entonces, lárgate y déjame trabajar.

Se largó.

En Wall Street y a bordo del Skyfac era ya una hora tardía cuando tuve la cinta editada a mi satisfacción. Llamé a Carrington, le pedí que me recibiese al cabo de media hora; después, me afeité, me duché, me vestí y salí.

Un mayor del Mando Espacial se hallaba con Carrington cuando entré en el despacho de éste, mas como no nos presentó, le ignoré. Shara también estaba presente; llevaba un vestido hecho de humo anaranjado, que dejaba sus senos al aire. Obviamente, Carrington le había obligado a ponérselo, como un pilluelo escribe obscenidades en un altar, pero lo llevaba con una perversa y curiosa dignidad, cosa que estuve seguro que enojaba a Carrington. La miré a los ojos y sonrió.

—Hola, chica. Es una excelente grabación.

—Veamos —pidió Carrington.

Él y el mayor se acomodaron detrás del escritorio y Shara se sentó junto al mismo.

Metí la cinta en el equipo de vídeo de la pared del despacho, reduje las luces y me senté frente a Shara. La grabación duró veinte minutos, sin interrupción, sin banda sonora, desnuda.

Fue maravilloso.

«Asombroso» es una palabra graciosa. Para asombrar, una cosa debe tocarle a uno en un lugar que no se haya cubierto por la armadura del cinismo. Creo que yo nací cínico, y me he asombrado tres veces en mi vida, que recuerde. La primera fue cuando, a los tres años, supe que había personas que podían hacer daño a los gatitos. La segunda, al enterarme, a los diecisiete años, que había personas que podían tornar LSD y perjudicar a otros por pura diversión. La tercera ocurrió cuando *Masa es un verbo* terminó y Carrington dijo en un tono plenamente convencional:

—Muy agradable, muy graciosa. Me gusta.

Entonces me enteré, a los cuarenta y cinco años, que existen hombres, que no son tontos ni cretinos sino inteligentes, que podían ver bailar a Shara y no «verla». Todos nosotros, incluso los más cínicos, siempre tenemos alguna ilusión en nuestro corazón.

Shara se limitó a no darle importancia, pero pude observar que el mayor estaba tan asombrado como yo, y que controlaba sus facciones con un visible esfuerzo.

De repente, agradeciendo una distracción que ahuyentase mi horror, mi desaliento, le estudié con más detenimiento, y me pregunté por primera vez qué hacía allí. Era de mi edad, delgado y de aspecto más duro que yo, con hebras plateadas en el cabello y un bigote muy bien cuidado. Creí que era un camarada de Carrington, pero tres indicios me hicieron cambiar de parecer. Algo indefinible acerca de sus ojos me dijo que era un militar con gran experiencia en el combate. Algo, igualmente indefinible, en su apostura me indicó que se hallaba de servicio en ese momento. Y una ligera contracción en la línea de su boca me hizo suponer que estaba disgustado con dicho servicio.

—¿Qué opina, mayor? —preguntó Carrington con tono cortés.

El aludido permaneció en silencio unos instantes, como si reuniera sus ideas mientras escogía las palabras. Cuando habló, no se dirigió a Carrington.

—Señora Drummond, soy el mayor William Cox. comandante de la nave espacial *Campeón*, y es un honor para mí el conocerla personalmente. Bien, esto ha sido lo más conmovedor que he visto en toda mi vida.

Shara le dio las gracias con gravedad.

—Le presento a Charles Armstead, mayor Cox. Él hizo la grabación.

Cox me miró con renovado respeto.

—Una labor magnífica, señor Armstead.

Me alargó la mano y se la estreché.

Carrington empezaba a comprender que los tres compartíamos algo que le excluía.

—Me alegro que le haya gustado, mayor —murmuró, sin visibles muestras de sinceridad—. Podrá verlo otra vez mañana por la noche en televisión, si está libre de servicio. Después, por supuesto, habrá cassettes disponibles. Y ahora, tal vez podamos ocuparnos del asunto que nos interesa.

La expresión de Cox se volvió fosca, como si su rostro lo cerrase una cremallera, y se mostró rígidamente formal.

—Como desee, señor.

Intrigado, inicié lo que pensé era un asunto que interesaba.

Me gustaría que su jefe de comunicaciones supervisara esta transmisión, señor Carrington. Shara y yo estaremos demasiado ocupados para...

Mi jefe de comunicaciones supervisará la transmisión, Armstead— me interrumpió Carrington—, aunque no creo que ustedes vayan a estar demasiado ocupados.

Me sentía decaído por la falta de sueño, y mis reacciones eran lentas. Carrington tocó su escritorio con delicadeza.

—McGillicuddy, informe al momento —dijo, soltando el botón—. En realidad, Armstead, Shara y usted regresan a la Tierra. Ahora mismo.

—¿Qué?

—¡Bryce, no puedes! —gritó Shara—. Me habías prometido...

—Te prometí que lo meditaría, querida —la corrigió él.

—¡Al diablo con lo que dijiste hace tres semanas! Anoche lo prometiste.

—¿De veras? Querida, anoche no había testigos. Creo que esto es lo mejor, ¿no? La cólera me impedía hablar. Apareció Tom.

—Hola —le saludó Carrington con tono agradable—. Estás despedido. Regresas a la Tierra al instante con el señor Armstead y la señora Drummond, a bordo de la nave del mayor Cox. Salida dentro de una hora, y no se dejen nada que sea de su agrado. —Pasó la mirada de Tom a mí—. En el despacho de Tom se pueden grabar todos los videófonos de Skyfac. Y desde el mío, puedo grabar los del escritorio de Tom.

—Bryce, dos días —suplicó Shara en voz baja—. Maldición, señala el precio.

Lo siento, querida —sonrió él con ligereza—. Cuando me informó de tu desmayo, el doctor Panzarella se mostró muy específico. Ni un día más. Viva, supones una distinción más para la imagen de Skyfac. Tú eres mi regalo para el mundo. Muerta, serías como un albatros en mi cuello. No puedo permitir que mueras en mi propiedad. Como preveía que te resistirías a marcharte, hablé con un amigo de los más altos escalones del Mando Espacial —miró al mayor Cox—, que ha sido lo bastante amable como para enviar al mayor para que os escolte a casa. No estáis arrestados en el sentido legal, pero os aseguro que no tenéis elección alguna. Se os aplica algo que suena como «custodia protectora». Adiós. Shara.

Alargó la mano hacia un montón de informes del escritorio. Me sentía sorprendido al máximo.

Atravesé lo ancho del escritorio y agaché la cabeza para golpearle directamente en el esternón. Su silla se volcó, rompiéndose. Me recuperé con tanta rapidez que tuve tiempo de aplicarle un glorioso rechazazo. Tal como se le pega a una pelota de baloncesto, para que rebote en el suelo. Eso hice con mi cabeza, en un movimiento de lenta gravedad.

Cox me obligó a enderezarme y me empujó hacia el otro extremo de la habitación.

—¡No! —gritó.

Su voz demostró que estaba acostumbrado al mando, porque me detuvo en seco.

Yo respiraba entrecortadamente, mientras Cox ayudaba a levantarse a Carrington.

El millonario se palpó la nariz aplastada, examinó la sangre de sus dedos, y me contempló con odio reconcentrado.

—¡No volverá a trabajar en vídeos, Armstead! ¡Está acabado! Terminado. Sin empleo, ¿lo entiende?

Cox le dio un golpecito en la espalda y Carrington se volvió hacia él.

—¿Qué diablos quiere? —ladró.

—Carrington —sonrió Cox—, mi difunto padre dijo en cierta ocasión: «Bill, que tus enemigos lo sean por elección, no por accidente».

Y con el correr de los años he observado que es un excelente consejo. Aplíqueselo.

—Y es realmente bueno —concedió Shara.

Carrington parpadeó.

—¡Fuera, todos, fuera! —gritó, cuadrando sus anchos hombros—. ¡Fuera de mi propiedad al momento!

Por mudo consenso, esperamos a McGillicuddy, el cual conocía su papel.

—Señor Carrington, es un raro privilegio y un gran honor haber sido despedido por usted. Siempre pensaré en esto como en una derrota pírrica.

Se inclinó a medias y salimos de allí, cada uno henchido por una sensación de triunfo que debió durarnos diez segundos.

La sensación de caer que acompaña a la gravedad cero es una verdad literal, pero el cuerpo no tarda en tratarlo como una ilusión. Ahora, en la gravedad cero por última vez, durante la media hora que faltaba para entrar en el campo gravitatorio de la Tierra, sentí que caía. Caía en un pozo de gravedad sin fondo, arrastrado hacia abajo por un yunque que era mi corazón, con los restos de un sueño que debía de haberme sostenido volando

en lo alto.

El *Campeón* era tres veces mayor que el yate de Carrington, lo cual me produjo una cierta alegría infantil hasta que recordé que me hallaba en la nave sin pagar ni por el carburante ni por la tripulación. Un guardia nos saludó en la escotilla cuando entramos. Cox nos condujo a un compartimiento a popa de la escotilla, donde estaríamos sujetos. Cox observó que sólo me servía de la mano izquierda.

—Señor Armstead —dijo cuando nos detuvimos—, mi difunto padre también decía: «Golpea las partes blandas con la mano. Golpea las partes duras con algún instrumento». Por lo demás, no encuentro fallo alguno en su técnica. Me gustaría poder estrecharle la mano.

Traté de sonreír, pero no estaba de humor.

—Admiro su gusto por los enemigos, mayor —dije.

Un hombre no puede pedir nada más. Temo que no dispongo de tiempo para ocuparme de su mano hasta que aterricemos. Iniciaremos la reentrada de inmediato.

—Olvídelo.

Se inclinó ante Shara, aunque no le dijo cuan profundamente lo sentía y etcétera..., nos deseó un viaje cómodo y nos dejó solos. Nos sujetamos a nuestras literas de aceleración para esperar la ignición. El viaje transcurrió en un largo y pesado silencio, compuesto por una tristeza mutua que sólo la fanfarronería podía subrayar. No nos miramos uno al otro, como si nuestras tristezas combinadas pudiesen lograr una especie de masa crítica. El pesar nos había dejado atontados, y creo que una parte notable de esto se debía a la autocompasión.

Sin embargo, parecía haber transcurrido mucho tiempo. De repente, en el compartimiento contiguo se oyó un retazo de charla, pero el nuestro no estaba en el circuito. Al fin, empezamos a hablar, de manera inconexa, discutiendo la probable reacción crítica de *Masa es un verbo*, tanto si valía la pena un análisis o si la danza estaba muerta para el teatro..., hablábamos de cualquier cosa menos de nuestros planes futuros. Después, no tuvimos nada más de qué hablar, por lo que volvimos a enmudecer. Supongo que debería declarar que estábamos en estado de shock.

Por no sé qué razón, el primero en salir del trance fui yo.

—¿Porqué diablos tardan tanto? —exclamé.

McGillicuddy empezó a decir algo para aplacarme, y después consultó su reloj.

—Tiene razón —gritó—. Llevamos casi una hora.

Miré el reloj de pared, y me sentía extrañamente confundido hasta que comprendí que marcaba la hora de Greenwich y no la de Wall Street. Vi que la hora era la correcta.

—Diantre —exclamé de nuevo—, todo lo sucedido es para proteger a Shara de una sobreexposición a la caída libre. Me voy a proa...

—Quieto, Charlie. —Tom, con sus dos manos, se soltó más de prisa que yo—. Maldición, quédate aquí y cálmate. Yo iré a ver qué sucede.

Estuvo de vuelta antes de dos minutos, con el rostro contraído. —No vamos a ninguna parte. Cox tiene órdenes de permanecer parado.

—¿Cómo? Tom, ¿de qué demonios hablas?

—De luciérnagas rojas. —Su voz sonó muy grave—. Más semejantes a avispas. En un globo.

No podía estar bromeando conmigo, lo cual significaba que algo ocurría, algo muy extraño y desconocido. Agaché la cabeza como un toro colérico y salí de la cámara tan de prisa, que la puerta apenas tuvo tiempo de apartarse de mi camino.

Era mucho peor. Cuando llegué a la entrada del puente de mando, corría demasiado como para que nadie pudiera detenerme, y los hombres de la tripulación fueron pillados por sorpresa. Hubo un breve torbellino en la puerta, y luego estuve en el puente, y decidí que yo también estaba loco, lo cual hacía que todo fuese correcto.

La pared delantera del puente era un enorme tanque vídeo, y lo bastante descentrado

para irritarme, de pie contra la profundidad negra, como cigarrillos en un cuarto oscuro: con toda claridad dejaba divisar un enjambre de luciérnagas rojas.

La convicción de irrealidad era completa. De repente, Cox me volvió a la realidad al gritar:

—¡Fuera de este puente, amigo!

De haberme hallado en un estado normal de la mente, me habría largado de allí, para refugiarme en el rincón más alejado de la nave; pero tal como me encontraba, sólo logró hacerme aceptar aquella situación imposible. Me estremecí como un perro mojado y me volví hacia él.

—Mayor —exclamé con desesperación—, ¿qué sucede?

Igual que un monarca puede divertirse ante un insolente lacayo que se niega a arrodillarse. Cox se sintió divertido ante la idea de que alguien le desobedeciese. Y así, me respondió:

—Nos enfrentamos con vida alienígena inteligente —explicó, escueto—. Creo que son plasmoides conscientes.

Ni por un momento pensé que el misterioso objeto que estaba saltando en torno al sistema solar desde que llegamos a Skyfac fuese algo *vivo*. Intenté comprenderlo, abandoné la tarea y volví a lo que era la idea prioritaria.

No me importa, aunque se trate de ocho renos en miniatura. Lo que usted debe hacer es llevar esa nave a la Tierra *ahora*.

Amigo mío, esta nave se encuentra en «Alerta Roja» y en posición de combate. En este instante, la cena de todos los habitantes de Estados Unidos se está enfriando. Me consideraré muy afortunado si logro volver a ver la Tierra. Y ahora, salga del puente.

No lo entiendo... Una caída libre sostenida podía matar a Shara. Para eso fue usted a Skyfac, a impedirlo, ¡maldita sea...!

¡SEÑOR ARMSTEAD! «Ésta» es una nave militar. Nos enfrentamos con casi una docena de seres inteligentes que han aparecido del hiperespacio hace unos veinte minutos, seres que usan un impulso conductor que se encuentra más allá de mi entendimiento, sin partes visibles. Si esto puede conseguir que usted se sienta mejor, le diré que sé que llevo a bordo una pasajera cuyos valores intrínsecos para mi especie son mayores que esta nave y que todos cuantos vamos en ella, y por si le sirve de consuelo saberlo, necesito un ano auxiliar, y no puedo abandonar esta órbita, como no puedo tener cuernos. Y ahora, salga de este puente o tendremos que sacarle a rastras.

No pude decidir por mí mismo: me sacaron a rastras.

Cuando llegué a mi compartimiento, Cox había puesto nuestra pantalla de videófono en conexión con el puente. Shara y Tom estudiaron con suma atención el misterioso objeto del exterior; y como yo no tenía nada mejor que hacer, les imité.

Tom tenía razón. Se comportaban como las avispas, por la velocidad de sus movimientos. Tardé bastante en contarlas: eran diez. Y estaban en un globo... algo débil, apenas tangible, entre transparente y translúcido. Aunque embestían como furiosos mosquitos rojos, sólo lo hacían dentro de los límites del globo, que nunca abandonaban, y cuya superficie interna tampoco tocaban.

Mientras lo miraba todo, las últimas gotas de adrenalina surgieron de mis riñones, y me dejaron una sensación de urgencia frustrada. Intenté armonizarlo con el hecho de que esos efectos especiales del Mando representaban algo que era... más importante que Shara. Se trataba de una idea perturbadora, mas no logré rechazarla.

En mi mente había sendas voces que formulaban preguntas a pleno pulmón, e ignoraban las respectivas preguntas.

«¿Son amigas estas cosas? —gritaba una—. ¿Hostiles? ¿O acaso conocen esos conceptos? ¿Cuan grandes son? ¿Se hallan muy lejos? ¿De dónde vienen?»

La otra voz era más ambiciosa pero igual de potente, y repetía una y otra vez:

«¿Cuánto tiempo puede sostenerse Shara en caída libre sin matarse?»

—Están... —exclamó Shara, admirada—, están *bailando*.

Miré con más atención. Si había algún ritmo en los torbellinos que formaban, no lo detecté.

—A mí me parece que revolotean al azar.

Charlie, fíjate en su furiosa actividad, y observa que nunca chocan entre sí, ni con las paredes que las rodean. Deben trazar órbitas de una coreografía tan exacta como las de los electrones.

—¿Bailan los átomos?

—¿No, Charlie? —inquirió, con una mirada extraña.

—Rayos láser —se inmiscuyó Tom.

Ambos le miramos.

Esas cosas son plasmoides. El individuo con quien hable dijo que fueron avistadas en el radar. Eso significa que son gases ionizados de alguna clase..., tal vez de la clase que produjo los informes sobre los OVNI. —Sonrió, y luego se puso serio de nuevo—. Si lográsemos atravesar esa envoltura con un rayo láser, seguro que podríamos desionizarlos rápidamente. Además, esa envoltura es la que sustenta su vida, sea lo que fuera que metabolicen.

—Entonces... —Me sentía mareado—, ¿no nos encontramos indefensos?

—Los dos habláis como soldados —explotó Shara—. Afirmando que están bailando. Y los bailarines no son combatientes.

—Vamos. Shara —ladré—. Aunque esas cosas fuesen remotamente semejantes a nosotros, no pueden bailar. Samurais, karatecas, judokas.... todos bailan —señalé la pantalla—. Lo único que sabemos de esos tizones animados es que viajan por el espacio interestelar. Y eso es suficiente para asustarme.

—Charlie, míralos —me ordenó ella. Los miré.

No parecían una amenaza. Cuanto más los contemplaba, más daban la sensación de que se movían como en una danza, girando en adagios locos, demasiado de prisa para seguirlos con la vista. No como en un baile convencional, sino más semejante a lo que Shara había iniciado con *Masa es un verbo*. Deseé pasar a otra cámara para el contraste de la perspectiva, y eso me despertó. Dos ideas aparecieron en mi mente; la segunda, imprescindible para venderle la primera a Cox.

—¿A qué distancia supones que estamos de Skyfac? —preguntó a Tom.

—No muy lejos —respondió, apretando los labios—. Sólo ha habido maniobras de aceleración. Probablemente, esos insectos fueron atraídos por Skyfac, que debe ser el signo más visible de vida inteligente en este sistema. —Dejó ver un mohín—. Tal vez no utilicen planetas.

Alargué la mano y pulsé el circuito audio.

—Mayor Cox.

—¡Fuera de este circuito!

—¿Le gustaría obtener una visión más próxima de esos insectos?

—Estamos inmovilizados. Y, ahora, deje de utilizar este circuito o...

—¿Quiere escucharme? Tengo cuatro cámaras móviles en el espacio, de control remoto, con fuerza y luz autónomas, y mejor resolución que aquí. Se colocaron para grabar la siguiente danza de Shara.

Al instante, cambió de humor.

—¿Puede traerlas a mi nave?

—Eso creo. Pero tendré que volver a la sala maestra del Anillo Uno.

—Entonces, mala cosa. No puedo desobedecer a un superior... ¿Y si he de luchar o correr...?

—Mayor..., ¿está muy lejos?

Esto le sobresaltó un poco.

—Un par de kilómetros o tres a vuelo de pájaro. Pero usted es un tipo apoltronado...

—He estado en caída libre casi dos meses seguidos. Deme un radar portátil y podré aterrizar en Phobos.

—Hum... Usted es un civil..., pero, maldición, necesito un vídeo mejor. Permiso concedido.

Y ahora la primera idea.

—Aguarde, otra cosa. Shara y Tom vendrán conmigo.

—Diantre... Este no es un viaje de placer...

Mayor Cox, Shara debe volver a un campo de gravedad lo antes posible. En realidad, el Anillo Uno será lo ideal, si logramos entrar a través del «radio» del centro. Ella puede descender con gran lentitud y aclimatarse de manera gradual, tal como la descompresión por etapas de un submarinista, pero a la inversa. McGillicuddy tendrá que venir para asistirle, si se desmaya y cae por el tubo, ya que podría romperse una pierna incluso en la sexta gravedad. Además, es un hombre mejor en el EVA que cualquiera de nosotros.

Meditó unos segundos y, al fin, masculló:

—Vayanse.

Nos fuimos.

El viaje de vuelta al Anillo Uno fue más largo que todos los efectuados por Shara y por mí, pero bajo el mando de Tom lo logramos con un mínimo de maniobras. El Anillo, la *Campeón* y los alienígenas formaban un triángulo equilátero de un kilómetro de lado. Vistos en perspectiva, los alienígenas ocupaban un espacio mayor que el estadio Shea. No pararon o desaceleraron sus alocados giros, mas sí me pareció que nos vigilaban mientras viajábamos hacia Skyfac. Tuve la impresión de ser un biólogo dedicado a estudiar los extraños caprichos de una nueva especie. Desconectamos las radios de los trajes para evitar cualquier distracción, y eso me tornó un poco más susceptible a la sugestión.

Tom se quedó con Shara, y yo dejé caer seis llamadas a la vez por el tubo. Carrington me esperaba en la sala de recepción, con dos esbirros. Se veía a la legua que estaba asustado al máximo, y trataba de disimularlo con la cólera.

—Maldito sea, Armstead, se trata de mis cámaras.

Calle, Carrington. Si pone esas cámaras en las manos del mejor técnico de que dispone, o sea yo, y si pongo sus datos en manos de la mejor mente estratégica del espacio, o sea Cox, tal vez su factoría pueda salvarse. Y también la raza humana.

Avancé unos pasos y él se apartó de mi camino. Me lo imaginaba. Poner a toda la humanidad en peligro podía ser una mala política.

Después de toda la práctica efectuada por mí, no fue difícil dirigir cuatro cámaras móviles a través del espacio, de manera simultánea, con la vista. Los alienígenas ignoraban su proximidad. La dotación de comunicaciones de Skyfac envió mis señales al *Campeón*, y me pusieron en contacto audiovisual con Cox. Bajo su dirección, apunté las cámaras hacia el globo, cambiando el POV a su orden de mando. El Cuartel General del Mando Espacial debía haber grabado el vídeo, mas yo no pude oír su conversación con Cox, de lo que me alegré. Le pasé el vídeo de nuevo, a cámara más lenta, con primeros planos, pantallas divididas... todo lo que tenía a mi disposición. Los movimientos de las luciérnagas individuales no resultaban particularmente simétricos, si bien las pautas y los dibujos empezaban a repetirse. Con movimiento lento, parecían más bailarines que nunca, y aunque no pude estar seguro, me pareció que aumentaban el *tempo*. Sin duda alguna, la tensión dramática de su danza se agudizaba a cada momento.

Después, cambié el POV a la cámara que incluía a Skyfac en el fondo, y mi corazón se volvió al duro vacío; entonces, grité de terror, un terror primitivo: a medio camino entre el Anillo Uno y el enjambre de alienígenas, que venían lenta pero inexorablemente hacia nosotros, había una figura con traje presurizado: ¡Shara!

Con una puntualidad teatral. Tom apareció en el umbral, apoyado en el ingeniero

jefe, el rostro contraído por el dolor. Se sostenía sobre un pie, con la otra pierna claramente rota.

—Creo que no puedo... volver a la labor de exhibición... al fin y al cabo —jadeó.

—Lo siento, Tom.

—Sabía que ella iba a engañarme..., que huiría... Oh, maldición, Charlie, lo siento. Se hundió en una silla vacía.

—¿Qué diablos pasa? —Se oyó la atronadora voz de Cox—. ¿Quién es esa figura?

Ella debía estar en nuestra frecuencia.

—¡Shara! —grité—. ¡Vuelve de inmediato!

—No puedo, Charlie —su voz sonó asombrosamente potente, y muy sosegada—. A medio camino del tubo, empezó a dolerme mucho el pecho.

—Señora Drummond —gruñó Cox—, si se aproxima más a esos alienígenas, la destruiré.

Ella se echó a reír, con un sonido alegre que me heló la sangre.

—Vaya, mayor —exclamó ella—. No creo que se ponga muy alegre con rayos láser cerca de esos insectos..., o lo que sean. Además, me necesita tanto a mí como a Charlie.

—¿Qué quiere decir?

—Ésas criaturas se comunican por la danza. Es su equivalente a la expresión oral, y debe ser un lenguaje por signos bastante sofisticado, como el «hula».

—Usted no puede estar segura de esto.

Lo *intuyo*. Lo sé. Caspita. ¿de qué otra manera quiere comunicarse en el espacio vacío? Mayor Cox, yo soy la única intérprete cualificada de que la raza humana dispone en estos momentos. Y ahora, ¿tiene la amabilidad de callar y dejarme que aprenda su lenguaje?

—No estoy autorizado...

Yo dije algo extraordinario. Debí suplicarle a Shara que regresara, incluso ponerme un traje presurizado y correr en su busca.

—Tiene razón —dije en cambio—. Cállese. Cox.

—¿Qué intentan hacer?

—Maldito sea, no malgaste el último esfuerzo de Shara.

Calló.

Entró Panzarella, le inyectó un analgésico a Tom, y le curó la pierna allí mismo, pero yo no estaba atento a sus manejos. Durante más de una hora vi a Shara contemplar a los alienígenas. Yo mismo los miré, con el silencio de la máxima desesperación, y ni por salvar mi vida hubiese seguido su baile. Me esforcé, y traté de encontrar algún significado a sus alocados giros, pero fracasé. Lo mejor que podía hacer para ayudar a Shara era grabar todo lo que sucedía en esos momentos, para una hipotética posteridad. Shara gritó varias veces no muy alto, con exclamaciones ahogadas, y quise llamarla en respuesta a ellas, mas no lo hice. Con la última exclamación, usó sus impulsores para acercarse más al enjambre alienígena, y allí quedó suspendida durante bastante tiempo.

Al fin, su voz sonó por el altavoz, espesa y borrosa al principio, como si hablase en sueños.

—¡Dios mío, Charlie, es extraño! ¡Es tan extraño...! Empiezo a leer en ellos.

—¿Cómo?

Cada vez que comprendo una parte de la danza, estamos más cerca de ellos. No se trata de telepatía en sí. Bailando lo que sienten, le dan suficiente intensidad como para que yo lo entienda. Puede ser telepatía, claro. No lo sé. Empiezo a captar un concepto de cada tres. Esta sensación se agudiza cuanto más me aproximo.

—¿Qué ha aprendido, Shara? —la voz de Cox era amable pero firme.

—Que Tom y Charlie tenían razón. Son guerreros. Al menos, hay una nota de arrogancia en ellos..., una convicción de superioridad. Su danza es un desafío, un reto.

Dígale a Tom que sí usan planetas.

—¿Cómo?

Creo que en una fase de su desarrollo eran corpóreos, planetarios. Después, cuando maduraron bastante... se transformaron en esas luciérnagas, como las orugas se convierten en mariposas, y pasaron al espacio.

—¿Porqué? —quiso saber Cox.

—Para buscar terrenos de desove. Quieren la Tierra.

Hubo un silencio que duró unos diez segundos. Después, Cox habló quedamente.

—Vuelva, Shara. Veré qué resultado dan estos láser en ellos.

—¡No! —gritó ella, lo bastante alto para distorsionar un magnífico altavoz.

Shara, como Charlie señaló, usted no es sólo una víctima propiciatoria sino ya propiciada a propósitos prácticos.

—¡No!

Esa vez fue un alarido.

—Mayor —prosiguió Shara con urgencia en la voz—, no es ése el camino. Créame, pueden esquivar o soportar todo lo que usted les arroje, todo lo que les arrojen desde la Tierra.

—¡Infierno y condenación, Shara! —se enfureció Cox—. ¿Qué quiere que haga? ¿Dejar que sean ellos los primeros en atacar? Ahora mismo, se dirigen hacia aquí naves de cuatro países.

—Mayor, espere. Deme tiempo.

Cox empezó a blasfemar y luego calló.

—¿Cuánto?

Shara no respondió directamente.

—Si esta clase de telepatía actuase a la inversa... Oh, eso debe ser. Yo no soy más extraña para ellos que ellos lo son para mí. Probablemente, menos. Tengo la idea de que han estado dando vueltas por ahí... Charlie...

—Sí.

—Esto es una toma.

Lo sabía. Lo supe tan pronto la vi en el espacio con mi monitor. Y supe lo que ella necesitaba por el débil temblor de su voz. Tomé cuanto pude, y me alegre de gastar todo el material.

—¡Rómpete una pierna, chica! —grité al empezar, con voz llena de júbilo, pero cerré el micro de inmediato para que no oyese el sollozo que subía a mi garganta.

Y ella bailó.

Empezó con lentitud, el equivalente de los ejercicios de un dedo, mientras intentaba establecer un vocabulario de movimientos que aquellos seres pudieran entender.

*¿No ves, parecía decir, que este movimiento es un anhelo, una aproximación? ¿No ves que esto es una proyección, un despliegue, una elisión graduada de energía? ¿Sientes la ambigüedad con que distorsiono este arabesco, o que la tensión puede resolverse así?*

Parecía como si Shara estuviese en lo cierto, que aquellos seres tuvieran infinitamente más experiencia con culturas dispares que nosotros, puesto que eran unos soberbios lingüistas del movimiento... Más tarde se me ocurrió que tal vez habían elegido el movimiento, a causa de su universalidad, para comunicarse. Sea como fuere, mientras la danza de Shara iba en *crescendo*, la de ellos empezó, perceptible apenas en velocidad e intensidad, hasta que quedaron suspendidos en el espacio, contemplando a Shara.

Poco después, la joven decidió que había definido sus términos, al menos lo suficiente para lograr una comunicación, y comenzó a bailar con mayor avidez. Antes, sólo utilizaba sus músculos y las masas cambiantes de sus extremidades. Ahora, añadió los impulsores, solos y combinados, y se movía dentro de ellos y en el espacio. Su baile era ya una verdadera danza, más que una serie de movimientos, algo con sustancia y significado. Sin

la menor duda posible, se trataba de la *Danza estelar*, tal como ella la había coreografiado, tal como siempre anheló bailarla. No era una coincidencia que tuviese algo que decir a aquellos seres silenciosos, respecto al hombre y su naturaleza. Era la declaración esencial y última del mayor espíritu de su época, y hasta tenía algo que decirle a Dios.

Las luces de la cámara arrancaban destellos plateados de su traje presurizado, y oro de los tanques de aire que llevaba a la espalda. A un lado y otro, contra el fondo negro del espacio, tejía las complicaciones de su danza, un movimiento apacible que dejaba ecos detrás. Y el significado de aquellos giros y saltos se hizo claro lentamente, tanto que me secó la garganta y me apretó los labios.

Porque su danza hablaba, nada más y nada menos, de la tragedia de vivir, de ser humano. Hablaba, con más elocuencia, de dolor. Hablaba, con más conocimiento, de desesperación. Hablaba del humor cruel de la ambición ilimitada unida a la capacidad limitada; de la necesidad impulsora de intentar crear un futuro, inexorablemente determinado; de la eterna esperanza invertida en una existencia efímera. Hablaba de miedo, de hambre y, con más claridad, de la soledad y la alienación básicas del animal humano. Describía el Universo a través de los ojos del hombre: un ambiente hostil, la encarnación de la entropía, en la que todos somos arrojados solos, prohibiéndonos nuestra naturaleza tocar otra mente, salvo de segunda mano, por aproximación. Hablaba de la ciega perversidad, que obliga al hombre a luchar en pro de la paz, la cual, una vez alcanzada, se convierte en aburrimiento. Y hablaba de la loca y terrible paradoja por la que el hombre es capaz de razonar y de mostrarse irracional simultáneamente, siempre incapaz de colaborar ni aun consigo mismo.

Hablaba de Shara y de su vida.

Una y otra vez, se iniciaban las declaraciones cíclicas de esperanza, sólo para caer en la confusión y la ruina. Una y otra vez, cascadas de energía buscaban la resolución, y hallaban solamente frustración. De repente, Shara emprendió un ritmo que me pareció familiar, y que reconocí al cabo de unos momentos: el último movimiento de *Masa es un verbo*, recapitulado, no repetido, con las Tres Cuestiones que tenían una urgencia más terrible en este nuevo altar donde estaban amontonadas. Y como antes, ella siguió hasta la contracción final, incansable, que extraía todas las energías de su cuerpo. Éste se tornó abandonado, aislado, derivando en el espacio, con la esencia de su ser arrastrada a su centro, invisible.

Los callados alienígenas se agitaron por primera vez.

Y de repente, ella explotó, como un muelle que se tensa, no floreció por su contracción, sino como una flor que estalla a partir de una semilla. La fuerza de su estallido la lanzó al vacío como si fuese arrojada, igual que una gaviota en un huracán de vientos galácticos. Su centro parecía girar por sí mismo a través del tiempo y el espacio, estirando su cuerpo en una nueva danza.

Y la nueva danza decía:

*El ser humano es esto: ver la esencial futilidad de la existencia de toda acción, de todo esfuerzo, y actuar para tal esfuerzo. Ser humano es esto: vivir eternamente o morir en el intento. Ser humano es esto: formular perpetuamente las cuestiones que no tienen respuesta, con la esperanza de que el interrogatorio hará que llegue antes el día en que puedan ser contestadas. Ser humano es esto: esforzarse en la cara de la certidumbre y fracasar.*

*Ser humano es esto: persistir.*

Todo con una serie planeadora de movimientos cíclicos que contenían la majestad giratoria de la gran sinfonía, sólo diferentes uno de otros como copos de nieve. Y la nueva danza rió, y se rió del mañana como se reía del ayer, y rió la mayor parte del día de hoy.

*Porque ser humano es esto: reírse de lo que otros llamarían tragedia.*

Los alienígenas retrocedían ante aquel estallido de feroz energía, sobresaltados, temerosos por el indomable espíritu de Shara. Parecían aguardar que la danza terminase, que quedara agotada; pero su risa resonaba en mi altavoz, a medida que redoblaban sus esfuerzos y se convertía en un molinete, en una voltereta lateral. El enfoque de su danza cambió y empezó a bailar alrededor de ellos, en una pirotecnica de movimientos, que cada vez iba acercándola más a la intangible esfera que los contenía. Ellos retrocedían, chocaban entre sí en el centro de la envoltura, no tanto por la amenaza física como por el miedo.

*Ser humano es esto, decía el cuerpo: hacerse el hara-kiri, con una sonrisa, si es necesario.*

Y ante tan terrible seguridad, los alienígenas se fueron. Sin previo aviso, las luciérnagas y el globo se desvanecieron, huyeron a otra parte.

Sé que Tom y Cox estaban vivos todavía porque les vi más adelante, y esto significa que decían y hacían cosas en mi presencia, pero yo no les veía ni les oía; para mí estaban tan muertos como todo, excepto Shara. La llamé por su nombre y se aproximó a la cámara que estaba encendida, hasta que logré divisar su rostro detrás del casco de plástico de su traje presurizado.

—Podemos ser mezquinos, Charlie —resopló, casi sin aliento—, pero por Dios que somos duros.

—Shara, vuelve ahora.

—Sabes que no puedo.

Ahora, Carrington tendrá que darte un lugar de caída libre donde vivir.

—¿Una vida de exilio? ¿Para qué? ¿Para bailar?. Charlie, ya no tenía nada más que decirles.

—Entonces, iré a buscarte.

No seas tonto. ¿Por qué? ¿Para poder abrazar un traje presurizado? ¿Para que por última vez choquen nuestros cascos? Tonterías. En realidad, ésta es una buena salida... No la estropeemos.

—¡Shara!

Estaba destrozado por completo, y, de repente, rompí en unos sollozos tremendos.

Charlie, escúchame —murmuró ella, con una urgencia en la voz que llegó a mí incluso en mi desesperación —Escucha, porque no tenemos mucho tiempo. He de darte una cosa. Esperaba que lo descubrirías por ti mismo, pero... ¿quieres escucharme?

—Ss... sí.

Charlie, muy pronto, la danza a gravedad cero se popularizará. Yo he abierto la puerta. Pero ya sabes cómo son las novedades, desaparecen a menos que te muevas de prisa. Bien, lo dejo en tus manos.

—¿De qué... de qué me hablas?

—De ti, Charlie. ¡Volverás a bailar!

«Muerte cerebral por falta de oxígeno», pensé. Pero aún no podía estar tan carente de aire.

—Oh. sí, seguro.

—Por favor, deja de seguirme la corriente. Estoy bien, te lo repito.

Y esto lo comprobarías por ti mismo si no fueses tan condenadamente estúpido. ¿No lo entiendes? ¡No le pasa nada a tu pierna en caída libre! Me quedé boquiabierto.

—¿Me has oído, Charlie? ¡Puedes volver a bailar!

—No —negué, buscando una razón para la negativa—. Yo... no puedo... es... Maldición, mi pierna no tiene bastante fuerza para una labor interna.

Olvida por el momento que ese trabajo interno es menos de la mitad del que tú llevas a cabo. Olvidalo y recuerda el puñetazo que aplicaste a la nariz de Carrington. Charlie, cuando saltaste por encima de su escritorio, te apoyaste sobre la pierna derecha.

Farfullé algo un instante, y callé.

—Así es, Charlie. Mi regalo de despedida. Ya sabes que nunca estuve enamorada de

ti— pero siempre te he querido. Y todavía te quiero.

—Te amo. Shara.

—Adiós, Charlie. Y haz lo que te he dicho.

Y los cuatro impulsores se marcharon al instante. Vi su descenso. Poco después, se hallaba demasiado lejos para verla. Había una llama dorada y alargada que se arqueaba sobre la superficie del globo, y se desvaneció para volver a brillar cuando los tanques de aire ascendieron.

Existe un cuento ya viejo acerca de la amenaza de una invasión alienígena que unirá a la humanidad de la mañana a la noche. Es algo tan realista como lo de que el «Amor halla su camino». Si esas malditas luciérnagas vuelven alguna vez, nos encontrarán tan desorganizados como siempre. Esa es la verdad.

Carrington, claro está, intentó apoderarse de todas las grabaciones y de todo el dinero..., pero ni Shara ni yo habíamos firmado contrato alguno con él, y el testamento de ella era muy explícito. De manera que Carrington trató de comprar al juez, mas se equivocó de magistrado, y cuando todo el asunto salió en la prensa, y vio cuáles eran las opiniones pública y privada, se marchó de Skyfac con un traje presurizado, y sin impulsores. Creo que deseaba irse igual que Shara, pero no estaba acostumbrado al EVA y se fue demasiado tarde. La última vez que le vieron iba en dirección Betelgeuse. El cuadro de directores de Skyfac escogió a otro individuo que se mostró más que ansioso de limpiar las manchas, y me ofreció el uso continuo de todas las instalaciones.

Hablé con Norrey de todo eso, y, como ella estaba libre, se fundó la compañía Shara Drummond de Danza Moderna. Nos especializamos en buenos bailarines que no pueden actuar en la Tierra por algún motivo, y tenemos una sorprendente cantidad de ellos.

Me gusta bailar con Norrey. Juntos, no somos tan buenos como lo era Shara sola.... pero nos conjuntamos bien. A pesar de las contraindicaciones obvias, creo que nuestro matrimonio funcionará.

Ser humano es esto: persistir.

# OJOS DE ÁMBAR

## Joan D. Vinge

*Tal vez ya sea hora de hablar de mujeres. (¿Cuándo no lo es?)*

*En Los Premios Hugo, volumen I, las nuevas narraciones fueron escritas por autores masculinos, y no recuerdo que tal cosa me sorprendiera en aquel momento. Desde luego, ya había escritoras competentes, con buenas ideas —Judith Merrill acude a mi mente—; pero la actitud, tal vez casual, dentro de la ciencia ficción, es que este campo era, primordialmente, de interés masculino. Las mujeres que escribían relatos de ciencia ficción, o sólo los leían, eran consideradas como casos fuera de lo normal.*

*De las catorce narraciones de los volúmenes 2 y 3, una se debía a una mujer, Anna McCaffrey. De los quince relatos incluidos en los volúmenes 4 y 5, dos eran de Úrsula K. Le Guín, y otro lo había escrito James Tiptree, Jr., que resultó ser el seudónimo de una mujer.*

*Le Guín fue, en mi opinión, la cabeza de lanza. Por primera vez, los lectores empezaron a hablar de una mujer como de una estrella de primera magnitud, sin el menor rastro de condescendencia. Podría soportar la comparación con cualquier escritor masculino. Durante algún tiempo, sentí que los cimientos de los Tres Grandes se estremecían cuando ella ascendió al cuarto lugar en los votos de algunos lectores, y me tapé los ojos en espera del derrumbamiento.*

*En los volúmenes 6 y 7, están representadas tres mujeres, diferentes entre sí: James Triptree, Jr. (de nuevo), Jeanne Robinson, y ahora Joan D. Vinge, que aparece por primera vez. Les prometo que antes de que este volumen haya concluido, aparecerá otra mujer.*

*En realidad, no hablamos del creciente número de mujeres que escriben ciencia ficción, sino del creciente número de mujeres que escriben ciencia ficción y obtienen el «Premio Hugo».*

*Todo esto es una consumación deseada devotamente (según mis propias palabras).*

*Por un lado, yo cometí un pecado personal que nunca he borrado por completo. Uno de mis recuerdos más embarazosos se refiere a mi condición antifeminista durante mi adolescencia. (Muchos adolescentes, en especial los que se sienten totalmente inadecuados respecto a las adolescentes, como yo, lo compensan desarrollando un sentimiento de terrible superioridad sobre esos seres femeninos, a los que desean y temen.) Recuerdo haber escrito unas cartas de adolescente a Astounding Science Fiction denunciando la sola presencia de mujeres en las narraciones de ciencia ficción, y hasta creo que John Campbell llegó a publicar una.*

*Desde entonces, he cambiado mucho. Mi temor hacia las mujeres desapareció bruscamente con mi adolescencia. Hoy día me encuentro muy cómodo con ellas, y soy un feminista convencido. Creo que la entrada de más mujeres escritoras en ese campo ampliará y fortalecerá a la ciencia ficción, otorgándole nuevas dimensiones y más deleite, y que, en todos los aspectos, será beneficioso.*

*Por supuesto, existen ciertas diferencias. Las escritoras, según creo, tienden a esquivar la ciencia ficción dura más que los hombres; pero esto es debido al mismo fenómeno cultural que impulsa a las mujeres profesionales al foro y a las inmobiliarias más que a la ciencia ficción; y las que se dedican a la ciencia se inclinan más hacia la biología que a la física. Esto se deriva de un supuesto rechazo a las matemáticas, que yo tengo el firme convencimiento de que está inducido a nivel cultural y que podrá desaparecer con el tiempo.*

La mendiga arrastró los pies por la silenciosa calle sumida en el anochecer, en dirección

a la parte trasera de la residencia de lord Chwiul en la ciudad. Dubitativa, levantó la vista hacia las torres que resplandecían débilmente, luego sus garras se cerraron sobre el brazo del guardia.

—Una palabra contigo, amo...

—¡No me toques, vieja bruja!

El guardia alzó su lanza, disgustado.

Un hábil pie surgió de entre los harapos y le hizo perder el equilibrio. Se encontró tendido de espaldas sobre el fangoso suelo primaveral, con la punta de su lanza enfilada hacia su barriga, guiada por un nuevo par de manos. Jadeó, incapaz de hablar.

La mendiga arrojó un amuleto sobre su pecho.

—¡Mira esto, estúpido! Tengo negocios que tratar con tu señor. Entonces, ella retrocedió un paso; la punta de la lanza agujeró al guardia con impaciencia; él frunció el ceño entre la suciedad y el barro, y se acercó el amuleto a los ojos bajo la débil luz. — ¿Eres...? ¿Eres ella? Puedes pasar.

—¡Por supuesto! —una risa ahogada—. Por supuesto que puedo pasar, por muchas razones, en muchos sitios... La Rueda del Cambio nos lleva a todos. —Alzó la lanza—. Levántate, estúpido... Y no es necesario que me escoltes. Me esperan.

El guardia se puso en pie, empapado y ceñudo. Retrocedió mientras ella liberaba las membranas de sus alas de entre los pliegues de sus ropas. Las observó relucir y desplegarse mientras tomaba impulso para saltar sin mayor esfuerzo hacia la entrada de la torre, a dos veces su propia altura. Aguardó hasta que hubo desaparecido en el interior antes de atreverse siquiera a maldecirla.

—¿Lord Chwiul?

—T'úupieh.... supongo.

Lord Chwiul se inclinó hacia adelante en su diván de fragante musgo para escrutar las sombras del salón.

—Lady T'úupieh.

Tuupieh avanzó hacia la luz, y dejó que la raída capucha se deslizara hacia atrás. Sintió el orgulloso placer de no mostrar ninguna señal de obediencia, mientras avanzaba directamente, como de noble a noble. La sensual ondulación de un centenar de diminutos escondrijos de *miih* bajo sus pies hizo que sus encallecidas plantas hormigearan. Tras tanto tiempo, se regresa con demasiada facilidad...

Elegió el diván que se hallaba al otro lado de la baja mesa de piedra de agua que había junto a él, y se relajó lánguidamente en sus harapos de mendiga. Extendió la garra de un dedo y tomó una jugosa baya *kelet* del bol colocado sobre la superficie de la mesa, esculpida con arabescos: la dejó deslizarse dentro de su boca y garganta abajo, como había hecho tan a menudo, hacía mucho tiempo. Y luego, finalmente, alzó la vista para medir la cólera del hombre.

—Te atreves a venir hasta mí con estos modales...

Satisfactorio. Sí, mucho...

—Yo no he venido a ti. Tú has venido a mí..., tú buscaste mis servicios.

Sus ojos vagaron por la habitación con afectada indiferencia, y se detuvieron en los elaborados frescos que cubrían las paredes de piedra de agua, incluso en aquella pequeña habitación privada. Y se preguntó si particularmente en aquella habitación. ¿Cuántas reuniones de medianoche, para qué variadas intrigas, eran celebradas en aquel mismo lugar? Chwiul no era el más rico de su familia o clan; y lo que contaba en aquella ciudad, en aquel mundo, era una apariencia de riqueza y poder... Porque la riqueza y el poder lo eran todo.

—Encargué los servicios de T'úupieh «la Asesina», y los obtuve. Me sorprende descubrir que lady T'úupieh se haya atrevido a acompañarla hasta aquí.

Chwiul había recuperado su compostura. Ella observó cómo el aliento del hombre, al igual que el suyo propio, se helaba al hablar.

—Donde una va, la otra la sigue. Somos inseparables. Deberías saberlo mejor que la mayoría, mi señor.

Observó el largo y pálido brazo del hombre extenderse para tomar varias bayas a la vez. Pese a que las noches eran frías, se cubría tan sólo con una túnica que le envolvía el cuerpo, lo cual le permitía lucir la intrincada escala de joyas que danzaban en espiral sobre la superficie de sus alas.

Él sonrió; ella vio sobresalir ligeramente sus afilados colmillos.

—¿... porque mi hermano hizo que os unierais la una dentro de la otra, cuando tomó vuestras tierras? Me sorprende que hayas venido... ¿Cómo sabías que podías confiar en mí?

Sus movimientos carecían de gracia; ella recordó cómo las joyas lastraban las frágiles y translúcidas membranas de las alas y los ligeros brazos, hasta que el vuelo se hacía imposible. Como cualquier noble, Chwiul solía hallarse rodeado de sirvientes que atendían cualquier capricho suyo. La incompetencia, fingida o real, era otra trampa del poder, una complacencia más, que tan sólo los ricos podían permitirse. Se sintió complacida de que las joyas no fueran de alta calidad.

—No confío en ti —dijo—. Tan sólo confío en mí misma. Pero tengo amigos que me dijeron que tú eras bastante sincero, en este caso... Y por supuesto, no he venido sola.

—¿Tus fuera de la ley? —Incredulidad—, Eso no aseguraría tu protección.

Rebuscó entre sus harapos, y separó con calma los pliegues de su ropa que ocultaban a su secreto compañero.

—Es cierto —gorjeó Chwiul con suavidad—. Te llaman la «Consorte del Demonio...»

Ella hizo girar las lentes de ámbar del precioso ojo del demonio de modo que éste pudiera observar la habitación, tal como ella la veía, y luego clavó su mirada en Chwiul, quien retrocedió ligeramente, manoseando el musgo.

—«Un demonio tiene un millar de ojos, y un millar de millares de tormentos para aquellos que le ofenden» —citó ella del Libro de Ngoss cuyo rito había utilizado para atar al demonio junto a ella. Chwiul se puso tenso, nervioso, como si deseara huir volando. Pero se limitó a decir:

—Entonces pienso que nos comprendemos mutuamente. Y que he hecho una buena elección: sé lo bien que has servido al Gran Señor y a otros miembros de la corte... Deseo que mates a alguien por mí.

—Es obvio.

—Quiero que mates a Klovhiri. T'uupieh tuvo un ligero sobresalto.

—Confieso que me sorprendes, lord Chwiul. ¿A tu propio hermano? Y el usurpador de mis tierras... ¡Cómo he ansiado matarlo lentamente, muy lentamente, con mis propias manos! Pero siempre está demasiado bien protegido.

—Y a tu hermana también... mi dama. —Un ligero tono burlón—. Deseo que toda su familia sea eliminada; su compañera, sus hijos...

Klovhiri... Y Ahtseet, su propia hermana pequeña, que fuera su compañera más íntima desde la infancia, su única familia desde que sus padres murieron. Ahtseet, a la que había mimado y protegido; querida, conspiradora, pequeña Athseet traidora, que podía olvidar orgullo, decencia y honor familiar para unirse voluntariamente al hombre que les había robado todo. Cualquier cosa con tal de mantener las tierras familiares, había chillado Ahtseet; cualquier cosa con tal de mantener su posición. ¡Pero aquél no era el modo, no había que rendirse sino devolver los golpes...! T'uupieh se dio cuenta de que Chwiul estaba observando su reacción con desagradable interés. Sus dedos rozaron la daga que llevaba en su cinturón.

—¿Por qué? —rió, deseando preguntar: ¿Cómo?

—Debería resultar obvia la respuesta. Estoy cansado de ser el segundo. Deseo lo que él tiene... tus tierras y todo lo demás. Quiero apartarle de mi camino, y que tras él no quede nadie con derechos mayores que los míos hacia esa herencia.

—¿Por qué no le matas tú mismo? Veneno, quizá... Se ha hecho antes.

—No. Klovhiri tiene demasiados amigos, demasiados hombres leales de su clan, demasiada influencia con el Gran Señor. Ha de ser una muerte «accidental». Y nadie está en mejor posición que tú, mi dama, para hacerlo por mí.

T'uupieh asintió vagamente con la cabeza. No podía haber elegido a nadie que tuviera más deseos de tener éxito que ella... Y nadie tampoco que estuviera en mejor posición para asestar el golpe. Todo lo que le había faltado hasta entonces había sido la oportunidad. Desde el momento en que fue desposeída, a lo largo de los grises días de otoño y el interminable invierno —durante cerca de un tercio de su vida ya—, había rondado los agrestes pantanos y marjales de sus posesiones; había reunido a unos pocos sirvientes fieles, a algunos descontentos, a unos pocos degolladores, para saquear y matar a los partidarios de Klovhiri, arruinar sus redes para los fibios, saquear sus trampas y apoderarse de su caza. Y, para sobrevivir, se había dedicado a robar a cualquier viajero que recorriera los caminos que cruzaban por sus tierras.

Puesto que aún seguía perteneciendo a la nobleza, el Gran Señor, al principio, había tolerado su bandidaje y luego lo había alentado en secreto. Muchos extranjeros ricos viajaban por las rutas que cruzaban sus posesiones, y a cambio de una cierta comisión, le permitía que les atacara imprudentemente. Era una compensación, lo sabía, por haber permitido que su favorito, Klovhiri, obtuviera sus tierras. Pero ella lo había utilizado para obtener todos los favores posibles, y, tras un cierto tiempo, el Gran Señor había empezado a encomendarle trabajos más discretos y remunerados... La eliminación de ciertos enemigos. Y así se había convertido en una asesina también..., y descubierto que este apelativo no era muy diferente al de noble: ambos requerían temple, habilidad, y una completa falta de escrúpulos. Y puesto que ella era T'uupieh, había triunfado admirablemente. Pero debido a su venganza, las recompensas habían sido pequeñas... Hasta ahora.

—No me respondes —decía Chwiul—. ¿Significa eso que te falla el temple ante la idea de asesinar a tu propia familia, mientras que a mí no?

Ella rió con sequedad.

—Lo que estás diciendo prueba que tu juicio es dos veces peor que el mío... No, no me falla el temple. ¡De hecho, mi sangre arde con el deseo! Pero no entra en mi mente la idea de enterrar a Klovhiri bajo el cielo sólo para que mis tierras pasen a su hermano. ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque es obvio que no puedes hacerlo sola. Klovhiri no ha conseguido hacer que te mataran en todo el tiempo que has estado acosándole, lo cual prueba tu habilidad. Pero has conseguido que él esté siempre en guardia... No podrás acercártele mientras se mantenga tan bien protegido... Necesitas la cooperación de alguien que posea tu confianza, alguien como yo. Puedo hacer que sea tuyo.

—¿Y cuál será mi recompensa si acepto? La venganza es dulce, pero la venganza no basta.

—Pagaré lo que pidas.

—Mis propiedades —sonrió.

—Ni siquiera tú eres tan ingenua...

—No. —Tendió un ala hacia nada en el aire—. No soy tan ingenua. Conozco lo que valen... —El recuerdo de un día de verano nublado en oro la aferró..., subiendo, subiendo en las cálidas corrientes ascendentes sobre el espumeante lago, viendo el delicado color rojo rosado de las torres de la mansión reflejar su luz hasta lo lejos por encima de la marea de los árboles agitados por el viento, el azafrán y el carmesí y el aguamarina de los estanques de amoníaco brillando con los metales disueltos, extendidos en la resplandeciente superficie de las fundentes tierras familiares: tierras que se extendían, interminables como el verano—. Sé lo que valen —su voz se endureció—. Y que Klovhiri es aún el preferido del Gran Señor. Tal como dices, Klovhiri

tiene amigos muy poderosos, que se convertirán en tus amigos cuando él muera. Necesito más fuerza, más riqueza, antes de que pueda comprar la influencia suficiente como para conservar de nuevo lo que es mío. Las probabilidades no están a mi favor..., por ahora.

—Estás tallada en hielo. T'uupieh. Y eso me gusta. —Chwiul se inclinó hacia adelante. Sus amorfos ojos rojos recorrieron el relajado cuerpo de ella, en el intento de adivinar qué había escondido tras los harapos en la penumbra de la habitación. Su mirada regresó al rostro de la mujer.

Ella no mostró ni enojo ni satisfacción.

—No me gusta ningún hombre que aprecie eso de mí.

—¿Ni siquiera si eso significa recuperar tus posesiones?

—¿... como compañera tuya? —Su voz restalló como una rama helada al partirse—. Mi señor, acabo de decidir matar a mi hermana por haber hecho eso mismo. Muy pronto me mataría a mí misma.

Él se encogió de hombros y se recostó en el diván.

—Como quieras. —Con una mano hizo un gesto de abandonar el asunto—. Entonces, ¿cuál es tu precio por librarme de mi hermano... y de ti también?

—Ah —asintió ella, que ahora comprendía mejor—. Deseas comprar mis servicios, y también mi desaparición. Puede que esto último no sea tan simple. Pero... —«Pero haré de cuenta que acepto, por ahora».

Y tomó algunas bayas del bol que estaba sobre la mesa, observó la sedosa cortina de agua amoniaca teñida de esmeralda que cubría una pared. Caía desde las alturas de la torre a una pequeña piscina, con una música que haría ininteligible cualquier conversación para alguien que intentara escuchar desde fuera. Discreción y belleza... La almizcleña fragancia del diván de musgo la hizo retroceder bruscamente a su infancia, desconcertándola: el recuerdo de estar tendida en una suave cama, en una agradable noche de primavera—. Pero, al igual que las estaciones cambian, el cambio hace que me mueva en nuevas direcciones. De regreso a la ciudad, quizá. Me gusta tu torre, lord Chwiul. Combina discreción y belleza.

—Gracias.

—Entrégamela, y haré lo que me pides.

Chwiul se envaró en su asiento, con el ceño fruncido.

—¡Mi casa de la ciudad! —Mas logró recuperarse —: ¿Es todo lo que deseas?

Ella extendió sus dedos y estudió el tejido vestigial entre ellos.

—Me doy cuenta de que mis pretensiones son más bien modestas.

—Cerró su mano—. Pero considerando la satisfacción que emanará de la forma como la habré conseguido, será suficiente. Y tú no la necesitarás ya, una vez logrado mi objetivo.

—No... Supongo que no. —Se relajó un tanto—. Apenas sentiré su falta, una vez en poder de tus tierras. Ella fingió no haberle oído.

—Entonces, estamos de acuerdo. Ahora dime. ¿cuál es la llave del cerrojo de Klovhiri? ¿Qué planes tienes para ponerles, a él y a su familia, en mis manos?

—¿Sabes que tu hermana y los niños están de visita aquí, en mi casa, esta noche? ¿Y que Klovhiri regresará antes del amanecer?

—Lo sé —asintió T'uupieh con más indiferencia de la que en realidad sentía, observando que Chwiul se sentía conveniente aunque silenciosamente impresionado por su temple al acudir allí. Extrajo su daga de la funda, al lado del ojo de ámbar del demonio, y pasó un dedo por la aserrada hoja de madera impregnada de piedra de agua—. ¿Deseas que corte sus gargantas mientras duermen bajo tu techo? —preguntó, y consiguió dar a su voz el adecuado tono de incredulidad.

—¡No! —Chwiul frunció el ceño de nuevo—. ¿Qué clase de estúpido crees que... —se interrumpió—. Con el nuevo día, regresarán a sus posesiones por el camino habitual. He

prometido escoltarles, para garantizar su seguridad durante el viaje. Habrá también un guía, para conducirles a través de los pantanos. Pero el guía cometerá un error.

—Y yo les estaré esperando. —Los ojos de T'uupieh brillaron. Durante el invierno, los ricos utilizaban trineos para sus viajes largos; preferían ser arrastrados sobre el fango helado por membranosas velas o tirados por esclavos allá donde la superficie del suelo era irregular o accidentada. Pero cuando la primavera llegaba, y la superficie del suelo empezaba a disolverse, traicioneros pozos y depresiones se abrían como flores aquí y allá para tragarse a los descuidados. Únicamente un guía experimentado podía leer en las superficies, diferenciar la piedra de agua firme de la cambiante y fundente agua amoniacal.

—Bien —dijo con suavidad—. Sí, muy bien... Tu guía les hará caer convenientemente en algún agujero lleno de barro, y luego yo les atraparé como a imbéciles fibios.

—Exacto. Pero yo quiero estar allí cuando lo hagas; deseo verlo. Me inventaré alguna excusa para abandonar el grupo y reunirme contigo en los pantanos. El guía cumplirá con su cometido tan sólo si oye mi señal.

—Como quieras. Has pagado bien por el privilegio. Pero ven solo.

Mis seguidores no necesitan ayuda, ni interferencias.

Se incorporó en su diván, dejando que sus largos pies palmeados se apoyaran de nuevo sobre los sensuales escondrijos de la alfombra.

—Y si piensas que soy un estúpido que va a ponerse entre tus manos por propia voluntad, considera esto: tú serás la más sospechosa cuando Klovhiri sea asesinado. Y yo, el único testigo que puede jurar ante el Gran Señor que tus esbirros no fueron los atacantes. Tenlo bien presente.

Ella asintió.

—Lo tendré.

—¿Cómo me reuniré contigo, entonces?

—No lo harás. Mis mil ojos te encontrarán —volvió a guardar el ojo del demonio en su andrajosa bolsa.

Chwiul pareció vagamente desconcertado.

—¿Tomará «eso» parte en el ataque?

—Tal vez sí, tal vez no; como él quiera. Los demonios no se hallan ligados a la Rueda del Cambio como tú y yo. Pero seguro que, si vienes, te encontrarás con él cara a cara, aunque no tiene cara —frotó la bolsa a su lado—. Sí..., no olvides que yo también tengo mis salvaguardias en este trato. Un demonio nunca olvida.

Se puso finalmente en pie, y, miró una vez más a su alrededor por toda la habitación.

—Estaré confortable aquí. —Miró a Chwiul—. Nos veremos de nuevo, cuando venga el nuevo día.

—Cuando venga el nuevo día.

Él también se puso en pie, con sus enojadas alas brillantes a la luz.

—No necesitas escoltarme. Seré discreta —hizo una inclinación de cabeza, como a un igual, y se dirigió hacia el vestíbulo en penumbra—. Te libraré definitivamente de tu guardia. No sabe distinguir a una dama de una mendiga.

—La Rueda gira una vez más para mí, demonio mío. Mi vida en los pantanos terminará con la muerte de Klovhiri. Me trasladaré a la ciudad— ¡y seré de nuevo la dama de mis posesiones, cuando los peces se sienten en los árboles!

El alienígena rostro de T'uupieh resplandeció con una maligna alegría mientras se daba la vuelta y se alejaba, en la inmensa pantalla situada encima de la gran terminal del ordenador. Shannon Wyler se echó hacia atrás en su sillón, terminó de teclear la traducción, y se quitó el casco con los auriculares. Se alisó el largo y rubio cabello, peinado hacia atrás, en un gesto habitual que le ayudaba a reorientarse con su entorno. Cuando T'uupieh hablaba, nunca conseguía mantener la objetividad necesaria para ayudarle a recordar que aún seguía en la Tierra, y no en Titán, en la órbita de Saturno, a

unos mil quinientos millones de kilómetros de allí. *T'uupieh, cuando pienso que te amo, tú decides cortarle el cuello a alguien...*

Asintió vagamente a los murmullos de felicitación de los miembros del equipo y técnicos, que bebían cada una de sus palabras en busca de nueva información. Comenzaron a dispersarse tras él a medida que el ordenador producía copias de la transcripción. Era difícil de creer que llevaba realizando aquello desde hacía más de un año. Alzó la vista hacia los carteles de sus conciertos, en la pared, con nostalgia, pero sin pesar.

Alguien telefoneaba a Marcus Reed; suspiró, resignado.

—«¿Cuando loss pecess se ssienten en los árboless?» ¿Estás ssiendo sarrcásstico?

Miró por encima de su hombro a la voluminosa silueta de la doctora Garda Bach.

—Hola. Garda. No la vi entrar.

Ella alzó la vista de una copia de la traducción, le palmeó ligeramente el hombro con la bifurcada punta de su bastón.

—Ya lo ssé, querrido muchacho. Tú nunca oyess a nadie cuando T'uupieh habla... Perro ¿qué quieres darr a entenderr con essto?

—En Titán eso significa el verano..., cuando los trifibios se metamorfosean por tercera vez. Así que ella quiere decir unos cinco años a partir de ahora, según nuestro tiempo.

—¡Oh! Porr supuessto. Mi viejo cerebro ya no ess lo que erra...

Se pasó una mano por el cabello gris blanquecino; su negra capa remolineó, melodramática, a su alrededor.

El sonrió, convencido de que ella no creía ni una sola de sus propias palabras.

—Quizá aprender el titanes por encima de los otros cincuenta idiomas sea la gota de agua que colma el vaso.

—*Ja, ja*, quizás sea por eso...

Se dejó caer pesadamente en la silla más próxima, perdida ya de nuevo en la transcripción.

Él jamás habría pensado que la vieja mujer llegaría a caerle tan bien pensó para sí mimo. Se había dado cuenta de su Presencia cuando estudiaba lingüística en Berkeley... Ella era la *grande dame* de los estudios de lingüística, desde los lejanos días en los que aún había idiomas ingrabados en la Tierra. Pero su habilidad en hacer que su nombre apareciera en letras de imprenta y su rostro en la televisión, como una experta en lo que todo el mundo «realmente quería decir», le convencieron de que su verdadero talento se hallaba en la publicidad. Cuando finalmente la conoció en persona, su opinión al respecto no cambió, pero se convenció para siempre de que ella era realmente una autoridad en lingüística cultural. Y eso, a su vez, le convenció de que el acento que ella tenía era un fraude total. Pero pese a la extravagancia, o quizá, mejor, a causa de ella, descubrió que sus opiniones, ahora arcaicas, sobre lingüística estaban mucho más cerca de sus propios sentimientos respecto a la comunicación que los puntos de vista de cualquiera de sus padres. Garda suspiró.

—¡Notable, Sshannon! Erres ssimplemente notable... Tu perrcepción de todo un idioma alienígena me sorrpriende. ¿Cómo noss lass habrríamoss arreglado ssi tú no hubierrass venido a nossotross?

—Se las habrían arreglado bien sin mí, supongo.

Saboreó el placer especial que procedía de ser admirado por alguien a quien se respeta. De nuevo, bajó la vista a la consola del ordenador, a las dos brillantes placas de plástico de treinta centímetros, que resplandecían verdosas a un lado, y que le proporcionaban la versatilidad de un virtuoso violinista y de un mecanógrafo con cien mil teclas... Su lazo de unión con T'uupieh, su voz: el nuevo sintetizador IBM, cuyas placas de control, sensitivas al tacto, podían ser manipuladas para recrear las imposibles complejidades del lenguaje de ella. Un don de Dios al mundo de la lingüística... excepto

que requería la sensibilidad y la inspiración de un músico para utilizarlo por completo en toda su amplitud.

Otra vez alzó la vista y miró a través de la ventana, al familiar horizonte, cubierto por la bruma de Coos Bay. Puesto que muy pocos lingüistas eran músicos, su resistencia al empleo del sintetizador había sido como un muro de ladrillos. La vieja guardia de la cada vez más envejecida «Nueva Ola» —que incluía a Su Padre, el Profesor y Su Madre, la Ingeniera de Comunicaciones— seguía aferrada a una estéril fe en la traducción matemática por ordenador. Seguían forcejeando con torpes programas aplastados por interminables listas de morfemas que, supuestamente, generarían algún día algún mensaje en algún idioma determinado. Pero incluso después de años de perfeccionamientos, las traducciones generadas por ordenador continuaban siendo muy burdas y chapuceras.

Mientras estudiaba para graduarse, no había habido nuevos lenguajes que buscar, y no había obtenido permiso para utilizar el sintetizador con el fin de explorar los antiguos. Y así —tras una definitiva discusión familiar—, había abandonado la universidad. Había llevado su fe en el sintetizador al mundo de su segundo amor, la música; a un campo donde, esperaba, la auténtica comunicación aún poseía un cierto valor. Ahora, a los veinticuatro años, Shann era el Hombre de la Música, el músico de músicos, y un héroe para una enorme generación de aficionados que iban envejeciendo y de otra nueva que había heredado su amor hacia la siempre cambiante música llamada «rock». Y ninguno de sus padres le había hablado por propia voluntad durante años.

—No ess falsa modestia —le estaba regañando Garda—. ¿Qué hubiérramos poddido hacerr sin tí? Tú missmo te hass quejado muchas veces de loss métodos de tu madre. Ssabes que no habrríamos obtenido ni una décima parrte de la inforrmación sobre Titán que hemoss logrado de T'uupieh si ella hubierra sseguido ussando essa maldita rraducción porr ordenadorr.

Shannon frunció ligeramente el ceño, ante la punzada de una secreta culpabilidad.

—Mire, sé que he obtenido algunos avances, por no decir la mayor parte de ellos, pero nunca lo hubiera logrado sin todos los análisis preliminares llevados a cabo por ella antes incluso de que yo viniera.

Su madre había pertenecido al equipo de la misión, habiendo trabajado durante años en la NASA en los esoterismos de la comunicación por ordenador con satélites y sondas espaciales, y debido a su historial como lingüista, se la había puesto a la cabeza del recientemente agrupado equipo de especialistas en comunicaciones gracias a Marcus Reed, el director del proyecto Titán. Ella había estado a cargo de los análisis fónicos iniciales: utilizando el ordenador para comprimir el nivel de la voz alienígena conseguir uno audible a los seres humanos, luego desmenuzar los complejos sonidos a otros fonéticamente más simples y humanos, había identificado fonemas, separado morfemas, ajustado todo a un esquema gramatical, y asignado sonidos ingleses equivalentes a cada uno de ellos. Shannon la había observado en sus primeras entrevistas por televisión, con aspecto incómodo y nervioso, mientras Reed se pavoneaba entre los fascinados representantes de la prensa. Pero lo que la doctora Wyler, la Ingeniera de Comunicaciones, tenía que decir, para terminar, le mantuvo pegado al borde del asiento; incapaz de resistir, había tomado el siguiente avión a Coos Bay.

—Bueno, no quería offenderrte —dijo Garda—. Tu madre ess indudablemente una ingenierra de talento... Perro necessita un poco más de... flexibilidad.

—Y me lo dice a mí —asintió tristemente él—. Aún le encantaría ver como el sintetizador se hunde en el suelo. Se ha mantenido apartada desde que yo llegué aquí. Al menos Reed aprecia mi «valor».

Reed le había dado la bienvenida como un hijo perdido desde hacía tiempo cuando llegó por primera vez al Instituto: ¿acaso no era un buen lingüista además de un músico inspirado?, ¿no le quedaría algún tiempo libre entre contratos?, ¿no le gustaría alargar un

poco más su visita y echarle una mirada más a fondo al trabajo de su madre? Él había aceptado, con modestia, las tres cosas... Y luego las cámaras de televisión y los periodistas habían brotado como si hubieran estado al acecho, y comprendió que no estaban allí para registrar la visita del hijo de la doctora Wyler, sino de Shann, el Hombre de la Música.

Pero tuvo su primera sesión con una voz procedente de otro mundo. Y con una sola audición se había convertido en un adicto... Porque aquel habla era música. Cada fonema estaba formado por dos o tres sonidos superpuestos, y cada morfema era un haz de fonemas que fluían juntos como agua. Hablaban en acordes, y el resultado era un coro, campanillas de cristal tintineando, el estremecimiento de candelabros de cristal...

Y así se había quedado más y más tiempo, al principio, sólo capaz de observar a su madre y a sus ayudantes en una agónica frustración. Los métodos de análisis por ordenador de su madre habían trabajado bien en la transfonemización inicial del habla de T'úupieh, y muy rápidamente habían aprendido tanto como para enviar de vuelta torpes respuestas, utilizando el aparato localizador de ecos de la sonda, para conseguir que el interés de T'úupieh no se desvaneciera. Pero teclear la entrada en una consola alfanumérica, y esperar que incluso el más sofisticado programa lo transforme en otro lenguaje, es algo que todavía no funcionaba ni siquiera a nivel de los lenguajes humanos conocidos. Y él sabía, con un fervor casi religioso, que el sintetizador había sido diseñado precisamente para este milagro de comunicación, y que sólo él podría utilizarlo para captar directamente los matices y las sutilezas que una máquina traductora jamás podría proporcionar. Había intentado una aproximación con su madre para que le permitiera usarlo, pero ella le había cortado el paso lisa y llanamente:

—Esto es un centro de investigación, no un estudio de grabación.

Y así él había pasado por encima de ella hasta Reed, que se había sentido encantado. Y cuando sintió sus manos moverse sobre las cálidas y vibrantes placas de luz, recreando tentativamente el habla de otro mundo, supo que había estado en lo cierto todo el tiempo. Dejó que sus contratos musicales se fueran al traste, sin siquiera lamentarlo, casi con alivio, y por fortuna, en el campo al que siempre había pertenecido.

Shannon observó la pantalla, en la que T'úupieh se había instalado apoyándose con una confortable familiaridad contra el costado curvo de la sonda, oscureciendo a medias la visión de la escena. Por fortuna, tanto ella como sus seguidores trataban la sonda con un cuidado obsesivo, incluso cuando la trasladaban de un lugar a otro en sus constantes cambios de campamento. Se preguntó qué habría ocurrido si inadvertidamente hubieran puesto en funcionamiento su sistema automático de defensa, que había sido diseñado para protegerla de animales agresivos; emitía una descarga eléctrica que variaba de simplemente dolorosa hasta mortal. Y qué habría ocurrido si la sonda y sus «ojos» no hubieran encajado tan perfectamente en las creencias de T'úupieh acerca de los demonios. La idea de que quizá nunca hubiese llegado a conocerla, o a oír su voz.

Había transcurrido más de un año desde que él, y el resto del mundo, oyeron por primera vez la sensacional noticia de que existía vida inteligente en la luna mayor de Saturno. No tenía ningún recuerdo en absoluto de los dos primeros vuelos a Titán, allá por los años 79 y 81... Aunque podía recordar claramente la nave orbital que en 1990 había emitido fugaces atisbos de la superficie a través del manto de opacas nubes doradas. Pero el puñado de minisondas que había dejado caer probó que Titán gozaba del mismo «efecto de invernadero» que hacía de Venus un hirviente infierno. Y aunque las temperaturas estivales nunca subían por encima de los doscientos Kelvin, setenta y cinco grados bajo cero, las pocas fotografías habían mostrado, sin duda, que allí había vida. El descubrimiento de esa vida, después de tantas decepciones a lo largo de todo el sistema solar, había sido suficiente como para iniciar otra nueva misión, destinada a enviar de vuelta datos desde la misma superficie de Titán.

Esa nueva sonda había descubierto una forma de vida con inteligencia humana, o mejor

dicho, esa forma de vida había descubierto la sonda. Y el descubrimiento de T'uupieh había convertido el potencial fracaso de una misión en un éxito: la sonda había sido diseñada con una unidad central, inmóvil, de proceso de datos, y diez «ojos» o unidades subsidiarias, que debían dispersarse por la superficie de Titán para recopilar información. El lanzamiento de las sondas subsidiarias durante el aterrizaje había fallado, sin embargo. Y todos los «ojos» habían caído en un radio de pocos kilómetros cuadrados alrededor del punto donde la propia sonda había aterrizado, una zona pantanosa y deshabitada. Pero la interesada fascinación de T'uupieh y su deseo de complacer a su «demonio» lo había arreglado todo.

Shannon alzó la vista de nuevo a la plana pared pantalla, al increíble e inhumano rostro de T'uupieh..., un rostro que ahora le era tan familiar como el suyo ante un espejo. Permanecía sentada, aguardando con infinita paciencia una respuesta de su «demonio»: tendría que esperar más de una hora hasta que su transmisión le llegara a él a través del abismo que separaba sus mundos; y debería esperar casi el mismo tiempo mientras ellos discutían una respuesta y él creaba la nueva traducción. Ella pasaba ahora más tiempo con la sonda que con su propia gente. *La soledad del mando*. Sonrió, El casi plano perfil de su rostro blanco como la luna se giró ligeramente hacia él..., hacia las lentes de la cámara; su frágil boca sonrió con suavidad, sin acabar de descubrir sus largos y afilados dientes. Ahora podía ver un ojo rojo sin pupila, y la rendija de la nariz en forma semicircular que medio lo rodeaba; su gélida respiración de cianuro brillaba con tonalidades blancoazuladas, iluminada por los fantasmales halos del fuego de san Telmo que remolineaba en torno a la sonda durante las interminables noches de ocho días terráqueos de duración de Titán. Podía ver esferas de luz colgando como linternas japonesas de las inclinadas ramas cercadas de hielo de un distante bosquecillo.

Era increíble... o perfectamente lógico, según fuera el criterio del biólogo con el que se estuviera hablando, que la vida de Titán, basada en el nitrógeno y el amoníaco, fuera tan análoga a la de la Tierra, basada en el oxígeno y el agua. Pero T'uupieh no era humana, y la música de sus palabras le traía una y otra vez mensajes que eran una burla de todos los ideales que tratara de mantener respecto a ella y su relación. Durante el último año, había asesinado a once personas, y acompañada de sus secuaces había matado Dios sabe a cuántas, con el propósito de robarles. La única razón de que cooperara con la sonda, había dicho ella, era que sólo un demonio poseía una reputación más sanguinaria que la suya; sólo un demonio podía ordenarle respeto. Y, sin embargo, por lo poco que había sido capaz de mostrarles y decirles acerca del mundo en que vivía, ella no era mejor ni peor que cualquier otro— sólo más competente. ¿Era prisionera de una época, una cultura, en la que la sangre debía ser derramada en vez de compartida? ¿O era algo biológicamente innato que le permitía filosofar acerca de la brutalidad, y brutalizar la filosofía?

Más allá de T'uupieh, alrededor del fuego de nitrógeno del campamento, algunos de sus secuaces habían comenzado a cantar... las alienígenas melodías folklóricas que en su traducción no eran más que simples y repetitivos versos. Pero oídas en su forma pura, sin traducir, añadían complejidad sobre armónica complejidad: un discurso musical en un gran esquema melódico. Shannon adelantó una mano y tomó de nuevo el casco con los auriculares, olvidando todo lo demás. Tuvo un sueño, una vez, en el que fue capaz de cantar en acordes...

Utilizando los largos períodos de espera entre sus comunicaciones, había conseguido, hacía unos pocos meses, grabar él mismo una serie de las canciones alienígenas, utilizando el sintetizador. Fueron versiones simples y sin complicaciones, comparadas con las originales, debido a que su habilidad con el lenguaje no le permitía compararse ni con mucho a los cantantes, aunque no por eso dejaba de intentarlo. El cantar formaba parte de un rito religioso, le había dicho T'uupieh. «Pero ellos no cantan porque sean devotos; cantan porque les gusta cantar.» En una ocasión interpretó para ella una de sus

propias composiciones humanas en el sintetizador y se la había transmitido. Ella se le quedó mirando (más bien, mirando al ojo dorado de la sonda) en un silencio duro pero tolerante. Ella nunca cantaba, aunque la había oído algunas veces armonizar suavemente. Se preguntaba qué opinaría si él le dijera que las canciones de sus secuaces le habían hecho ganar su primer disco de platino en la Tierra. Nada, probablemente... Aunque conociéndola, si pudiera explicarle con claridad todos los conceptos, quizá se mostrara favorable a esa explotación.

El había aceptado ceder los derechos del disco a la NASA (y aunque eso había sido lo que había pensado hacer desde un principio, le molestó que Reed se lo pidiera), con la condición de que su gesto no fuera divulgado. Pero de algún modo, en la siguiente conferencia de prensa, un periodista había sabido con exactitud qué pregunta hacer, y Reed lo había dicho todo. Su madre, cuando se le preguntó acerca del sacrificio de su hijo, había murmurado:

—Saturno se está convirtiendo en un circo con tres anillos —comentó, y le dejó sin saber si echarse a reír o maldecir.

Shannon extrajo un arrugado paquete de cigarrillos del bolsillo de su caftán y encendió uno. Garda alzó la vista, husmeó, y sacudió la cabeza. Ella no fumaba, ni tenía ningún otro vicio (aunque él sospechaba que salía con hombres), y le había dedicado un largo e inútil sermón que había terminado con un: «Bien, al menos el closs no sson tabaco». Él hizo un movimiento de cabeza en respuesta.

—¿Qué piensas sobre las últimas víctimas de T'uupieh? —Garda agitó la transcripción, haciendo que los pensamientos de él volvieran a la realidad—. ¿Matarrá a su propia hermana?

Él exhaló el humo lentamente en torno a sus palabras.

—¡Sintonicen mañana el próximo excitante episodio de...! Creo que a Reed le gustará: eso es lo que pienso —señaló el periódico que había en el suelo junto a la silla—. ¿No ha observado que hemos pasado a ocupar la página tres?

T'uupieh había alimentado la tolva de la sonda con algunos artefactos hechos de metal, algo que era conocido tan sólo de los «Antiguos», dijo y la especulación científica acerca de la existencia de una cultura tecnológica anterior despertó durante un tiempo el interés hacia la sonda, dándole de nuevo el *status* de primera página. Pero las noticias de ese tipo no duraban siempre.

—Hay que mantener esa reputación arriba, chicos. Haced que las concesiones y donaciones no dejen de llegar.

Garda soltó una risita.

—¿Estás irritado con Reed o con T'uupieh?

Él se encogió de hombros con desánimo.

—Con ambos. No veo por qué ella no va a matar a su hermana...

Se interrumpió cuando el apaciguado ruido de las numerosas personas que trabajaban en el proyecto en la gran habitación se intensificó y concentró repentinamente. Marcus Reed estaba haciendo una de sus entradas, resolviendo simultáneamente los problemas de todos los demás, como siempre. Shannon se maravillaba de la energía de Reed. Aun cuando experimentaba algo parecido al disgusto por la forma como la gastaba. Reed explotaba a todos y a todo con un cinismo encantador, en nombre del realce definitivo de la ciencia... Y observarle en pleno trabajo había vaciado gradualmente todo el respeto y buena voluntad que Shannon había traído consigo al proyecto. Sabía que la reacción de su madre hacia Reed era parecida a la suya propia, aunque nunca le había dicho nada al respecto; le sorprendía que hubiera aún algo en lo que ambos pudieran estar de acuerdo.

—Doctor Reed...

—Perdone, doctor Reed, pero...

Su madre estaba ahora con Reed, mientras todos recorrían la habitación; se la veía con los labios apretados y resignada, su bata de laboratorio abotonada hasta arriba como si

intentara evitar la contaminación. Reed parecía salir directamente de una revista de elegancia masculina, como siempre. Shannon bajó la vista hacia su propio caftán gris demasiado grande y sus téjanos, que habían hecho observar a Garda: «¿Estás planeando entrarr en un monassterio?».

—Realmente nos gustaría...

—El senador Foyle quiere que lo llame...

—... sí, de acuerdo; y dígale a Dinocci que puede seguir adelante y hacer que la sonda tome otra muestra. Sí, Max, ahora me hago cargo de eso... —Reed hizo un gesto hacia Shannon y Garda para que permanecieran en sus sitios cuando ellos giraron en sus asientos para mirarlo—. Bien, acabo de enterarme de las noticias acerca del último contrato de nuestra «Robin Hood».

Shannon sonrió. Él había sido el primero en llamar jocosamente «Robin Hood» a T'uupieh. Reed lo había cogido al vuelo y había bautizado para la prensa los pantanos de amoníaco como «el bosque de Sherwood». Después de que la verdad acerca de sus sangrientas actividades comenzara a ser conocida, y empezara a parecer incluso como si estuviera colaborando con «el sheriff de Nottingham», algún periodista había apuntado que se parecía más a Rima la mujer-pájaro que a Robin Hood. Reed había dicho, riendo:

—¡Bueno, después de todo, la única razón de que Robin Hood robara a los ricos era que los pobres ya no tenían nada de dinero! —lo cual, pensó Shannon, había representado el auténtico principio del fin de su tolerancia.

—...esto podría ser utilizado como una oportunidad de mostrarle gráficamente al mundo las duras realidades de la vida en Titán.

—*Ein Moment* —dijo Garda—. ¿Es está usted diciendo que prretende dejarr que el público vea essta atrocidad, Marrcus?

Hasta ese momento no había dado a la publicidad ninguno de los relatos gráficos de los asesinos; ni siquiera Reed había sido capaz de argumentar que aquello podía servir para cualquier auténtico propósito científico.

—No, no lo está haciendo, Garda —Shannon levantó la vista cuando su madre empezó a hablar—. Porque todos acordamos *no* dar a la publicidad ninguna grabación con fines sensacionalistas.

—Carly, ya sabe que la prensa ha estado detrás de mí para que les entregara esas otras cintas, y que no lo he hecho, por nuestra votación en contra. Pero tengo la impresión de que esta situación es distinta una demostración de una condición sociocultural alienígena única. ¿Qué opina usted de eso, Shann?

Shannon se encogió de hombros, irritado y sin saber qué responder. —No veo qué maldita cosa puede haber de único en ello; una masacre es una masacre, se filme donde se filme. Creo que la idea hiede.

En una ocasión, en una fiesta, cuando aún estaba en la universidad, había visto una película en la cual una víctima desprevenida era asesinada a hachazos. El film, y lo que todos los films como aquél decían de la especie humana, le había revuelto siempre el estómago.

—*Ach...* ¡Hay máss verrdad que poessía en esso! —dijo Garda.

Reed frunció el ceño, y Shannon vio a su madre alzar las cejas.

—Tengo una idea mejor. —Aplastó el cigarrillo en el cenicero que había debajo del panel—. ¿Por qué no me dejan intentar hablar con ella de eso?

Mientras lo decía se dio cuenta de cuánto había deseado intentarlo, y de lo mucho que podía representar el éxito para su fe en la comunicación, para la imagen que tenía del pueblo de T'uupieh, y quizá, incluso de sí mismo.

Esta vez ambos mostraron su sorpresa.

—¿Cómo? —preguntó Reed.

—Bueno..., aún no lo sé. Simplemente déjenme que hable con ella, que intente comunicarme con ella, descubrir su manera de pensar y sus sentimientos... Sin toda

esa porquería de técnica que se metía por medio.

La boca de su madre se apretó; vio la familiar arruga de preocupación formándose entre sus cejas.

—Nuestro trabajo aquí es reunir esa «porquería», no empezar a imponer valoraciones morales en el universo. Tenemos ya suficiente trabajo tal como están ahora las cosas.

—¿Qué hay de «imposición» en intentar evitar un asesinato?

—Una cierta luz brilló en los opacos ojos azules de Garda—. Eso tiene implicaciones reales..., sociales. Piensa en ello, Murriss.

Reed asintió y miró pacientemente a los atentos rostros que aún lo rodeaban.

—Sí, las tiene... Mucho interés humano —murmulló y asentimientos como respuesta—. De acuerdo, Shann. Quedan unos tres días antes de que amanezca de nuevo en el «bosque de Sherwood». Puede disponer de ellos para trabajar con T'uupieh. La prensa deseará informes de nuestros progresos.

Miró su reloj y señaló con la cabeza hacia la puerta, mientras se volvía hacia ella. Shannon apartó la vista del rostro de su madre cuando ella pasó por su lado.

—Buena suerte, Shann —le lanzó distraídamente Reed—. No cuento con reformar a «Robin Hood», claro, pero puede intentarlo de todos modos.

Shannon se inclinó en su silla, frunciendo el ceño, y se volvió hacia el panel.

—Que en tu próxima reencarnación aparezcas como la taza de un retrete.

T'uupieh estaba confundida. Permanecía sentada sobre un montículo de resbaladiza piedra de agua al lado del demonio cautivo, aguardando una respuesta de él. En el tiempo que había pasado desde que lo encontrara en los pantanos, se había sorprendido una y otra vez de lo poco que se parecía su comportamiento al de todos los demás demonios de la ciencia popular que conocía. Y esta noche...

Se había sacudido, sobresaltada, cuando su grotesco brazo provisto de garras cobró súbitamente vida y tanteó por entre las frías y plateadas hojas primaverales que brotaban del fundente suelo al pie del pequeño montículo. El demonio hacía muchas cosas incomprensibles (lo cual era lógico), y exigía ofrendas de carne y vegetales e incluso piedras... y, a veces, hasta alguna parte del botín obtenido de los viajeros. Ella le entregaba de buen grado todas esas cosas, con la esperanza de ganarse su ayuda; incluso, aunque a regañadientes, le había dado los preciosos ornamentos de metal de los Antiguos, arrebatados a un gimoteante señor extranjero. El demonio la había elogiado efusivamente por aquello: todos los demonios acumulaban metal, y ella supuso que él lo necesitaba para mantener su fuerza: su caparazón en forma de domo brillaba ahora con el fuego mágico que siempre lo rodeaba por la noche, era una inmensa joya de metal de color de sangre. Y, sin embargo, ella siempre había oído decir que los demonios preferían la carne de hombres y mujeres. Pero cuando había intentado meterle un ala del señor extranjero en sus fauces, la escupió causándole varios rasguños sangrantes y le dijo a ella que lo dejara marchar. Sorprendida, ella obedeció y dejó que el idiota se fuera corriendo y aullando hasta perderse en los pantanos. Y luego, esa noche...

—Vas a matar a tu hermana, T'uupieh —le había dicho—, y a dos niños inocentes. ¿Cómo te sientes al respecto?

Ella había dicho lo primero que se le ocurrió: la verdad.

—¡El nuevo día tarda demasiado en llegar para mí! He esperado tanto tiempo..., tanto tiempo..., ¡para vengarme de Klovhiri! Mi hermana y sus retoños forman parte de su maldad, mejor matarles antes de que se multipliquen.

Entonces, ella extrajo su daga y la clavó en la musgosa y fundente tierra, como si la estuviera clavando en sus podridos corazones.

El demonio había permanecido de nuevo en silencio, durante largo tiempo, como siempre. (La tradición decía que los demonios eran inmortales, por lo que ella siempre había supuesto que no existía razón alguna para que la respuesta fuera rápida: en algunas ocasiones, sin embargo, deseaba que se mostrara un poco más considerado

hacia su condición de mortal.) Luego, finalmente, había dicho, con su profunda voz llena de extrañas sombras:

—Pero los niños no han hecho daño a nadie. Y Ahtseet es tu única hermana; ella y los niños son lo único que queda de tu sangre. Ella ha compartido tu vida. Dices que tú una vez... —El demonio hizo una pausa para rebuscar en su limitado vocabulario— la quisiste por eso. ¿Ya no significa nada lo que una vez significó algo para ti? ¿No queda nada de amor para frenar tu mano cuando la alces contra ella?

—¡Amor...! —había dicho ella, incrédula—. ¿Qué palabras son ésas, oh. Desalmado? Te estás burlando de mí. —De pronto, la ira dejó sus dientes al descubierto—. El amor es un juguete, mi demonio, y yo dejé mis juguetes atrás. Y lo mismo ha hecho Ahtseet..., ya no es de los míos. ¡Traidora, traidora!

La palabra había silbado como los moribundos leños del fuego de campamento: ella se alejó disgustada del demonio, para escarbar en la capa aislante de cenizas sulfurosas y depositar sobre ella unas cuantas empapadas ramas más. Y'lirr, su segundo al mando, le había sonreído desde donde permanecía recostado sobre el suelo envuelto en su capa, diciéndole que debería dormir. Pero ella le había ignorado y vuelto a su guardia en la colina.

Pese a que aquella noche era lo bastante fría como para recristalizar los miembros de los árboles *safillil* que se estaban descongelando lentamente, el equinoccio ya había pasado, y ahora la fina llovizna de dorado polímero presagiaba los cálidos días del próximo verano. T'uupieh se había envuelto más apretadamente en su capa y echado la capucha por la cabeza, para evitar que la pegajosa humedad impregnara sus alas y sus membranas auditivas, y había rememorado el último verano, su primer verano, que siempre recordaría... Ahtseet era una torpe y aleteante niña al comienzo de aquel primer verano, y la niña T'uupieh había pensado que su nueva hermana era tonta e inútil. Pero el verano transformó poco a poco las tierras y llenado sus asombrados ojos con milagros, y su hermana se había transformado también, para convertirse en una juguetona y gobernable compañera de aventuras. Juntas aprendieron a utilizar sus alas y aprovechar las cálidas corrientes ascendentes para explorar los límites y las libertades de su herencia.

Y, ahora, mientras la primavera avanzaba hacia el verano una vez más, T'uupieh se aferraba con furia a aquella visión, porque no deseaba perderla, o recordar que aquel cálido e irreflexivo verano de su infancia nunca volvería, aunque las estaciones regresaran, porque la Rueda del Cambio seguía con sus vueltas, y nunca giraba hacia atrás. No existía el regreso... Se había convertido en una adulta al final del verano, y ya no podría volver a remontarse con las ligeras alas de la libertad infantil. Como tampoco Ahtseet volvería a hacerlo. La pequeña Ahtseet, siempre detrás de ella, como su propia sombra buena. ¡No! ¡No lo lamentaría! Se sentiría contenta...

—¿Has pensado alguna vez, T'uupieh —había dicho el demonio de pronto—, que está mal matar a alguien? Tú no deseas morir, nadie desea morir demasiado pronto. ¿Por qué deberían ellos...? ¿Te has preguntado alguna vez qué ocurriría si pudieras cambiar el mundo por uno en el que tú..., donde trataras a todos los demás como siempre has deseado que te traten a ti, y donde ellos se comportaran de igual modo? Si alguien pudiera... vivir y dejar vivir.

Su voz se había deslizado hacia imprecisos armónicos que T'uupieh no consiguió descifrar.

Ella escuchaba, pero el demonio no dijo nada más, como si hubiera estado aguardando a que ella recapacitara sobre lo dicho por él. Pero no había necesidad de pensar en lo que resultaba obvio:

—Sólo los muertos «viven y dejan vivir». Trato a todo el mundo como espero que me traten a mí, ¡de lo contrario, iría a reunirme muy pronto con los pacíficos muertos! La muerte forma parte de la vida. Morimos cuando el destino lo desea, y cuando el destino lo desea, matamos.

»Tú eres inmortal, tienes el poder de hacer girar la Rueda, el destino, como deseas. Puedes jugar con fantasías inútiles, incluso convertirlas en realidad, y no sufrir jamás las consecuencias. Nosotros no tenemos lugar para tales cosas en nuestras pequeñas vidas. No importa cuánto me esfuerce en ser como tú; al final, moriré como todos los demás. No podemos cambiar nada, nuestras vidas están preordenadas. Así es como son las cosas entre los mortales.

T'uupieh, de nuevo, se había sumido en el silencio, llena de inquietud ante aquellas extrañas divagaciones de la mente del demonio. Pero no dejaría que todo aquello influyera en sus nervios. El día acudiría muy pronto, no debía ponerse nerviosa; tenía que estar totalmente controlada cuando condujera su ataque sobre Klovhiri. Ninguna emoción debía interferir, y no importaba cuan grandes eran sus anhelos de sentir la sangre de Klovhiri resbalar, azulada, por sus manos, y la de su hermana, y la de los niños... Los retoños de Ahtseet nunca sentirían el cálido viento empujarles hacia arriba en el cielo, ni se zambullirían, como ella había hecho, en las profundidades de sus estanques con pétalos arco iris, ni verían sus torres reflejar la luz allá a lo lejos, entre los árboles. ¡Nunca! Nunca...

Entonces, había contenido bruscamente la respiración mientras una especie de rabiosa girándola estallaba en la pared de retorcidos arbustos que había tras ella, dando volteretas por encima de su cabeza en dirección al claro que formaba el campamento. La había observado rodear el fuego —lanzando chispas, silbando, furiosa, en el tranquilo aire—, tres veces y media antes de hundirse sin dejar de dar vueltas en la oscuridad. Ningún durmiente despertó, sólo dos se removieron. Ella se había aferrado a una de las duras y angulares patas del demonio, agitada, sabiendo que aquellas vueltas en torno al fuego habían sido un portento... Pero ignoraba su significado. El ardiente silencio que aquella cosa dejara tras de sí la había oprimido como una losa; se había agitado inquieta, con sus alas tendidas.

Y sin inmutarse en absoluto, el demonio había empezado a desgranar de nuevo sus extraños y tenebrosos pensamientos:

—No todo lo que has oído sobre los demonios es cierto. Podemos sufrir las... — buscaba de nuevo las palabras—, las consecuencias de nuestros actos; entre nosotros también luchamos y sucumbimos. *Somos* viciosos y brutales y despiadados, pero no nos gusta serlo. Deseamos cambiar a algo mejor, aumentar nuestra compasión, perdonar más. Fracasamos más veces de las que vencemos, pero creemos que *podemos* cambiar. Y tú eres más parecida a nosotros de lo que supones. Traza una línea entre... confianza y traición, correcto e incorrecto, bueno y malo, y opta por no cruzar nunca esa línea.

—¿Cómo? — T'uupieh había girado su rostro para enfrentarse al ojo de ámbar, grande como su propia cabeza, atreviéndose a interrumpir las palabras del demonio—. ¿Cómo puede una gota cambiar la magnitud de las mareas? ¡Es imposible! El mundo se funde y fluye, se eleva en bruma, regresa de nuevo al hielo, sólo para fundirse y fluir una vez más. Una rueda no tiene principio, y tampoco final; no empieza ni acaba. No hay «bueno» ni «malo»..., ninguna línea entre ellos. Sólo hay aceptación. ¡Si tú fueras un mortal, diría que estás loco!

Se había vuelto de nuevo, y sus garras trazaron leves surcos en la piedra recubierta con polímero mientras luchaba por mantener el autocontrol. «Locura... ¿Es posible?» ¿Podía su demonio haberse vuelto loco? ¿De qué otro modo explicar pensamientos que él había puesto en su mente? Pensamientos insanos, extraños, suicidas..., pero pensamientos que la atormentaban.

¿O tal vez existía un método en su locura? Sabía que la traición era algo que yacía en el corazón de todo demonio. Podía estar mintiendo cuando hablaba de confianza y perdón..., a sabiendas de que ella debía estar preparada para el día siguiente, confiando en hacerla dudar de sí misma, en conseguir que fracasara. Sí, eso era mucho más razonable. Pero, entonces, ¿por qué resultaba tan difícil creer que ese demonio

intentaba arruinar sus más acariciadas metas? Después de todo, le mantenía prisionero, y aunque los conjuros de ella le impedían despedazarla, quizá estaba intentando despedazar su mente, llevarla hasta la locura. ¿Por qué no iba a odiarla, y deleitarse en su tortura, y esperar su destrucción?

¡Cómo podía ser tan desagradecido...! Casi se había reído en voz alta ante su propio resentimiento, incluso mientras formulaba el pensamiento, ¡... como si algún demonio hubiera conocido alguna vez la gratitud! Pero desde el día en que le había atrapado con sus conjuros en los pantanos, le había ofrecido el mejor de los tratos. Le había servido, transportado de un lado a otro y obligado a sus temerosos seguidores a que hicieran lo mismo. Le había ofrecido lo mejor de todo..., cualquier cosa que él deseaba. Bajo sus órdenes, había enviado rastreadores a buscar sus dispersos ojos, y él le había permitido, incluso animado, a usarlos como si fueran suyos, como observadores y protectores. Hasta le había enseñado a comprender su idioma (porque era tan ignorante como un bebé acerca del mundo de los mortales) cuando se dio cuenta de que él deseaba comunicarse con ella. Había hecho todas aquellas cosas para ganarse su favor debido a que sabía que él había llegado a sus manos por una razón, y que si ella conseguía ganar su cooperación, nadie se atrevería a cruzarse en su camino.

Había pasado todas sus horas libres haciéndole compañía, saciando su curiosidad, y la de ella misma, mientras alimentaba sus enjoyadas fauces; hasta que gradualmente esas conversaciones con el demonio se convirtieron en una finalidad en sí mismas, un tesoro que valía incluso el sacrificio de metales preciosos. Ni siquiera la constante espera a que su mente alienígena ponderara sus preguntas y respuestas la había cansado nunca; incluso llegó a gozar al compartir los simples placeres de sus silencios, y descansar a la cálida luz ambarina de su mirada.

T'uupieh bajó la vista hacia el cinturón de fibra finamente tejido que pasaba a través de las estrechas hendiduras entre su costado y sus alas y mantenía sujeta su túnica. Tocó con sus dedos los pesados abalorios de intenso color ambarino que lo decoraban.... metal fundido y endurecido atrapado en pulida roca de agua gracias a las secretas artes de los forjadores de joyas, y que le recordaban siempre los mil ojos de su demonio. Su demonio...

De nuevo apartó la mirada para dirigirla hacia el fuego, hacia las formas envueltas en capas de sus seguidores. Desde la llegada del demonio había notado cómo el espacio — físico y emocional— que siempre la había separado a ella como jefe de su grupo se ensanchaba cada vez más. Seguía ostentando el liderazgo absoluto, y quizá más firmemente ahora que había conseguido dominar al demonio, y su lazo de unión de peligro compartido y respeto mutuo jamás se había debilitado. Aunque había otras necesidades que su gente podía satisfacer mutuamente, pero no con ella.

Les observó, durmiendo como los muertos —como debería estar durmiendo ella—, preparándose para el día siguiente. Dormían esporádicamente, cuando podían, como todos los plebeyos... Como lo hacía ella ahora también, en vez de hibernar la noche entera como la nobleza. Muchos de ellos dormían emparejados, hombre y mujer, aunque lo hacían con una plebeya y caótica falta de discriminación siempre que la mujer sentía que le había llegado la estación. T'uupieh se preguntaba qué imaginarían al verla a ella sentada allí, con el demonio, en plena noche. Sabía lo que pensaban, lo que ella les animaba a pensar: que había elegido al demonio como consorte, o que él la había elegido a ella. Y'liirr dormía siempre solo, observó. Confiaba en él y le gustaba más que cualquiera de los otros; era rápido y despiadado, y sabía que la adoraba. Pero se trataba de un plebeyo, y, lo más importante, no la desafiaba. En ningún lado, ni siquiera entre la nobleza, había hallado a nadie que le ofreciera la clase de compañerismo que anhelaba... Hasta ahora, hasta que el demonio había ido a ella. No, no podía creer que todas sus palabras fueran mentira.

—¡T'uupieh! —zumbó el demonio su nombre en la neblinosa oscuridad—. Quizá no

puedas cambiar el esquema del destino, pero puedes cambiar tu mente. Ya has desafiado al destino saliéndote de la ley y enfrentándote a Klovhiri. Tu hermana fue la que aceptó... —unas palabras ininteligibles—, simplemente dejó que la Rueda la tomara. ¿Puedes matarla por eso? Debes comprender por qué lo hizo, cómo *pudo* hacerlo. No tienes que matarla por eso... No necesitas matar a ninguno de ellos. Posees la fuerza, el valor, de echar a un lado tu venganza y encontrar otro camino que te conduzca a tus fines. Puedes elegir ser clemente..., elegir tu propio camino a través de la vida, aunque el destino último de toda vida sea el mismo.

Ella se puso en pie con resentimiento, igualando la altura del demonio, y se envolvió en la capa.

—Aunque deseara cambiar de opinión, es demasiado tarde. La Rueda ya se ha puesto en movimiento, y debo dormir si quiero estar dispuesta para ello. —Eché a andar hacia el fuego, se detuvo, y miró hacia atrás—. No hay nada que yo pueda hacer ahora, mi demonio. No puedo cambiar el mañana. Sólo tú puedes hacer eso. Sólo tú.

Más tarde le oyó decir suavemente su nombre mientras ella permanecía tendida, sin conseguir dormir, en el frío suelo. Pero volvió la espalda a la voz y siguió allí tendida.

Finalmente, el sueño acudió.

Shannon se dejó caer en el abrazo del acolchado sillón, frotándose la dolorida cabeza. Sus párpados eran de papel de lija, su cuerpo, un peso muerto. Miró la gran pantalla, a T'uupieh vuelta obstinadamente de espaldas a él mientras dormía al lado del fuego de nitrógeno del campamento.

—Está bien, eso es todo. Renuncio. Ni siquiera me escucha. Llame a Reed y dígame que abandono.

—¿...que abandonass el intento de convencer— a T'uupieh? —preguntó Garda—. ¿Esstáss seguro? Ella puede volverr todavía. Utiliza un poco máss de énfasiss en... en loss aspectoss esspiritualess. Debemoss estarr seguros de que hemoss agotado todass lass posibilidadess... parra hacerrle cambiarr su decissión.

«Para salvar su alma», pensó él con amargura. Garda había hecho sus primeras prácticas en un instituto dedicado a la traducción de la Biblia: él había descubierto en las últimas horas que aún guardaba en su interior un secreto deseo de hacer proselitismo. «¿Qué alma?»

—Estamos malgastando nuestro tiempo. Hace seis horas que se alejó de mí. No va a volver... y lo que quiero decir es que abandono. No deseo estar aquí cuando se produzca todo. Ya he tenido bastante.

—No lo dices en serio —repuso Garda—. Esstáss canssado. Tú también necessitass desscansarr. Cuando T'uupieh despierrte, podrrás hablarr de nuevo con ella.

El sacudió la cabeza para echarse el cabello hacia atrás.

—Olvídelo. Simplemente llame a Reed.

Miró por la ventana al amanecer que separaba del cielo la silueta de las construcciones costeras envueltas en la niebla.

Garda se encogió de hombros, desilusionada, y se dirigió hacia el teléfono.

De nuevo, él estudió la consola del sintetizador, el teclado, aún resplandeciente y aguardando, pidiéndole a sus pesadas y cansadas manos un intento más. Al menos cuando hiciera su última declaración, no tendría que ser directamente a los ojos y oídos de un mundo que aguardaba; dudaba que ningún periodista fuera tan delicado como para estar aguardando todavía en la sala de observación de paredes de cristal a aquella hora. Sus preguntas habían sido interminables a primera hora de aquella noche, tanteando sus sentimientos, motivos, propósitos y planes, preguntando acerca de la moralidad de «Robin Hood» o de la falta de ella, y de la suya también, acerca de cientos de otras cosas que no eran asunto de nadie excepto de él.

El mundo de la música había tratado de hacerle lo mismo en una ocasión, pero

entonces pudo contar con amortiguadores —agentes, publicistas— para protegerlo. Ahora que había tanto en juego, no tenía protección; sólo Reed ante el micrófono convirtiendo con elocuencia la habitación en un espectáculo, con Shann el Hombre como atracción principal, hasta que empezó a sentirse igual que un hombre atado a una estaca junto a un hormiguero y completamente cubierto de miel. Los periodistas le miraban desde sus asientos como desde las alturas, y criticaban las respuestas de T'uupieh así como las suyas propias, llenando los lapsos de tiempo, en los que necesitaba quietud para pensar, con irritantes interrupciones. El éxito de Reed había sido total en exprimir hasta la última gota de patetismo e interés humano de su esfuerzo por prevenir la venganza de T'uupieh contra Los Inocentes... Y con ello había conseguido que todo fracasara.

No. Se envaró en su asiento intentando desentumecer su espalda. No, no podía echarle la culpa a Reed. En el momento en el cual lo que iba a decir era realmente importante, los periodistas ya le habían dado de lado. El fracaso sólo se le podía imputar a él: su habilidad no había sido suficiente, su mensaje careció de convicción... Él no había sido capaz de ver a través de los ojos de T'uupieh con la suficiente claridad como para hacer que ella viera a través de los de él. Había tenido su oportunidad de comunicarse realmente, por una sola vez en su vida... De comunicar algo importante. Y lo había estropeado.

Una mano pasó por su lado para dejarle una taza de humeante café en el estante bajo el terminal.

—Una cosa buena de este ordenador —dijo una voz suave— es que está programado para hacer una buena taza de café.

Sorprendido, se rió sin darse cuenta, y alzó la vista: el rostro de su madre se veía ojeroso y cansado. Ella sostenía otra taza de café en la mano.

—Gracias. —Tomó un sorbo y sintió el caliente líquido descender por su garganta hasta su vacío estómago. Sin levantar de nuevo la vista dijo —: Bien. tienes lo que deseabas. Y también Reed. Ha conseguido el patetismo que quería, y tendrá sus asesinatos también.

Ella movió la cabeza.

—No es eso lo que yo deseaba. No quiero verte abandonar todo lo que has hecho aquí por el mero hecho de que no te gusta lo que Reed está haciendo con una parte de ello. No es para tanto. Tu trabajo significa demasiado para este proyecto, y significa demasiado para ti.

Él levantó la vista.

—Ja. esstá en lo cierto, Sshannon. No puedess dejarrlo... Te necessitamoss demassiado ahorra. Y T'uupieh te necessita.

De nuevo se rió involuntariamente.

—Como un yo-yo de cemento. ¿Qué es lo que pretende, Garda? ¿Utiliza mis propias palabras moralizantes contra mí?

—Te está diciendo lo que cualquier ciego podría haber visto esta noche, si no lo hubiera visto hasta ahora —la voz de su madre sonaba extrañamente distante —: que este proyecto jamás habría conseguido este grado de éxito sin ti. Que tenías razón acerca del sintetizador. Y que perderte significaría...

Se interrumpió para volverse a observar la entrada de Reed por la puerta que estaba al extremo de la larga habitación. Venía solo, y, contra lo acostumbrado en él, se veía desaliñado. Shannon supuso que estaría durmiendo cuando le llegó la llamada telefónica, y se sintió inexplicablemente complacido por haberle despertado.

En cambio, Reed no lo estaba. Shannon observó el ceño fruncido, que podía significar preocupación o desagrado, o ambas cosas, y que deformaba su rostro y creaba ondas maléficas que avanzaban hacia ellos.

—¿Qué es lo que me ha dicho ella que pretende abandonar?

¿Sólo porque no puede cambiar una mente alienígena? —Entró en el cubículo y

miró hacia el terminal, para asegurarse de que todos los micrófonos estuvieran desconectados, supuso Shannon—. Sabía que era difícil, tal vez sin esperanzas. Debe aceptar que ella no desea ser reformada, aceptar que los valores de una cultura alienígena han de ser diferentes de los suyos.

Shannon se recostó en su sillón. Sintió que un músculo en la parte interna de su codo empezaba a tironear de cansancio.

—Puedo aceptar eso. Lo que no acepto es que usted desee convertirnos a todos en una pandilla de malditos alcahuetes. ¡Cristo, ni siquiera tiene usted una buena razón para ello! No he venido aquí para ponerle la banda sonora a una asquerosa película. Si usted sigue adelante y le da a tragar al mundo esos asesinatos, abandono. No quiero dejar todo eso, pero no pienso quedarme para asistir a un carnaval pornocriminal.

El ceño de Reed se frunció aún más, y miró hacia otro lado.

—Y bien. ¿Qué hay con ustedes dos? ¿Me culpan también en privado de complicidad en los asesinatos? Carly...

—No, Marcus... Realmente no —sacudió la cabeza—. Pero todos sentimos que no debemos rebajar y debilitar nuestra investigación para convertirla en un espectáculo. Después de todo, la gente de Titán tiene tanto derecho a la intimidad y al respeto como cualquier cultura de la Tierra.

—Ja, Marrcuss, creo que todoss esstamos de acuerrdo al resspecto.

—¿Y cuánta intimidad tiene alguien en la Tierra hoy en día? Buen Dios... ¿Recordáis a los Tasaday? Y eso fue hace treinta años. No hay ni una sola cumbre montañosa o isla desierta que el omnipresente ojo de la cámara no haya transmitido por todo el mundo. Y respecto a lo que llaman las leyes de vigilancia pública del crimen..., nuestras propias vidas no son más que un gran espectáculo para mirones.

Shannon sacudió la cabeza.

—Eso no significa que debamos... Reed volvió hacia él unos fríos ojos.

—Y yo ya estoy un poco demasiado cansado con su presuntuosa piedad, Wyler. ¿A qué cree que debe usted su éxito como músico, sino a la publicidad? —Hizo un gesto hacia los carteles en las paredes—. Hay más ventas forzadas en su tipo de música que en cualquier otro campo que pueda nombrar.

—Tuve que aceptar algo de empuje publicitario. De lo contrario no habría podido llegar a la gente, ni conseguir lo que realmente es importante para mí..., comunicarme. Eso no significa que me guste.

—¿Y usted cree que yo disfruto con ello?

—Entonces, ¿qué...? Reed vaciló.

—Lo que ocurre es que soy bueno en esto, que es lo realmente importante. Porque usted puede no creerlo, pero sigo siendo un científico, y de lo que más me preocupo es de lograr que la investigación obtenga una buena tajada del pastel. Dice usted que no tengo ninguna buena razón para hacer públicos de este modo nuestros descubrimientos. ¿No se da cuenta de que la NASA perdió todos los datos de nuestra sonda a Neptuno sólo porque alguien en las alturas se cansó de esperar noticias de Neptuno y corto nuestros fondos? El auténtico problema en estas largas misiones a los planetas exteriores no es la fiabilidad del instrumental, sino la constancia financiera. El público pagará millones por uno de sus conciertos, pero ni un centavo por algo que no comprenda.

—No veo...

—La gente quiere olvidar sus problemas, desea que la entretengan. ¿Y quién puede culparla por ello? De modo que para competir con las películas, y los deportes, y la gente como usted, sin mencionar otras diez mil valiosas causas gubernamentales y privadas, tenemos que ofrecerle al público lo que desea. Es mi responsabilidad dar eso, de modo que los «auténticos científicos» puedan sentarse en sus immaculados y brillantes institutos con medio millar de millones de dólares en valioso equipo a su alrededor, y hablar del

«respeto a la investigación».

Reed hizo una pausa; Shannon mantuvo, testarudo, su mirada.

—Piense en ello. Y cuando pueda decirme que todo lo que ha hecho como músico es moralmente superior a lo que hace ahora, o más valioso, podrá venir a mi oficina y decirme lo que significa ser realmente hipócrita. Pero piense en ello primero..., piénsenlo todos ustedes.

Reed dio media vuelta y salió del cubículo.

Los otros, en silencio, le observaron irse hasta que las dobles puertas, al otro extremo de la habitación, dejaron de moverse.

Garda miró su bastón y luego su capa. Y observó, con aire sentencioso:

—Bien... Creo que ha conseguido un punto.

Shannon se inclinó hacia adelante en un recorrido a lo largo de la compleja belleza del terminal. Sentía que la combinación de pesadumbre y cafeína hacía su cansancio a un lado.

—Sé que lo ha conseguido, pero ¡ése no era el punto adonde yo quería llegar! No deseaba cambiar la mente de T'uupieh o abandonarlo todo, simplemente porque objetara vender el proyecto... Es la forma en que está siendo vendido, como una especie de espectáculo de perversión pornocriminal lo que no puedo soportar. —Recordó que cuando era niño, los conciertos de rock habían conseguido una cierta notoriedad y eran tan respetables como una orquesta sinfónica, comparados con los «espectáculos sensacionales» de ahora, que los fueron eclipsando a medida que crecía, cuando «expertos» se jugaban la vida por una bolsa de un millón de dólares, frente a una multitud que acudía a verles perder; cuando algunos masoquistas se ganaban la vida a través de la automutilación: donde se filmaban películas de *cinéma vérité* de carnicerías y muerte—. Quiero decir, ¿es eso lo que quiere todo el mundo en realidad? ¿Hace sentirse bien a la gente el ver sangrar a otra persona? ¿O conseguirán alguna especie de superioridad moral contemplando la masacre porque sucede en Titán en vez de aquí? —Alzó la vista hacia la pantalla, hacia T'uupieh, que seguía tendida, durmiendo, inmóvil e indiferente—. Si hubiese podido cambiar la mente de T'uupieh, o cambiar lo que ocurre aquí, quizá me hubiera sentido bien respecto a algo. Al menos respecto a mí mismo. Pero ¿a quién estoy engañando? —T'uupieh había tenido razón durante todo el tiempo, y ahora debía reconocerlo para sí: que no había ninguna forma de cambiar a ninguno de los dos—. T'uupieh es simplemente como los demás, cortarías antes tu mano que estrechártela..., y el hecho de que nosotros lo hagamos de un modo indirecto no nos hace mejores. Y ninguno de nosotros lo será nunca. —Las palabras de una vieja canción, más vieja que él, se insinuaron en su mente con brusca ironía—: «Las manos de un hombre no pueden construir...».

Mientras, empezó a desconectar el terminal.

—Necessitass dormirr... Todoss nossotrross lo necessitamoss —dijo Garda, levantándose rígidamente de su silla.

—«... excepto si una más una más cincuenta hacen un millón» —terminó su madre la letra suavemente.

Shannon se volvió para mirarla, le vio mover la cabeza; ella se dio cuenta de que la miraba, y levantó la vista.

—Después de todo, si T'uupieh hubiera podido aceptar el que todo lo que hacía era moralmente malo, ¿qué habría sido de ella? T'uupieh lo sabía: la habría destruido, nosotros la habríamos destruido: arrastrada y ahogada en la marea de la violencia. —Su madre desvió la vista hacia Garda, luego le miró de nuevo—. T'uupieh es una realista, además de todo lo que pueda ser también.

Él sintió que su boca se crispaba contra el resentimiento que sublima una emoción más profunda y dolorosa; oyó el gruñido de indignación de Garda.

—Pero eso no significa que estés equivocado, o que hayas fracasado...

—Te agradezco que digas eso. —Se puso de pie, hizo una seña a Garda, y se dirigió hacia la salida—. Vamonos. —Shannon. Se detuvo, mirando aún hacia otro lado.

—No creo que hayas fracasado. Pienso que has logrado llegar a T'uupieh. Lo último que ella dijo fue: «Sólo tú puedes cambiar el mañana». Creo que está desafiando al demonio a seguir adelante, a hacer aquello que ella no tiene el valor de hacer por sí misma; que te está pidiendo que la ayudes.

Él se volvió lentamente.

—¿De veras lo crees?

—Sí.

Ella inclinó la cabeza y soltó el cabello que el cuello de su jersey aprisionaba.

Shann regresó a su asiento; sus manos rozaron las oscuras e inertes placas del panel.

—Pero no sacaré nada hablando de nuevo con ella. De alguna forma, el demonio debe detener el ataque por sí mismo. Si pudiera utilizar la «voz» para advertirles... ¡Maldito sea el desfase de tiempo!

Se sentía derrotado; cuando la voz llegara a ellos, el ataque se habría producido más de cuatro horas antes. ¿Cómo podía cambiar nada al día siguiente si siempre iba con dos horas de retraso?

—Sé la manera de superar el problema del desfase de tiempo.

—¿Cómo? —Garda se sentó de nuevo, mostrando entremezcladas emociones en su ancho y arrugado rostro—. No puedess enviarr una adverrtencia porr delante del tiempo; nadie ssabe cuándo Klovhiri va a passarr. Podrría llegarr demassiado temprrano, o demassiado tarrde.

Shannon se envaró en su asiento.

—Mejor preguntar: «¿Por qué?» ¿Por qué estás cambiando de opinión?

—Nunca he cambiado de opinión —dijo su madre con suavidad—. Nunca me gustó esto tampoco... Cuando era niña, acostumbraba a creer que nuestras acciones *podían* cambiar el mundo; quizá nunca he dejado de creer en ello.

—Perro a Marrcuss no le va a gusstarr que esstemoss trramando a ssuss esspaldass. —Garda agitó su bastón—. ¿Y qué hay acerrca de que necessitemoss essa publicidad? Shannon la miró irritado.

—Creí que estaba usted del lado de los ángeles, no que era el abogado del diablo.

—¡Loesstoy! —Garda torció la boca—. Perro...

—Entonces, ¿qué mala noticia ve en el anuncio de que la sonda ha efectuado un rescate de último minuto? Causará sensación.

Vio a su madre sonreír, por primera vez en meses.

—Sensacional..., si Tuupieh no nos deja encallados en los pantanos por nuestra traición.

Él se calmó un tanto.

—Si de verdad crees que desea nuestra ayuda, no. Y yo sé que la desea..., «lo presiento». Pero ¿cómo vencer el desfase del tiempo?

—Yo soy ingeniero, ¿lo recuerdas? Necesitaré un mensaje tuyo grabado, y un poco de tiempo para jugar con eso.

Su madre señaló al terminal del ordenador.

Él lo conectó y se apartó a un lado. Ella se sentó e inició un programa de documentación en la pantalla. Shannon leyó: *Manual de operaciones a distancia*.

—Déjame ver... Necesitaré realimentación a la llegada del grupo de Kloyhiri...

Él carraspeó.

—¿Querías decir lo que realmente dijiste, antes de que Reed entrara?

Ella alzó la vista; él vio el atisbo de una respuesta en su rostro, que se desvaneció en otra sonrisa.

—Garda, ¿te presenté alguna vez a Mi Hijo el Lingüista?

—¿Y de dónde ssacasste essa canción de Pete Sseegerr?

—Y Mi Hijo el Músico... —La sonrisa se metió hacia adentro, en busca de un recuerdo—. No creo que te haya dicho nunca que me enamoré de tu padre porque me recordaba a Elton John...

Tuupieh permanecía de pie en silencio, mirando al inmóvil ojo del demonio. Un nuevo día estaba cambiando las nubes de bronce a oro; la luminosidad se filtraba por las entremezcladas cabelleras de los árboles, y se reflejaba en los translúcidos rostros verdes de los farallones y las chorreantes laderas para lustrar el caparazón del demonio con su luz. Terminó de arrancar las últimas briznas de carne de un hueso y se obligó a comérselas, apenas consciente de lo que hacía. Ya había enviado observadores en dirección a la ciudad, para vigilar a Chwiul y al grupo de Klovhiri... Detrás, el resto de su banda estaba preparado; en ese momento comprobaban armas y reflejos, y llenaban sus estómagos.

Y el demonio aún no había hablado con ella. Otras veces, él había optado por no hablar durante interminables horas, pero tras las locas divagaciones de la última noche, el pensamiento de que él no volvería a hablar nunca más la tenía obsesionada. Su preocupación crecía, y alimentaba su cólera, que esa mañana estaba ya bastante encendida. Hasta que, finalmente, avanzó a grandes zancadas hacia él y le golpeó con la mano abierta.

—¡Hablame, *mala'ingga!*

Pero cuando dio el golpe, un dolor, como el contacto de una ardiente llama, trepó por los músculos de su brazo. Retrocedió, con una maldición de sorpresa y sacudiendo el brazo. El demonio nunca la había rechazado antes, jamás la había atacado de ninguna forma. Pero ella nunca se había atrevido a golpearle antes, siempre le había tratado con un calculado respeto... «¡Estúpida!». Miró su mano, medio temerosa de verla cubierta de quemaduras que la convirtieran en una inválida para el ataque. Pero la piel aparecía suave y sin ampollas, apenas algo más brillante, debido al doloroso impacto.

—¡T'uupieh! ¿Te encuentras bien?

Se volvió para ver a Y'lirr, que se había acercado por detrás de ella con aspecto de medio asustado y ceñudo.

—Sí —asintió ella, controlando una réplica más cortante en vista de su preocupación—. No ha sido nada. —Él llevaba su arco de doble cuerda y su carcaj; T'uupieh adelantó su dolorida mano y se los cogió con absoluta naturalidad para echárselos al hombro—. Vamos, Y'lirr; debemos...

—T'uupieh. —Esta vez era la voz sobrenatural del demonio la que había pronunciado su nombre—. T'uupieh. si crees en mi poder para cambiar el destino como yo quiero, entonces debes volver y escucharme de nuevo.

Ella se volvió y notó cómo Y'lirr vacilaba tras ella.

—¡Creo de veras en todos tus poderes, mi demonio!

Se frotó la mano.

Las profundidades ambarinas de su ojo absorbieron la expresión de la mujer y leyeron su sinceridad. O al menos, eso esperó de ella.

—T'uupieh, sé que no pude conseguir que creyeras en lo que te decía. Pero deseo que... —Sus palabras se entremezclaron ininteligiblemente—. En mí... Deseo que conozcas mi nombre. T'uupieh. mi nombre es...

Oyó un aterrado grito de Y'lirr tras ella. Miró a su alrededor y pudo ver como él se tapaba los oídos, y se echó hacia tras, paralizado por la incredulidad.

—... Sang'ang.

—La palabra la golpeó como la terrible descarga del demonio, pero, esa vez, el impacto fue sólo mental. Gritó agudamente, en una desesperada protesta, pero el nombre había pasado ya a su conocimiento... «¡Demasiado tarde!».

Transcurrido un largo momento, inspiró hondo y agitó la cabeza. La incredulidad la mantenía aún inmóvil mientras dejaba que sus ojos vagaran por el cada vez más

iluminado campamento, mientras escuchaba los sonidos del despertar del bosque y respiraba el olor acre y especioso de los brotes primaverales. Entonces, se echó a reír. Había oído a un demonio pronunciar su nombre, y aún seguía viva... Y no estaba ciega ni sorda ni loca. El demonio la había elegido a ella, se había unido a ella. ¡se había rendido finalmente a ella!

Aturdida por la exultación, casi no se dio cuenta de que el demonio seguía hablándole. Interrumpió la canción triunfal que brotaba de ella y escuchó:

—... así que te ordeno que me lleves contigo cuando emprendas hoy el camino. Debo ver lo que ocurre, observar el paso de Klovhiri.

—¡Sí! Sí, mi... Shang'ang. Se hará como tú quieres. Tus caprichos son mi deseo. — Se volvió y echó a correr colina abajo, se detuvo cuando encontró a Y'lirr aún tendido en el suelo, donde se había dejado caer cuando el demonio pronunció su nombre—. ¡Y'lirr!

Le sacudió con el pie. Aliviada, le vio alzar la cabeza. Y observó su propia incredulidad reflejarse en el rostro de su lugarteniente, que levantaba la vista hacia ella.

—Mi dama... ¿No nos ha...?

—No, Y'lirr —dijo ella suavemente: y luego, con mas energía—: ¡Por supuesto que no lo ha hecho! Ahora soy la auténtica Consorte del Demonio; nada me detendrá en mi camino. —Le empujó de nuevo con el pie, con más dureza esta vez—. Levántate. ¿Qué es lo que tengo? ¿Un puñado de gimoteantes cobardes para arruinar la mañana de mi triunfo?

Y'lirr saltó sobre sus pies y se sacudió las ropas.

—¡Eso nunca. T'uupieh! Estamos listos para cualquier orden... Listos para cumplir con tu venganza.

Su mano aferró la empuñadura de su cuchillo.

—¡Y mi demonio se unirá a ella! —El orgullo que sentía le hizo elevar la voz—. Ve a ayudar: que traigan un trineo hasta aquí, y que lo dispongan. Y diles que lo muevan con suavidad.

El asintió y, por un momento, mientras miraba al demonio, ella vio temor y envidia en sus ojos.

—Buenas noticias —dijo, y se alejó con su habitual brusquedad, sin volver la vista hacia ella.

Oyó un pequeño clamor en el campamento y miró más allá de él, pensando que la noticia de lo del demonio ya se había difundido. Pero entonces vio a lord Chwiul, que llegaba tal como había prometido, conducido al claro por la escolta de ella. Alzó ligeramente la cabeza, sorprendida... Acudía solo, por supuesto, pero conducía un *bliell*. Eran monturas raras y muy caras, puesto que eran el único animal que ella conocía capaz de cargar con tanto peso, resabiado y difícil de domar. Observó a la bestia azotando el aire, con sus colmillos sobresaliendo de sus flaccidas y babeantes fauces, y esbozó una leve sonrisa. Vio que su escolta se mantenía apartada de sus gruesas, cortas y palmeadas patas, sujetando sus lanzas en posición de ataque. Se trataba de un animal anfibio, demasiado pesado para hacer uso de sus alas, pero ágil y rápido cuando nadaba. T'uupieh dirigió una rápida mirada a sus propios pies y manos palmeados, a sus membranosas alas que ahora apenas podían mantener su cuerpo elevado unos escasos segundos. Pensó, como había hecho tantas otras veces, qué extrañas vueltas del destino los habían formado, o transformado, a todos ellos.

Vio a Y'lirr hablando con Chwiul, señalándola a ella, vio su insolente sonrisa y las huellas de aprensión que mostraba Chwiul al mirarla; imaginó lo que Y'lirr había dicho: «Sabe su nombre».

Chwiul cabalgó hacia donde ella se encontraba, controlando el rostro mientras soportaba el escrutinio del demonio. T'uupieh extendió una mano para palmear casualmente —suavemente— su sensual costado, facetado como una joya. Sus ojos se apartaron brevemente de Chwiul, atraídos por algún instinto hacia el cielo por encima de

ella, y, por un brevísimo instante, vio abrirse las nubes...

Parpadeó para ver con más claridad, y cuando volvió a mirar, ya no estaba. Nadie más, ni siquiera Chwiul, había visto al giboso disco de color dorado verdoso atravesado diagonalmente por una línea de plata y una franja de profunda negrura: la Rueda del Cambio. Mantuvo el rostro sin expresión, aunque su corazón latía, alocado. La Rueda aparecía sólo cuando la vida de alguien estaba a punto de cambiar profundamente... Ese cambio, por lo general, era la muerte.

La montura de Chwiul adelantó bruscamente la cabeza mientras su jinete la detenía frente a ella, que mantuvo su posición al lado del demonio. Pero algo de la azulada saliva del *biell* goteó y manchó su capa mientras Chwiul tiraba de las riendas y echaba su enorme cabeza hacia atrás.

—¡Chwiul! —Dejó escapar su cólera—. ¡Manten el control de esa babeante asquerosidad, o haré que la maten!

Su mano se posó con el puño cerrado en el pulido costado del demonio.

La semisonrisa de Chwiul se desvaneció bruscamente, e hizo retroceder su montura, sin dejar de mirar nerviosamente el brillante ojo del demonio.

T'uupieh inspiró profundamente y sonrió.

—Así que no te has atrevido a venir solo a mi campamento, mi señor.

Él se inclinó ligeramente desde su silla.

—Dudaba si adentrarme solo en los pantanos, a pie, hasta que tus hombres me encontraran.

—Entiendo. —Mantuvo la sonrisa—. Bien, entonces supongo que las cosas han ocurrido esta mañana como planeaste. ¿Están Klovhiri y su gente dirigiéndose hacia nuestra trampa?

—Así es. Y su guía aguarda mi señal, para conducirles hacia el cenagal que tú elijas.

—Bien. He pensado en un lugar que está convenientemente rodeado de colinas. — Admiró el autocontrol de Chwiul en presencia del demonio, aunque se daba cuenta de que no estaba tan tranquilo como pretendía parecer. Vio a algunos de los hombres dirigirse hacia ellos con un trineo para cargar al demonio para el viaje—. Mi demonio nos acompañará, por deseo propio. Una señal segura de nuestro éxito hoy, ¿no estás de acuerdo?

Chwiul frunció el ceño como si deseara expresar sus dudas, pero no se atrevió a hacerlo con palabras.

—Si te sirve con lealtad, entonces sí, mi dama. Un gran honor y un buen presagio.

—Me sirve con auténtica devoción.

Sonrió de nuevo, insinuante. Dio un paso atrás a la llegada del trineo, observó cómo era cargado el demonio, asegurándose de que su gente empleaba el necesario cuidado. La nueva reverencia con que lo trataban sus secuaces no pasó inadvertida ni para Chwiul ni para ella misma.

Luego reunió a sus hombres, y partieron hacia su destino. Se abrieron camino por la humeante superficie de los pantanos y a través de los resbaladizos tentáculos azul pizarra de la frágil y fundente maleza. Se alegró de que avanzaran a menudo por aquel terreno, porque los brotes primaverales espinosos y el musgoso suelo obligaban a cambiar imprevisiblemente sus rutas de un día a otro. Deseó haber podido separar a Chwiul de su fea montura, pero dudaba que él hubiese cooperado, y temía que no fuera capaz de seguir su ritmo a pie. El demonio había sido

# JEFFTY TIENE CINCO AÑOS

Harlan Ellison

*Harlan no es ningún extraño para los volúmenes Hugo. No tenía ningún relato en el primer volumen, pues, por entonces, ya escribía como profesional, pero todavía no se dedicaba a la ciencia ficción. En el volumen 2, no obstante, apareció su primer relato, dos en el volumen 3 y dos más en el volumen 5. «Jeffty tiene cinco años», de este volumen, es, por consiguiente, su sexta aparición en estos libros de Los Premios Hugo.*

*Harlan es un buen amigo mío. Yo gasto muchas bromas a sus expensas (como él hace conmigo), porque ambos tenemos la piel muy gruesa en lo que a la amistad se refiere (sólo a la amistad), y los dos sabemos que podemos dar tanto bueno como recibimos. Sin embargo, la gente que nos oye en las convenciones piensa a veces que somos enemigos irreconciliables y que en cualquier momento podemos liarnos a mamporros. (¡No lo quiera el destino! Pese a que Harlan es varios centímetros, o tal vez palmos, más bajo que yo, podría destrozarme, o a casi todo el mundo, y romperme por la mitad con su mano izquierda.) Bien, jamás me cansaré de destacar nuestra amistad, aunque sé que siempre habrá muchas personas que creerán en el mito del odio Asimov-Ellison.*

*Harlan es una persona de Hollywood. Vive en Los Ángeles, y, según me dijeron, en una casa maravillosa que, claro está, nunca he visitado porque no viajo en avión. También trabaja con la gente de Hollywood.*

*Personalmente, creo que éste es un destino peor que el de la muerte. Cuando uno escribe, es su propio jefe. Tu editor te hace sugerencias, si, pero pasado de un cierto punto, pueden ser olvidadas, y lograr que tus libros se publiquen como los has escrito. En Hollywood, según tengo entendido, escribir un guión es un acto fútil, puesto que todo el que vive en Los Angeles tiene un derecho constitucional a revisarlo a voluntad: el productor, el director, los actores, los taquígrafos, los mozos de oficinas, para no hablar de los forasteros de paso.*

*Eso mata a Harlan, y también a mí. Hace unos años. Harlan hizo un guión para mi libro I. robot. Era un guión estupendo. En cierto modo, diferente del libro, ya que le añadió unos toques realmente «harlanescos», pero había partes inequívocas de mi obra, y lo que él añadió habría sido maravilloso cinematográficamente.*

*Ay, no llegamos a ninguna parte. Por culpa del carácter de Harlan.*

*—Harlan —le advertí al principio—, digan lo que digan, sonrío y di «Sí, señor». Si desean una revisión, asiente y que lo revisen. Si quieren que cambies algo en contra de tu voluntad, no abandones, y di que lo has hecho. ¿Entiendes?*

*—Sí, Isaac —asintió, dócil.*

*Pero en cierto momento, el mandamás del estudio efectuó una observación estúpida (y respecto a Harlan, siempre se trata de una observación estúpida), y éste le espetó, furioso:*

*—¿Usted tiene la capacidad cerebral de una alcachofa!*

*Tan pronto como el mandamás del estudio descubrió qué era «capacidad cerebral», despidió a Harlan tras efectuar varias observaciones poco gratas respecto a él.*

*Lástima, pero aprecio a Harlan, con pinchos y todo.*

Quando yo tenía cinco años, había un niño con quien solía jugar: Jeffty. Su verdadero nombre era Jeff Kinzer, pero todos los que jugábamos con él le llamábamos Jeffty. Los dos teníamos cinco años y pasamos muy buenos ratos juntos.

Quando yo tenía cinco años, un helado de chocolate Clark era tan grueso como una barra de Louisville. Tenía unos quince centímetros de longitud, y utilizaban verdadero chocolate para recubrirlo, y crujía de un modo muy agradable al morderlo por el centro; además, el papel

en que lo envolvían olía a cosa fresca y buena cuando se lo pelaba sosteniendo el palo de modo que el helado no se derritiera en los dedos. Hoy, un helado de chocolate Clark es tan delgado como una tarjeta de crédito, y emplean algo artificial y de un sabor terriblemente malo en lugar del chocolate puro; el helado es blanco y esponjoso y cuesta quince o veinte centavos en lugar de la decente y correcta moneda de cinco centavos que costaba, y lo envuelven como para que uno crea que tiene el mismo tamaño que tenía hace veinte años, aunque no lo tiene; es delgado, de aspecto feo, gusto nauseabundo y no vale ni un centavo, cuanto mucho menos quince o veinte.

Cuando yo tenía esa edad, cinco años, fui enviado a casa de mi tía Patricia, en Buffalo, Nueva York, durante dos años. Mi padre estaba pasando «malos tiempos» y tía Patricia era muy hermosa y se había casado con un agente de Bolsa. Ellos se hicieron cargo de mí durante cinco años. A los siete años, regresé a casa y fui a ver a Jeffty para jugar con él.

Yo había cumplido siete. Jeffty seguía teniendo cinco. No observé ninguna diferencia en él. No lo sabía: yo tenía sólo siete años.

A esa edad, solía tumbarme boca abajo frente a nuestra radio Atwater Kent y escuchaba. Había atado la antena de toma de tierra al radiador y me pasaba el tiempo allí, tumbado, con mis libros para colorear y mis Crayolas (cuando sólo había dieciséis colores en la caja grande), escuchando la red roja de la NBC: Jack Benny y el programa de *Saludos, Amos y Andy*, Edgar Bergen y Charlie McCarthy en el programa de *Chase y Sanborn, La Familia de un hombre. La primera noche*; la red azul de la NBC: *Ases fáciles*, el *Programa de Jergens* con Walter Winchell, *Información, por favor, Los días del Valle de la Muerte*; y, lo mejor de todo, la Red de la Mutualidad con la *Corneta Verde, El Llanero Solitario, El Hombre Enmascarado y Tranquilidad, por favor*. Hoy pongo en marcha la radio de mi coche y busco de un extremo a otro del dial; todo lo que oigo son orquestas de cien cuerdas, amas de casa frívolas y camioneros insípidos que discuten de sus pervertidas vidas sexuales con presentadores de voz arrogante, tonterías country y del Oeste y música rock tan estridente que me hace daño en los oídos.

Cuando tenía diez años, mi abuelo se murió de puro viejo y yo me convertí en un «chico problemático»; entonces, me enviaron a una escuela militar para que me «metieran en vereda».

Regresé a casa con catorce años. Jeffty seguía teniendo cinco años.

Cuando yo tenía catorce años de edad solía irme al cine los sábados por la tarde y una matine costaba diez centavos y entonces se utilizaba mantequilla de la de verdad para hacer las palomitas de maíz, y podía estar seguro de ver una película del Oeste con Lash LaRue o Wild Bill Elliott como Red Ryder, con Bobby Blake como Castorcito, o Roy Rogers, o Johnny Mack Brown; una película de terror como *La Mansión de los Horrores*, con Rondo Hatton en el papel de estrangulador, o como *La mujer pantera*, o como *La Momia* o como *Me casé con una bruja*, con Fredric March y Verónica Lake; además de un episodio de un gran serial como *El Hombre Enmascarado*, con Victor Jory, o *Dick Tracy* o *Flash Cordón*; y tres cortometrajes de dibujos animados; uno de James Fitzpatrick; uno de Noticias Movietone; uno de cantantes y, si me quedaba hasta la noche, una de Bingo o Keno; y chicas atractivas gratis. Hoy voy al cine y veo a Clint Eastwood volándole la cabeza a la gente como si fueran melones maduros.

A los dieciocho, fui a la universidad. Jeffty seguía teniendo cinco años. Yo regresaba a casa durante los veranos, para trabajar en la joyería de mi tío Joe. Jeffty no había cambiado. Ahora yo sabía que había algo diferente en él. Algo que no andaba bien, algo extraño. Jeffty seguía teniendo cinco años, ni un día más.

A los veintidós regresé a casa para quedarme definitivamente, y abrir una tienda de reparaciones de televisores Sony, la primera en la ciudad. Veía a Jeffty de vez en cuando. Tenía cinco años.

Las cosas han mejorado en muchos aspectos. La gente ya no se muere de algunas de las viejas enfermedades. Los coches son más veloces y le llevan a uno con mayor rapidez y por

mejores carreteras al lugar al que uno quiere llegar. Las camisas son más blandas y sedosas. Tenemos libros de bolsillo, aunque cuestan tanto como costaba uno bien encuadernado. Cuando me estoy quedando sin dinero en el Banco, puedo vivir de las tarjetas de crédito hasta que las cosas se arreglan. Pero sigo creyendo que hemos perdido una gran cantidad de cosas buenas. ¿Sabía usted que ya no se puede comprar linóleo, sino sólo recubrimiento de vinilo para el suelo? Ya no quedan materiales como el hule; ya no volveremos a percibir ese olor especial y dulce que salía de la cocina de la abuela. Los muebles no se fabrican para que duren treinta años o más, porque llevaron a cabo una encuesta y descubrieron que, en los hogares jóvenes, les gustaba tirar los muebles y comprar bórax de colores nuevos cada siete años. Los discos no son gruesos y sólidos, como los antiguos, sino que ahora son delgados y hasta se pueden doblar... y eso no me parece bien. En los restaurantes no sirven la crema en jarras; sólo le dan a uno esa cosa artificial en pequeños tubos de plástico, y uno no consigue nunca que le sirvan un café con el color que debe tener. A todas partes donde uno vaya, todas las ciudades tienen el mismo aspecto, con locales para tomar hamburguesas y productos MacDonald y 7-Onces y moteles y grandes centros comerciales. Puede que las cosas sean mejores, pero ¿por qué pienso siempre en el pasado?

Lo que quiero decir cuando hablo de los cinco años no es que Jeffty fuera un retrasado. No creo que se tratara de eso. Al contrario, es astuto como un zurriagazo para los cinco años; un niño muy inteligente, rápido, agudo y divertido.

Pero medía noventa centímetros de estatura, pequeño para su edad, y estaba perfectamente formado; no tenía la cabeza grande, ni ninguna mandíbula extraña ni nada de eso. Simplemente, un niño guapo, de aspecto normal para los cinco años. Excepto que, en realidad, tenía la misma edad que yo; o sea, veintidós.

Cuando hablaba, lo hacía con la temblorosa voz de soprano de un niño de cinco años; cuando caminaba, arrastraba los pies como un niño de cinco años; cuando le hablaba a uno, era acerca de las preocupaciones de un niño de cinco años..., tebeos, soldaditos de juguete; utilizaba un imperdible para sujetar una pieza de cartón rígido o la horquilla frontal de su bicicleta, de modo que el sonido que hiciera al darle al timbre fuese como el de una motora; y hacía preguntas como ¿por qué esa cosa hace eso de tal manera?, o ¿cómo es de alto, qué edad tiene? ¿Por qué la hierba es verde? ¿Qué aspecto tiene un elefante? A los veintidós años, tenía cinco.

Los padres de Jeffty eran una pareja más bien triste. Como yo seguía siendo amigo de Jeffty, le dejaban estar conmigo en la tienda, y a veces le llevaba a la feria del condado, o al minigolf o al cine, por lo que me encontré pasándome el tiempo con ellos. No es que me importaran mucho, porque siempre se sentían deprimidos. Pero supongo que tampoco se podía esperar gran cosa de los pobres diablos. Tenían a alguien extraño en su propia casa, a un niño que, en veintidós años, no había crecido más allá de los cinco, lo que les proporcionaba el tesoro de contemplar indefinidamente ese estado especial de la infancia, pero también les negaba el placer de ver crecer a su hijo hasta convertirse en un adulto normal.

Los cinco años son una época maravillosa de la vida para un niño... o «pueden» serlo si el niño se halla relativamente libre de la monstruosa bestialidad que se permite a otros niños. Es una época en la que los ojos permanecen muy abiertos y los modelos de comportamiento todavía no están fijados: una época en la que a uno todavía no se le ha martilleado para que lo acepte todo como inmutable e irreversible; una época en que parece que las manos no tienen nunca cosas suficientes que hacer y la mente cosas suficientes que aprender; en que el mundo es infinito y aparece lleno de color y de misterios. Los cinco años pertenecen a una época especial, antes de adoptar la actitud interrogativa, insaciable, quijotesca del joven soñador que se pasa el tiempo en clase soñando despierto. Antes de retirar las temblorosas manos que lo quieren coger todo, tocarlo todo, palparlo todo, dejando las cosas donde están, sobre las mesas. Antes de

que la gente empiece a decir «actúa como un niño de tu edad» y «crece» o «te estás comportando como un bebé». Es una época en la que el niño que actúa como un adolescente sigue siendo hermoso y sensible y se convierte en el preferido de todos. Una época de delicia, de maravilla, de inocencia.

Jeffy se había estancado en esa época, a los cinco años, quedándose, simplemente, así.

Pero para sus padres era una continua pesadilla de la que nadie podía sacarles, ni a gritos ni a bofetones —ningún asistente social, sacerdote, psicólogo infantil, ni maestros, amigos, curanderos, psiquiatras..., nadie—. Durante diecisiete años, su pena había pasado por diversas fases: de chochez paterna a inquietud, de inquietud a preocupación, de preocupación a temor, de temor a confusión, de confusión a cólera, de cólera a disgusto, de disgusto a un odio desnudo y, finalmente, de la más profunda aversión y repulsión a una estólida y depresiva aceptación.

John Kinzer, un jefe de equipo de la planta Balder Tool & Die, era un hombre de cincuenta años. Para todo el mundo, excepto para él, su vida transcurría espectacularmente uniforme. No era notable en modo alguno..., si se exceptúa el hecho de ser el padre de un niño de veintidós años que tenía cinco.

John Kinzer era un hombre pequeño, blando, sin ángulos marcados, con unos ojos pálidos que nunca parecían sostener mi mirada más de unos pocos segundos. Durante las conversaciones, se removía en su silla y parecía ver cosas en los rincones superiores de la habitación, cosas que nadie más podía ver..., o quería ver. Supongo que la palabra que mejor le cuadraba era la de «acosado»... Aquello en que se había convertido su vida, en algo acosado..., bueno, le cuadraba.

Leona Kinzer trataba con valentía de compensar la situación. Al margen de la hora a que la visitara, siempre intentaba que yo comiera algo. Y cuando Jeffy estaba en la casa, siempre estaba sobre él, intentando hacerle comer.

—Cariño, ¿quieres una naranja? ¿Una bonita naranja? ¿O una mandarina? Hay mandarinas. Podría pelarte una mandarina.

Pero, sin duda alguna, tenía tanto miedo, miedo de su propio hijo, que las ofertas de alimentos siempre las hacía con un tono débilmente siniestro.

Leona Kinzer había sido una mujer alta, pero los años la habían encorvado. Siempre parecía estar buscando alguna zona de pared empapelada o nicho de almacenamiento donde poder desvanecerse, adoptar alguna coloración protectora y ocultarse para siempre de la vista de los grandes ojos del niño, de modo que éste pudiera pasar cien veces al día junto a ella sin percatarse de su presencia, mientras ella permanecía allí, con la respiración contenida, invisible. Siempre llevaba un delantal atado a la cintura. Y tenía las manos enrojecidas de tanto limpiar. Como si al mantener el ambiente inmaculadamente limpio pudiera pagar su pecado imaginario: haber dado a luz a aquella criatura tan extraña.

Ninguno de ellos veía mucho la televisión. Por lo general, la casa permanecía silenciosa, sin que se oyera siquiera el susurro sibilante del agua en las tuberías, el crujido de las vigas de madera asentándose, el zumbido del refrigerador. Terriblemente silenciosa, como si el tiempo la hubiera rodeado sin tocarla.

En cuanto a Jeffy, era inofensivo. Vivía en aquella atmósfera de pavor suavizado y soportaba la aversión, y, si la comprendía, nunca la hacía notar de modo alguno. Jugaba como lo hace un niño, y parecía feliz. Pero tenía que percibir, como un niño de cinco años percibe, lo extraño que era para sus padres.

Extraño. No, en realidad, no del todo así. Él «también» era humano, si es que era algo. Pero estaba desfasado, desincronizado con el mundo que le rodeaba, y resonaba ante una vibración distinta a la de sus padres. Los otros niños no jugaban con él. A medida que crecían y le sobrepasaban, le encontraban infantil al principio, después nada interesante y, finalmente, a medida que se aclaraban sus percepciones sobre la edad y el paso del tiempo, y veían que a él no le afectaba como a ellos, le miraban como algo aterrador. Hasta los más

pequeños, los de su misma edad, que podían deambular por el vecindario, aprendían pronto a alejarse de él como un perro callejero cuando un coche produce una explosión.

Así pues, yo seguía siendo su único amigo. Un amigo de muchos años. Cinco años. Veintidós años. Me gustaba; más de lo que puedo explicarme. Y nunca supe el porqué. Pero me gustaba, sin reserva alguna.

Pero como nos pasábamos el tiempo juntos, me encontré con que también me pasaba el tiempo con John y Leona Kinzer, en amable compañía. Las cenas, algunas tardes de los sábados, durante una hora o así, cuando acompañaba a Jeffty después de haberle llevado a ver alguna película. Ellos se sentían agradecidos, casi serviles. Yo les aliviaba de la embarazosa tarea de salir con él, de aparentar ante el mundo exterior que eran unos padres amorosos con un hijo perfectamente normal, feliz y atractivo. Y su gratitud se extendía hasta el punto de admitirme como huésped. Horrible; cada uno de los momentos de su depresión era horrible.

Sentía lástima por los pobres diablos, pero les despreciaba por su incapacidad para querer a Jeffty, que era, sobre todo, un niño merecedor de todo el cariño.

Nunca les revelé el secreto, ni siquiera durante las noches pasadas en su compañía, que eran terribles, en verdad, más allá de todo lo imaginable.

Podíamos estar sentados allí, en el oscurecido saloncito —siempre oscuro u oscureciéndose, como mantenido en la sombra para preservar lo que la luz pudiera revelar al mundo exterior a través de los iluminados ojos de la casa—, mirándonos en silencio los unos a los otros. Nunca sabían qué decirme.

—¿Cómo van las cosas por la planta? —yo le preguntaba a John Kinzer.

Él se encogía de hombros. Ni la conversación ni la vida le habían dotado de ninguna facilidad o gracia.

—Muy bien, estupendo —me contestaba al fin.

Y volvíamos a quedarnos sentados, en silencio.

—¿Te gustaría tomar un estupendo trozo de pastel de café? —me preguntaba Leona—. Lo acabo de hacer esta mañana.

O pastel de manzana verde. O leche con bollos caseros. O un budín amarronado que solía hacer.

—No, no, gracias, señora Kinzer. Jeffty y yo hemos tomado un par de bocadillos de queso cuando regresábamos a casa.

Y, una vez más, el silencio.

Entonces, cuando el silencio y la tensión de la situación se volvían insoportables, incluso para ellos (y quién sabe el tiempo de silencio total que reinaba entre ellos, cuando estaban solos, con aquella cosa de la que ya no hablaban nunca pendiente entre ambos), Leona Kinzer me decía:

—Creo que está durmiendo.

—No oigo la radio —añadía John Kinzer.

Así, siempre sucedía así, hasta que, amablemente, podía encontrar una excusa para marcharme con algún pretexto fútil. Sí, y todo habría continuado así, y todo continuó, cada vez, exactamente igual..., excepto una vez.

—Ya no sé qué hacer —dijo Leona, y empezó a llorar—. No hay cambio alguno. Ni un solo día de paz.

Su esposo se las arregló para levantarse de la vieja mecedora y dirigirse hacia ella. Se inclinó y trató de consolarla, pero por la poca gracia con que le tocaba el canoso cabello, quedó claro que se había anquilosado en él la capacidad de mostrarse compasivo.

—Chist, Leona. todo bien, chist...

Pero ella siguió llorando. Sus manos arañaron suavemente los pañitos de ganchillo colocados sobre los brazos del sillón. Entonces, dijo:

—A veces, desearía que hubiera nacido muerto.

John levantó la mirada hacia los rincones superiores del saloncito. ¿Buscaba las

innombrables sombras que siempre le vigilaban? ¿Era a Dios a quien esperaba encontrar en aquellos espacios?

—No puedes hablar en serio —dijo, con suavidad, patético, urgiéndola con tensión física y con un temblor en la voz para que se retractara antes de que Dios se diera cuenta del terrible pensamiento que había expresado.

Pero ella sí que hablaba en serio. Muy en serio.

Yo me las arreglé para marcharme rápidamente aquella noche. No querían que hubiera ningún testigo de su vergüenza. Y me sentí contento de poder abandonar su casa.

Estuve una semana sin aparecer por allí. Una semana lejos de ellos, de Jeffty, de su calle, e incluso de aquella parte de la ciudad.

Yo tenía mi propia vida. La tienda, las cuentas, reuniones con proveedores, póquer con los amigos, mujeres bonitas a las que llevaba a restaurantes bien iluminados, mis propios padres, poner anticongelante en el coche, quejarme a la lavandería porque echaban demasiado almidón en los cuellos y puños de las camisas, acudir al gimnasio, impuestos, atrapar a Jan o a David (fuera quien fuese) robando de la caja registradora. Sí, yo tenía mi propia vida.

Pero ni siquiera «aquella» tarde pude mantenerme apartado de Jeffty. Acudió a verme a la tienda y me pidió que le llevara a ver el rodeo. Lo acordamos como buenos amigos, del mejor modo posible que un joven de veintidós años con otros intereses «podía»... con un niño de cinco años. Nunca medité en lo que nos mantenía juntos; siempre pensé que se trataba, simplemente, de los años. Eso y el afecto por un niño que podría haber sido el hermano pequeño que nunca tuve. (Excepto, me *recordé* a mí mismo, cuando los dos tuvimos la misma edad; yo me acordaba de ese período, y Jeffty seguía siendo exactamente el mismo.)

Y entonces, un sábado por la tarde, acudí para llevarle a ver una película, y ciertos aspectos que debía haber observado muchas veces con anterioridad sólo empecé a observarlos aquella tarde.

Llegué a pie a casa de los Kinzer, esperando que Jeffty estuviera sentado en los escalones del porche frontal, o en la barandilla del porche, esperándome. Pero no se encontraba allí.

Entrar en aquella oscuridad y silencio, en pleno mayo y a la luz del sol, fue algo inconcebible. Me quedé en el pasillo de entrada y, llevándome las manos a la boca, a modo de bocina, grité:

—¿Jeffty? ¡Eh, Jeffty! Vamos, sal. Rápido. Se nos hará tarde.

Su voz me llegó débil, como si estuviera bajo el suelo.

—Aquí estoy, Donny.

Le oí, pero no pude verle. Era Jeffty, no cabía la menor duda: como Donald H. Horton, presidente y único propietario del Centro de Sonido y Televisión Horton, nadie me llamaba Donny, a excepción de Jeffty. Nunca me había llamado de otro modo.

(En realidad, lo que acabo de decir no es ninguna mentira. Por lo que respecta al público, yo soy el único propietario del centro. La sociedad con mi tía Patricia es sólo para devolverle el préstamo que me hizo para completar el dinero que recibí cuando cumplí los veintiún años, y que mi abuelo me dejara cuando tuve diez. No fue un préstamo muy grande, sólo dieciocho mil, pero le pedí que fuera un socio silencioso amparándome en aquella época en que se hizo cargo de mí cuando yo era un niño.)

—¿Dónde estás, Jeffty?

—Bajo el porche, en mi lugar secreto.

Rodeé la parte lateral del porche, bajé y aparté la rejilla de mimbre. Allí, al fondo, sobre la tierra comprimida, Jeffty se había contruido un lugar secreto. Tenía tebeos en cajones de naranjas, una pequeña mesita y algunas almohadas; la escena estaba iluminada por grandes velas de sebo, y solíamos escondernos allí cuando los dos teníamos... cinco

años.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, mientras me arrastraba al interior y volvía a colocar la rejilla de mimbre en su sitio.

Hacía fresco bajo el porche y la tierra despedía un olor agradable, mientras que las velas olían a cobertizo cerrado y a algo familiar. Cualquiera niño se hubiera sentido muy a gusto en un lugar secreto como aquél. Nunca ha existido un niño que no se haya pasado los momentos más felices, productivos y deliciosamente misteriosos de su vida en un lugar así.

—Jugando —me contestó.

Tenía algo dorado y redondo que llenaba la palma de su pequeña mano.

—¿Has olvidado que íbamos a ir al cine?

—No. Sólo te esperaba.

—¿Están tu madre y tu padre en casa?

—Mamá.

Comprendí entonces por qué me esperaba bajo el porche. En consecuencia, no seguí preguntando.

—¿Qué tienes ahí?

—La insignia del Descodificador Secreto del *Capitán Medianoche* — me contestó, mostrándomela en su palma plana.

Me di cuenta de que llevaba observándola desde hacía rato, sin comprender de qué se trataba. Entonces caí en la cuenta del milagro que Jeffty tenía en su mano. Un milagro que, simplemente, no podía existir.

—Jeffty —le dije con suavidad, con maravilloso asombro en mi voz—. ¿Dónde has conseguido eso?

—Ha llegado hoy por correo. Yo lo pedí.

—Tiene que haber costado mucho dinero.

—No mucho. Diez centavos y dos sellos interiores de dos jarras de Ovaltine.

—¿Me dejas verlo?

Mi voz temblaba, y la mano que extendí hacia él también. Me lo entregó y yo sostuve el milagro en la palma de mi mano. Era maravilloso.

¿Recuerdan? El *Capitán Medianoche* fue un programa de radio de amplitud nacional, emitido en 1940. Estaba patrocinado por Ovaltine. Y cada año emitían una insignia del *Escuadrón Secreto de Descodificación*. Y cada día, al final del programa, transmitían una clave para el programa del día siguiente, en un código que sólo los niños que tuvieran la insignia oficial podían descifrar. Dejaron de hacer aquellas maravillosas insignias descodificadoras en 1949. Recuerdo la que yo mismo tuve en 1945; era hermosa. La placa tenía una lente de aumento en el centro del dial del código. El *Capitán Medianoche* desapareció de antena en 1950, y aunque a mediados de los cincuenta se emitieron unas cortas series en televisión y se hicieron placas de descodificación en 1955 y en 1956, por lo que a las «verdaderas» se refería, no volvieron a fabricar ninguna después de 1949.

La placa de código 0 del *Capitán Medianoche* que tenía en mis manos, la que Jeffty afirmaba haber recibido por correo por sólo diez centavos (¡¡¡diez centavos!!!) y dos cupones de Ovaltine, era completamente nueva, de un brillante metal dorado, sin una muesca ni una mancha de óxido en ella, como las viejas que pueden encontrarse todavía a precios exorbitantes en tiendas de coleccionistas, y sólo de vez en cuando... aquello era un descodificador nuevo. Y la fecha que llevaba correspondía al año en que estábamos.

Pero el *Capitán Medianoche* ya no existía. En la radio no emitían nada parecido a aquel programa. Yo había oído una o dos flojas imitaciones de los viejos tiempos de la radio que reponían, y las historias resultaban aburridas, los efectos de sonido parecían suaves y todo daba la sensación de salir mal, de estar fuera de lugar. Sin embargo, yo tenía una placa de código 0 nueva en mi mano.

—Jeffty, cuéntame cosas de esto —le pedí.

—¿Que te cuente qué, Donny? Es mi nueva placa descodificadora secreta del *Capitán Medianoche*. La utilizo para calcular lo que va a suceder mañana.

—¿Mañana? ¿Cómo?

—En el programa.

—¿Qué programa?

Se me quedó mirando con fijeza, como si yo tratara deliberadamente de hacerme el estúpido.

—¡El del *Capitán Medianoche*, chico!

Me comportaba como un tonto. Sin embargo, no pude comprenderlo de un modo directo, inmediato. Estaba allí, justo allí, y yo todavía no sabía lo que estaba sucediendo.

—¿Te refieres a uno de esos discos que hicieron del programa de radio de los viejos tiempos? ¿Es eso lo que quieres decir, Jeffty?

¿Qué discos? —preguntó él.

No sabía a qué me estaba refiriendo yo.

Nos quedamos mirando fijamente el uno al otro, allí, bajo el porche. Y entonces, muy lentamente, casi con el temor de escuchar la respuesta, le pregunté:

—Jeffty. ¿cómo escuchas el *Capitán Medianoche*!

—Lo escucho todos los días. En la radio. En mi radio. Todos los días a las cinco y media.

Noticias. Música idiota, y noticias. Eso era lo que emitían todos los días por la radio a las cinco y media. Y no el *Capitán Medianoche*. El *Escuadrón Secreto* no había salido a las ondas desde hacía veinte años.

—¿Lo podemos escuchar juntos esta tarde? —pregunté.

—¡Pero chico! —exclamó.

Me estaba comportando como un tonto. Lo supe por la forma en que lo dijo; pero no sabía el «porqué». Entonces se me ocurrió: era sábado. Y el *Capitán Medianoche* se transmitía de lunes a viernes. Ni en sábados ni en domingos.

—¿Vamos a ir al cine?

Tuvo que repetirme dos veces la pregunta. Yo tenía la mente en alguna otra parte. Nada concreto. Ninguna conclusión. Ninguna suposición descabellada en la que poder basarme. Simplemente en blanco, tratando de imaginarme algo, para llegar a la conclusión —la misma a la que usted, o cualquiera, habría llegado antes que aceptar la verdad evidente, la imposible y maravillosa verdad— de que tenía que haber alguna explicación bien sencilla que yo no percibía todavía. Algo mundano y aburrido, como el paso del tiempo que nos roba todo lo bueno, nos arranca las cosas antiguas y nos da chucherías inútiles a cambio. Y todo en nombre del progreso.

—¿Vamos a ir al cine, Donny?

—Puedes apostar a que sí, muchacho —le dije.

Y le sonreí. Y le entregué la placa del código 0. Y él se la metió en un bolsillo del pantalón. Y salimos a gatas de debajo del porche. Y fuimos al cine. Y ninguno de nosotros dijo nada del *Capitán Medianoche* durante el resto del día. Y ya no hubo ni siquiera diez minutos seguidos de todo el resto de aquel día en que yo no estuviera pensando en ello.

Tuve inventario durante toda la semana siguiente. No pude ver a Jeffty hasta bien entrada la tarde del jueves. Confieso que dejé la tienda en manos de Jan y David; les dije que debía hacer unos recados, y me marché pronto. A las cuatro de la tarde. Llegué a casa de los Kinzer con el tiempo justo: a las cinco menos cuarto. Leona me abrió la puerta. Parecía agotada y distante.

—¿Está Jeffty por ahí?

Me dijo que se encontraba arriba, en su habitación... escuchando la radio.

Subí los escalones de dos en dos.

Muy bien, por fin había dado aquel salto imposible e ilógico. Si la cuestión de la credulidad hubiera implicado a cualquier otro individuo que no fuera Jeffty, niño o adulto,

yo habría pensado respuestas más lógicas. Pero se trataba de Jeffty, otra clase de tipo de vida, y lo que él experimentara podría muy bien no encajar en el esquema ordenado.

Lo admito: «quise» escuchar lo que escuché.

Incluso con la puerta cerrada, oí el programa, y lo reconocí:

«¡Ahí va, Tennessee! ¡Cógele!»

Se escuchó el fuerte sonido de un disparo de rifle y, a continuación, la misma voz gritó, triunfal: «¡Le he alcanzado! ¡Mue-e-e-r-to!»

Estaba oyendo la emisora American Broadcasting Company, por la banda de 790 kilociclos y el programa de *Tennessee Jed*, uno de mis favoritos de los años cuarenta, una aventura del Oeste que no había escuchado desde hacía veinte años, porque no había existido durante todo aquel tiempo.

Me senté en el escalón más alto, allí, en la escalera interior de la casa de los Kinzer, y escuché el programa. No era la reposición de un programa antiguo, porque había referencias ocasionales a avances culturales y tecnológicos actuales y frases que no solían utilizarse en los años cuarenta: aerosoles, tatuajes por láser. Tanzania, y ciertas palabras técnicas.

No pude ignorar el hecho. Jeffty estaba escuchando una parte «nueva» de *Tennessee Jed*.

Corrí escalera abajo, salí de la casa y me dirigí a mi coche. Leona debía de estar en la cocina. Giré la llave, apreté el botón de la radio y manejé el dial hasta localizar los 790 kilociclos. La emisora ABC transmitía música de rock.

Permanecí sentado allí durante unos minutos y, a continuación, fui buscando la emisora con lentitud, de un extremo a otro del cuadrante. Música, noticias, conversaciones, espectáculos. Nada de *Tennessee Jed*. Y era un Blaupunkt, la mejor radio del mercado. No pasé por alto ninguna emisora perimétrica. Simplemente, ¡no estaba allí!

Al cabo de unos momentos apagué la radio, cerré el contacto y regresé arriba, sereno. Volví a sentarme en el último escalón y escuché todo el resto del programa. Era «maravilloso».

Me sentía excitado, imaginativo, lleno de todo lo que recordaba como lo más innovador en los dramas radiofónicos de años antes. Pero era moderno. No se trataba de un programa antiguo vuelto a emitir para satisfacer las necesidades de ese pequeño oyente que ansiaba escuchar las cosas de los viejos tiempos. Era un programa nuevo, en el que aparecían todas las viejas cosas, pero que seguía siendo nuevo y brillante. Incluso los anuncios comerciales eran sobre productos que podían adquirirse actualmente, pero ni tan violentos ni tan insultantes como los gritos de anuncios que uno escucha en la radio de estos días.

Y cuando *Tennessee Jed* terminó, a las cinco de la tarde, oí a Jeffty manejar el botón de su radio, hasta que escuché la familiar voz del presentador Glenn Riggs. que proclamaba: «¡Presentando a Hop Harrigan!

¡El as norteamericano de las ondas del aire!»). Se escuchó el sonido del vuelo de un avión; un avión de hélice, no a chorro. No era el sonido al que los chicos de hoy ya se han acostumbrado, sino el sonido al que yo me acostumbré, el verdadero sonido de un avión; el rugiente, revivificado y ronco sonido de la clase de aviones en que G-8 y sus Ases de Combate volaban, del tipo en que el Capitán Medianoche y Hop Harrigan se desplazaban. Y entonces escuché a Hop que decía: «CX-4 llamando a la torre de control, CX-4 llamando a la torre de control. ¡Listo para despegar! Hubo una pausa y, a continuación, oí: «Está bien. Aquí Hop Harrison.... ¡Adelante!»

Y Jeffty, que tenía el mismo problema que todos los niños de los años cuarenta tuvimos con la programación que emitía historias de héroes favoritos a la misma hora y en diferentes emisoras, tras haber presentado sus respetos a Hop Harrigan y Tank Tinker, giró el botón de la radio con toda rapidez y sintonizó la ABC, donde oí el sonido

de un gong, la salvaje cacofonía del parloteo chino sin sentido y al presentador que gritaba: «T-e-e-rry y los piratas!».

Me quedé allí, sentado en el último escalón, escuchando a Terry y a Connie y a Flip Corkin y, que Dios me ayude, a Agnes Moorehead como la Dama del Dragón, todos ellos en una nueva aventura que se desarrollaba en una China Roja que no existía en los tiempos de la versión de Miltón Caniff, de 1937, sobre el Oriente, con piratas fluviales y Chiang Kai-chek y los señores de la guerra y el ingenuo imperialismo de la diplomacia norteamericana de los barcos de guerra.

Permanecí sentado, escuchando todo el espectáculo, y aún me quedé sentado más tiempo para escuchar *Supermán* y una parte de *Jack Armstrong, el chico norteamericano*, y otra parte de *Capitán Medianoche*; y John Kinzer regresó a casa y ni él ni Leona subieron la escalera para saber qué me había pasado o dónde se encontraba Jeffty, y yo aún estuve sentado allí más tiempo y descubrí que había empezado a llorar y que no podía contenerme. Simplemente, me quedé allí sentado, y dejé que las lágrimas resbalaran por mis mejillas y llegaran hasta las comisuras de mis labios. Sentado allí y llorando, hasta que Jeffty me oyó, abrió su puerta y me vio. Entonces, se acercó a mí y me miró lleno de una gran confusión infantil mientras yo oía cómo la emisora conectaba con la Red de Mutualidades y comenzaban a transmitir el tema musical de Tom Mix, «Cuando ha llegado el buen tiempo a Texas y todo ha florecido». Jeffty me tocó en el hombro, sonrió, y me dijo:

—Hola. Donny. ¿Quieres entrar y escuchar la radio conmigo?

Hume negó la existencia de un espacio absoluto en el que cada cosa tiene su lugar; Borges negó la existencia de un solo tiempo en el que todos los acontecimientos están entrelazados.

Jeffty recibía programas de radio de un lugar que no podía existir, en buena lógica, dentro del esquema natural del universo espacio-tiempo, tal y como Einstein lo concibió. Pero no era eso todo lo que recibía. También recibía premios por correo: objetos que nadie fabricaba ya.

Leía tebeos que habían dejado de publicarse tres décadas antes. Veía películas con actores que habían muerto hacía veinte años. Era la terminal de recepción de innumerables juguetes y placeres del pasado que el mundo había ido dejando caer en su camino. En su vuelo suicida hacia Nuevas Mañanas, el mundo había saqueado su casa de los tesoros de simples cosas felices; había vertido cemento sobre sus terrenos de juegos, abandonado sus rezagados elementos mágicos, y todo eso, de un modo imposible, estaba siendo milagrosamente maniobrado hacia atrás, desde el presente, a través de Jeffty. Revivificado, puesto al día; con tradiciones mantenidas pero contemporáneas. Jeffty era el Aladino libre cuya propia naturaleza formaba la lámpara mágica de su realidad.

Y él me introdujo en su mundo.

Porque confiaba en mí.

Tomábamos un desayuno de trigo machacado cuáquero y bebíamos Ovaltine caliente de «ese» año en las tazas irrompibles de la huerfanita Annie, íbamos al cine, y mientras que todo el mundo veía una comedia protagonizada por Goldie Hawn y Ryan O'Neal, Jeffty y yo disfrutábamos de Humphrey Bogart, dando vida al ladrón profesional Parker en la brillante adaptación de John Huston de la novela de Donald Westlake *Tierra de asesinos*. El segundo protagonista era Spencer Tracy, acompañado por Carole Lombard y Laird Cregar en la película producida por Val Lewton, *Leiningen contra las hormigas*.

Dos veces al mes, acudíamos al nuevo quiosco y comprábamos los números de *El Hombre Enmascarado*, *Doc Savage* e *Historias Asombrosas*. Entonces, nos sentábamos juntos y yo le leía las revistas. Le gustó, en particular, la nueva novela corta de Henry Kuttner *Los sueños de Aquiles*, y la nueva serie de Stanley G. Weinbaum de historias cortas situadas en el universo de partícula subatómica de Redurna. En septiembre,

disfrutamos de la primera publicación de la nueva novela de Conan, escrita por Robert E. Howard, *La isla de los negros*, en «Weird Tales»; y en agosto nos sentimos suavemente desilusionados por la cuarta novela de Edgar Rice Burroughs perteneciente a la serie de «Júpiter». Pero el editor de «Historias Semanales» prometía que habría dos aventuras más en la serie, y eso fue una revelación tan inesperada para Jeffty y para mí que amortiguó nuestra desilusión por la calidad de la narración que acabábamos de leer.

Leíamos juntos los tebeos, y Jeffty y yo decidimos —por separado, antes de que ambos lo discutiéramos— que nuestros personajes favoritos eran Dolí Man, Airboy y The Heap. También adorábamos las aventuras de George Carlson en los tebeos *Jingle Jangle*; sobre todo, las historias del Príncipe de Cara de Pastel del Viejo Pretzleburg, que leíamos juntos y que nos hacían reír, aun cuando tuve que explicarle a Jeffty algunos de los sutiles juegos de palabras, puesto que él era demasiado niño para comprender la sutileza de aquellas bromas.

¿Cómo explicarlo? Estudié suficiente Física en la universidad como para hacer algunas conjeturas sin pensármelas mucho, pero lo más probable es que esté equivocado. En ocasiones, se rompen las leyes de la conservación de la energía. Se trata de leyes que los físicos denominan «débilmente violadas». Quizá Jeffty era un catalizador para la débil violación de las leyes de la conservación que sólo ahora empezamos a darnos cuenta de que existen. Traté de leer algo sobre el tema —deterioro de la clase «prohibida»; deterioro gamma que no incluye el neutrino muon entre sus productos—, pero no descubrí nada; ni siquiera los últimos escritos del Instituto Suizo para la Investigación Nuclear, cerca de Zurich, pudieron darme una explicación de lo que sucedía. Me vi arrojado hacia una vaga aceptación de la filosofía según la cual el verdadero nombre de la «ciencia» es «magia».

No había explicaciones, pero sí momentos muy buenos.

La época más feliz de mi vida.

Yo tenía el mundo «real», el mundo de mi tienda, de mis amigos y de mi familia; el mundo de los beneficios y las pérdidas; de los impuestos; de las noches con mujeres jóvenes que hablaban de ir de compras o de las Naciones Unidas; del coste creciente del café y de los hornos de microondas. Y tenía el mundo de Jeffty, en el que existía sólo cuando me encontraba junto a él. Las cosas del pasado que él conocía como algo fresco y nuevo, yo las experimentaba en su compañía. Y la membrana de separación entre los dos mundos se fue haciendo más tenue, más luminosa y transparente. Yo disfrutaba de lo mejor de ambos mundos. Y, de algún modo, sabía que no podía traspasar nada de uno al otro.

Al olvidarme de eso, sólo por un momento, al traicionar a Jeffty por olvidarlo, puse fin a todo.

El hecho de disfrutar tanto como yo disfrutaba me hizo llevar cada vez menos cuidado, y no llegué a considerar lo frágil que era la relación entre el mundo de Jeffty y mi propio mundo. He aquí una razón por la que el presente tiene envidia de la existencia del pasado. En realidad, yo nunca llegué a comprenderlo. En ninguno de los libros donde se muestra la lucha por la supervivencia en batallas entre la garra y el colmillo, entre el tentáculo y el saco de veneno, existe reconocimiento alguno de la ferocidad con que el presente se arroja siempre sobre el pasado. En ninguna parte se ofrece una detallada afirmación de qué forma miente el presente en espera de lo que sea, en espera de que eso se convierta en el aquí y el ahora para desgarrarlo con sus despiadas mandíbulas.

¿Quién podría saber tal cosa... a cualquier edad, y desde luego no a la mía...? ¿Quién podría comprender tal cosa?

Trato de justificarme. Y no puedo. Fue error mío.

Era otro sábado por la tarde.

—¿Qué vamos a ver hoy? —le pregunté cuando nos dirigíamos hacia el centro de la ciudad en el coche.

Él me miró desde el otro extremo del asiento delantero y me sonrió.

—Ken Maynard en *La justicia del látigo* y *El hombre demolido*.

Siguió sonriendo como si realmente me hubiera engañado. Le miré con incredulidad.

—¡Es una broma! —le dije, encantado—. ¿*El hombre demolido*, de Bester?

Asintió con un gesto de cabeza, contento por el hecho de que yo también lo estuviera. Sabía que ése era uno de mis libros favoritos.

—¡Oh, estupendo!

—¡Estupendo, estupendo! —coreó él.

—¿Quiénes actúan?

—Franchot Tone, Evelyn Keyes. Lionel Barrymore y Elisha Cook, Jr.

Él tenía muchos más conocimientos de los que yo había tenido jamás sobre actores de cine. Podía citar a los intérpretes principales de cualquiera de las películas que había visto. Incluso de las escenas de multitudes.

—¿Y dibujos animados? —pregunté.

—Proyectan tres: una de la *Pequeña Lilú*, una del *Pato Dónald* y otra de *Bugs Bunny*. Y una *Especialidad de Pete Smith* y una titulada *Los monos son la gente más loca*, de Lew Lehr.

—¡Vaya, muchacho! —dije, con una sonrisa de oreja a oreja.

Y entonces bajé la mirada y vi el talonario de órdenes de compra en el asiento. Se me había olvidado dejarlo en la tienda.

—Tengo que pasar por el Centro —dije—. Debo dejar algo. Sólo tardaré un momento.

—Muy bien —repuso Jeffty—. Pero no llegaremos tarde, ¿verdad?

—No te preocupes, muchacho —le tranquilicé.

Cuando entré en el aparcamiento situado detrás del Centro, él decidió acompañarme y estuvimos hablando del cine. No es una gran ciudad la nuestra, íbamos al Utopía, que sólo estaba a tres manzanas de distancia del Centro.

Entré en la tienda con el talonario de pedidos y la encontré llena. David y Jan estaban atendiendo cada uno a un cliente, y había otras personas de pie, en espera de ser atendidas. Jan me dirigió una mirada y la expresión de su rostro era una máscara de ruego. David estaba corriendo del almacén a la sala de proyección y todo lo que pudo murmurar al pasar junto a mí fue:

—Socorro!

—Jeffty —dije, inclinándome hacia él—. Escucha, dame unos pocos minutos más. Jan y David tienen problemas con toda esta gente. Te prometo que no llegaremos tarde. Sólo déjame atender a un par de estos clientes.

Él pareció nervioso, pero asintió con un gesto.

—Siéntate un momento y en seguida estaré contigo.

Y le indiqué una silla.

Se dirigió hacia ella, portándose con gran amabilidad, aunque sabía lo que estaba sucediendo, y se sentó.

Empecé a ocuparme de los clientes que querían ver unos televisores en color. Era la primera remesa sustancial de unidades que habíamos conseguido —la televisión en color estaba alcanzando unos precios razonables y era la primera promoción de la Sony—, y una época estupenda para mí. Ya me imaginaba con el préstamo pagado y ponerme por primera vez a la cabeza con el Centro. Era un buen negocio.

En mi mundo, los buenos negocios tienen prioridad.

Jeffty se quedó allí sentado, con la mirada fija en la pared. Permítanme que les diga algo sobre esa pared.

Estaba cubierta de estanterías metálicas, desde el suelo hasta unos sesenta centímetros del techo. Los televisores en color se habían colocado artísticamente contra la pared. Un total de treinta y tres televisores. Todos ellos encendidos al mismo tiempo. En blanco y negro, en color, pequeños y grandes, todos funcionando al unísono.

Jeffty se sentó y contempló treinta y tres aparatos de televisión en la tarde de un sábado. Nosotros disponemos de un total de trece canales, incluidas las emisoras educativas en UHF. En un canal se retransmitía un campeonato de golf; béisbol en otro; juego de bolos en otro; un seminario religioso en el cuarto; en el quinto había un espectáculo de danza de niños pequeños; en el otro la reposición de una comedia; en el séptimo, una película policíaca; el octavo era un programa sobre la naturaleza en el que se mostraba a un hombre volando continuamente; en el noveno había noticias y conversación; el décimo, una carrera de coches antiguos; en el undécimo, un hombre hacía unos logaritmos sobre una pizarra; el duodécimo mostraba a una mujer vestida con leotardos haciendo ejercicios; y en el canal decimotercero se proyectaban unos malos dibujos animados en castellano. Todos los espectáculos, excepto seis, se repetían en tres televisores. Jeffty se sentó y contempló aquella pared de televisión en la tarde de un sábado, mientras yo vendía con toda la rapidez y seguridad que podía para devolverle el préstamo a tía Patricia y para mantenerme en contacto con mi mundo. Era el negocio.

Debería haberme dado cuenta, haber comprendido lo del presente y la forma en que éste mata el pasado. Pero estaba vendiendo a manos llenas. Y cuando eché un vistazo hacia Jeffty, media hora después, él parecía haberse convertido en otro niño.

Sudaba. Con ese terrible sudor febril que le coge a uno cuando tiene gripe. Estaba pálido, tan pastoso y pálido como un gusano, y sus pequeñas manos se agarraban con fuerza a los brazos del sillón, tanto que yo veía el relieve de los nudillos a la perfección. Me apresuré a acercarme a él, disculpándome ante la pareja de edad media que miraba un nuevo modelo Mediterráneo de 21 pulgadas.

—¡Jeffty!

Él me miró, pero sus ojos no me distinguieron. Estaba absolutamente aterrorizado. Le arranqué del sillón y me dirigí con él hacia la puerta principal, pero los clientes a quienes había abandonado me gritaron.

—¡Eh! — dijo el hombre—. ¿Quiere usted venderme esto o no?

Yo miré a Jeffty, después al hombre y de nuevo a Jeffty, que parecía un zombie. Había llegado hasta donde yo le había llevado. Sus piernas parecían de goma y arrastraba los pies. Él pasado, que estaba siendo comido por el presente, el sonido de algo que sufría dolor.

Me saqué algún dinero del bolsillo del pantalón y lo apelotoné en la mano de Jeffty.

—Muchacho..., escúchame.... ¡vete ahora mismo de aquí!

Él seguía sin poder enfocar la mirada.

—¡Jeffty! —grité, tanto como pude—. ¡Escúchame!

La pareja de mediana edad caminaba hacia nosotros.

—Escucha, muchacho, márchate de aquí ahora mismo. Vete al Utopía y compra las entradas. Te seguiré en seguida.

La pareja de mediana edad estaba casi a nuestro lado. Empujé a Jeffty a través de la puerta y le vi alejarse, tambaleante, en la dirección equivocada. Entonces, se detuvo, como si se acordara de algo, y volvió sobre sus pasos, cruzando ante la tienda y tomando el camino correcto hacia el Utopía.

—Sí, señor —dije, enderezándome y volviéndome hacia ellos—. Sí, señora. Ése es un modelo estupendo con unas características sensacionales. Si quiere situarse aquí, donde estoy yo, podrá verlo mejor...

Oí un terrible sonido de algo que se rompía; pero no pude saber de qué canal ni de qué aparato procedió.

Me enteré más tarde de la mayor parte de lo sucedido, por la taquillera del cine y por algunas personas a las que conocí y que se me acercaron para contarme lo ocurrido. Cuando llegué al Utopía, unos veinte minutos después, Jeffty ya había sido golpeado hasta quedar convertido en una piltrafa, y llevado al despacho del director.

—¿Ha visto usted a un niño pequeño, de unos cinco años de edad, con grandes ojos pardos y cabello liso... que me esperaba?

—¡Oh! Creo que es el niño pequeño a quien han golpeado esos muchachos.

—¿Qué? ¿Dónde está ahora?

—Le han llevado al despacho del director. Nadie sabía quién era ni dónde encontrar a sus padres...

Una joven, con uniforme de acomodadora, le estaba colocando una toalla de papel húmedo en el rostro cuando llegué.

Le quité la toalla de papel y le ordené que saliera del despacho. Ella pareció sentirse insultada y me replicó algo brusca, pero se marchó. Me senté en el borde del sofá y traté de limpiarle la sangre que surgía de las laceraciones, sin abrir las heridas allí donde la sangre ya se había coagulado. Tenía los dos ojos hinchados. La boca estaba gravemente desgarrada. El cabello, manchado de sangre seca.

Se había puesto en la cola, detrás de dos chicos jóvenes. Empezaron a vender las entradas a las doce y media y la película empezaba a la una. Las puertas no se abrieron hasta la una menos cuarto. Él había estado esperando y los chicos que tenía delante llevaban una radio portátil. Escuchaban el partido de fútbol. Jeffty quiso oír algún programa que sólo Dios sabe cuál sería, *Gran Estación Central, La Tierra Perdida...*, cualquiera.

Pidió si le podían prestar la radio para escuchar el programa un minuto, y todo fue como un intercambio comercial o algo así. Los chicos le dejaron la radio, tal vez impulsados por una especie de maliciosa cortesía que después les permitiera abusar de él y destruir al niño. Él había cambiado la emisora.... y los chicos no pudieron volver a encontrar la que retransmitía el partido de fútbol. La radio había quedado apresada en una emisora que retransmitía un programa que ya no existía para nadie, excepto para Jeffty.

Le pegaron con todas sus fuerzas..., mientras todos los demás observaban.

Después, echaron a correr, alejándose de allí.

Yo le había dejado solo, le había abandonado para que luchara contra el presente, sin disponer de armas suficientes. Le había traicionado por la venta de un televisor de veintiuna pulgadas del modelo Mediterráneo. Por eso, su rostro era una amasijo de carne golpeada. Gimió algo inaudible y sollozó suavemente.

—Chist, todo va bien ahora, muchacho. Soy Donny. Estoy aquí. Te llevaré a casa y te pondrás bien.

Hubiera debido llevarle al hospital directamente. No sé por qué razón no lo hice. Tendría que haberlo hecho así. Debería haberlo hecho.

Cuando crucé la puerta, con él en brazos, John y Leona Kinzer se me quedaron mirando fijamente. No se movieron para cogerle ellos. Jeffty llevaba colgando uno de sus brazos. Estaba consciente, pero apenas. Ellos nos miraron, allí, en la semioscuridad de la tarde de un sábado, en el presente.

—Un par de chicos le golpearon en el cine —dije, al tiempo que le elevaba un poco en mis brazos y le extendía hacia adelante.

Ellos me observaron con fijeza, los dos, sin ninguna expresión en su mirada, sin hacer movimiento alguno.

—¡Por Jesucristo! —grité—. ¡Le han golpeado! ¡Es su hijo! ¿Ni siquiera quieren tocarle? ¿Qué clase de personas son ustedes?

Entonces, Leona empezó a moverse hacia mí, con gran lentitud. Permaneció frente a nosotros durante unos segundos y había un plomizo estoicismo en su rostro que era algo terrible de ver. Con él, estaba diciendo: «He estado en este lugar antes, muchas veces, y no puedo soportar el volver a estar, pero aquí estoy ahora».

Así es que le entregué a Jeffty. Que Dios me ayude, se lo entregué a ella.

Y se lo llevó arriba, para lavarle la sangre y aliviarle el dolor.

John Kinzer y yo nos quedamos de pie, separados, en el oscuro saloncito de su casa, mirándonos fijamente. Él no tenía nada que decirme.

Pasé por su lado y me dejé caer en un sillón. Las piernas me temblaban.

Escuché el correr del agua en el baño, arriba.

Después de lo que pareció un largo rato. Leona bajó, enjugándose las manos en el delantal. Se sentó en el sofá y, al cabo de un momento, John se acomodó junto a ella. Entonces, escuché, arriba, el sonido de la música rock.

—¿Te gustaría tomar un trozo de pastel? —preguntó Leona.

No le contesté. Sólo escuchaba el sonido de aquella música. Música rock. En la radio. Sobre la mesita situada junto al sofá había una lámpara de mesa. Arrojaba una luz débil e inútil sobre el saloncito en penumbra. ¿Música rock del presente, en una radio, arriba? Empecé a decir algo y, entonces, lo «supe»...

Me levanté de un salto en el momento en que un terrible crujido hacía desaparecer el sonido de la música, y en que la lámpara de la mesita se debilitaba más, y más y vacilaba. Grité algo, no recuerdo el qué, y eché a correr escalera arriba.

Los padres de Jeffty no se movieron. Se quedaron allí, sentados, con las manos plegadas, en el mismo lugar en el que habían permanecido durante tantos años.

Me caí dos veces subiendo la escalera a toda velocidad.

Por la televisión no retransmiten muchas cosas capaces de despertar mi interés. Compré una enorme radio Philco en una tienda de segunda mano y sustituí todas las partes dañadas, utilizando los componentes originales de otras radios viejas que pude localizar y que aún funcionaban. No utilizo transistores, ni circuitos impresos. Esos componentes no funcionarían. A veces, me he pasado horas y horas, sentado frente a ese receptor, manejando el botón de un lado a otro, con toda la lentitud que uno pueda imaginar, tanto que en ocasiones parecía como si la aguja no se moviera en absoluto.

Pero no puedo encontrar al *Capitán Medianoche*, ni *La Tierra Perdida*, ni *El Hombre Enmascarado*, ni *Tranquilidad*, por favor.

Así es que ella le quería un poco, todavía, después de todos aquellos años. No puedo odiarles: sólo querían volver a vivir en el presente. Y eso no es nada tan terrible.

Teniendo en cuenta todas las cosas, no deja de ser un mundo bueno. Es mucho mejor de lo que era, en muchos sentidos. La gente no muere de las viejas enfermedades. Ahora muere a causa de enfermedades nuevas; pero eso es el progreso, ¿verdad?

¿No es cierto?

Díganmelo.

Que alguien me lo diga, por favor.

# LA PERSISTENCIA DE LA VISIÓN

John Varley

*John Varley es dos años más joven que Spider Robinson; eso significa que la situación empeora constantemente. Y para más abundancia, John pertenece a la escuela de escritores Heinlein / van Vogt, algo que se puso bien de manifiesto en sus primeras narraciones. (Publicó la primera en 1974.) Y lo peor de todo es que le conocí en una convención regional de Filadelfia, hace unos pocos años, y me encontré, ante mi horror, con que medía metro noventa y que era tan atractivo como largo es el día.*

*Opino que no hay derecho.*

*Uno de los buenos puntos de la ciencia ficción, según he creído siempre, es que un escritor puede dar a conocer cualquier sutileza sin que los lectores muevan un solo cabello. Si se trata del futuro o de un mundo diferente, o de una sociedad radicalmente distinta, no hay límite a las situaciones extrañas y raras que pueden insertarse en el fondo social. Deliberadamente, es posible violar cualquier tabú, dislocar todo lo que solemos tomar por algo corriente, para, de esa manera, conseguir una grata diversión, por no hablar de explorar un territorio que, de ordinario, nos está prohibido.*

*Por desgracia, yo no soy muy bueno en esto; aunque, en cierta ocasión, escribí una historia acerca de una sociedad donde el amor maternal era considerado como algo obsceno. No sé si realicé un buen trabajo o no. Lo cierto es que el final de mi historia fue uno de los más oscuros que he pergeñado.*

*Bueno, ciñéndome a lo interesante, John, en «La persistencia de la visión», muestra una sociedad (no, no contaré los detalles, ya que es preferible que el lector los averigüe) que yo hallé inquietante y desagradable en grado sumo. En realidad, me pregunté si, tal vez, no debería leerla por mi propia paz mental, pero no tuve más remedio que leerla porque no puedo incluir una historia en una antología sin conocerla (aunque su presencia se deba al hecho de su premio Hugo, me guste o no).*

*Y a medida que leía, John me iba ganando. En efecto, terminaba con una frase (no, no la busquen ahora) que es una de esas poderosas conclusiones que, a partir de entonces, permanecen para siempre en la memoria del lector. Desde luego, siempre estará conmigo.*

*Y esto conduce a otras ideas. A veces, la gente me pregunta por qué tanta ciencia ficción resulta desagradable hoy día. Sé a lo que se refieren. Me dejaría sacar los dientes por las historias de ciencia ficción donde los buenos queden bien separados de los malos, a sabiendas, además, de que los buenos serán los vencedores.*

*En realidad, todavía escribo relatos de esta clase. Mis historias son accesibles, claras, con un principio, un nudo y un desenlace, y el lector sabe siempre dónde está.*

*La moderna generación de escritores, no obstante, se dedica a una tarea más difícil. Se enfrentan con situaciones más ambiguas y realistas; tratan de un mundo donde el bien y el mal no se hallan bien definidos y separados, donde hay confusión de emociones y de motivos, donde la comprensión no procede sólo de las palabras, sino de toda clase de símbolos. Y el resultado tal vez resulte difícil de entender, si bien, una vez comprendido, se halla que tiene un gran significado.*

*Sin embargo, creo que todos continuarán leyendo mis relatos llenos de claridad, en bien de los viejos tiempos (y de mis ingresos), si no por otra cosa.*

Era el año de la cuarta no-depresión. Hacía poco que me había unido a las filas de los desempleados. El Presidente me había dicho que no debía tener miedo a nada excepto al mismo miedo. Por una vez, le tomé la palabra, de manera que me eché la mochila al hombro y salí en dirección a California.

No era el único. La economía mundial se había estado retorciendo como una

serpiente sobre las brasas durante los últimos veinte años, desde comienzos de los setenta. Nos hallábamos en un ciclo de sube-y-baja que parecía no tener fin. Había barrido el sentimiento de seguridad que la nación había obtenido tan dolorosamente durante los dorados años posteriores a los treinta. La gente estaba acostumbrada al hecho de que podía ser rica un año y apuntarse a la cola de los desocupados al siguiente. Yo me apunté en esta última en el ochenta y uno, y de nuevo en el ochenta y ocho. Esta vez decidí utilizar mi libertad para ver el mundo. Mi idea era la de embarcarme para el Japón. Con mis cuarenta y siete años, quizá no tuviera otra ocasión de mostrarme irresponsable.

Era a finales del verano. Levantando el pulgar a lo largo de la interestatal, olvidaría con relativa facilidad que había disturbios allá abajo, en Chicago, a causa de la comida. Por las noches dormía en mi saco, miraba las estrellas y escuchaba los grillos.

Tuve que andar la mayor parte del camino de Chicago a Des Moines. Mis pies se endurecieron tras unos cuantos días de horribles ampollas. Los conductores que se detenían eran escasos, en parte debido a la competencia de otros autostopistas, y, en parte, debido a los tiempos que vivíamos. Los conductores locales no se mostraban demasiado ansiosos de recoger a la gente de la ciudad, de quienes habían oído comentar que la mayoría eran asesinos en potencia, enloquecidos por el hambre. En una ocasión me dieron una buena paliza y me aconsejaron que nunca volviera a Sheffield, Illinois.

Pero, de manera gradual, aprendí a vivir en la carretera. Había empezado con una pequeña reserva de latas de conserva recibidas de la seguridad social, y cuando se acabaron, descubrí que era posible hacerse emplear, a cambio de un poco de comida, en muchas de las granjas que había a lo largo de la carretera.

Algunos de esos trabajos eran duros, otros tan sólo un toma y daca profundamente arraigado en la mente de algunas personas que creían que no debía darse algo por nada. Muy pocas comidas eran gratis, en la mesa familiar, con los nietos sentados alrededor mientras el abuelo o la abuela contaban las historias, muchas veces repetidas, de lo que había sido la Gran Depresión del 29, cuando la gente no temía echarle una mano al compañero que estaba tocando fondo. Descubrí que cuanto mayor era la persona, más probabilidades había de que te escuchara con simpatía. Ése es uno de los muchos trucos que aprendes. Y los más ancianos eran los que te daban las cosas con mayor facilidad, a condición tan sólo de que te sentaras y les escucharas un poco. Me convertí en un auténtico maestro.

El autostop mejoró algo una vez pasado Des Moines; luego, empeoró a medida que me acercaba a los campos de refugiados que bordeaban la Franja China. Hacía tan sólo cinco años desde el desastre, ¿lo recuerdan?, cuando un reactor nuclear de Omaha estalló y una masa de uranio y plutonio en fusión empezó a abrirse camino por el suelo en dirección a China, extendiendo una franja de radiactividad de seiscientos kilómetros a impulsos del viento. La mayor parte de Kansas City, Missouri, vivía aún en una ciudad hecha de barracones de hojalata y de madera contrachapada mientras aguardaban a que la ciudad fuera habitable de nuevo.

Los refugiados formaban un grupo trágico. La solidaridad inicial que la gente muestra tras un gran desastre hacía tiempo que se había desvanecido en el letargo y la desilusión de las personas desplazadas. Muchas de ellas no harían sino entrar y salir de los hospitales durante el resto de sus vidas. Para empeorar las cosas, la gente del lugar les odiaba, les temían, no querían ningún contacto con ellos. Les consideraban como a parias modernos, impuros. Sus hijos eran evitados. Cada campo tenía tan sólo un número para identificarlo, pero la población local los llamaba a todos Ciudades Geiger.

Di un largo rodeo hasta Little Rock para evitar cruzar la Franja, aunque era segura a condición de que no permanecieras demasiado tiempo en ella. La Guardia Nacional me entregó un distintivo de paria — un dosímetro—, y erré de una Ciudad Geiger a la siguiente. La gente se mostraba lastimosamente amigable apenas daba uno el primer

paso, y siempre dormí a cubierto. La comida era gratis en los comedores de la comunidad.

Una vez en Little Rock, descubrí que la aversión a recoger extraños — que podían estar contaminados por la «enfermedad de la radiación» — desaparecía, y avancé rápidamente a través de Arkansas, Oklahoma y Texas. Trabajé un poco aquí y allá, pero la mayor parte de las etapas eran largas. Todo lo que vi de Texas fue a través de la ventanilla de un coche.

Estaba un poco cansado de todo eso cuando llegué a Nuevo México. Decidí caminar. Por aquel entonces estaba menos interesado en California que en el viaje en sí. Dejé las carreteras y anduve campo traviesa, donde no había cercas que me detuvieran. Descubrí que no era fácil, ni en Nuevo México, alejarse de los indicios de la civilización.

Allá por los sesenta, Taos era el centro de los experimentos culturales de modos de vida alternativos. Muchas comunas y cooperativas erigidas durante aquel tiempo en las colinas circundantes se habían ido al garete en unos pocos meses, o años, pero unas pocas habían sobrevivido. En los últimos años, cualquier grupo con una nueva teoría acerca de la vida y con el anhelo de ponerla a prueba había gravitado hacia aquella parte de Nuevo México. Como resultado de todo ello, el lugar estaba repleto de desvencijados molinos de viento, paneles solares, domos geodésicos, matrimonios de grupo, nudistas, filósofos, teóricos, mesías, ermitaños, y más locos de los que debería haber.

Taos era algo grande. Podía penetrar en la mayor parte de las comunas y quedarme allí un día o una semana, comiendo arroz orgánico y judías y bebiendo leche de cabra. Cuando estaba cansado de la caminata en cualquier dirección, me llevaban hasta otra. Allí, tanto me podía ser ofrecida una noche de plegarias y cánticos como una orgía ritual. Algunos de los grupos poseían establos immaculados con ordeñadoras automáticas para multitud de vacas. Otros no tenían ni siquiera letrinas; se limitaban a acuclillarse en cualquier sitio. En algunos, los miembros iban vestidos como monjes, o como cuáqueros de la Pennsylvania primitiva. Más allá iban desnudos y con todo el pelo del cuerpo afeitado, y pintados de color violeta. Había sendos grupos exclusivos masculinos y femeninos. En la mayor parte de los primeros me pedían que me quedara; en los segundos, las respuestas iban desde el ofrecimiento de una cama para la noche y una buena conversación hasta el recibimiento a punta de fusil detrás de una cerca de alambre con espinos.

Intenté no enjuiciar a nadie. Aquella gente estaba haciendo algo importante, todos ellos. Se dedicaban a probar formas de no tener que vivir en Chicago de nuevo. Aquello me maravillaba. Yo había pensado que Chicago era algo inevitable, como la diarrea.

Eso no quiere decir que todos ellos tuvieran éxito en su empeño. Algunos hacían que Chicago pareciera un Shangri-La. Un grupo parecía creer que volver a la naturaleza consistía en dormir en una pocilga y comer unos alimentos que un carroñero desdeñaría tocar. Muchos estaban obviamente sentenciados. No dejarían tras de sí más que un grupo de barracas vacías y el recuerdo del cólera.

Así que el lugar no era el paraíso; le faltaba mucho para ello. Pero había algunos éxitos. Uno o dos grupos se hallaban allí desde el sesenta y tres o el sesenta y cuatro, e iban ya por su tercera generación. Me senti algo decepcionado al comprobar que la mayoría de ellos estaba constituida por aquellos que menos se habían apartado de las normas de corportamiento establecidas, aunque algunas de las diferencias podían resultar sorprendentes. Supongo que los experimentos más radicales eran los que menos probabilidades tenían de dar fruto.

Estuve allí todo el invierno. Nadie se sorprendía de volver a verme. Parece que mucha gente acudía a Taos a comprar cosas. Rara vez me quedaba más de tres semanas en un mismo sitio, y siempre colabora en las tareas. Hice muchos amigos y adquirí habilidades que iban a servirme si proseguía apartándome de las carreteras. Me tentó la idea de quedarme en una de aquellas comunidades para siempre. Como no llegaba a tomar una decisión, me aconsejaron que no me apresurara. Pedía ir a

California y luego volver. Parecían seguros de que eso era lo que haría.

Así, cuando la primavera llegó, me encaminé hacia el oeste, a través de las colinas. Permanecí alejado de las carreteras, durmiendo al aire libre. Varias noches descansé en otras comunas, hasta que empezaron a volverse raras, y luego desaparecieron. El campo no era tan hermoso como antes.

Por fin, tres días de andadura después de haber abandonado la última comuna, llegué ante un muro.

En 1964, una epidemia de sarampión alemán, o rubéola, se produjo en Estados Unidos. Esta es una de las enfermedades infecciosas más benignas. La única ocasión que se convierte en un problema es cuando la contrae una mujer que se halla en los cuatro primeros meses de embarazo. Entonces, pasa al feto, el cual desarrolla una serie de complicaciones. Estas complicaciones incluyen sordera, ceguera y lesiones cerebrales.

En 1964, en los días anteriores a que el aborto se convirtiera en algo al alcance de todo el mundo, no había nada que hacer al respecto. Muchas mujeres embarazadas contrajeron la rubéola y dieron a luz a sus hijos. Cinco mil niños sordos y ciegos nacieron en un año. La incidencia anual media de niños carentes de visión y oído al mismo tiempo suele ser de ciento cuarenta en Estados Unidos.

En 1970, todos aquellos cinco mil Helen Keller potenciales tenían seis años. Muy pronto fue visible que había escasez de Ana Sullivar. Antes, los niños sordos y ciegos podían ser internados en las pocas instituciones especiales existentes.

Era un problema. No todo el mundo está capacitado para ocuparse de un niño sordomudociego. No puedes pedirle que se calle cuando llora; ni razonar con él, decirle que sus lloros te están volviendo loco. Algunos padres cayeron en profundas depresiones nerviosas cuando intentaron tener a sus hijos en casa.

Muchos de los cinco mil niños eran subnormales profundos, y resultaba virtualmente imposible comunicarse con ellos, aun en el caso de que alguien lo hubiera intentado. La mayoría terminó encerrada en los centenares de anónimas instituciones y hospitales para niños «especiales». Eran metidos en la cama, y limpiados una vez al día por unas pocas enfermeras sobrecargadas de trabajo, y, por lo general, se les dejaba completa libertad; se les dejaba que languidescieran libremente en su propio universo oscuro, tranquilo, privado. ¿Quién podía decir que aquello fuera malo para ellos? Ninguno se había quejado.

Muchos niños cuyos cerebros no habían resultado afectados fueron encerrados también entre los subnormales debido a que eran incapaces de decirle a nadie que ellos estaban allí, que existían tras sus ojos ciegos. Fracasaron en las series de tests táctiles, sin comprender que era su suerte lo que dependía de ello cuando se les pedía que introdujeran espiguillas redondas en agujeros cuadrados al compás del tictac de un reloj que no podían ver ni oír. Como resultado de todo ello, pasaron el resto de sus vidas en una cama, y ninguno se quejó tampoco. Para protestar, uno debe ser consciente de la posibilidad de algo mejor. El poder usar el lenguaje ayuda también.

Se descubrió que varios cientos de los niños tenían un coeficiente intelectual que entraba dentro del margen de la normalidad. Hubo nuevas historias sobre ellos cuando llegaron a la pubertad y se reveló que había bastante gente preparada como para manejarles de la forma conveniente. Se gastó dinero, se adiestraron profesores. Los gastos de educación se mantendrían durante un período de tiempo específico, hasta que los chicos hubieran crecido, y las cosas volvieran a la normalidad, y todos se felicitarían mutuamente por haberse resuelto de modo satisfactorio un arduo problema.

Y, por supuesto, todo funcionó a la perfección. Hay medios de comunicarse e instruir a tales niños. Implican paciencia, amor y dedicación, y los profesores emplearon todo ello en su trabajo. Todos los graduados en estas escuelas especiales las abandonaron

sabiendo expresarse con las manos. Algunos incluso sabían hablar. Unos pocos podían escribir. La mayoría de ellos abandonaron las instituciones para ir a vivir con sus padres u otros familiares; o si ninguna de las dos cosas era posible, recibieron consejos y ayuda de las propias instituciones para poder integrarse en la sociedad. Las opciones eran limitadas, por supuesto, pero la gente puede vivir existencias satisfactorias incluso bajo los más severos impedimentos. No todos, pero la mayoría de los graduados fueron tan felices con su destino como razonablemente podía esperarse. Algunos llegaron casi a alcanzar el estado de paz casi mística de su modelo, Helen Keller. Otros se volvieron amargados e introvertidos. Unos pocos tuvieron que ser internados en asilos, donde se convirtieron en indistinguibles de aquellos otros de su grupo que habían pasado allí sus últimos veinte años. Sin embargo, las cosas fueron bien para la mayoría.

Pero entre el grupo, como en todos los grupos, había algunos inadaptados. Tendían a localizarse entre los más brillantes, el diez por ciento que tenía los coeficientes intelectuales más altos. Aunque ésta no era una regla fija. Algunos habían obtenido resultados en los tests que no tenían nada de sorprendente, y, sin embargo, se veían contagiados por el ansia de hacer algo, de cambiar las cosas, de agitar la nave. En un grupo de cinco mil personas se puede estar seguro de encontrar unos pocos genios, artistas, soñadores, agitadores, individualistas, líderes, forjadores: unos pocos maníacos gloriosos.

Y había alguien entre ellos que hubiera podido llegar a presidente, de no ser por el hecho de que, además de ciega y sordomuda, era una mujer. Era lista, pero no entraba en la categoría de los genios. Era una soñadora, una fuerza creativa, una innovadora. Era quien había soñado con la libertad. Pero no edificaba castillos en el aire. Había soñado con aquello, y estaba decidida a convertirlo en realidad.

El muro, hecho de piedras cuidadosamente encajadas, tenía un metro y medio de alto. Se hallaba fuera de lugar en relación con todo lo que había visto en Nuevo México, aunque había sido construido con roca de la zona. Uno no construye ese tipo de muro en aquel sitio, y utiliza alambre de espino si necesita cercar algo, aunque, por lo general, la mayoría de la gente no utiliza nada en absoluto. En cierto modo, parecía algo trasplantado de Nueva Inglaterra.

Era lo bastante macizo como para no atreverme a saltarlo. Había cruzado muchas cercas de alambre de espino en mis viajes, sin meterme en ningún problema por ello, aunque había tenido alguna que otra discusión con varios rancheros. La mayoría de ellos se limitaban a decirme que me largara de allí, pero sin que la cosa llegara a mayores. Aquello era diferente. Decidí rodearlo. Debido a la configuración del terreno, no podía decir hasta dónde se extendía; pero tenía tiempo.

En lo alto del siguiente promontorio vi que no tendría que ir muy lejos. El muro giraba en ángulo recto justo delante. Miré por encima de él y pude ver algunas edificaciones. La mayor parte de ellas eran domos, las ubicuas estructuras utilizadas por todas las comunidades debido a la combinación de su facilidad de construcción y su durabilidad. Había ovejas tras el muro, y unas pocas vacas. Pastaban en un césped tan verde que sentí deseos de saltar el muro y revolcarme en él. El muro rodeaba un rectángulo de verdor. Fuera, donde yo estaba, tan sólo crecían matojos y salvia. Aquella gente tenía acceso al agua de riego del río Grande.

Di la vuelta a la esquina y seguí el muro de nuevo.

Vi al hombre a caballo casi al mismo tiempo que él me divisaba a mí.

Estaba algo más lejos, en la parte exterior del muro, y dio media vuelta para cabalgar en mi dirección.

Era un hombre de tez oscura y rasgos angulosos, vestido con un mono de dril, botas y un sombrero Stetson gris bastante deteriorado. Tal vez se trataba de un navajo. No sé mucho acerca de los indios, pero había oído que aquéllas eran sus tierras.

—Hola —dije cuando se detuvo. Me miraba con fijeza—. ¿Estoy en su territorio?

—Territorio tribal —dijo—. Aja, está usted en él.

—No he visto ninguna señal. Se encogió de hombros.

—Bueno, amigo. No parece un ladrón de ganado. —Me sonrió. Sus dientes eran largos, manchados de tabaco—. ¿Acampará aquí esta noche?

—Sí. ¿Hasta dónde se extiende su..., esto..., su territorio tribal? ¿Puedo haberlo abandonado antes de la noche?

Meneó gravemente la cabeza.

—No. Todavía se encontrará en él mañana. De acuerdo. Si enciende fuego, vaya con cuidado, ¿eh?

Sonrió de nuevo, y empezó a alejarse.

—¡Oiga! —dije—, ¿qué es este lugar?

Hice un gesto hacia el muro, y él regresó junto a mí. Su caballo levantó una polvareda.

—¿Por qué lo pregunta?

Parecía un poco suspicaz.

—No sé. Sólo curiosidad. Se ve distinto de otros lugares que he visto por aquí. Este muro...

Frunció el ceño.

—Maldito muro... —Luego se encogió de hombros. Pensé que no iba a decir nada más. Sin embargo, prosiguió—: Esa gente..., debemos velar por ella, ¿entiende? Quizá no estemos de acuerdo con lo que hacen. Pero no es fácil para ellos, ¿sabe?

Me miró, como si esperase algo. Nunca he podido acostumbrarme a la forma de hablar de esos lacónicos tipos del Oeste. Siempre he tenido la sensación de que mis frases eran demasiado largas. Abrevian sus pensamientos a base de gruñidos y de encogerse de hombros y omiten partes de su discurso, de modo que siempre he tenido la sensación de ser un tipo plomo del Este cuando hablo con ellos.

—¿Reciben huéspedes? —pregunté—. Pienso que tal vez podría pasar la noche aquí.

Se encogió de hombros de nuevo, y en esta ocasión fue un gesto completamente distinto.

—Quizá. Todos ellos son ciegos, y sordomudos, ¿sabe?

Y aquélla fue toda la conversación que pude mantener en un solo día. Hizo un sonido cloqueante y se alejó al galope.

Seguí el muro hasta que llegué a un sucio camino que serpenteaba siguiendo el arroyo y atravesaba el muro. Había una puerta de madera, pero estaba abierta. Me pregunté para qué se habrían tomado la molestia de levantar el muro si no lo cerraban. Luego vi los raíles de un tren de vía estrecha que surgían por la puerta, trazaban un círculo y se cerraban sobre sí mismos. Había un pequeño apartadero que corría a lo largo de la pared exterior durante unos pocos metros.

Permanecí inmóvil por unos instantes. No sé lo que me hizo tomar una decisión. Pienso que estaba un poco cansado de dormir al aire libre, y ansiaba tomar una comida casera. El sol se hallaba ya cerca del horizonte. Hacia el oeste el paisaje seguía siendo igual a sí mismo. Si la carretera hubiera estado a la vista, es probable que me hubiera dirigido hacia allí y habría hecho autostop. Pero giré en dirección opuesta y penetré en el recinto.

Anduve entre los raíles. Había una cerca de madera a cada lado de la vía, hecha con maderos horizontales, como un corral. Las ovejas pastaban a un lado. Había un perro ovejero de raza shetland, que irguió las orejas y me siguió con la mirada cuando pasé, pero no acudió cuando silbé.

Calculé unos ochocientos metros hasta el grupo de edificios que tenía enfrente. Había cuatro o cinco domos hechos con un material transparente, como invernaderos, y varios edificios cuadrados convencionales. Dos molinos de viento giraban perezosamente con la ligera brisa. También pude ver varias baterías solares para calentar el agua. Eran construcciones planas de cristal y madera, colocadas de tal modo que podían girar para

seguir al sol. Ahora estaban casi verticales, interceptando los oblicuos rayos del atardecer. Había unos pocos árboles, que enmarcaban lo que parecía un huerto.

Casi a mitad de camino pasé bajo un puentecillo de madera. Trazaba un arco sobre la vía, dando acceso de los pastos del Este a los pastos del Oeste. «¿Qué hay de malo en una simple puerta?», me pregunté.

Luego vi algo que avanzaba por la vía en dirección a mí. Viajaba sobre los raíles y casi no producía ruido. Me detuve y aguardé.

Era una especie de vagoneta minera de arrastre convertida, del tipo de las que extraen las cargas de carbón del fondo de las minas. Iba accionada por baterías, y había llegado casi junto a mí antes de que pudiera oír su ruido. Un hombre pequeño la conducía. Arrastraba un cochecito tras él y cantaba en voz tan alta como le era posible, sin ningún sentido del tono en absoluto.

Seguía acercándose, a una velocidad de unos ocho kilómetros por hora, con una mano tendida hacia fuera, como si indicara que iba a girar a la izquierda. Me di cuenta de lo que hacía en realidad cuando ya estaba casi sobre mí. No iba a detenerse. Contaba los postes de la empalizada con la mano. Trepé por la cerca justo a tiempo. No había más de quince centímetros de holgura entre el tren y la cerca, a ambos lados. La palma de su mano tocó mi pierna mientras yo me aplastaba contra la cerca, y se detuvo de pronto.

Saltó de la vagoneta y me sujetó, y pensé que me había metido en problemas. Pero parecía preocupado, no furioso, y sus manos me palparon de arriba abajo, intentando descubrir si estaba herido. Yo me sentía azorado. No por el examen, sino porque me había comportado como un estúpido. El indio había dicho que allí todos eran ciegos y sordos, pero debo confesar que no me lo había creído demasiado.

Pareció henchido de alivio cuando conseguí hacerle comprender que me encontraba perfectamente. Con gestos elocuentes me explicó que no debía permanecer en la vía. Indicó que saltara al otro lado de la cerca y continuara a través de los campos. Lo repitió varias veces para asegurarse de que yo lo comprendía, y luego se aferró a mí mientras yo trepaba a fin de asegurarse de que había salido de su camino. Tendió los brazos sobre la cerca y me sujetó por los hombros, sonriéndome. Señaló hacia la vía y agitó la cabeza en un gesto negativo, luego señaló a los edificios y asintió. Tocó mi cabeza y sonrió cuando yo asentí. Subió al vehículo de nuevo y lo puso en marcha, asintiendo todo el tiempo, mientras señalaba hacia el lugar donde deseaba que yo fuera.

Dudé acerca de qué hacer. La mayor parte de mí decía: «Da media vuelta, cruza de nuevo el muro a través de los pastos y marcha hacia las colinas». Aquella gente probablemente no me querría por los alrededores. Dudaba de mi capacidad para comunicarme con ellos, y quizá a ellos no les agradara mi presencia. Por otra parte, me sentía fascinado. ¿Y quién no? Deseaba ver cómo se las arreglaban. Seguía sin creer que *todos* ellos fueran sordos y ciegos. No parecía posible.

El perro ovejero olisqueaba mis pantalones. Bajé la mirada hacia él y retrocedió, luego se me acercó de nuevo con suavidad mientras yo le tendía la mano, con la palma abierta. La olisqueó, y la lamió. Le palmeé la cabeza, y él regresó a sus ovejas.

Me volví hacia los edificios.

La primera cuestión a tener en cuenta fue el dinero.

Ninguno de los estudiantes sabía mucho al respecto por experiencia propia, pero la biblioteca estaba llena de libros en braille. Empezaron a leerlos.

Una de las primeras cosas que se evidenciaron fue que, cuando se mencionaba el dinero, los abogados nunca estaban demasiado lejos. Los estudiantes escribieron cartas. Por las respuestas, seleccionaron un abogado y le contrataron.

Por aquel entonces, estaban en una escuela de Pennsylvania. Los pupilos originales de las escuelas especiales, quinientos en total, se habían visto reducidos a unos setenta a medida que la gente abandonaba dichos centros para ir a vivir con algún pariente o buscar otras soluciones a sus problemas especiales. De esos setenta, algunos tenían

lugar a donde ir pero en los cuales no deseaban vivir; otros tenían pocas alternativas. Sus padres o estaban muertos o no les interesaba tenerles con ellos. Así, los setenta habían sido reagrupados de todas las escuelas del contorno a una sola mientras se estudiaban las posibles formas de ocuparse de ellos. Las autoridades tenían planes, pero los estudiantes les pararon los pies.

Cada uno de ellos era titular de una pensión anual garantizada desde 1980. Pero como estaban bajo la custodia del gobierno, ninguno había recibido nada. Enviaron a su abogado a entablar una demanda. Volvió con una resolución de que no tenían derecho a nada. Apelaron, y ganaron. La cantidad tuvo que ser pagada con carácter retroactivo, con sus correspondientes intereses, y representó una suma respetable. Dieron las gracias a su abogado y buscaron un agente inmobiliario. Mientras tanto, seguían con sus estudios.

Estudiaron acerca de las comunidades de Nuevo México, y dieron instrucciones a su agente para que les buscara algo por allí. Éste firmó un contrato de arriendo a perpetuidad de un terreno perteneciente al pueblo navajo. Se informaron acerca del lugar, y comprobaron que iban a necesitar gran cantidad de agua para convertirlo en productivo de la forma que deseaban.

Se dividieron en grupos para investigar qué iban a necesitar a fin de convertirse en autosuficientes.

El agua podía ser obtenida si sacaban un ramal de los canales que la conducían de las reservas del río Grande hasta los terrenos en reconversión del Sur. Podía conseguirse dinero federal para el proyecto a través de una laberíntica red que implicaba al Departamento de Salud, Educación y Bienestar Social, al de Agricultura, y a la Oficina de Asuntos Indios. Terminaron pagando muy poco por las obras.

El terreno era árido. Necesitarían simientes a fin de utilizarlas para criar ovejas con técnicas de pastos al aire libre. El coste de las simientes podía ser subvencionado por el programa de Colonización Rural. Tras de lo cual, plantarían tréboles para enriquecer el suelo con todos los nitratos que desearan.

Había técnicas disponibles para crear una granja ecológica, sin preocuparse de fertilizantes ni pesticidas. Todo era reciclado. En esencia, uno pone luz solar y agua por un lado, y recoge lana, peces, vegetales, manzanas, miel y huevos por el otro. No se utiliza más que la tierra, y se la regenera inyectando de nuevo todos los desechos reciclados al suelo. No estaban interesados en negocios agrícolas a base de enormes cosechas obtenidas con la utilización de grandes cosechadoras mecánicas y siembras aéreas. Ni siquiera deseaban obtener beneficios. Lo único que querían era ser autosuficientes.

Los detalles se multiplicaron. Su líder, la mujer que había tenido la idea original y hecho lo necesario para ponerla en práctica, enfrentándose a los enormes obstáculos, era una dinamo llamada Janet Reilly. Sin saber nada de las técnicas que generales y ejecutivos emplean para la consecución de amplios objetivos, las inventó por sí misma y las adaptó a las peculiares necesidades y limitaciones de su grupo. Asignó equipos especializados para la resolución de cada aspecto de su proyecto: leyes, ciencias, planificación social, diseño, compras, logística, construcción. En cada ocasión, ella era la única persona que lo sabía todo acerca de lo que estaba ocurriendo. Lo llevaba en su mente, sin notas de ningún tipo.

Fue en el campo de la planificación social donde se mostró como una visionaria, y no sólo como una soberbia organizadora. Su idea no era conseguir un lugar donde pudiera llevar una vida que fuera una ciega y sorda imitación de sus semejantes no afligidos por su desgracia. Deseaba un nuevo comienzo completo, una forma de vivir que fuera por y para los sordomudociegos, una forma de vivir que no aceptara ninguna convención. Examinó todas las instituciones sociales humanas, desde el matrimonio hasta el escándalo público, para ver de qué modo estaban relacionadas con sus necesidades y las de sus amigos. Era consciente del peligro de tal enfoque, pero aquello no la asustaba. Su Equipo Social estudió cada variante de grupo que había intentado en alguna ocasión

crear su propio estilo de vida, y le entregó sus informes acerca de cómo y por qué habían fracasado o tenido éxito. Ella filtró esa información a través de su propia experiencia para ver cómo funcionaría con su poco habitual grupo, con su propia gama de necesidades y anhelos.

Los detalles eran interminables. Contrataron a una arquitecta para que trasladara sus ideas a planos en braille. Los planos fueron evolucionando de manera gradual. Gastaron más dinero. Se inició la construcción, supervisada sobre la marcha por su arquitecta, quien se sintió tan fascinada por el proyecto que no cobró sus servicios. Era un logro importante, ya que necesitaban a alguien allí en quien confiar. Es la única forma en que puede hacerse realidad algo a tanta distancia.

Cuando todo estuvo listo para que se trasladaran, tropezaron con los problemas burocráticos. Lo habían previsto, pero fue un retraso. Los servicios sociales cargaron las tintas afirmando que dudaban de la viabilidad del proyecto. Cuando se hizo evidente que ningún razonamiento iba a detenerles, los engranajes se pusieron en movimiento, y el resultado fue una orden prohibiéndoles, en su propio bien, abandonar la escuela. Por aquel entonces, todos ellos tenían ya veintiún años, pero fueron juzgados como incompetentes mentales para regir sus propios asuntos. Apelaron.

Por fortuna, aún tenían a su abogado. Este también se había sentido cautivado por la insensata visión, y se preparó para la gran batalla en su favor. Tuvo éxito en hacer promulgar una resolución referente a los derechos de las personas sometidas a tutela institucional, refrendada más tarde por la Corte Suprema, que tendría grandes repercusiones en los hospitales estatales y comarcales. Al darse cuenta de los problemas que se estaban creando con los miles de pacientes bajo condiciones inadecuadas en todo el país, los servicios sociales se batieron en retirada.

Por aquel entonces era la primavera de 1986, un año después de la fecha que se había fijado como meta. Una parte de su simiente se había perdido, a falta del trébol que debía prevenir la erosión. Era ya demasiado tarde para iniciar de nuevo la sementera, y empezaban a andar faltos de dinero. Sin embargo, se trasladaron a Nuevo México e iniciaron la agotadora tarea de ponerlo todo en marcha. Eran cincuenta y cinco, con nueve niños de edades comprendidas entre los tres y los seis años.

No sé lo que yo esperaba. Recuerdo que todo resultaba sorprendente quizá porque todo era tan normal o quizá porque todo era tan distinto. Ninguna de mis idiotas conjeturas acerca de cómo podía ser un lugar como aquél se reveló cierta. Y, por supuesto, yo no conocía la historia del lugar; la supe más tarde, recogida a fragmentos.

Me sorprendió ver luces en algunos de los edificios. Lo primero que yo había asumido era que ellos no las necesitaban para nada. Eso es un ejemplo de algo tan normal que me sorprendió.

En cuanto a las diferencias, lo primero que llamó mi atención fue la cerca alrededor de las vías del ferrocarril. Tenía un interés personal en ella, pues había estado casi a punto de resultar lesionado por ese motivo. Me esforcé en comprenderla, aunque sólo fuera a quedarme una noche allí.

La cerca de madera que encerraba los raíles a lo largo de su camino hasta la puerta continuaba por el otro lado hasta una especie de cochera donde los raíles trazaban otro círculo cerrado como el que había fuera del muro. Toda la línea estaba protegida por la doble cerca. El único acceso era una plataforma de carga en la cochera, y la puerta al exterior. Aquello tenía sentido. La única forma en que una persona sordomudo-ciega podía operar un medio de transporte como aquél era con la seguridad de que no encontraría obstáculo alguno en su camino. Esa gente jamás andaría por la línea férrea; no había ningún medio que pudiera avisarles de que un tren se acercaba.

Había gente que se movía a mi alrededor en el crepúsculo, a medida que avanzaba hacia el grupo de edificios. No parecieron darse cuenta de mi presencia, como yo esperaba. Avanzaban aprisa; algunos de ellos iban casi corriendo. Me detuve, y miré a

mi alrededor para evitar que alguien tropezara conmigo. Tenía que comprender cómo lo hacían para no chocar entre sí antes de atreverme a proseguir mi avance.

Me incliné hacia el suelo y lo examiné. La luz era bastante mala, pero vi, de inmediato, que el área estaba llena de pistas de cemento que se entrecruzaban. Cada una de las pistas aparecía grabada con un dibujo diferente formando ranuras hechas antes de que el material se hubiera secado..., líneas, ondulaciones, depresiones, bandas rugosas o lisas. Me di cuenta de que la gente que iba más aprisa avanzaba sólo por esas pistas, y que todos ellos iban descalzos. No había ninguna dificultad en ver que se trataba de alguna especie de esquema de tráfico que era leído con los pies. Me levanté. No necesitaba saber cómo funcionaba. Era suficiente con saber lo que era y mantenerme alejado de las pistas.

La gente no tenía nada de particular. Algunos de los que se cruzaban conmigo no iban vestidos, pero ya estaba acostumbrado a aquello. Los había de todos los tamaños y configuraciones; no obstante, todos parecían tener la misma edad excepto los niños. De no ser por el hecho de que no se detenían a charlar entre sí, o de que ni siquiera se saludaban con un gesto al cruzarse, nunca hubiera dicho que eran ciegos. Les observé cuando llegaban a las intersecciones de las distintas pistas —no comprendía cómo se daban cuenta de que llegaban a ellas, pero pensé en varias explicaciones—, y disminuían su marcha al cruzarlas. Era un sistema mavarilloso.

Empecé a pensar en abordar a alguien. Llevaba más de media hora allí, como un intruso. Creo que tenía una falsa idea de la vulnerabilidad de aquella gente; me sentía como un ladrón.

Anduve durante un minuto al lado de una mujer. Avanzaba muy decidida, con los ojos fijos hacia adelante, o al menos eso parecía. Captó algo, quizá mis pasos. Disminuyó un poco la marcha, y toqué su hombro, sin saber qué otra cosa hacer. Ella se detuvo al instante y se volvió hacia mí. Sus ojos estaban abiertos pero eran inexpresivos. Sus manos estuvieron de inmediato sobre mí, palpó mi rostro, mi pecho, mis manos: sus dedos recorrieron mis ropas. En mi mente no había ninguna duda de que ella me había reconocido como a un extraño, tal vez desde mi primera palmada en su hombro. Pero me sonrió, cálida, y me abrazó. Sus manos eran muy delicadas y acogedoras. Resultaba curioso, ya que que se veían callosas por el trabajo duro. Pero se notaban sensitivas.

Ella me hizo comprender —al señalar hacia el edificio, mientras hacía signos de comer con una imaginaria cuchara, y tocaba un número en su reloj— que la cena iba a ser servida dentro de una hora, y que yo estaba invitado. Asentí y sonreí entre sus manos; ella me besó en la mejilla y se apresuró a seguir su camino.

Bien. La cosa no estaba tan mal. Me había preocupado acerca de mi habilidad para comunicarme. Más tarde descubrí que ella había aprendido mucho más sobre mí de lo que yo le había dicho.

No tenía ninguna prisa en dirigirme al comedor o lo que fuera, así que vagabundee un poco por la creciente oscuridad contemplando sus dominios. Vi al pequeño shetland conduciendo a las ovejas al redil para la noche. Las llevó expertamente hasta la abierta puerta sin necesitar de ninguna instrucción, y uno de los residentes la cerró y aseguró después. El hombre se inclinó luego y rascó la cabeza del perro, y recibió un lametón en la mano como respuesta. Realizadas sus tareas nocturnas, el perro acudió a la carrera hasta mí y se puso a olisquear las perneras de mi pantalón. No se apartó de mí durante el resto de la velada.

Todo el mundo parecía estar tan ocupado que me sorprendí al ver a una mujer sentada en una cerca, sin hacer nada. Me acerqué a ella.

Cuando estuve a su lado, vi que era más joven de lo que yo había pensado. Tenía trece años, supe más tarde. Iba desnuda. La toqué en el hombro, y ella saltó de la cerca y realizó la misma rutina que la otra mujer, tocándome por todos lados sin ninguna inhibición. Tomó mi mano, y sentí sus dedos, que se movían con rapidez sobre mi

palma. No podía comprender lo que me decía, pero sabía de qué se trataba. Me alcé de hombros, e intenté otros gestos para indicarle que no sabía hablar el lenguaje de las manos. Ella asintió, tomando mi rostro entre sus manos.

Me preguntó si iba a quedarme a cenar. Le aseguré que iba a hacerlo. Me preguntó si era universitario. Y si ustedes piensan que es fácil responder con sólo movimientos corporales, inténtenlo. Sin embargo, había tanta gracia y flexibilidad en sus movimientos, era tan rápida en captar la mímica de mis respuestas, que resultaba algo maravilloso contemplarla. Era diálogo y ballet al mismo tiempo.

Le dije que no venía de ninguna universidad, y me esforcé en intentar explicarle un poco lo que hacía y cómo había llegado hasta allí. Ella me escuchó con las manos, rascándose gráficamente la cabeza cuando fracasaba en hacer claras mis explicaciones. Durante todo el tiempo, la sonrisa de su rostro se hacía más y más amplia, y se reía en silencio de mis payasadas. Todo aquello mientras permanecía muy cerca de mí, tocándome. Al final, se puso las manos en las caderas.

—Creo que necesitas mucha práctica aún —dijo—, pero si te es lo mismo, ¿podíamos hablar un poco de palabra ahora? Me estás agotando.

Di un salto como si hubiera sido picado por una avispa. Aquellos toqueteos que uno podía considerar naturales en una chica sordomudociega me parecieron repentinamente fuera de lugar. Retrocedí un poco, pero sus manos volvieron hacia mí. Ella pareció asombrada, luego sus manos leyeron el problema.

Lo siento —dijo—. Creías que yo era sordomudociega. Si lo hubiera sabido, te lo habría dicho en seguida.

Pensaba que todo el mundo aquí lo era.

Sólo los padres. Yo soy uno de los hijos. Todos nosotros vemos y oímos a la perfección. No te pongas nervioso. Si no te gusta que te toquen, vas a pasarlo mal aquí. Relájate, no voy a hacerte ningún daño.

Y mantuvo sus manos moviéndose sobre mí, principalmente en mi rostro. En aquel momento yo no comprendía, pero aquello parecía no poseer ninguna connotación sexual. En realidad me equivocaba, pero no resultaba evidente.

—Necesitas que te muestre las reglas —dijo, y echó a andar hacia los domos.

Sujetaba mi mano y andaba cerca de mí. Su otra mano seguía moviéndose hacia mi rostro cada vez que yo hablaba.

—En primer lugar, mantente alejado de las pistas de cemento. Es ahí donde...

—Ya lo había supuesto.

—¿De veras? ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

Sus manos buscaron otra vez mi rostro con renovado interés. Casi era oscuro.

—Menos de una hora. He estado a punto de hacerme atrepellar por vuestro tren.

Ella se echó a reír, luego pidió disculpas y dijo que sabía que aquello no resultaba divertido para mí.

Yo repuse que era divertido para mí ahora, aunque no había sabido apreciarlo en su momento. Ella dijo que había un cartel de advertencia en la puerta, pero yo había sido lo bastante desafortunado como para llegar cuando la puerta estaba abierta —se abría automáticamente, por control remoto, en el momento en que un tren se ponía en marcha—, y yo no lo había visto.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté, mientras nos acercábamos a las suaves luces amarillas procedentes del comedor.

Su mano se movió en la mía. luego, se detuvo.

—Oh, no lo sé. Tengo uno; de hecho, tengo varios. Pero son en lenguaje corporal. Soy... Rosa. Creo que puede traducirse por Rosa.

Había una historia tras aquello. Ella había sido el primer niño nacido de los estudiantes de la escuela. Sabían que los bebés eran siempre descritos como de color rosado, así que simplemente la habían llamado Rosa. Para ellos era tan sólo algo rosa. Cuando

entramos en el edificio, pude ver que su nombre era visualmente de lo más inexacto. Uno de sus progenitores era negro. Oscuro el tono de su piel, ojos azules y el cabello ensortijado, más claro que la piel. Tenía la nariz ancha, pero los labios delgados.

Ella no me preguntó mi nombre, así que no se lo dije. Nadie me lo preguntó oralmente durante todo el tiempo que permanecí allí. Me llamaron de varias maneras en lenguaje corporal, y cuando me llamaban verbalmente, tan sólo decían: «Eh, tú». El lenguaje hablado no era su fuerte.

El comedor era un edificio rectangular hecho de ladrillos. Se hallaba conectado con uno de los domos grandes. Tenía una débil iluminación. Luego supe que las luces habían sido encendidas sólo por mí. Los niños no las necesitaban para nada excepto para leer. Seguí sujetando la mano de Rosa, feliz por tener un guía. Mantuve mis ojos y mis oídos abiertos.

—Aquí no usamos formalidades —dijo Rosa. Su voz sonaba incómodamente fuerte en la amplia estancia. Nadie más hablaba; tan sólo se oían los sonidos de los movimientos y las respiraciones. Algunos de los niños alzaron la vista—. Luego haremos las presentaciones. Ahora, considérate parte de la familia, y nada más. La gente querrá tocarte más tarde, y podrás hablarles. Deja tus ropas en la parte de afuera de la puerta si quieres.

No tenía ningún problema con aquello. Todo el mundo iba desnudo allí, y a mí me resultaba muy fácil por aquel entonces acomodarme a las costumbres de mis anfitriones. Uno se quita los zapatos en el Japón, las ropas en Taos. ¿Cuál es la diferencia?

Bueno, realmente había una. Aquí todo el mundo se tocaba sin cesar. Se tocaban los unos a los otros, tan rutinariamente como nosotros nos miramos. Todos tocaban primero mi rostro, luego me seguían tocando por todas partes de mi cuerpo con lo que parecía la inocencia más total. Como siempre, no era exactamente tal como parecía. No era inocente, ni tampoco el tratamiento habitual que se otorgaban los unos a los otros. Se tocaban mutuamente los genitales mucho más de lo que tocaban los míos. No querían que me asustara. Eran muy educados con los extraños.

Había una mesa larga y baja, con la gente sentada en el suelo a su alrededor. Rosa me condujo hasta ella.

¿Ves las zonas despejadas del suelo? Permanece alejado de ellas. No pongas nada en ellas. Son para ir de un lado a otro. Nunca cambies nada de sitio. Muebles, me refiero. Esos cambios deben ser decididos en las reuniones plenarias, a fin de que todo el mundo lo sepa. Las cosas pequeñas tampoco. Si coges algo, vuelve a dejarlo exactamente donde estaba.

—Entiendo.

Trajeron boles y fuentes de comida de la adjunta cocina. Los dejaron sobre la mesa, y los comensales empezaron a palparlos. Comían con los dedos, sin platos, y lo hacían lenta y voluptuosamente. Olfan largo rato las cosas antes de decidirse a tomar un pedazo. Comer era un acto muy sensual para aquella gente.

Eran unos cocineros extraordinarios. Nunca, ni antes ni después, he comido tan bien como lo hice en Keller. (Ése es mi nombre para aquel lugar, en lenguaje hablado, aunque su nombre en corporal era algo muy parecido. Cuando yo lo llamaba Keller, todo el mundo sabía de qué hablaba.) Utilizaban productos excelentes y frescos como materia prima, algo que es difícil de encontrar en las ciudades, y los cocinaban con maestría e imaginación. No había nada parecido en ninguna cocina estatal que yo hubiera probado antes. Improvisaban, y casi nunca cocinaban la misma cosa dos veces de la misma forma.

Me senté entre Rosa y el hombre que había estado a punto de atropellarme. Me atiborré desvergonzadamente. Aquello estaba tan lejos del correoso buey y de la cartulina orgánica desecada que comía normalmente que me resultó imposible resistirme. Me entretuve saboreándolo, pero, pese a todo, yo terminé antes que todos los demás. Les observé mientras me echaba un poco hacia atrás en mi posición sentada y me preguntaba si tanta comida iba a sentarme mal (no fue así, gracias a Dios). Se daban la comida los unos a los

otros, a veces levantándose y rodeando la mesa para ofrecer un bocado especial a un amigo del otro lado. Yo también era alimentado de la misma forma por la mayoría de ellos, y estaba ya a punto de estallar cuando aprendí una escueta frase en lenguaje táctil, diciendo que estaba lleno a rebosar. Aprendí de Rosa que una forma amistosa de rechazar algo era ofrecer uno algo a su vez.

De momento, yo no tenía otra cosa que hacer más que darle de comer a Rosa y mirar a los demás. Empecé a ser más observador. Había creído que comían en soledad, pero pronto me di cuenta de que una viva conversación fluía de un lado a otro de la mesa. Las manos eran rápidas, se movían casi demasiado rápidas como para verlas. Se movían en las palmas de los demás, en los hombros, piernas, brazos, vientres; en todas las partes de cuerpo. Observé con sorpresa cómo una ristra de carcajadas brotaba como fichas de dominó cayendo una tras otra de un extremo al otro de la mesa a medida que una ocurrencia pasaba de mano en mano. Era rápido. Si miraba con atención, podía ver cómo los pensamientos se movían, alcanzando a una persona, siendo transmitidos mientras una respuesta llegaba en dirección opuesta y era transmitida a su vez, lo que originaba otras réplicas a todo lo largo de la hilera y se movían de uno a otro lado. Era como un oleaje, como agua.

Resultaba bastante sucio. Compréndanlo: cuando uno come con los dedos y habla con las manos, lo más probable es que se manche. Pero a nadie parecía importarle. A mí, desde luego, no me preocupaba. Estaba demasiado imbuido en mi sensación de sentirme, en cierto modo, algo aparte. Rosa me hablaba, pero yo estaba empezando a comprender lo que suponía ser sordo. Aquellas gentes eran amigables y parecía que yo les caía bien, pero no podían hacer nada al respecto. Nos veíamos en la imposibilidad de comunicarnos.

Después salimos fuera todos juntos, excepto el equipo encargado de la limpieza, y tomamos un baño bajo una batería de duchas de donde brotaba un agua muy fría. Le dije a Rosa que quería ayudar con la limpieza de los platos, pero ella me respondió que lo único que haría sería molestar. No podía hacer nada en Keller hasta que aprendiera sus formas muy específicas de hacer las cosas. Ella parecía dar por sentado que iba a quedarme el tiempo suficiente como para aprenderlo.

Volvimos a entrar en el edificio para secarnos, lo cual hicieron con su habitual camaradería de perritos juguetones, convirtiéndolo en un juego, secándose los unos a los otros, y luego penetramos en el domo.

El interior era cálido, cálido y oscuro. La luz penetraba por el pasillo que conducía al comedor, pero no bastaba para apagar el brillo de las estrellas que se filtraba a través del mosaico de paneles triangulares sobre nuestras cabezas. Era casi como estar al aire libre.

Rosa se apresuró a hacerme partícipe de la etiqueta que se debía observar dentro del domo. No era difícil de seguir, pero yo seguía replegado sobre mí a fin de evitar un tropezón con alguien si entraba en una pista de circulación.

Mis falsas interpretaciones me ganaban de nuevo. No había el menor sonido excepto el suave roce de carne contra carne, así que pensé que estaba metido en una orgía. Había participado en otras antes, en otras comunas, y se parecían mucho a ésta. Rápidamente me di cuenta de que estaba equivocado, y sólo más tarde descubrí que había estado en lo cierto. En un sentido.

Lo que invalidaba mis ideas por completo era el simple hecho de que la conversación de grupo entre aquella gente tenía que parecer una orgía. Las observaciones más sutiles que hice más tarde indicaron que cuando un centenar de cuerpos desnudos se rozan, se frotan, se besan, se acarician, todo al mismo tiempo, ¿cuál es el punto que señala la diferencia? No había ninguna diferencia.

Debo hacer constar que utilizo la palabra «orgía» sólo en el sentido de dar una idea general de mucha gente en íntimo contacto. No me gusta la palabra, está demasiado

llena de connotaciones. Pero yo mismo aceptaba esas connotaciones por aquel tiempo, así que me sentí aliviado de ver que no se trataba de una orgía. Aquellas en las que había participado habían sido tediosas e impersonales, y yo esperaba algo mejor de aquella gente.

Muchos se abrieron camino entre la multitud para venir hacia mí y reunirse conmigo. Nunca más de uno a la vez; eran constantemente conscientes de las circunstancias y aguardaban su turno para hablarme. Por supuesto, no me di cuenta de ello entonces. Rosa se sentó conmigo para traducirme los pensamientos más complicados. Finalmente fui usando cada vez menos las palabras, a medida que captaba el espíritu de la visión y de la comprensión táctiles. Ninguno parecía conocerme realmente hasta que habían tocado cada parte de mi cuerpo, así que sus manos estaban todo el tiempo sobre mí. Tímidamente, hice lo mismo.

Con todo ese tocar, rápidamente entré en erección, lo cual no dejó de azorarme. Me reprendí a mí mismo por ser incapaz de contener mis respuestas sexuales, por no operar al mismo plano intelectual que suponía ellos utilizaban, cuando me di cuenta con una cierta impresión de que la pareja que se hallaba a mi lado estaba haciendo el amor. Llevaban haciéndolo durante al menos los últimos diez minutos en realidad, y había parecido algo tan natural dentro del esquema de lo que sucedía, que lo había observado sin haberlo observado en realidad.

Tan pronto me di cuenta de ello, me pregunté si era así realmente. ¿Estaban haciendo el amor? Sus movimientos eran muy lentos y la luz, mala. Pero ella tenía las piernas separadas y alzadas, y él estaba sobre ella, al menos de eso estaba seguro. Era una idiotez, pero debía saberlo. Necesitaba descubrir de qué demonios se trataba. ¿Cómo puede uno ofrecer las respuestas sociales si ignora la situación?

Yo era muy sensible al comportamiento social tras los varios meses que había pasado en las distintas comunidades. Me había convertido en un adepto y rezado las plegarias antes de cenar en una, cantado el *Haré Krishna* en otra, y unido alegremente al nudismo en otra más. Se dice: «A donde fueres, haz lo que vieres», y si uno no se puede adaptar, es mejor que no vaya. Me arrodillaría en La Meca, eructaría tras las comidas, brindaría por todo lo que se me propusiera, comería arroz orgánico y felicitaría al cocinero: pero para hacer todo eso correctamente, uno necesita conocer las costumbres. Allí creía conocerlas, pero había tenido que cambiar de opinión tres veces en pocos minutos.

Estaban haciendo el amor, en el sentido de que él la penetraba. Se hallaban también profundamente absortos el uno en el otro. Sus manos aleteaban como mariposas por el otro cuerpo, cargadas de significados que yo no podía ver o sentir. Pero estaban siendo tocados —y tocaban— por mucha otra gente a su alrededor. Hablaban con toda esa gente, incluso si el mensaje era algo tan simple como una palmada en la frente o en el brazo.

Rosa se dio cuenta de lo que atraía mi atención. Estaba más o menos enroscada en torno a mí, sin hacer en realidad nada que yo pudiera considerar provocativo. Simplemente, no podía decidir. Parecía tan inocente..., y, sin embargo, no lo era.

—Son... y... —dijo (los puntos suspensivos indican una serie de movimientos de su mano contra mi palma).

Nunca aprendí un sonido o una palabra que indicara un nombre para ninguno de ellos, excepto Rosa, y no puedo reproducir los nombres corporales que tenían. Rosa se estiró un poco y tocó con el pie a la mujer. Esta sonrió, sujetó el pie de Rosa, y sus dedos se movieron.

—A... le gustaría hablar contigo más tarde —me dijo Rosa—. Después de que termine de hablar con... Te encontraste con ella antes, ¿recuerdas? Dice que le gustan tus manos.

Ahora todo esto suena estúpido, lo sé. También me sonó estúpido entonces. Me di cuenta de que el significado que ella le daba a la palabra «hablar» y el significado que yo

le daba estaban a kilómetros de distancia. Hablar, para ella, significaba un complejo intercambio que implicaba todas las partes del cuerpo. Ella podía leer palabras o emociones en cada contracción de mis músculos, como un detector de mentiras. El sonido era una ínfima parte de la comunicación; algo que utilizaba para comunicarme con los de fuera. Rosa hablaba con todo su ser.

Apenas había captado la mitad del significado de todo aquello, pero incluso así bastaba para cambiar mi opinión con respecto a aquella gente por entero. Ellos hablaban con sus cuerpos. No lo hacían sólo con las manos, como yo había pensado. Cualquier parte del cuerpo en contacto con cualquier otro era comunicación, a veces de un tipo muy simple y básico —piénsese en la bombilla de McLuhan como el medio básico de información—, quizá no diciendo más que «estoy aquí». Pero hablar era hablar, y si la conversación evolucionaba hasta un punto en el que necesitabas hablarle a otro con tus genitales, eso era simplemente una parte más de la conversación. Lo que yo deseaba saber era: ¿qué estaban diciendo? Sabía, incluso en aquel fugaz instante de realización, que había allí mucho más de lo que yo podía captar. Seguro, dirán ustedes. Sabemos lo que es hablar con tu amante con todo tu cuerpo cuando haces el amor. No es ninguna idea nueva. Por supuesto que no, pero piensen en lo maravillosa que es esa forma de hablar, incluso para alguien que no está primariamente orientado a la comunicación táctil. ¿Pueden ustedes desarrollar su pensamiento a partir de ahí, o están condenados a ser unos gusanos de tierra que se esfuerzan en pensar en puestas de sol?

Mientras me sucedía todo eso, había una mujer que estaba tomando conocimiento de mi cuerpo. Sus manos se hallaban sobre mí, en mis muslos, cuando me sentí eyacular. Fue una enorme sorpresa para mí, pero para nadie más. Durante varios minutos, había estado diciéndole a todo el mundo a mi alrededor, por medio de los signos que ellos podían notar con sus manos, que aquello iba a ocurrir. Casi podía comprenderles mientras transmitían tiernos pensamientos hacia mí. De todos modos, capté su sustancia, si no sus palabras. Me sentí terriblemente embarazado tan sólo durante un instante; luego, todo pasó, y dejó lugar a una tranquila aceptación. Era muy intensa. Durante mucho rato no pude recuperar el aliento.

La mujer que había sido la causa de todo tocó mis labios con sus dedos. El toque fue lento, pero significativo, estuve seguro de ello. Luego, se mezcló con el resto del grupo.

—¿Qué ha querido decirme? —pregunté a Rosa.

Ella me sonrió.

—Ya lo sabes, por supuesto. Si dejaras de hablar con la boca...

En esencia, significaba: «Qué bueno para ti». También puede traducirse por: «Qué bueno para mí». Y «mí», en este sentido, significa todos nosotros. El organismo.

Supe que debía quedarme y aprender a hablar.

La comunidad tuvo sus altos y sus bajos. En general, ya los esperaban, pero no sabían qué forma iban a adoptar.

El invierno mató a la mayor parte de los árboles frutales. Los reemplazaron con especies híbridas. Perdieron gran parte de la sementera y el estiércol con los vendavales, debido a que el trébol no había tenido tiempo de arraigar lo suficiente. Su programa había sido completamente alterado por las acciones judiciales, y en realidad las cosas no empezaron hasta pasado más de un año.

Todos los peces murieron. Usaron sus cuerpos como fertilizantes y estudiaron qué era lo que podía haber ido mal. Estaban utilizando una ecología en tres estadios del tipo puesto a punto por los Nueve Alquimistas en los años setenta. Consistía en tres estanques protegidos por domos; uno con peces, otro con conchas trituradas y bacterias en una sección y algas en otra, y un tercero estaba lleno de dafnias. El agua que se llevaba los desechos de los peces del primer estanque era bombeada a través de las conchas y las bacterias, que eliminaban sus toxinas y convertían el amoníaco que contenían en fertilizante para las algas. El agua de las algas era bombeada al tercer

estanque para alimentar a las dafnias. Luego, dafnias y algas eran bombeadas a su vez al estanque de los peces como alimento, y se utilizaba el agua enriquecida para fertilizar las plantas de invernadero de todos los domos.

Comprobaron el agua y los abonos y descubrieron que algunas sustancias químicas se desprendían de las impurezas de las conchas y se concentraban a lo largo de la cadena alimentaria. Tras una cuidadosa limpieza, volvieron a empezar y todo fue bien. Pero habían perdido su primera cosecha.

Nunca llegaron a tener hambre. Como tampoco frío; había suficiente luz solar a lo largo del año como para proporcionar energía para las bombas y el ciclo alimentario y para calentar sus viviendas. Habían edificado todas sus instalaciones semienterradas, a fin de aprovechar los poderes de calefacción y refrigeración de las corrientes de convección. Pero tuvieron que gastar parte de su capital. El primer año cerraron el ejercicio con pérdidas.

Uno de sus edificios se incendió durante el primer invierno. Dos hombres y una niña resultaron muertos cuando un sistema automático de irrigación antiincendios funcionó mal. Fue un shock para todos ellos. Habían pensado que las cosas funcionarían tal como esperaban. Ninguno de ellos sabía mucho acerca de la publicidad de las casas comerciales, acerca de sus estimaciones frente a las realidades. Descubrieron que varias de sus instalaciones no concordaban con las especificaciones, e instituyeron un programa de revisiones periódicas sobre todo. Aprendieron a desarmar y a reparar cualquier cosa de la granja. Si algo contenía componentes electrónicos demasiado complejos para ellos, lo arrancaban y lo sustituían por algo más sencillo.

A nivel social, sus progresos fueron mucho más alentadores. Janet había decidido, juiciosa, que tan sólo habría dos objetivos irrenunciables e inmediatos en el campo de sus relaciones. El primero era que ella se negaba a ser su presidente, jefe o comandante supremo. Desde el principio había comprendido que era necesaria una personalidad dirigente para llevar a cabo los planes, comprar la infraestructura y dar un sentido de finalidad a sus vagos deseos de una alternativa. Pero una vez en la tierra prometida, renunció. Desde ese momento funcionarían como un comunismo democrático. Si eso fallaba, adoptarían un nuevo enfoque. Cualquier cosa menos una dictadura con ella a la cabeza. No deseaba tomar parte en eso.

El segundo principio era no aceptar nada. Nunca había existido una comunidad de sordomudociegos que funcionara por sí misma. No tenían esperanzas de satisfacer a los demás, no necesitaban vivir como aquellos que veían hacían. Estaban solos. No tenían a nadie para decirles «eso no se hace».

No tenían una idea muy clara de su sociedad, como tampoco la tenían de cualquier otra. Se habían visto forzados a introducirse en un molde que no se correspondía a sus necesidades, pero, más allá de eso, no sabían nada. Buscarían un comportamiento que tuviera sentido para ellos, las cosas morales que se supone deben hacer los sordomudociegos. Comprendían los fundamentos básicos de la moral: que nada es moral para siempre y que cualquier cosa es moral bajo las circunstancias adecuadas. Todo es cuestión de contexto social. Estaban empezando desde cero, con una hoja en blanco; no tenían modelos que seguir.

A finales del segundo año tenían su contexto. Lo modificaban continuamente, pero el esquema básico estaba trazado. Se conocían a sí mismos y sabían lo que eran como nunca antes habían sido capaces de saberlo en la escuela. Se definieron a sí mismos en sus propios términos.

Pasé mi primer día en Keller en la escuela. Era un paso obvio y necesario. Tenía que aprender a hablar con las manos.

Rosa era amable y muy paciente. Aprendí el alfabeto básico y practiqué duro con él. Por la tarde, ella se negó a hablarme, me obligó a hablar con las manos. Transigía tan sólo cuando yo me ponía muy firme, y, finalmente, ni siquiera entonces. Al tercer día, ya ni

siquiera pronunciaba una palabra.

Eso no quiere decir que, de pronto, yo hablara de un modo fluido con las manos. En absoluto. A finales del primer día conocía el alfabeto y podía hacerme entender con harto trabajo. No era tan bueno leyendo las palabras deletreadas en mi propia palma. Durante mucho tiempo, tuve que mirar la mano para ver qué era lo que me deletreaban. Pero como cualquier otro lenguaje, llega un momento en que empiezas a pensar en él. Yo hablo con fluidez el francés, y puedo recordar mi sorpresa cuando al fin alcancé el punto en que ya no traducía mis pensamientos antes de hablar. Alcancé ese punto en Keller a las dos semanas aproximadamente.

Recuerdo una de las últimas cosas que le pregunté a Rosa en lenguaje oral. Era algo que me preocupaba.

—Rosa, ¿soy bienvenido aquí?

—Llevas aquí tres días. ¿Te sientes rechazado?

—No, no es eso. Creo que sólo necesito saber cuál es vuestra política con respecto a la gente del exterior. ¿Durante cuánto tiempo seré bienvenido?

Ella frunció el ceño. Fue evidente que se trataba de una pregunta nueva para ella.

—Bueno, en realidad hasta que la mayoría de nosotros decidamos que te vayas. Pero eso no ha ocurrido nunca. Nadie ha permanecido aquí mucho más de unos pocos días. Nunca hemos tenido que trazarnos una política acerca de qué hacer, por ejemplo, si alguien que ve y oye decide unirse a nosotros. Nadie lo ha hecho hasta ahora, pero supongo que puede ocurrir. Mi opinión es que no lo aceptarían. Son muy independientes y orgullosos de su libertad, aunque tú tal vez no te hayas dado cuenta de ello. Sin embargo, mientras sigas considerándote como un huésped, probablemente podrás quedarte veinte años o más.

—Hablas de «ellos». ¿Tú no te incluyes en el grupo?

Por primera vez pareció un poco insegura. Me hubiera gustado haber sido mejor en la lectura del lenguaje corporal en aquel momento. Creo que mis manos habrían podido decirme montones de cosas acerca de lo que ella pensaba.

—Por supuesto —dijo—. Los niños forman parte del grupo. Nos gusta el grupo. Te aseguro que no desearía vivir en ningún otro lugar, por lo que conozco del exterior.

—No te lo reprocho. —Había cosas que me hubiera gustado preguntar también; sin embargo, no sabía aún lo suficiente para hacer las preguntas adecuadas—. Pero ¿nunca ha resultado un problema el hecho de que vosotros veáis mientras ninguno de vuestros padres puede? ¿No se sienten... resentidos en cierto modo? Esa vez se echó a reír.

—Oh, no. En absoluto. Son demasiado independientes para eso. Ya lo has visto. No nos necesitan para nada que no puedan hacer por sí mismos. Formamos parte de una familia. Hacemos las mismas cosas que ellos. Y no les importa. El que nosotros veamos, quiero decir. Y oigamos. Mira a tu alrededor, ¿acaso tengo alguna ventaja especial debido a que puedo ver adonde voy?

Hube de admitir que no la tenía. Sin embargo, seguía teniendo el atisbo de algo que ella no me decía.

—Sé lo que te preocupa. Acerca de quedarte aquí.

Volvía de nuevo a mi pregunta original; había estado divagando. —¿Qué?

—No te sientes que formas parte de la vida cotidiana. No participas, no compartes las tareas. Eres muy consciente de ello y desearías hacer tu parte. Se te nota.

Había leído correctamente en mí, como siempre, y lo admití.

—Y no serás capaz hasta que puedas hablar con todo el mundo. Así que volvamos a nuestras lecciones. Tus dedos son aún muy torpes.

Había mucho trabajo por hacer. Debía aprender a tomármelo con calma. Eran trabajadores lentos y metódicos, cometían pocos errores, y no les importaba que un trabajo ocupara todo el día si quedaba bien hecho. Cuando yo hacía mi labor solo, no tenía que preocuparme al respecto: barrer, recoger manzanas, limpiar los jardines. Pero

si se hacía en equipo, debía aprender un nuevo ritmo. La visión capacita a una persona para ejecutar muchos aspectos de un trabajo tan sólo mediante una simple ojeada. Una persona ciega realizará los diversos aspectos de un trabajo uno por uno. Todo debe ser verificado por el tacto. Sin embargo, ante un banco de trabajo, podían ser mucho más rápidos que yo. Y hacerme sentir que yo estaba trabajando con los dedos de los pies, en lugar de con los de las manos.

Nunca sugerí que pudiera hacer alguna cosa con más rapidez que ellos gracias a mi vista o a mi oído. Sin duda, me hubieran respondido que me metiera en mis propios asuntos. Aceptar la ayuda de una persona dotada de la vista era el primer paso para la dependencia, y, después de todo, ellos seguirían allí con los mismos trabajos cuando yo me hubiera ido.

Eso me hacía pensar de nuevo en los niños. Empezaba a sentir la convicción de que había una corriente subterránea de resentimiento, quizá inconsciente, entre padres e hijos. Era obvio que existía una gran cantidad de amor entre ellos, pero ¿cómo podían los niños dejar de sentir el rechazo de su talento? Ése era, al menos, mi razonamiento.

Me adapté rápidamente a la rutina. Era tratado ni mejor ni peor que cualquier otro, lo cual era satisfactorio para mí. Aunque nunca llegara a formar parte del grupo, ni siquiera pese a que yo lo deseara, no había absolutamente ningún indicio de que no fuera un miembro completo. Así era precisamente como trataban a sus huéspedes; como a uno más de sus miembros.

La vida resultaba mucho más satisfactoria de lo que había sido nunca en las ciudades. Aquella paz bucólica no era atributo único de Keller, pero la gente de allí la recibía como una ayuda generosa. La tierra bajo los pies descalzos es algo que nunca se podrá sentir en un parque de la ciudad.

La vida cotidiana era ajetreada y satisfactoria. Había pollos y cerdos que alimentar, abejas y ovejas a las que cuidar, peces que pescar, vacas que ordeñar. Todo el mundo trabajaba: hombres, mujeres y niños. Todos parecían ser capaces de cualquier cosa sin esfuerzo aparente. Daban la sensación de saber lo que debían hacer cuando se necesitaba hacer algo. Uno podría pensar en ello como en una máquina bien engrasada, pero nunca me ha gustado esa metáfora, en especial relacionada con la gente. Pienso en Keller como en un organismo. Cualquier grupo esencial lo es, pero éste funcionaba. La mayor parte de las demás comunidades que yo había visitado mostraban flagrantes lagunas. Las cosas no se hacían porque todos estaban demasiado borrachos, o no se preocupaban, o no veían la necesidad de hacerlo antes que cualquier otra cosa. Ese tipo de ignorancia conduce al tifus y a la erosión del suelo, y a la gente helándose hasta morir, y a las invasiones de asistentes sociales que se llevan a los hijos. Yo había visto cómo ocurría.

Allí no. Tenían una buena imagen del mundo tal como es, no las rosadas malinterpretaciones que dan pie a los utopistas para elaborar sus ensoñaciones. Hacían los trabajos que era necesario hacer.

Nunca podría detallar todas las tuercas y los tornillos (de nuevo la metáfora de la máquina) gracias a los cuales el conjunto funcionaba. Sólo las lagunas del ciclo de los peces ya eran lo bastante complicadas como para desconcertarme. Maté una araña en uno de los invernaderos, y luego descubrí que había sido colocada allí para que se comiera a una clase específica de insectos depredadores de las plantas. Igual podía decirse de las ranas. Había insectos en el agua que mataban a otros insectos; llegué al extremo de que temía aplastar una cachipolla sin consentimiento previo.

A medida que transcurrían los días, me iban contando algo de la historia del lugar. Se habían cometido errores, aunque sorprendentemente pocos. Uno de ellos había ocurrido en el área de la defensa. Era algo que no habían previsto al principio, debido a no saber mucho acerca de la brutalidad y la violencia desenfrenadas que llegan incluso a los rincones más apartados. Las armas eran la elección lógica y preferida en cualquier lugar,

pero allí estaban más allá de sus capacidades.

Una noche, apareció una furgoneta llena de hombres que habían bebido demasiado. Habían oído hablar de aquel lugar en la ciudad. Se quedaron allí dos días, tras cortar las líneas telefónicas, y violaron a la mayoría de las mujeres.

Una vez la invasión se hubo ido, discutieron todas las posibles opciones, y eligieron la orgánica. Compraron cinco perros pastores alemanes. No las desgraciadas bestias psicóticas que son vendidas en el mercado como «perros de ataque», sino perros entrenados especialmente por una firma recomendada por la policía de Albuquerque. Fueron adiestrados como lazarillos y perros policía a un tiempo. Eran inofensivos a menos que un extraño mostrara indicios agresivos, en cuyo caso, habían sido adiestrados no para desarmar, sino para saltarle a la garganta.

Funcionó, como la mayor parte de sus soluciones. La segunda invasión de desalmados dio como resultado dos muertos y tres heridos graves, todos ellos del otro bando. Como precaución suplementaria en caso de un ataque combinado, contrataron a un ex *marine* para que les enseñara los fundamentos de la lucha cuerpo a cuerpo, incluidos los golpes sucios. Dejaron de ser inocentes muchachitos.

Había tres soberbias comidas al día. Y también tiempo libre. No todo era trabajo. Tenían tiempo para ir con un amigo a sentarse sobre la hierba bajo un árbol, normalmente al atardecer, antes de la gran cena. También para que alguien interrumpiera su trabajo por unos pocos minutos, para compartir algún momento especial. Recuerdo haber sido tomado de la mano por una mujer —a la que llamaré Alta con-los-ojos-verdes—, y conducido hasta un lugar donde las setas estaban creciendo en un espacio resguardado detrás del establo. Reptamos hasta allí hasta que nuestros rostros casi se hundieron en el estiércol: tomamos unas cuantas, y las olimos. Ella me enseñó a escogerlas. Pocas semanas atrás hubiera pensado que así arruinábamos su belleza, pero, después de todo, su belleza era sólo visual. Yo empezaba a desconfiar realmente de ese sentido nuestro, tan alejado de la esencia misma de los objetos. Ella me mostró que también había belleza en su tacto y en su olor, después de que, en apariencia, las hubiéramos destruido. Luego corrimos hasta la cocina con la cosecha recogida en su delantal. Aquella noche fueron más sabrosas aún al gusto.

Y recuerdo a un hombre —al que llamaré Calvo— que me trajo un madero, cepillado por él y su mujer en la carpintería. Toqué su suavidad y lo olí, y tuve que convenir con él en que era algo realmente bueno.

Y tras la cena, la Unión.

Durante mi tercera semana allí tuve una indicación de mi *status* en el grupo. Fue la primera prueba auténtica de lo que yo significaba para ellos. Nada especial, creo. Deseaba verles a todos ellos como a mis amigos, y supongo que me sentía un poco trastornado ante la idea de que cualquiera que llegara vagando hasta allí iba a ser tratado de la misma forma que yo. Era algo pueril e injusto con ellos, y sólo más tarde fui consciente de mi absurdo resentimiento.

Había estado transportando agua en un cubo hasta el campo donde acababa de ser plantado un árbol. Había una manguera para ello, pero la tenían ocupada en el otro extremo de la aldea. El árbol no se hallaba dentro del radio de acción del riego automático y se secaba. Yo le llevaba agua hasta que hallaran otra solución.

Hacía calor, era el mediodía. Llené el cubo de agua en una toma, cerca de la fragua. Dejé el cubo en el suelo tras de mí, y metí la cabeza bajo el chorro. Llevaba una camisa de algodón que me había desabrochado. El agua, al caer de mis cabellos y empapar mi camisa, era un alivio. Permanecí allí refrescándome durante casi un minuto.

Hubo el ruido de un choque detrás de mí, y golpeé mi cabeza contra la toma de agua al levantarla con excesiva rapidez. Me volví y vi a una mujer tendida en el suelo, con el rostro en el suelo. Se volvía lentamente mientras se agarraba la rodilla. Me di cuenta, con un sentimiento de desmoralización, de que había tropezado con el cubo que yo había dejado

descuidadamente en la pista de cemento de alta velocidad. Piensen en ello: andan ustedes con rapidez por un sendero que creen libre de todo obstáculo, y, de repente, se encuentran tendidos en el suelo. Su sistema funcionaba sólo con confianza, y ésta debía ser total; todo el mundo debía ser responsable de sus actos en todo momento. Yo había sido aceptado en razón de esta misma confianza que con tanto descuido había traicionado. Me sentí enfermo.

Tenía un feo corte en la rodilla izquierda, por el que manaba la sangre en abundancia, lo palpó con sus manos, sentada en el suelo, y empezó a gritar. Fue algo extraño, doloroso. Las lágrimas brotaron de sus ojos, luego empezó a golpear el suelo con los puños, gimiendo: «¡Huy, huy, huy!» a cada golpe. Estaba rabiosa, y tenía todo el derecho.

Encontró el cubo en el momento en que yo llegaba vacilante a su lado. Se aferró a mi mano y siguió brazo arriba hasta mi rostro. Tanteó mi rostro, llorando todo el tiempo; luego se limpió la nariz y se puso en pie. Echó a andar hacia uno de los edificios. Cojeaba ligeramente.

Me dejé caer sentado al suelo, sintiéndome fatal. No sabía qué hacer.

Uno de los hombres vino a mi encuentro. Era «Hombretón». Yo le llamaba así por ser el más alto y fornido de todo Keller. No era ninguna especie de policía, supe más tarde; había sido el primero con quien la mujer se había topado. Tomó mi mano y palpó mi rostro. Vi las lágrimas brotar de sus ojos cuando captó las emociones que cruzaban por mí. Me pidió que fuera dentro con él.

Había sido convocada una reunión de emergencia. Podía llamarse algo así como un jurado. Se encontraba formado por todos los que estaban disponibles en aquel momento, incluidos algunos niños. Eran diez o doce. Todos parecían muy tristes. La mujer a la que yo había lastimado se encontraba allí, y era consolada por tres o cuatro personas. La llamaré «Cicatriz», a causa de la apreciable señal que le quedó en la rodilla desde entonces.

Ninguno dejaba de decirme —con las manos, ya entienden— cuánto lo lamentaba por mí. Me palmeaban y me acariciaban, intentando animarme un poco.

Rosa llegó al instante. Había sido llamada para actuar como traductora si era necesario. Puesto que se trataba de un proceso formal, era necesario que se aseguraran de que yo comprendía todo lo que estaba ocurriendo. Fue hacia «Cicatriz» y lloró un momento con ella, luego vino hacia mí y me abrazó con fuerza, diciéndome con sus manos lo triste que se sentía por lo que había ocurrido. Mentalmente, yo hacía las maletas. No parecía haber ninguna salida excepto expulsarme.

Luego, todos nos sentamos en el suelo. Estábamos muy juntos, en círculo. El juicio empezó.

La mayor parte de él se realizó en lenguaje táctil, con Rosa limitándose a pronunciar algunas pocas palabras aquí y allá. Yo apenas sabía quién decía qué, pero no tenía demasiada importancia. Era el grupo el que hablaba como una sola persona. Ninguna afirmación llegaba hasta mí antes de convertirse en un consenso total.

—Estás acusado de haber violado las reglas —dijo el grupo— y de haber sido causante de un daño a (la mujer a la que yo llamo «Cicatriz»). ¿Estás en descauerdo con eso? ¿Hay algún otro hecho que debemos conocer?

—No —respondí—. Soy responsable. Ha sido una negligencia por mi parte.

—Comprendemos. Simpatizamos contigo en tus remordimientos, los cuales son evidentes para todos nosotros. Pero la negligencia es una violación. ¿Puedes entenderlo? Ésa es la infracción por la cual...

Marcaron una serie de señales en lenguaje táctil abreviado.

—¿Qué es eso? —pregunté a Rosa.

Eh... ¿Compareces ante nosotros? ¿Eres sometido a juicio?

Se encogió de hombros, no satisfecha con su interpretación.

Sí. Entiendo.

—Puesto que los hechos no han sido impugnados, se admite que eres culpable. — «Responsable», susurró Rosa en mi oído—. Retírate unos instantes mientras tomamos una decisión.

Me aparté y permanecí de pie junto a la pared. Me esforcé en no mirar hacia ellos mientras discutían por medio de sus manos unidas. Sentía un nudo en la garganta que me impedía tragar. Luego se me pidió que volviera a mi sitio en el círculo.

—La sanción por tu delito está establecida por la costumbre. De no haber sido así, hubiéramos preferido obrar de otra manera. Tienes la posibilidad de elegir entre aceptar el castigo previsto al caso, y lavar así la ofensa, o renunciar a nuestra jurisdicción y abandonar este lugar. ¿Cuál es tu elección?

Hice que Rosa me lo repitiera, pues era muy importante que yo supiera qué me estaban ofreciendo. Cuando estuve seguro de que lo había interpretado bien, acepté su castigo sin ninguna vacilación. Les estaba muy agradecido de que me ofrecieran una alternativa.

—Muy bien. Has elegido ser tratado como trataríamos a uno de nosotros que hubiera cometido la misma acción. Acompáñanos.

Todos se me acercaron. Nadie me dijo qué era lo que iba a ocurrir a continuación. Me empujaban con suavidad y firmeza hacia delante desde otras direcciones.

«Cicatriz» estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, más o menos en el centro del grupo. Lloraba de nuevo, y también lloraba yo, creo. Es difícil recordarlo. Me encontré tendido boca abajo sobre sus rodillas. Y ella empezó a zurrarme fuertemente en las nalgas.

Nunca se me ha ocurrido pensar que aquello fuera increíble o extraño. Seguía de forma natural el desarrollo de la situación. Todos me sujetaban y me acariciaban, inscribiendo su apoyo en mis palmas, piernas, cuello y mejillas. Todos llorábamos. Era un momento difícil que debía ser afrontado por todo el grupo. Llegaron algunos más y se unieron a nosotros. Yo comprendí que aquel castigo me llegaba de todos, aunque sólo la persona agraviada. «Cicatriz», lo llevara materialmente a término. Ésa era una de las formas en que la había herido, más allá del hecho de haberle lesionado una rodilla. La había enfrentado con la obligación de administrarme un correctivo, y por eso sollozaba con tanto dolor, no por su herida, sino por el dolor de saber que debía golpearme.

Más tarde, Rosa me dijo que fue «Cicatriz» quien había solicitado que me dieran la opción de quedarme. Algunos deseaban que fuera expulsado sin más trámite, pero ella me hizo el honor de considerar que yo era lo bastante buena persona como para merecer que ambos, ella y yo, pasáramos por aquella prueba. Si ustedes no pueden comprender esto, es que no han captado el sentimiento de comunidad que emanaba de aquella gente.

Aquello duró largo tiempo. Fue muy doloroso, pero no cruel. No era una humillación primaria. Había algo de eso, por supuesto. Pero, en esencia, era una lección práctica planteada en los términos más directos. Cada uno de ellos había pasado por lo mismo durante los primeros meses, pero no recientemente. Uno aprendía de ello, créanme.

Más tarde, pensé mucho en todo aquello. Intenté pensar en qué otra cosa podrían haber hecho. Zurrarle en el trasero a una persona adulta es realmente insólito, pero esa idea no se me ocurrió hasta mucho tiempo después de que todo hubiera ocurrido. Parecía algo tan natural mientras sucedía que ni siquiera podía pensar en aquellos momentos en lo insólito de la situación.

Actuaban de un modo semejante con los niños, pero con el castigo más suave y corto. La responsabilidad era menor para los más jóvenes. Los adultos no concedían tanta importancia a un chichón o una rodilla lastimada mientras los niños aprendían.

Pero cuando uno alcanzaba lo que ellos consideraban la edad adulta — lo cual ocurría cuando una mayoría de adultos consideraba que uno la había alcanzado o cuando uno mismo asumía ese privilegio—, entonces, la sanción se hacía realmente seria.

Había un castigo, más duro aún, reservado para las reincidencias o los actos efectuados con premeditación. No se utilizaba a menudo. Consistía en el «Ostracismo». Nadie quería tocarte durante un período específico de tiempo. Cuando me lo contaron, consideré que era un castigo en extremo severo. No necesité que me lo aclarasen.

No sé cómo explicarlo con exactitud, pero aquel correctivo que recibí me fue administrado con tanto amor que no me sentí humillado. «Me duele tanto como a ti.» «Lo hago por tu propio bien.» «Te quiero, por eso te golpeo.» Me estaban haciendo comprender esos viejos clichés, por medio de sus actos.

Cuando terminó, todos lloramos juntos. Pero la alegría volvió pronto. Abracé a «Cicatriz» y nos dijimos cuánto lamentábamos lo que había ocurrido. Nos hablamos —hicimos el amor, si lo prefieren—, y besé su rodilla y ayudé a curarla.

Pasamos el resto del día juntos, aliviando nuestro dolor.

A medida que el lenguaje de las manos me resultaba más fluido, «la venda se me caía de los ojos». Cada día descubría un nuevo matiz de significados que hasta entonces se me había escapado; era como pelar una cebolla y descubrir que había otra piel bajo la que acababas de quitar. Cada vez creía que había llegado al corazón, sólo para descubrir que existía otra capa que hasta entonces no había podido ver.

Yo pensé que aprender el lenguaje táctil era la clave para comunicarme con ellos. Me equivoqué. El lenguaje táctil era un lenguaje para niños. Durante largo tiempo, fui un niño que ni siquiera sabía decir bu-bu correctamente. Imaginen mi sorpresa cuando, aprendidas las palabras, descubrí que había una sintaxis, conjunciones, partes de la oración, nombres, verbos, tiempos, concordancias, y el subjuntivo. Yo chapoteaba en una charca dejada por la marea a orillas del océano Pacífico.

Por lenguaje táctil, entiendo el Alfabeto Manual Internacional. Cualquiera puede aprenderlo en unas pocas horas o días. Pero cuando uno habla oralmente con otro, ¿lo hace deletreando cada palabra? ¿Va usted letra a letra cuando lee esto? No, usted capta palabras como entidades, oye grupos de sonidos y ve grupos de letras como una *Gestalt* con significado propio.

Todos en Keller mostraban un interés absorbente por el lenguaje. Cada uno conocía varias lenguas —lenguas habladas—, y podían leerlas y transcribirlas a lenguaje táctil con fluidez.

Cuando aún eran niños habían comprendido el hecho de que, para los sordomudociegos, el lenguaje táctil era una forma de hablar a los demás. Entre ellos resultaba demasiado engorroso. Era como el Código Morse: útil cuando uno está limitado en sus medios de transmitir información, pero no un código idóneo en cualquier circunstancia. Sus formas de hablarse entre sí eran mucho más cercanas a nuestro sistema de comunicación escrita o verbal, y —¿me atreveré a decirlo?— mejores.

Lo descubrí despacio: primero, al darme cuenta de que aunque podía deletrear muy rápidamente con mis manos, siempre tardaba mucho más tiempo en decir algo que el que cualquiera de ellos empleaba. Lo cual no podía ser explicado por diferencias de habilidad. Así que pedí que me enseñaran el lenguaje abreviado. Me sumergí en él, esta vez con todo el mundo —no sólo Rosa— para enseñármelo.

Fue duro. Podían decir cualquier palabra en no importa qué lengua con no más de dos posiciones de la mano. Supe que era un proyecto que me llevaría años, no días. Uno aprende el alfabeto, y con ello está en posesión de todas las herramientas que necesita para formar cualquier palabra existente. Ésa es la gran ventaja de disponer de una lengua escrita y hablada basada en el mismo conjunto de símbolos. El lenguaje abreviado no tenía ningún punto en común con ella. No compartía nada de la linealidad del lenguaje táctil común; no era una codificación para el inglés o para cualquier otro lenguaje; no compartía construcción o vocabulario con ninguna otra lengua. Había sido conformado en su totalidad por los residentes de Keller, de acuerdo con sus necesidades. Cada palabra era algo que aprender y memorizar con independencia de su equivalente en el lenguaje

táctil.

Durante meses me senté en las Uniones después de la cena para decir frases como «Yo amo "Cicatriz" mucho mucho bien», mientras oleadas de conversaciones fluían y circulaban y daban vueltas en torno a mí, rozándome apenas. Pero insistí, y los niños tuvieron una paciencia infinita conmigo. Fui aprendiendo de forma gradual. A partir de aquí, el resto de conversaciones que reproduzca se produjeron en lenguaje táctil o abreviado, limitados en cada ocasión por mi capacidad de hablar con fluidez. Desde el día de mi castigo, no volví a hablar, ni me hablaron, oralmente nunca más.

Estaba tomando una lección de lenguaje corporal con Rosa. Sí, hacíamos el amor. Había necesitado unas cuantas semanas para darme cuenta de que era un ser sexual, de que sus caricias, que yo me obstinaba en considerar inocentes —como yo definía la inocencia en aquel momento— eran y no eran inocentes a un tiempo. Ella consideraba como algo natural el que su conversación con mi pene por medio de sus manos condujera a otro tipo de conversación. Aunque estaba aún a medio camino de la pubertad, era considerada como una adulta en todos los aspectos, y aceptada como tal. El condicionamiento cultural me había cegado, no permitiéndome ver lo que ella decía.

Así que hablábamos mucho. Con Rosa comprendía las palabras y la música del cuerpo mucho mejor que con cualquier otra. Ella cantaba una canción realmente desinhibida con sus caderas y sus manos, libre de culpa, abierta y franca con el descubrimiento de cada nota que tocaba.

—No me has hablado mucho de ti —decía—. ¿Qué es lo que hacías fuera?

No quiero dar la impresión de que nuestro diálogo estaba formado por frases, como es representado aquí. Empleábamos el lenguaje corporal, sudando y jadeándonos mutuamente. El mensaje surgía de manos, pies, bocas.

No pude ir más allá del signo para el pronombre de primera persona del singular; y luego callé.

¿Cómo podía hablarle de mi vida en Chicago? ¿Debía hacerle partícipe de mi temprana ambición de ser escritor, y de que no había funcionado? ¿Y por qué? ¿Falta de talento, o de motivación? Podía hablarle de mi profesión, que si uno profundiza un poco no es más que un trajinar de papeles carente de sentido, excepto para engrosar el Producto Nacional Bruto; o hablarle de los éxitos y fracasos económicos que me habían llevado hasta Keller cuando ninguna otra cosa podía impedirme el deslizarme suave y placenteramente por la pendiente de la vida. O de la soledad de tener cuarenta y siete años y no haber encontrado nunca a nadie que me amara, nadie que mereciese ser amado en compensación. De ser una persona desplazada en una sociedad de acero inoxidable. Las aventuras de una noche, la bebida, el trabajo de nueve a cinco, la Chicago Transit Authority, los cines de sesión continua, los partidos de fútbol por televisión, las pildoras para dormir, la torre John Hancock, donde las ventanas no se abren nunca para que no respire el *smog* o saltes por ellas. Ése era yo, ¿no?

—Entiendo —dijo ella.

—Voy de un lado a otro —continué y, de repente, me di cuenta de que era verdad.

—Entiendo —repitió.

Era un signo diferente para lo mismo de antes. Todo estaba en el contexto. Había oído y comprendido las dos partes de mí mismo, conocía la parte que había sido, la otra parte que deseaba ser.

Yacía sobre mí, con una mano deslizándose sobre mi rostro con suavidad para captar el rápido juego de emociones mientras pensaba en mi vida por primera vez desde hacía años. Y suspiró y me mordisqueó, juguetona, la oreja cuando mi rostro le dijo que, por primera vez desde que podía recordar, me sentía feliz. No que era feliz, sino que lo sentía de verdad. Uno no puede mentir en lenguaje corporal, al igual que tus glándulas sudoríparas no pueden mentirle a un polígrafo.

Observé que la habitación estaba inusitadamente vacía. Pregunté con mi habitual

torpeza, y supe que tan sólo los niños se encontraban allí.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

Todos fuera. \*\*\* —dijo.

Fue exactamente así: tres secas palmadas en mi pecho con los dedos separados. Teniendo en cuenta que la configuración de los dedos significaba «forma del verbo, gerundio», eso quería decir que todos estaban fuera, \*\*\*ndo. No es necesario decir que aquello no me ayudaba mucho.

Pero su lenguaje corporal me había dicho algo más. Pude leerlo mucho mejor de lo que nunca había sido capaz de leer. Ella se sentía preocupada y triste. Su cuerpo decía algo así como: «¿Por qué no puedo estar con ellos? ¿Por qué no puedo (olor-sabor-tacto-oído-vista) *sentir* con ellos?». Eso es exactamente lo que decía. De nuevo, yo no confiaba lo suficiente en mi capacidad de comprensión como para aceptar esa interpretación. Intentaba obligar a mis prejuicios a adaptarse a admitir que ella y los demás niños estaban resentidos hacia sus padres por algún motivo, debido a mi convencimiento de que tenía que ser así. Debían sentirse superiores en cierto modo, debían sentirse menospreciados.

Tras una breve búsqueda por la zona, hallé a los adultos fuera, en los pastos del norte. Todos los padres, ninguno de los hijos. Estaban de pie, y formaban un grupo sin ningún objetivo aparente. No era una circunferencia, aunque se le aproximaba. Si había allí alguna organización, ésta residía en el hecho de que todos mantenían casi idéntica distancia en relación a los demás.

Los perros pastores alemanes y el shetland estaban también allí fuera, sentados en la fría hierba frente al grupo de gente. Sus orejas erguidas, no se movían.

Empecé a avanzar hacia la gente. Me detuve al darme cuenta de su concentración. Se tocaban, pero sus manos no se movían. El silencio de ver a todas aquellas personas, que siempre estaban en movimiento, en una actitud tan quieta me desconcertaba.

Les observé durante una hora al menos. Me senté con los perros, rascándoles la cabeza tras las orejas. No me respondieron con los lametones que los perros suelen dar para demostrar hasta qué punto les gusta que les rasques de esta manera, sino que toda su atención era atraída por el grupo que tenían delante.

Poco a poco me fui dando cuenta de que el grupo se movía. Lo hacía con gran lentitud, apenas un paso aquí y otro allí, espaciados. El corro se abría, pero, de tal modo, que la distancia entre los componentes seguía constante. Como el universo en expansión, donde todas las galaxias se alejan las unas de las otras. Sus brazos estaban extendidos ahora; se tocaban sólo con la punta de los dedos, con la estructura de un enrejado cristalino.

Finalmente, dejaron de tocarse. Vi sus dedos tendiéndose en vano para cubrir distancias que estaban más allá de su alcance. Y seguían abriéndose de modo uniforme. Uno de los perros pastores empezó a lloriquear débilmente. Sentí que el cabello de la nuca se me erizaba. «El frío del exterior», me dije.

Cerré los ojos, soñoliento de repente.

Los abrí otra vez, sobresaltado. Luego me obligué a cerrarlos de nuevo. Los grillos chirriaban a mi alrededor.

Había algo en la oscuridad tras mis globos oculares. Tenía la sensación de que si conseguía girar mis ojos en redondo podría verlo con facilidad; pero se *me* escapaba del mismo modo que hace la visión periférica cuando lees unos titulares. Si había algo realmente, era imposible captarlo, y mucho menos describirlo. Estuvo rondándome durante unos instantes mientras los perros gimoteaban más fuerte; pero no pude conseguir enfocarlos. La mejor comparación en la que puedo pensar es en la sensación que experimenta del sol un ciego en un día nublado.

Abrí los ojos de nuevo.

Rosa estaba de pie allí, a mi lado. Permanecía con los ojos cerrados, y se tapaba los

oídos con las manos. Tenía la boca abierta, y hablaba en silencio. Tras ella había algunos de los otros niños. Todos hacían lo mismo.

Una cualidad de la noche cambió. La gente del grupo estaba ahora a unos treinta centímetros de distancia de sus compañeros, y de repente, el esquema se rompió. Todos vacilaron por un instante, luego se echaron a reír con esa fantasmagórica e irresistible risa que las personas sordas utilizan para expresar su alegría. Se dejaron caer sobre la hierba y se sujetaron el vientre, rodando por el suelo y riendo a carcajadas.

Rosa reía también. Y yo, para mi sorpresa. Reí hasta que mi rostro y mandíbulas empezaron a dolerme, como recordaba que me había ocurrido algunas veces cuando había fumado yerba.

Y eso era el estar \*\*\*ndo.

Me doy cuenta de que tan sólo he ofrecido una visión superficial de Keller. Y hay algunas cosas de las que debo hablar, si no quiero dejar constancia de una visión errónea.

Las ropas, por ejemplo. Casi todos ellos llevaban algo encima la mayor parte del tiempo. Rosa era la única que parecía temperamentalmente opuesta a la ropa. Nunca llevaba nada puesto.

Nadie se ponía algo parecido a unos pantalones. Las ropas eran amplias y sueltas: túnicas, camisas, echarpes, etc. Muchos hombres llevaban cosas que podían calificarse como ropas de mujer. Sólo eran más confortables.

Muchas de esas ropas estaban casi raídas. Por lo general, eran a base de seda y terciopelo, o algo igualmente suave al tacto. El atuendo tipo de Keller era una túnica japonesa de seda, bordada a mano con dragones, llenas de agujeros, descosidos y manchas de té y de tomate por todas partes, y con la que recorrían los establos sin importar el lodo y las inmundicias que se pegaban a su parte inferior. Al final del día era lavada, sin importar tampoco que los colores destiñeran.

Creo que tampoco, he mencionado la homosexualidad. Pueden atribuir a mi condicionamiento anterior el que mis dos relaciones más profundas en Keller fueran con mujeres: Rosa y «Cicatriz». No he dicho nada al respecto debido a que no sé cómo presentarlo. Hablaba del mismo modo con hombres que con mujeres, en los mismo términos. Sorprendentemente, tuve muy pocos problemas en ser afectuoso con otros hombres.

No puedo pensar que los habitantes de Keller fueran bisexuales, aunque clínicamente lo fueran. Era algo mucho más profundo que eso. Incapaces de reconocer un concepto tan emponzoñado como el tabú de la homosexualidad, ésa fue una de las primeras cosas que aprendieron. Si ustedes distinguen la homosexualidad de la heterosexualidad están haciendo dos partes de la raza humana. Ellos eran pansexuales; no podían separar el sexo del resto de sus vidas. Ni siquiera tenían una palabra en lenguaje abreviado que pudiera traducirse directamente al castellano como «sexo». Había palabras para masculino y femenino en una variedad infinita, y palabras para grados y variedades de experiencias físicas que son imposibles de expresar en castellano, pero todas ellas incluían otros aspectos del mundo de la experiencia; ninguna encajonaba lo que nosotros llamamos «sexo» en su propio discreto cubículo.

Hay otra cuestión a la que no he dado respuesta. Y necesita ser respondida, debido a que me la planteé a mí mismo poco después de mi llegada. Se refiere a la necesidad de la comunidad en primer lugar. ¿Tenía que ser forzosamente así? ¿No hubiera sido mejor que se ajustara a nuestra forma de vivir?

No todo era una paz idílica. Ya he hablado de invasiones y violaciones. Podía ocurrir de nuevo, en especial si las bandas de vagabundos que merodeaban en torno a las ciudades empezaban a vagabundear de verdad. Un grupo lo bastante numeroso de motoristas podía terminar con ellos en una sola noche.

Luego estaban las constantes trabas legales también. Casi una vez al año, los

asistentes sociales aparecían por Keller e intentaban llevarse a los niños. Habían sido acusados de todos los delitos posibles, desde abusos contra la infancia hasta contribuir a la delincuencia. Tales acusaciones no habían ido nunca demasiado lejos, pero sin lugar a dudas podían hacerlo cualquier día.

Y después de todo, hay sofisticados aparatos en el mercado que permiten a las personas ciegas y sordas ver y oír un poco. Podían haber requerido la ayuda de algunos de ellos.

Me encontré en una ocasión con una mujer sordomudociega en Berkeley. Voto por Keller.

En cuanto a esos aparatos...

Hay una máquina de ver en la biblioteca de Keller. Utiliza una cámara de televisión y una computadora que hace vibrar una serie de agujas metálicas colocadas muy juntas. Utilizándola, uno puede captar al tacto la imagen en movimiento hacia la cual está enfocada la cámara. Es pequeña y ligera, capaz de ser llevada encima con las agujas sensoras tocando la espalda de uno. Cuesta unos treinta y cinco mil dólares.

La descubrí en un rincón de la biblioteca. Pasé un dedo por ella, y dejé un rastro brillante al eliminar la densa capa de polvo que la cubría.

Otras personas entraron y se fueron; yo me quedé.

Keller no tenía tantos visitantes como los otros lugares donde yo había estado. Se hallaba muy aislado.

Un hombre apareció un mediodía, miró a su alrededor, y se fue sin pronunciar una sola palabra.

Dos chicas, dos fugitivas de California de dieciséis años, aparecieron una noche. Se desnudaron para cenar y se escandalizaron cuando supieron que yo podía ver. Rosa las asustó. Aquellas pobres chicas tenían que vivir mucho todavía para alcanzar el nivel de sofisticación de Rosa. Pero quizá ella tampoco se hubiera sentido segura de sí misma en California. Se fueron al día siguiente, sin saber con exactitud si habían asistido a una orgía o no. Todos aquellos toqueteos sin entrar directamente en el asunto eran de veras extraños.

Había una encantadora pareja de Santa Fe que actuaba como una especie de intermediario entre Keller y su abogado. Tenían un chico de nueve años que parloteaba incesantemente en lenguaje táctil con los otros chicos. Venían casi cada dos semanas y se quedaban algunos días, tostándose al sol y participando cada noche en la Unión. Hablaban en lenguaje abreviado con cierta vacilación y tuvieron la cortesía de no dirigirse nunca a mí verbalmente.

Algunos de los indios acudían a vernos a intervalos regulares. Su comportamiento era casi siempre agresivamente chauvinista. Permanecían vestidos todo el tiempo con sus téjanos y botas. Pero resultaba evidente que experimentaban un gran respeto hacia aquella gente, aunque les parecían extraños. Hacían negocios con la comunidad. Eran los navajos quienes cargaban en camiones todos los productos que se dejaban cada día junto a la puerta, los vendían, y se quedaban un tanto por ciento del producto. Se sentaban y conferenciaban en lenguaje de símbolos trazados en las manos de sus interlocutores. Rosa decía que eran escrupulosamente honestos en sus tratos.

Y una vez por semana, todos los padres se reunían en el campo y \*\*\*ban.

Cada vez yo mejoraba en lenguaje corporal y abreviado. Hacía cinco meses que había emprendido mi camino, y el invierno se acercaba. Aún no me había enfrentado con mis deseos, no había pensado, en realidad, qué deseaba hacer con el resto de mi vida. Creo que la costumbre de dejarme arrastrar siempre por la corriente era demasiado fuerte en mí. Estaba allí, y por naturaleza propia me sentía incapaz de decidir irme o hacer frente al problema de si deseaba quedarme por largo, largo tiempo.

Luego algo sucedió.

Durante mucho tiempo pensé que tenía que ver con la situación económica en el exterior. En Keller eran conscientes del mundo que existía afuera. Sabían que el aislamiento y la ignorancia de los problemas que podían ser desechados fácilmente como no relevantes para ellos era algo peligroso, así que se suscribieron a la edición braille del *New York Times*, y la mayoría de ellos lo leía. Tenían un aparato de televisión que era conectado una vez al mes al menos. Los chicos lo veían y luego se lo contaban a sus padres.

Así eran conscientes de que la no-depresión se estaba moviendo lentamente hacia una espiral inflacionista más normal. Se creaban nuevos puestos de trabajo, el dinero volvía a fluir. Cuando más tarde me hallé de nuevo en el exterior, creí que ésa era la razón.

Pero la auténtica era más compleja. Tenía que ver con pelar la cebolla del lenguaje abreviado para descubrir que había otra capa debajo.

Había aprendido el lenguaje táctil en unas pocas lecciones sencillas. Luego descubrí el lenguaje corporal y el abreviado, y me di cuenta de que sería mucho más duro de aprender. A lo largo de cinco meses de constante inmersión, que es la única forma de aprender un lenguaje, había alcanzado el nivel equivalente de un niño de cinco a seis años en lenguaje abreviado. Sabía que podía llegar a dominarlo: necesitaba tiempo. El lenguaje corporal era otro asunto. Uno no puede medir sus progresos con tanta facilidad con el lenguaje corporal. Era un lenguaje variable y altamente impersonal, que evolucionaba de acuerdo con la persona, el tiempo, el humor. Pero estaba aprendiendo.

Luego descubrí el «Toque». Ésa es la mejor forma en que puedo describirlo con una única palabra en castellano. Lo que ellos llamaban su cuarto estadio del lenguaje variaba de día en día, tal como intentaré explicar.

Lo descubrí cuando intentaba localizar a Janet Reilly. Por aquel entonces, conocí la historia de Keller, y ella figuraba en un lugar muy importante en todos los relatos. Conocía a todo el mundo en Sélter, pero no podía hallarla por parte alguna. Conocía a todos por nombres tales como «Cicatriz», «La-que-le-falta-un-diente-delantero» y el «Hombre-de-pelo-rizado». Eran nombres en lenguaje abreviado que yo mismo les había dado, y ellos los aceptaban sin preguntas. Habían abolido sus nombres exteriores en la comunidad. No significaban nada para ellos; no decían nada ni describían nada.

Al principio, supuse que era mi imperfecto dominio del lenguaje abreviado lo que me hacía incapaz de formular la pregunta correcta acerca de Janet Reilly. Luego me di cuenta de que no me lo decían deliberadamente. Supe el porqué, y lo acepté, y no volví a pensar en ello. El nombre de Janet Reilly describía lo que ella había sido en el exterior, y una de sus condiciones para llevar a término todo el proyecto era que ella no sería nadie especial en el interior. Se mezcló con el grupo y desapareció. No quería ser hallada. Correcto.

Pero en el transcurso de mi investigación me di cuenta de que ninguno de los miembros de la comunidad tenía un nombre específico. Rosa, por ejemplo, no tenía menos de ciento cincuenta nombres, uno para cada uno de los miembros de la comunidad. Cada nombre era un nombre contextual que contaba la historia de la relación de Rosa con una persona en particular. Mis sencillos nombres, basados en descripciones físicas, eran aceptados como los nombres que un niño aplicaría a la gente. Los niños aún no habían aprendido a ir más allá de las capas superficiales y utilizaban nombres que hablaban de ellos mismos, de sus vidas, y de sus relaciones con los demás.

Lo que confundía las cosas aún más era que los nombres evolucionaban de un día a otro. Aquél fue mi primer vislumbre del «Toque», y me hizo estremecer. Era una cuestión de permutaciones. Tan sólo el primer desarrollo sencillo del problema implicaba el que no había menos de trece mil nombres en uso, y no duraban lo suficiente como para permitirme memorizarlos. Si Rosa me hablaba de «Calvo», por ejemplo, utilizaba el nombre «Toque» que tenía para él, modificado por el hecho de que era a mí a quien estaba hablando y no a «Piernicorto».

Luego, las profundidades abismales de aquello que no acababa de captar se abrieron ante mí, y de repente, me hallé sin aliento por el miedo a las alturas.

El «Toque» era lo que ellos hablaban entre sí. Una increíble mezcla de los otros tres lenguajes que yo había aprendido, y su esencia estribaba en que jamás era el mismo. Yo podía hablar con ellos en lenguaje abreviado, que era la auténtica base del «Toque», y ser consciente al mismo tiempo de las corrientes del «Toque» moviéndose bajo mi superficie.

Era un lenguaje de inventar lenguajes. Cada cual hablaba su propio dialecto debido a que cada cual hablaba con un instrumento distinto: un cuerpo distinto y un abanico de experiencias vitales distinto. Todo lo modificaba. No podía permanecer inmóvil.

Se sentaban en la Unión e inventaban un cuerpo completo de respuestas «Toque» en una noche; idiomáticas, personales, totalmente desnudas en su honestidad. Y lo utilizaban tan sólo como un ladrillo que les serviría para levantar el edificio del lenguaje de la noche siguiente.

Yo no estaba seguro de si deseaba una tal desnudez. Me había contemplado a mí mismo hacía poco y no me había sentido satisfecho con lo observado. La realización de que cada uno de ellos sabía más al respecto que yo mismo, porque mi honesto cuerpo había dicho lo que mi asustada mente no deseaba revelar, era algo estremecedor. Estaba desnudo bajo los focos del Carnegie Hall, y todas las escabrosas pesadillas que había tenido a lo largo de mi vida me perseguían. El hecho de que todos ellos me amaran con todas mis imperfecciones no era suficiente. Deseaba esconderme en lo más profundo de un oscuro armario con todas mis pústulas y dejar que supuraran.

Hubiera podido superar ese terror. A todas luces, Rosa intentaba ayudarme. Me dijo que tan sólo sufriría durante un tiempo, que me acostumbraría muy pronto a vivir mi vida con mis más tenebrosas emociones escritas en letras de fuego sobre mi frente. Dijo también que el «Toque» no era tan duro como parecía al principio. Una vez hubiera aprendido bien el lenguaje abreviado y el corporal, el «Toque» fluiría de forma natural a partir de ellos, como la savia asciende por un árbol. Sería algo inevitable, algo que me sucedería sin demasiado esfuerzo por mi parte.

Casi la creí. Pero se traicionó a sí misma. No, no. No fue así; sin embargo, su íntima preocupación acerca del \*\*\* ar me convenció de que si conseguía llegar hasta allí, lo único que lograría sería estrellar mi dura cabeza contra el siguiente barrote de la escala.

Ahora tengo una definición ligeramente mejor. No una que pueda trasladar con mayor facilidad a nuestra lengua, intento que quizá sólo conseguiría reforzar mi nebulosa idea de lo que aquello era.

—Es la forma de tocar sin tocar —dijo Rosa, su cuerpo agitado locamente en un intento de hacerme compartir su propia imperfecta concepción de lo que era, e impedida por mi analfabetismo.

Su cuerpo negaba la verdad de su definición en lenguaje abreviado, y, al mismo tiempo, admitía que ella, para mí, tampoco sabía qué era exactamente.

Es el don gracias al cual uno puede expandirse a partir de la eterna oscuridad y silencio hacia algo más.

Y de nuevo su cuerpo lo negaba. Golpeaba el suelo con exasperación.

—Es un atributo del permanecer en la eterna oscuridad y el silencio, el tocar a otros. Todo lo que sé con seguridad es que la vista y el oído lo imposibilitan o lo oscurecen. Cuando me rodeo de silencio y oscuridad tanto como me es posible puedo ser consciente de sus contornos, pero la visión de la mente persiste. Esa puerta está cerrada para mí, y para los niños.

El verbo «tocar» en la primera parte de su intento de definición era una amalgama del «Toque», tomada de sus recuerdos de mí y de lo que le había comunicado de mis experiencias. Implicaba y rememoraba el olor y el tacto de las setas arrancadas sobre la blanda tierra detrás del establo con «Alta-con-los-ojos-verdes», aquella que me hizo

comprender y sentir la esencia de los objetos. También contenía referencias de nuestro lenguaje corporal cuando penetraba en la húmeda oscuridad de su cuerpo y ella me hacía compartir lo que sentía al recibirme. Todo eso en una sola palabra.

Pensé en ello durante largo tiempo. ¿De qué servía sufrir la desnudez del «Toque», tan sólo para alcanzar el nivel de frustrada ceguera mencionado por Rosa?

¿Qué era lo que me empujaba a huir del único lugar en mi vida donde me había sentido feliz?

En primer lugar, un convencimiento que había tardado mucho en llegar, y que puede ser resumido por: «Pero ¿qué demonios hago aquí?». Una pregunta que sólo podía ser respondida con otra pregunta: «¿Qué demonios haré si me voy?».

Yo era el único visitante, el único en siete años, que había permanecido en Keller más tiempo que unos pocos días. Aquello me hacía pensar. No era lo bastante fuerte ni tenía la suficiente confianza en la opinión de mí mismo como para ver que todo era debido a un defecto en mí, no en ellos. Obviamente, yo me sentía satisfecho, complacido demasiado pronto, como para ver los defectos que ellos habían visto en mí.

No existían defectos ni en la gente de Keller ni en su sistema. No, yo les amaba y respetaba como para pensar eso. Desde luego, habían ido mucho más lejos que cualquiera en este imperfecto mundo en dirección a una forma sana y racional de existencia sin guerras y con un mínimo de política. En definitiva, esos dos viejos dinosaurios son las dos únicas formas que han descubierto los seres humanos para convertirse en animales sociales. Sí, puedo ver la guerra como una forma de vivir con otros; imponiéndole nuestra voluntad al adversario en términos tan claros que el oponente no tenga otra solución que someterse, morir, o saltarse la tapa de los sesos. Y si ésta es una forma de solucionar algo, antes prefiero vivir sin soluciones. La política me parece mucho mejor. Lo único bueno que tiene en ocasiones es sustituir la conversación por los puñetazos.

Keller era un organismo: una nueva forma de relacionarse, y parecía funcionar. No lo planteo como una solución a los problemas del mundo. Es posible que sólo pueda funcionar para un grupo con unos intereses comunes tan imperativos y tan raros como la sordera y la ceguera. No puedo pensar en otro grupo cuyas necesidades sean tan interdependientes.

Las células del organismo cooperaban de maravilla. El organismo era fuerte, floreciente, y poseía todos los atributos que siempre había visto utilizar para definir la vida, excepto la habilidad de reproducirse. Ése podía ser su defecto fatal, si es que existía alguno. De hecho, vi que las semillas de algo se desarrollaban en los niños.

La fuerza del organismo era la comunicación. No hay dudas al respecto. Sin los elaborados e imposibles de falsificar mecanismos para la comunicación puestos en marcha en Keller, se hubieran destruido a sí mismos a causa de la mezquindad, los celos, el sentido de la posesión y otra docena de defectos humanos «innatos».

La Unión nocturna era la base del organismo. Allí, tras la cena, y, hasta que el momento de ir a dormir llegaba, todos hablaban en un lenguaje que era incapaz de mentir. Si se incubaba algún problema, se presentaba por sí mismo y era resuelto de forma casi automática. ¿Celos? ¿Resentimiento? ¿Algún pequeño sentimiento supurante que se estaba cultivando? Uno no podía esconderlo en la Unión, y muy pronto todos estaban alrededor para extirpar la enfermedad a base de amor. Actuaban como los glóbulos blancos, arracimándose entorno a una célula enferma, no para destruirla sino para curarla. Parecía no existir ningún problema que no pudiera ser resuelto si era atacado a tiempo, y con el «Toque», los vecinos de uno lo veían incluso antes de que uno mismo se diera cuenta, y ya estaban trabajando para corregir lo que no funcionaba bien, sanar la herida, hacer que uno se sintiera a gusto para que pudiera reírse de ello. Había muchas risas en las Uniones.

Durante un tiempo pensé que estaba sintiéndome posesivo con relación a Rosa. Sé

que fue un poco al principio. Rosa era mi amiga especial, la que me había ayudado desde el principio, la que durante varios días había sido mi única interlocutora posible. Sus manos me habían enseñado el lenguaje táctil. Sé que sentí asomos de territorialidad la primera vez que ella permaneció sobre mis rodillas mientras otro hombre le hacía el amor. Pero si había una señal que los de Keller podían descifrar era ésa. Fue como un timbre de alarma en Rosa, en el hombre, y en todos los hombres y mujeres a mi alrededor. Se apresuraron a calmarme, a consolarme, a decirme en todos los lenguajes que todo iba bien, que era normal, que no tenía por qué sentirme avergonzado. Luego, el hombre en cuestión empezó a hacerme el amor a *mí*. No Rosa, sino el hombre. Un antropólogo observador podría tener tema para toda una tesis. ¿Han visto ustedes la película sobre el comportamiento social de los babuinos? Los perros también lo hacen. Y muchos mamíferos machos. Cuando los machos libran batallas por la supremacía, muchas veces, el más débil invalida la agresión al someterse, girando el rabo y renunciando. Yo nunca me sentí tan invalidado como cuando aquel hombre renunció al objeto de nuestra querrela —Rosa— y desvió su atención hacia mí. ¿Qué podía yo hacer? Todo lo que había hecho era risible, y me reí, y pronto todos nos reíamos y aquél fue el fin de la territorialidad.

Así es en esencia como se resuelven la mayor parte de los problemas de la «naturaleza humana» en Keller. Algo parecido a un arte marcial oriental; cedes, dejas que el impulso de tu atacante le haga perder el equilibrio por la fuerza misma de la agresión. Haces esa misma maniobra hasta que el contrario se da cuenta de que su empuje inicial no era adecuado, que era estúpido poner tanto impulso cuando no tenía ninguna resistencia ante él. Muy pronto ya no es *Tarzan de los monos*, sino Charles Chaplin. Y se echa a reír.

Así que no era ni Rosa y su cuerpo encantador, ni mi toma de conciencia de que ella nunca podría ser totalmente mía para que yo pudiera encerrarla en mi caverna y defenderla con una tibia en la mano. Si yo hubiera persistido con esa mentalidad habría aparecido a sus ojos tan atractivo como una sanguijuela del Amazonas, y eso era un incentivo para confundir a los behavioristas y superarles.

Así que volví a esa gente que había visitado Keller y se había ido. ¿Qué habían visto ellos que yo no podía ver?

Bueno, era algo más bien ostensible. Yo no formaba parte del organismo, no importaba lo bien que el organismo se comportara conmigo. Por otro lado, tampoco tenía esperanzas de llegar a formar parte de él alguna vez. Rosa lo había dicho en la primera semana. Lo sentía en sí misma, en un grado menor. Ella no podía \*\*\*ar, aunque ese hecho no bastase para hacerla abandonar Keller. Me lo había dicho en lenguaje táctil y confirmado en lenguaje corporal. Si yo me iba, sería sin ella.

Al intentar situarme en el exterior y mirar hacia allí, me sentía casi miserable. ¿Qué intentaba hacer? ¿Acaso mi finalidad en la vida era convertirme en parte de una comunidad de sordomudociegos? En aquellos momentos me sentía tan deprimido que pensaba en todo aquello como en algo denigrante, pese a las evidencias de todo lo contrario. Debería estar en el mundo real, donde la gente real vivía, no entre aquellos fenómenos de la naturaleza.

Aparté rápidamente aquellos pensamientos. No estaba fuera de mí, por completo, tan sólo rozaba los límites de la insania. Aquella gente eran los mejores amigos que nunca había tenido, quizá los únicos. *El* que estuviera tan confundido como para pensar aquello de ellos, incluso durante un segundo, me preocupaba más que cualquier otra cosa. Es posible que fuera eso lo que me empujara finalmente a una decisión. Veía un futuro de creciente desilusión y de esperanzas no realizadas. A menos que aceptara que me reventaran ojos y oídos, siempre estaría de lado de fuera. Yo sería el ciego y sordo. Yo sería el fenómeno. Y no quería ser un fenómeno.

Ellos sabían que había decidido abandonarles antes de que yo mismo lo supiera. Mis

últimos días se convirtieron en un largo adiós, con un cariñoso adiós implícito en cada palabra con que me tocaban. No estaba triste, en realidad, y ellos tampoco. Era maravilloso, como todo lo que hacían. Decían adiós con la exacta mezcla de nostalgia y de la-vida-debe-continuar, y esperamos-poder-tocarte-de-nuevo.

La realidad del «Toque» arañaba los bordes de mi mente. No era algo malo, tal como Rosa había dicho. En uno o dos años, hubiera podido dominarlo.

Pero ya había tomado mi decisión. Volvía al surco de la vida seguido durante tanto tiempo. Pero ¿por qué, una vez decidido lo que debía hacer, tenía miedo de volver a examinar mi decisión? Quizá debido a que la decisión original me había costado tanto que no deseaba volver a pasar por ello.

Me fui discretamente por la noche, en dirección a la carretera y a California. Estaban fuera, en los campos, de nuevo en pie, formando aquel círculo. Las puntas de sus dedos estaban más separadas que nunca. Los perros y los niños se mantenían apartados a su alrededor, como parias en un banquete. Era difícil decir quién parecía más ávido y asombrado.

Las experiencias en Keller no omitieron dejar sus marcas en mí. Era incapaz de vivir tal como lo había hecho antes. Durante un tiempo pensé que, simplemente, no podía vivir, pero lo hice. Estaba demasiado acostumbrado a vivir como para dar el paso decisivo de terminar con mi vida. Esperaría. La vida me había aportado algo agradable: quizá me proporcionara algo más.

Me convertí en escritor. Observé que mis facultades para la comunicación eran mejores que antes. O quizá ahora las poseía por vez primera. De cualquier modo, mis escritos eran coherentes y se vendían. Escribí lo que deseaba escribir, y no tenía miedo de pasar hambre. Tomaba las cosas tal como venían.

Atravesé la no-depresión del 97, cuando el paro alcanzó un veinte por ciento y el gobierno lo ignoró una vez más como un fenómeno pasajero. Finalmente, el fenómeno pasó, dejando el índice de paro un poco más alto de como había quedado la vez anterior, y la anterior a ésa. Otro millón de personas sin empleo fue creado, sin nada mejor que hacer que vagar por las calles para causar disturbios, volcar coches, ataques al corazón, asesinatos, disparos, incendios, bombas y tumultos: la infinita inventiva del teatro de la calle. Nunca había motivos de aburrimiento.

No me hice rico, pero solía vivir bien. Ésa es una enfermedad social, cuyos síntomas son la habilidad de ignorar el hecho de que tu sociedad está acumulando pústulas supurantes y su cerebro está siendo roído por gusanos radiactivos. Tenía un hermoso apartamento en el condado de Marin, fuera de la vista de las tórretas erizadas de ametralladoras. Disponía de coche, en una época en que eso comenzaba a ser un lujo.

Había llegado a la conclusión de que mi vida no estaba destinada a ser todo lo que yo había deseado que fuera. Todos aceptamos algún tipo de compromiso, razonaba, y si uno lleva sus expectativas demasiado alto, está condenado a la desilusión. Me daba cuenta de que había colocado mi techo demasiado «alto», pero no sabía qué hacer al respecto. Llevaba mi carga con una mezcla de cinismo y optimismo que parecía ser la mejor mixtura para mí. Al menos hacía que mi motor siguiera funcionando.

Fui incluso a Japón, como había deseado hacer en primer lugar.

No encontré a nadie para compartir mi vida. Para eso sólo estaba Rosa. Rosa y toda su familia, y nos hallábamos separados por un abismo que no me atrevía a cruzar. Ni siquiera osaba pensar demasiado en ella. Hubiera podido resultar muy peligroso para mi equilibrio. Vivía con el, y me decía a mí mismo que así debían ser las cosas. Solitario.

Los años pasaron como un tractor oruga en Dacha, hasta el penúltimo día del milenio.

San Francisco organizaba un gran festejo para celebrar el año 2000. ¿Qué importaba que la ciudad estuviera desmoronándose lentamente, que la civilización fuera desintegrándose en la histeria? ¡Tengamos nuestra fiesta!

El último día de 1999, me detuve en el Dique Golden Gate. El sol se hundía en el

Pacífico, en Japón, que había vuelto a ser el mismo de siempre pero cuadriculado y compartimentado por los neosamurai. Tras de mí, los primeros estallidos de los fuegos artificiales celebrando el holocausto disfrazado como una festividad rivalizaban con las llamas de los primeros edificios incendiados a medida que los olvidados sociales y económicos celebraban el acontecimiento a su propia manera. La ciudad se estremecía bajo el peso de la miseria, ansiosa de deslizarse a lo largo de las líneas de fractura de alguna falla de San Andrés subcortical. Bombas atómicas en órbita resplandecían en mi mente, en algún lugar, allá en lo alto, dispuestas a plantar hongos cuando se hubieran agotado todas las demás posibilidades.

Pensé en Rosa.

Me descubrí a mí mismo a través del desierto de Nevada, sudando, aferrado al volante. Lloraba intensamente pero sin ningún sonido, como había aprendido a hacer en Keller.

¿Puede uno volver?

El coche apto sólo para ciudad saltaba en los baches de la sucia carretera. El vehículo se caía a pedazos. No había sido construido para ese tipo de viaje. El cielo empezaba a iluminarse por el este. Era el alba de un nuevo milenio. Apreté con mayor dureza el pedal del acelerador y el coche se encabritó, salvaje. No me importaba. No iba a conducir de regreso por esa misma carretera, nunca más. De una forma o de otra, iba allí para quedarme.

Alcancé el muro y respiré aliviado. Los últimos cien kilómetros habían sido una pesadilla en la que me preguntaba si no habría sido todo un sueño. Toqué la fría realidad del muro y aquello me calmó. Una ligera capa de nieve lo cubría todo, gris a la primera luz del amanecer. Les vi en la distancia. Todos ellos, afuera en el campo, allá donde les había dejado. No, estaba equivocado. Sólo los niños. ¿Por qué me habían parecido tantos al principio?

Rosa estaba allí. La reconocí de inmediato, a pesar de que nunca la había visto con ropas de invierno. Era más alta, estaba más llena. Debía de tener diecinueve años. Había un niño pequeño que jugaba con la nieve a sus pies, y acunaba a otro niño en sus brazos. Me dirigí hacia ella y hablé en su mano.

Se volvió hacia mí, su rostro radiante con la bienvenida, los ojos mirando con una fijeza que jamás había visto. Sus manos aletearon sobre mí y sus ojos no se movieron.

—Te toco, te doy la bienvenida —dijeron sus manos—. Me hubiese gustado que hubieras venido unos pocos minutos antes. ¿Por qué te fuiste, cariño? ¿Por qué has estado fuera tanto tiempo?

Sus ojos eran piedras en su cabeza. Estaba ciega. Estaba sorda. Todos los niños lo estaban. No. el niño de Rosa sentado a mis pies me miraba con una sonrisa.

—¿Dónde están los demás? —pregunté cuando hube recuperado el aliento—. ¿«Cicatriz»? ¿«Calvo»? ¿«Ojosverdes»? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te ha sucedido a ti?

Sentí que me tambaleaba al borde del ataque cardíaco o del colapso nervioso o algo así. Mi realidad estaba en peligro de disolverse.

—Se han ido —dijo.

La palabra se me escapó, pero el contexto recordaba el *Mary Celeste* y Roanoke, Virginia. La forma en que ella usaba la palabra *ido* era compleja. Era como algo que había dicho antes; inaccesible, una fuente de frustración como la que me había hecho salir corriendo de Keller. Sin embargo, su palabra hablaba de algo que ella no poseía aún pero que estaba a su alcance. No había tristeza en ella.

—¿Ido?

—Sí. No sé donde. Son felices. Ellos \*\*\*ron. Fue glorioso. Sólo pudimos rozar una parte de ello.

Sentí que mi corazón martilleaba al ritmo del último tren al alejarse de la estación. Mis pies resonaban en las traviesas, mientras el convoy se perdía entre la niebla. ¿Dónde

estaban los Brigadoon de ayer? Nunca había oído un cuento de hadas en el cual se pudiera regresar al país encantado. Te despiertas, y descubres que la oportunidad ha pasado. Te has quedado atrás. ¡Imbécil! Sólo hay una oportunidad; ésa es la moraleja, ¿no?

Las manos de Rosa reían en torno a mi rostro.

—Toma esta parte de mí que-habla-de-boca-a-pepón —dijo, y me tendió a su hija—. Voy a hacerte un regalo.

Levantó el brazo, y tocó ligeramente mis oídos con sus fríos dedos. El sonido del viento se detuvo, y cuando sus manos descendieron de nuevo no volvió nunca más. Tocó mis ojos, la luz desapareció, y ya no vi más.

Vivimos en los maravillosos silencio y oscuridad.

# LA LUNA DEL CAZADOR

## Poul Anderson

*Aquí está Poul, uno de los escritores de ciencia ficción de más alto rango, y que se encuentra por delante de mí en el orden alfabético. No pensarían que iba a faltar, ¿verdad? Poul es el único escritor incluido en los cinco primeros volúmenes de Los Premios Hugo. Tiene un relato en cada uno de ellos. Y ahora otro en el volumen 7 (sólo ha faltado una vez). Lo cual le otorga seis apariciones, y lo empareja con Harlan Ellison. Y si desean atisbar en el futuro, puedo asegurarles que Poul estará también en el próximo volumen.*

*Poul es un prolífico escritor que lleva una actividad continua de casi cuarenta años, y se ha ganado bien sus premios, pese a lo cual siempre he tenido la impresión de que no se le valora como es debido. En realidad, opino que se trata del autor con más calidad literaria en este campo, pero que, al mismo tiempo, es el menos valorado.*

*A veces, especulo acerca del motivo de este hecho.*

*Puede ser cuestión de carisma. Me acuerdo de un escritor de categoría, de ciencia ficción (no Poul), que una vez me dijo con amargura que estaba decidido a abandonar este campo porque no era lo bastante apreciado.*

*—Escribir bien no es suficiente —alegó—. Hay que formar un espectáculo. Si quisiera convertirme en un payaso, como tú y Harlan hacéis, y realizase cabriolas en las convenciones y anduviera detrás de las chicas, le gritara a la gente o volcara carretillas, por ejemplo, todos se fijarían en mí y decidirían que mis libros son buenos. Pero me ignoran porque me comporto como una persona sosegada y civilizada.*

*Bien, tal vez tenga razón. Desde luego, Poul se cuenta entre los individuos más civilizados que conozco. Es extremadamente tranquilo, habla en voz baja y, por lo que sé, jamás ha ofendido a nadie, puesto que se muestra cortés, considerado y previsor al máximo. Su recompensa es que la gente tiende a mirarle bien, lo cual es No Perfecto.*

*Por supuesto, debo defender a los carismáticos. Ni por un segundo pienso que Harlan, por ejemplo, se comporte como lo hace con la intención calculada de llamar la atención y vender libros. Yo sé que no lo hago.*

*Cuando Harlan pierde los estribos y suelta una serie de invectivas de color subido, es porque no puede remediarlo. A veces, se perjudica de esta manera, y no reaccionaría así de saber cómo no hacerlo. En cuanto a mí, cuando beso a las chicas no es porque crea que una reputación de «adorable libertino» (poseo una placa que me entregaron en una convención con esa frase, como la razón de obtenerla) prestará más color a mis historias, realmente sin colorido. Lo hago porque me encanta besar a las chicas.*

*Si Harlan o yo nos viésemos obligados a asistir a una convención, o a cualquier asamblea, y actuar queda y civilizadamente, es posible que explotásemos por combustión interna. Por otra parte, creo que ni las amenazas de una tortura inminente podrían obligar a Poul Anderson a cometer algunas de las tonterías que Harlan y yo solemos cometer.*

*Es así..., pero no te preocupes, Poul, tú posees más Hugos que yo, y todos te queremos también.*

No percibimos la realidad, la concebimos. Suponer lo contrario es invitar a sorpresas catastróficas. La trágica naturaleza de la historia se deriva, en gran parte, de esta equivocación siempre recurrente.

OSKAR HAENL, *Betrachtungen über die menschliche Verlegenheit.*

Ambos soles estaban bajos. Los montes del Oeste eran ya una ola de negrura, inmóvil, como si el frío del Más Allá los hubiese tocado y helado, incluso en sus cimas, una barrera marina en el vuelo a Promise; pero el cielo estaba púrpura en lo alto, donde brillaban las

primeras estrellas y dos pequeñas lunas, el ocre destacado con medias lunas plateadas, como Promise. A oriente, el cielo aparecía azul. Allí, justo sobre el océano. Ruii se hallaba iluminado casi por completo. Sus bandas luminosas a través de su resplandor carmesí. Bajo el raso que arrojaba, las aguas se estremecían, y el viento se hacía visible.

A'i'ach sentía también el viento, frío y rumoroso. Cada fino pelo de su cuerpo respondía. Necesitaba muy poco impulso para resistir su curso, un esfuerzo suficiente para darle la sensación de su propia fuerza y de ser uno, en viaje y destino, con su Enjambre. Sus globos le rodeaban, con su pálida iridiscencia, bien escondidos de él en el terreno por el que pasaban; estaba entre los más elevados. Sus olores vitales superaban a todo lo demás que el dulce y temerario aire contenía, y cantaban juntos, centenares de voces a coro, de modo que sus espíritus podían mezclarse y convertirse en Espíritu, un goce anticipado de lo que les esperaba en el lejano oeste. Esta noche, cuando P'a cruzara la cara de Ruii, volvería el Tiempo Resplandeciente. Ya se regocijaban ante los éxtasis que les aguardaban.

Sólo A'i'ach no cantaba, ni se perdía más que una parte de sí mismo en sueños de hazañas y amor. Sabía lo que llevaba. La cosa que el humano le había sujetado pesaba muy poco, pero lo que eso ponía en su alma era pesado y duro. Todo el Enjambre conocía los peligros del ataque, claro, y muchos cogían armas, piedras para arrojar o ramas aguzadas de los árboles ü, en los tentáculos que surgían bajo sus globos. A'i'ach tenía un cuchillo de acero, su premio por haber permitido que el humano le cargase. Sin embargo, no entraba en la naturaleza del Pueblo temer lo que pudiera sobrevenirles en el futuro. A'i'ach se sentía extrañamente cambiado por lo que sucedía en su interior.

Había obtenido el conocimiento, aunque ignoraba de qué manera, lo bastante despacio como para que no le asombrase. En cambio, se había congelado mientras tanto una pesadumbre. En las colinas y en los bosques corría una Bestia que llevaba lo mismo que él, que también estaba en contacto de Enjambre fantasmal con un humano. No podía adivinar qué pronosticaba eso, excepto alguna clase de perjuicios para el Pueblo. Tal vez fuera poco prudente hacer preguntas. Por consiguiente, había llegado a la conclusión de que era extraño a su raza: la amenaza terminaría.

Como tenía los ojos en una parte inferior de su cuerpo, le resultaba imposible divisar el objeto que llevaba atado en lo alto, ni la radiación que surgía del mismo. Sus compañeros podían, en cambio, verle, y él había tenido una demostración antes de acceder a llevarlo. El rayo era débil, muy débil, sólo visible de noche, y aun contra un fondo oscuro. Él buscaba un temblequeo entre las sombras del suelo. Antes o después, lo encontraría. La probabilidad no era mala en esto, el Tiempo Resplandeciente, cuando la Bestia intenta matar al Pueblo, todos sabrán que hay que reunirse en gran número para gozar.

A'i'ach había deseado el cuchillo como una curiosidad de posible utilidad. Pensaba guardarlo en los brotes de un árbol, y cuando tuviese ganas, practicaría con él. Una Persona empleaba de vez en cuando un objeto hallado por casualidad, tal como un guijarro afilado, para algún propósito fugaz, como abrir la vaina de una flor para lanzar las semillas, de delicioso olor, al aire. Tal vez con un cuchillo pudiera convertir la madera en herramientas y tener un buen surtido de ellas a punto siempre.

Dada esta nueva visión interior. A'i'ach vio que la hoja era excelente. Podría golpear desde arriba hasta que muriese una Bestia... no, «la» Bestia.

A'i'ach estaba cazando.

Varias horas antes del crepúsculo verpertino, Hugh Brocket y su esposa, Jannika Rezek, habían estado disponiendo todo lo necesario para la noche cuando Chrisoula Gryparis llegó, muy retrasada. Una tormenta había obligado primero a aterrizar el avión en Enrique, y después, con un perverso movimiento hacia el oeste, la había obligado a efectuar un largo rodeo en su camino hacia Hansonia. No había visto el Océano Ring hasta haber atravesado unos mil kilómetros de continente, tras lo cual tuvo que torcer hacia el sur una distancia igual para llegar a la gran isla.

—Qué solitario parece Port Kato desde el aire —observó.

Aunque con acento, su inglés, el lenguaje comúnmente aceptado en aquella estación particular, era fluido, motivo por el que había ido a investigar la posibilidad de tomar un puesto.

—Porque lo es —asintió Jannika con su acento diferente—. Una docena de científicos, el doble que los novatos, y algún personal de apoyo. Esto hace que sea muy bien recibida.

—Qué, ¿te sientes aislada? —preguntó Chrisoula—. Puedes llamar a cualquiera de Nearside para decir que hay un holocomunicador aquí, ¿verdad?

—Sí, o volar a una población por negocios o de vacaciones... —intervino Hugh—. Mas no importa cómo sea una imagen y cómo suene en estéreo, se trata de una imagen. No se puede salir en busca de un trago una vez concluida la conferencia, ¿verdad? Y respecto a una visita... bueno, pronto vuelves a ver los mismos rostros de siempre. Los puestos avanzados son muy ingratos en el orden social. Ya lo descubrirás, si firmas el contrato —y, apresuradamente —: No es que trate de desanimarte. Jan tiene razón, nos sentiremos más que felices de tener a alguien nuevo con nosotros.

Su propio acento se debía a la historia. La lengua de su madre era la inglesa; pero él pertenecía a la tercera generación medeana, lo que significaba que sus abuelos habían salido de Estados Unidos hacía tanto tiempo que el lenguaje de allí había cambiado como todo lo demás. En realidad, Chrisoula no estaba a la moda, cuando un rayo láser tardaba casi cincuenta años en ir del Sol a Colchis, y la nave en que ella había viajado, inconsciente y sin envejecer, era mucho más lenta que ésta.

—Sí, de la Tierra —resplandeció la voz de Jannika.

—La Tierra no era muy feliz cuando me marché —aseguró Chrisoula—. Tal vez las cosas hayan mejorado. Por favor, hablaremos de esto más tarde; ahora me gustaría mirar hacia el futuro.

Hugh le palmeó la espalda. Era muy bonita, pensó él; no tanto como Jan, como lo eran muy pocas mujeres, y, no obstante, él gozaría si la amistad se convirtiera en un asunto de cama. La variedad es la salsa del matrimonio.

—Hoy has tenido mala suerte, ¿eh? —murmuró Hugh—. Verte retrasada hasta que Roberto..., hum..., el doctor Venosta salió al campo, y el doctor Feng regresó al Centro con un puñado de muestras...

Se refería al jefe biólogo y al jefe químico. Chrisoula era diplomada en bioquímica, y se esperaba que ella, la última del personal del raro aparato estelar, contribuyera de manera significativa a una comprensión de la vida en Medea.

—Bueno —sonrió la joven—, entonces, antes conoceré a otros, empezando con vosotros dos, tan encantadores.

—Lo siento —Jannika sacudió la cabeza—. Nosotros estamos muy ocupados, dispuestos a marcharnos y tal vez no regresemos hasta el amanecer.

—O sea..., ¿cuánto tiempo? ¿Unas treinta y seis horas? Sí. No es mucho para ir a..., ¿cómo dijiste...?, ese ambiente tan extraño.

—Es el trabajo de un senólogo, el que ambos desarrollamos —rió Hugh—. Hum.... pienso que, al menos, podemos disponer de algún tiempo para enseñarte los alrededores, presentarte a los demás y hacer que te sientas como en tu hogar.

Llegando como ella, durante el ciclo de vigilancias, cuando la mayoría de la gente dormía aún, Chrisoula había sido conducida a los aposentos de Hugh y Jannika. Estos se levantaban temprano, a fin de estar listos para su expedición.

Jannika dirigió una mirada dura a Hugh. Vio a un hombrón que representaba la edad: cuarenta y un años terrestres: corpulento, un poco torpe de movimientos, con un atisbo de panza; facciones toscas, cabello corto color arena y ojos azules; bien afeitado, pero mal ataviado con su túnica, sus pantalones y sus botas, al estilo de los mineros entre los cuales se había criado.

—No tengo tiempo... —empezó Jannika.

Hugh hizo un expresivo gesto.

—Seguro, continúa, querida. —Y cogió a Chrisoula por el codo—. Vamos a dar una vuelta.

Estupefacta, ella le acompañó fuera de la atestada cabaña. Ya en el recinto, se detuvo y miró en torno de sí, como si fuese su primera visión de Medea.

Port Kato era muy pequeño. Para no perturbar la ecología regional con objetos como lámparas ultravioleta sobre los prados, y con sus efluvios, sacaba sus necesidades de las colonias más antiguas y mayores, del continente Nearside. Además, aun estando cerca del borde oriental de Hansonia, se hallaba a varios kilómetros tierra adentro, en terreno elevado, como una precaución contra las mareas del Océano Ring, que podían ser monstruosas. Así, la naturaleza aparecía amurallada, techada y pesada en el conjunto de las estructuras, adondequiera que se mirara...

... o escuchara, oliera, tocara, saboreara o moviera. En una gravedad ligeramente menor que la de la Tierra, daba un salto a cada paso. El oxígeno extra parecía prestar más energía, aunque sus membranas mucosas aún no habían dejado de escocerle. Pese a la situación tropical, el aire era embalsamado y no demasiado húmedo, ya que la isla se hallaba próxima a Farside, y así resultaba más templada. Estaba llena de olores picantes, algunos de los cuales le resultaban algo familiares, como el almizcle o el yodo. Muchos sonidos le sonaban extraños: crujidos, trinos, graznidos, murmullos, que la densa atmósfera ampliaba en sus oídos.

La misma estación tenía un aspecto raro. Los edificios, hechos con materiales locales para diseños locales (incluso un convertidor de energía radiante), eran distintos a los de la Tierra. Las múltiples sombras ponían unos tintes peculiares; en realidad, todos los colores cambiaban bajo aquella luz rojiza. Los árboles que crecían sobre el tejado tenían formas raras y su follaje mostraba tonos anaranjados, amarillos y pardos. Insectos o animalitos pequeños vivían en ellos, o correteaban por sus ramas. De vez en cuando, las motas que llenaban la brisa no parecían polvo.

El cielo tenía un color más profundo. Unas cuantas nubes ostentaban un rosa dorado. El doble sol de Colchis —Castor C resultaba un nombre demasiado seco—, declinaba hacia el Oeste, con tan escaso resplandor que ella pudo contemplarlos sin molestias durante un momento. Phrixus estaba cerca de su máxima separación angular de Helle.

En el lado opuesto, Argo dominaba el cielo, como siempre ocurría en el hemisferio que miraba hacia dentro de Medea. El planeta primario colgaba muy bajo, y las copas de los árboles ocultaban parte del gran disco aplanado. La luz diurna hacía palidecer el enrojecimiento de su calor, que sería cárdeno después de anochecer. Sin embargo, era un coloso, ancho a la vista como quince o dieciséis lunas terrestres. Las bandas, sutilmente cromáticas, y los puntos situados sobre su cara, siempre cambiantes, eran nubes mayores que continentes y vértices de huracanes que se habrían tragado a la luna sobre la cual ella estaba.

Chrisoula se estremeció.

—Esto me..., me sobrecoge —susurró—, más que todo lo de Enrique o..., o viajar por el espacio... He venido a un lugar remoto del Universo.

Hugh pasó un brazo por la cintura de la joven.

—Bueno, esto es diferente —indicó, a pesar de no ser un hombre de lengua suelta—. Por eso existe Port Kato. Para estudiar en profundidad una zona que ha permanecido aislada mucho tiempo: me han dicho que los istmos entre Hansonia y el continente desaparecieron hace unos quince mil años. Los drómidos locales, al menos, nunca habían oído hablar de seres humanos hasta nuestra llegada. Los uránidos sí captaron rumores, que pudieron influir un poco en ellos, pero no mucho.

—Drómidos..., uránidos... ¡Oh...! —Como era griega, había captado su significado al instante—. Chispas y globos, ¿verdad?

Por favor. —Hugh frunció el ceño—. Éstas son unas bromas tontas. Sé que se oyen en

la población, pero creo que las dos razas se merecen unos nombres más dignos. Son seres inteligentes.

—Lo siento.

No importa. Chris —Hugh presionó un poco más su cintura—. Tú eres nueva aquí. Con un siglo necesario para pregunta y respuesta, entre esto y la Tierra...

—Sí. Me he preguntado si en realidad vale la pena situar colonias más allá del sistema solar sólo para enviar conocimientos científicos con tanta lentitud.

—Tú tienes información más reciente que yo.

—Bueno... la planetología, la biología y la química daban todavía nuevas visiones internas cuando salí de allí, y eso es estupendo para todo, desde la medicina al control de los volcanes. —La joven se irguió—. Tal vez el siguiente paso esté en tu campo, la xenología, ¿verdad? Si podemos llegar a entender una mente no humana... no, dos en este mundo, tal vez tres, si de verdad existen dos clases distintas de uránidos, como oí que alguien teorizaba... —Contuvo la respiración—. Bueno, entonces, tal vez tengamos la posibilidad de comprendernos a nosotros mismos. — Hugh pensó que ella estaba realmente interesada, que no lo decía sólo para complacerle—. ¿Qué hacéis tú y tu esposa? —continuó ella—. En Enrique me dijeron que es algo muy especial.

Al menos, experimental. Se trata de una historia complicada. —La soltó para no exagerar—. ¿No prefieres dar una vuelta por nuestra metrópoli?

Más tarde puedo darla yo misma, si tú has de volver al trabajo. Pero estoy fascinada por lo que he oído de vuestros proyectos. ¡Leer en las mentes de los alienígenas!

—No es eso en realidad. —Al ver su oportunidad, señaló un banco situado frente a un cobertizo de maquinaria—. Si de verdad quieres escucharlo, siéntate.

Se sentaron. Piet Marais, el botánico, salió de su cabaña. Ante el gran alivio de Hugh, se limitó a saludarles antes de marcharse. Algunas plantas hansonianas hacían cosas raras a esa hora del día. Todos los demás se hallaban todavía dentro de sus cabañas; el cocinero y su ayudante preparaban los desayunos, los demás se lavaban y vestían para el próximo período de vigilia.

—Supongo que estás sorprendida —empezó Hugh—. Las técnicas de neuralisis electrónica estaban en su infancia en la Tierra cuando tu nave zarpó. Poco después, tomaron un gran impulso, y, por supuesto, esta información nos llegó antes que tú. Su uso allí se había efectuado con animales inferiores y con seres humanos, por lo que no nos resultó difícil, con un par de genios en el centro, adaptar el equipo para los drómidos y los uránidos. Al fin y al cabo, las dos especies poseen sistema nervioso también, y las señales son eléctricas. En realidad, fue más difícil desarrollar las herramientas, los programas, que todo lo demás. Jannika y yo trabajamos en esto, y recogemos datos empíricos para los psicólogos, los semánticos y los técnicos de los ordenadores.

»Hum..., no me interpretes mal, por favor. Para nosotros, esto es casi incidental. La exploración mental (una frase mala, aunque parece que nos hayamos aferrado a ella), la exploración mental, en ocasiones, será un instrumento muy valioso en nuestra labor, que consiste en aprender cómo viven los nativos locales, qué piensan y qué sienten, todo acerca de ellos. Sin embargo, en la actualidad es algo muy, muy limitado, y en extremo impredecible.

Permíteme decirte lo que me imagino saber —observó Chrisoula, tironeándose de la barbilla—, y después —sugirió— me dirás en qué estoy equivocada.

Seguro.

La joven se puso pedante.

—Las pautas de la sinapsis pueden identificarse y grabarse en correspondencia con los impulsos motores, los impulsos sensoriales, su procesamiento, y al fin, en teoría, con los pensamientos. Pero su estudio es un penoso trabajo de acumular datos, interpretarlos, y correlacionar las interpretaciones con las respuestas verbales. Sea cual fuere el resultado obtenido, pueden depositarse en un programa de ordenador como un mapa

n-dimensional, del que pueden efectuarse las lecturas. También es posible conseguir más lecturas por interpolación.

—Hum... —exclamó Hugh—. Prosigue.

—¿Tengo razón hasta aquí? No creía tenerla.

—Bueno, por supuesto, intentar esbozar en unas cuantas palabras lo que necesita volúmenes de lógica matemática y simbólica para describirlo debidamente... Sin embargo, lo haces mejor de lo que yo mismo lo haría.

—Continúo, pues. Recientemente, hay sistemas que pueden establecer correspondencia entre mapas diferentes; y transformar las pautas que constituyen las ideas de una mente en las pautas-ideas de otra. Asimismo, es posible la transmisión directa entre sistemas nerviosos. Puede detectarse una pauta pasada a través de una computadora por traducción, e inducida por electromagnetismo en un cerebro receptor. ¿No es eso telepatía?

—Hugh empezó a menear la cabeza.

—Hum... —gruñó al fin—, sí, de una manera extremadamente burda. Ni siquiera dos seres humanos que piensen en el mismo lenguaje y se conozcan bien uno al otro; ni siquiera ellos captan más que una información parcial..., mensajes simples, todos distorsionados, un porcentaje de ruidos semejantes a señales, y una transmisión lenta. Sólo las variaciones del habla, para no mencionar la estructura neurológica, la química... ¡Y es mucho peor cuando se prueba con una forma de vida diferente!

—De todos modos, vosotros lo intentáis, con algún éxito.

Bueno, realizamos ciertos progresos en el continente, con los drómidos y los uránidos. Pero créeme, «ciertos» es una declaración exagerada.

Después, lo intentaréis en Hansonia, donde las culturas deben de seros extrañas por completo. En realidad, la especie de los uránidos... ¿Por qué? ¿No aumentan las dificultades de un modo innecesario?

Sí... así es, añadimos innumerables problemas, pero no de manera innecesaria. En realidad, muchos nativos que han colaborado, han pasado toda la vida en torno a los humanos. Muchos de ellos son sujetos de estudio profesionales; los drómidos, por paga material; los uránidos, por satisfacción psicológica, por diversión, podría decir. Están desarraigados, y, a menudo, no tienen la menor idea de por qué su raza «salvaje» hace una cosa. Deseamos descubrir si la exploración mental puede convertirse en un instrumento que sirva para aprender algo más que neurología. Para eso, necesitamos seres que estén relativamente..., ah..., incontaminados. Dios sabe bien que Nearside se halla plagado de zonas vírgenes. Pero Port Kato ya lo estaba, con la instalación adecuada para el estudio intensivo de una región que está aislada y agudamente definida. Jan y yo decidimos que podíamos incluir la exploración mental en nuestro programa de investigaciones.

La mirada de Hugh derivó hacia la inmensidad de Argo y allí se detuvo.

—En lo que a nosotros respecta —prosiguió con lentitud—, es algo incidental..., como una forma más de intentar descubrir por qué los drómidos y los uránidos están en guerra.

—También se matan unos a otros en otros sitios, ¿verdad?

Sí, en una gran variedad de formas, por una enormidad de motivos, casi como ya hemos determinado. En realidad, yo no apoyo la teoría de que la información sobre este planeta pueda adquirirse comiéndose a sus poseedores. Por un lado, puedo demostrar que hay más zonas en las que los drómidos y los uránidos conviven pacíficamente, que lo contrario.

Pero en Hansonia..., ¿has dicho la guerra?

Ha sido la palabra mejor que he pensado en este momento. Oh, ningún grupo posee un gobierno que pueda efectuar una declaración formal. Lo cierto es que cada vez más, durante las dos últimas décadas, al menos durante el tiempo que los humanos estamos observando, los drómidos de esta isla se han mostrado inclinados a matar a los uránidos.

¡A eliminarlos por completo! Los uránidos son pacifistas, pero han de defenderse, a veces con medidas activas, como emboscadas. —Hugh dejó ver un mohín—. He visto varias peleas y he examinado muchos más resultados. No es agradable. Si pudiéramos mediar en Port Kato, brindarles la paz..., bueno, creo que eso sólo justificaría la presencia del hombre en Medea.

Mientras trataba de impresionarla con su amabilidad, no era hipócrita. Pragmático, se preguntaba a veces si los humanos tenían derecho a estar allí. Un estudio científico de largo alcance era imposible sin una colonia automantenida, lo que a su vez implicaba una población mínima, la mayoría de cuyos miembros no eran científicos. El, por ejemplo, era hijo de un minero y pasó su niñez entre mineros. Ciertamente, la colonia no debía aumentar ni pasar del nivel actual, y como la mayor parte de esa inmensa luna era bastante hostil a la raza humana, un aumento de la misma parecía improbable. Pero, si no otra cosa, sólo con su presencia, los terrestres ya les habían causado cosas irreversibles a las dos razas nativas.

—¿No podéis preguntarles por qué pelean? —quiso saber Chrisoula.

—Oh, sí, podemos preguntárselo. —Hugh esbozó una amarga sonrisa—. Pero deberíamos dominar los lenguajes locales para los propósitos cotidianos, ¿verdad? Aunque, en realidad, ya los dominamos— pero ¿es muy profundo nuestro conocimiento de los mismos?

»Mira, yo soy el especialista en drómidos, y Jan lo es en uránidos, y los dos trabajamos con dureza para tratar de conquistar la amistad de esos individuos. Para mí resulta peor, porque los drómidos no vienen a Port Kato mientras que los uránidos lo hacen a menudo. Los drómidos admiten que su deber consiste en tratar de matar a los uránidos y, de paso, comérselos; en realidad, supone un acto simbólico. Los drómidos están de acuerdo en que es una violación de nuestra hospitalidad. Por tanto, tengo que ir a su encuentro en sus campamentos, en sus guaridas. Y, a pesar de esta desventaja, Jan no progresa mucho más que yo. Nos hallamos tan frustrados el uno como el otro.

—¿Qué dicen los autóctonos?

—Bueno, ambas especies reconocen que antes vivían juntas amistosamente... con poco o ningún contacto directo, aunque con muchos intereses comunes. Después, hace veinte o treinta años, muchos dormidos dejaron de reproducirse. Cada vez más a menudo, los embarazos no llegaban a buen término, y los fetos morían. Entonces, los jefes decidieron que los uránidos tenían la culpa y debían ser exterminados.

—¿Porqué?

—Un artículo de fe. Nada racional, que yo sepa, aunque he buscado motivaciones, como el deseo de una víctima propiciatoria. Tenemos patólogos que buscan la verdadera causa, pero esto costará mucho tiempo. Mientras tanto, los ataques y las muertes continúan.

Chrisoula contempló el polvoriento terreno.

—¿Han cambiado los uránidos de algún modo? Los drómidos podrían saltar a una conclusión de *post hoc, propter hoc*.

—¿Cómo? —Cuando ella se lo hubo aclarado, él se echó a reír—. No soy un tipo culto, me temo. Las ratas de roca y los batidores de monte entre los que me crié respetan el estudio, no sobreviviríamos en Medea sin ciertos conocimientos, pero no afirman que ellos sepan mucho. Yo me interesé en xenología porque tuve un amigo drómido de niño y le seguí (a él-ella) durante todo el ciclo, de hembra a macho y a postsexual. Esto se grabó en mi imaginación, una vida muy exótica.

Su intento de llevar la conversación por canales más personales no tuvo éxito.

—¿Qué han hecho los uránidos? —insistió la joven.

—Oh..., han adquirido una nueva..., no, no se trata de una nueva religión. Eso implicaría un compartir especial de la vida, ¿verdad? Y los uránidos no comparten sus vidas. Llámalo un Camino Nuevo, un nuevo Tao. De momento, entraña cabalgar un

viento oriental por el océano y morir en el helado Farside. Sí, es algo trascendental. Por favor, no me preguntes el cómo o el porqué. Ni yo, ni Jan, somos capaces de comprender por qué los drómidos consideran que es terrible que los uránidos hagan esto. Claro que tengo ciertas sospechas, mas solo son eso: sospechas. Jan afirma, en broma, que se trata de unos fanáticos natos.

—Abismos culturales —asintió Chrisoula—. Supongamos un materialista moderno con poca empatía y una máquina del tiempo, y volvamos a la Edad Media en la Tierra, para tratar de averiguar qué impulsó a las Cruzadas o al Jihad. A él le parecería algo sin sentido. Indudablemente, llegaría a la conclusión de que todos los relacionados con esas guerras estaban locos, y que la única manera posible de obtener una paz absoluta era una victoria completa de uno u otro bando. Lo cual, según sabemos hoy día, no es cierto.

Hugh se daba cuenta de que la joven meditaba tanto y tan bien como su esposa.

—¿Es posible —prosiguió ella— que las influencias humanas hayan traído estos cambios, tal vez de una forma indirecta?

—Es posible —admitió él—. Los uránidos viajan mucho, claro, por lo que los de Hannonia podrían haber oído, de segunda o tercera mano, historias acerca del Paraíso donde se originó la raza humana. Supongo que es natural pensar que el Paraíso se halla en la dirección del sol naciente. Claro que nadie ha intentado convertir a los nativos. Pero éstos han preguntado a veces cuáles son nuestras ideas. Y los uránidos son creadores de mitos compulsivos, lo que puede aceptarse en cualquier concepto. También son estáticos. Incluso respecto a la muerte.

»Mientras que los drómidos se sienten inclinados a fundar nuevas religiones militantes de la noche a la mañana, según he oído. En esta isla, por lo visto, se ha desarrollado una en contra de los uránidos, ¿no? Es trágico.... aunque supongo que no muy distinto de las persecuciones religiosas en la Tierra.

»De todos modos, no podemos hacer nada hasta que no sepamos mucho más. Jan y yo tratamos de lograrlo. Sobre todo, seguimos los procedimientos usuales: estudios de campo, observaciones, entrevistas... También experimentamos con la exploración mental. Esta noche tendrá efecto la prueba más completa.

Chrisoula se irguió, como impulsada por un muelle.

—¿Qué haréis?

—Es probable que no obtengamos nada. Tú eres una científica y sabes cuan raros son los buenos resultados. Por el momento, sólo estamos tanteando.

Al ver que ella callaba. Hugh llenó de aire sus pulmones para seguir hablando.

—A decir verdad —continuó—, Jan ha estado cultivando un uránido «salvaje», y yo un drómido «salvaje». Les hemos convencido para que lleven unos transmisores miniaturizados de exploración mental, y hemos estado trabajando con ellos para desarrollar nuestra propia capacidad. No es mucho lo que podemos percibir e interpretar. Nuestros ojos y nuestros oídos nos darán mucha más información. Sin embargo, ésta será una información especial, suplementaria.

»¿El verdadero artilugio? Bueno, nuestros nativos llevan una unidad del tamaño de un botón pegado a la cabeza, si es que se puede hablar de cabeza en un uránido. Una célula de mercurio da el poder, la fuerza. La unidad envía una señal de reconocimiento a la banda de radio...; microwatios, aunque amplificados. La transmisión de datos requiere, desde luego, una gran amplitud de banda, por lo que se hace por medio de rayos ultravioleta.

—¿Cómo? —Chrisoula estaba sobresaltada—. ¿No es peligroso para los drómidos? Me enseñaron que, como la mayoría de su ser es animal, necesitan esconderse cuando destella un sol.

—Esa es una debilidad de seguridad, y también a causa de las limitaciones de sus energías —replicó Hugh—. Obviamente, queda limitado a la visión directa y a unos cuantos kilómetros por el aire. A esto, los nativos de ambas razas dicen que pueden descubrir la

fluorescencia de gas en su camino. Claro que no lo describen con estos términos.

»Por tanto, Jan y yo salimos en aeronaves separadas. Planeamos muy alto para no ser vistos, activamos los transmisores mediante una señal, y "sintonizamos" con nuestros sujetos individuales a través de nuestros amplificadores y computadoras. Como ya dije: hasta ahora hemos obtenido unos resultados en extremo limitados. Es una clase de telepatía muy pobre. Esta noche planeamos realizar un esfuerzo más intenso porque sucederá algo importante.

Chrisoula no preguntó de inmediato de qué se trataba, sino que, en cambio, inquirió:

—¿Habéis tratado de enviar las señales a un nativo, en vez de recibirlas?

—¿Cómo? No, nadie lo ha intentado. Por un lado, no queremos que sepan que están siendo explorados. Eso afectaría su conducta. Por otro, a los medeanos no les gusta la cultura científica. Dudo que comprendiesen la idea.

—¿De veras? Con su alto índice metabólico, supongo que piensan más de prisa que nosotros.

—Eso parece, aunque no podremos calcularlo hasta que hayamos mejorado la exploración mental hasta el punto de descifrar su pensamiento verbal. Todo lo que hemos identificado hasta ahora son las impresiones sensoriales. Retrocederemos unos cien años, y tal vez alguien pueda decírnoslo.

La charla era tan académica ya, que Hugh se alegró de la aparición de un uránido. Reconoció al individuo a pesar de ser mayor de lo corriente, con su globo distendido por el hidrógeno hasta cuatro metros de diámetro. Esto tornaba el pelo ralo en su piel, y le quitaba su coraza de madreperla. Era una hembra, que resultó una visión agradable cuando pasó por las copas de los árboles, primero horizontal y después verticalmente hacia abajo. Sus tentáculos prensiles se extendían en diversas configuraciones, para ayudar a pilotar un movimiento natatorio impulsado a chorro a través del aire, por lo que apenas se merecía el nombre de «medusa voladora», aunque él ya había visto fotografías de los guerreros portugueses de la Tierra, y pensaba que eran muy bellos. Podía simpatizar con Jannika acerca de la atracción que tenía esa raza.

Se puso de pie.

—Aquí te presento a un individuo local —dijo, al tiempo que se volvía hacia Chrisoula—. Sabe muy poco inglés. Sin embargo, no esperes entender su pronunciación al momento. Es probable que haya venido a realizar un vuelo rápido antes de reunirse con su grupo para el gran asunto de esta noche.

—¿Un trueque? ¿Un intercambio? —se asombró Chrisoula.

Sí. Biallah responde a preguntas, cuenta leyendas, entona canciones, demuestra maniobras, todo lo que le pedimos. Después, nosotros tocamos música humana para ella. Usualmente, de Schönberg. Le encanta Schönberg.

Saltando por un acantilado, Erakoum espiaba a Sarhouth destacado con claridad contra Mardudek. La luna iba hacia la plenitud solar mientras cruzaba aquel brillo de fuego. Su disco quedaba reducido por el enorme cuerpo que tenía detrás, aunque, en realidad, resultaba más pequeño a la vista que el punto que también pasaba a la vista, y su helada luminosidad había quedado totalmente amortiguada antes, cuando se movió a una de las franjas que, de manera cambiante, envolvían a Mardudek. Eran más brillantes tras el anochecer, y los pensadores como Yasari creían que reflejaban la luz de los soles.

Por un instante, Erakoum estuvo fascinado por la imagen de esferas que viajaban a través de espacios ilimitados en círculos concéntricos. Esperaba llegar a ser también una pensadora. Claro que no podía serlo pronto. Todavía debía pasar por su segunda crianza, su segundo segmento a desprender y guardar; la juventud que le ayudaría a criarse, y acto seguido sería un macho, con engendramiento propio... antes de que esa necesidad terminara y llegara al tiempo de la serenidad.

Recordaba, con dolor, su primer nacimiento. El segmento tuvo un leve estremecimiento durante un corto tiempo, hasta que se tendió y murió como hacían

tantos otros, tantos... Los Voladores les habían traído esa maldición. Tenían que ser ellos, como el profeta Ildamen predicaba. Su nuevo camino hacia el oeste cuando envejecían, para no volver nunca, en vez de sumergirse y regresar a la tierra como Mardudek preconizaba, seguramente enojaba al Vigilante Rojo. Sobre el Pueblo había recaído la tarea de vengar ese pecado contra el orden natural de las cosas. La prueba residía en el hecho de que las mujeres que mataban y devoraban a un Volador poco antes de aparearse siempre desprendían segmentos sanos que proporcionaban retoños vivos.

Erakoum juró que esta noche sería una hembra.

Se detuvo a respirar y a otear el paisaje. Esos precipicios bordeaban un fiordo cuyas aguas eran más plácidas que las del océano que se extendían detrás, brillante bajo la radiación del Este. Una zona oscura era una masa de hierbas flotantes. ¿Serían las plantas de la clase con que los Voladores se alimentaban en su abominable infancia? Erakoum no podía decirlo a tanta distancia. A veces, los miembros más valerosos de su raza se habían aventurado sobre maderos, en un intento de llegar a aquellas zonas y destruirlas; pero fracasaban y, a menudo, algunos se ahogaban en las traicioneras y enormes olas.

El Oeste se elevaba abrupto, con montañas boscosas donde reinaba la oscuridad. A través de sus sombras, las centellas danzaban destellando reflejos dorados, a miles..., a millones, por toda la tierra. Eran fuegos diminutos. Durante más de cien días y cien noches habían sido, huevecillos primero, y, después, orugas, en lo más hondo de los bosques. Ahora, Sarhouth pasaba a través de Mardudek por el camino exacto que les atraía misteriosamente. Reptaban por la superficie, extendían las alas que les habían crecido, y se iban solos, lejos, con el fin de aparearse.

Antaño, eso no era más que una hermosa visión para el Pueblo. Después, vino la necesidad de matar a los Voladores..., y éstos se reunieron en enjambres para alimentar a los otros enjambres suyos. Planeando bajo, negligentes en su júbilo, se tornaron más vulnerables a la sorpresa que antes. Erakoum llevaba una jabalina con cabeza de obsidiana. Tenía otras cinco a la espalda. Algunos del Pueblo habían pasado el día tendiendo redes y trampas, que ella consideraba impracticables. Los Voladores no eran presas voladoras ordinarias. Además, ella quería llevar una lanza, derribar una víctima, hundir sus colmillos en su delgada carne..., ¡Sí, hacerlo ella misma!

La noche murmuraba en su torno. Ella absorbía los olores del suelo, cosechas, detritus, néctar, sangre, esfuerzos... El calor de Mardudek pasaba a través de una brisa helada para lavar su corteza. Unas formas apenas entrevistas, apenas oídas cuando pasaban por la maleza, eran sus compañeras. No estaban reunidas en una sola compañía, se seguían cuando se veían, pero se quedaban más o menos a corta distancia unas de otras, y la primera de ellas que divisaba a un Volador, lo indicaba con un silbido.

Erakoum estaba más separada de sus camaradas más próximas que todas las demás. Las otras temían que el rayo de luz que se reflejaba en la pequeña capsula de su cabeza las traicionase, y denunciara su presencia. Erakoum lo juzgaba poco probable, ya que el rayo era muy débil. El humano llamado Hugh le pagaba artículos comerciales para que llevara el talismán, siempre que él se lo pidiera, y después discutiera sus experiencias con él. Por su parte, en tales ocasiones, ella sentía una extraña sensación, sin parangón a nada de este mundo, y lograba nuevos conocimientos, como a través de sueños, pero más reales. Esas ganancias valían un ligero lastre en una cacería ocasional..., incluso en la cacería de esa noche.

Además..., había algo que no le había dicho a Hugh, porque éste no se lo había comentado antes a ella. Algo que estaba entre todo lo que ella aprendía sin palabras gracias a la cápsula brillante. Un Volador también llevaba una, lo que significaba que estaba en estrecho contacto con un humano.

Aquellas grotescas criaturas eran sinceras en su neutralidad en las luchas entre el Pueblo y los Voladores. Erakoum no se lo reprochaba, al contrario. Ése no era su hogar, y

no podían esperar que les importase si ese mundo quedaba asolado. Con todo, ya le habían sugerido que ellos intentarían mantener idéntica postura con los miembros de ambas razas.

Si Hugh se había mostrado ansioso de que esa noche ella estuviese bien unida a él, indudablemente, otro ser humano querría lo mismo del Volador. Para ella, sería como un júbilo especial abatir a éste. Además, buscándolo por entre un pálido rayo, en medio de los fuegos fatuos y las estrellas, podía conducirla a hallar toda una horda de enemigos. Ya más descansada, empezó a trotar tierra adentro...

Erakoum iba de caza...

Jannika Rezek siempre sentía añoranza en una tierra donde jamás había vivido.

Sus padres habían ofendido políticamente al gobierno de la Federación Danubiana. Y el gobierno les manifestó que no necesitaban ingresar en un hospital de reindocinación si voluntariamente querían representar a su país en la nave que iba a partir hacia Medea. Apenas podía llamarse elección, sino imposición. Sin embargo, su padre le contó más adelante que su último pensamiento, al sumergirse en la animación suspendida, fue de ironía al pensar que cuando despertase, ninguno de sus jueces viviría y que nadie se acordaría de cuáles habían sido sus opiniones, ni menos le importarían ya a nadie. En realidad, se habían enterado al llegar a su destino que la Federación Danubiana no existía ya.

Permanecía en pie la regla de que, excepto la tripulación, nadie podía ir en dirección opuesta. Un viaje era demasiado caro para llevar a un pasajero que aterrizara en la Tierra como un fugitivo de la historia pasada. El matrimonio hizo lo mejor que pudo con su exilio. Físicos ambos, estaban ávidos de ser recibidos en Armstrong y sus tierras agrícolas. De acuerdo con los niveles más modestos de Medea, prosperaron y, al fin, obtuvieron un raro privilegio. La población humana no estaba legalmente estabilizada. Muchos superpoblaban las zonas limitadas y adecuadas para colonias, así como los ambientes estragados y arruinados que la colonia debía estudiar. Para equilibrar los fallos reproductivos, a algunas parejas se les permitía tener tres hijos por generación. Los padres de Jannika se contaron entre dichas parejas.

Así todo el mundo, ella incluida, le dieron una niñez feliz. También altamente civilizada. En las moléculas de los carretes guardados en el Centro se hallaba almacenada casi toda la cultura de la Humanidad. La industria estaba, al fin, lo bastante desarrollada como para que las familias pudientes pudieran tener series que daban los datos holográficos y estereofónicos con todo el detalle deseable. Sus padres se aprovecharon de esto para aliviar su nostalgia, sin pensar jamás en el daño que ello podía causar a sus corazones juveniles. Jannika creció entre fantasmas vivos; las antiguas torres de Praga, la primavera en el Bôhmerwald, la Navidad en un pueblo al que los siglos sólo habían alterado ligeramente, un concierto donde la música era escuchada por un auditorio más concurrido que todos los habitantes de Armstrong, réplicas de sucesos que antaño hicieron temblar a la Tierra, canciones, poemas, libros, leyendas, cuentos de hadas... A veces, se preguntaba si se había dedicado a la xenología debido a que los uránidos eran seres luminosos, brillantes y mágicos, como en los cuentos de hadas.

Cuando Hugh había llevado a Chrisoula afuera, ella permaneció unos instantes contemplándoles. De repente, la habitación pareció presionarla, como si la ahogara. Había hecho todo lo posible para animar esa estancia por medio de colgaduras, cuadros, recuerdos... Sin embargo, estaba llena de equipo agrícola. Y ella odiaba el desorden. A él le importaba bastante menos.

De pronto, se presentó la cuestión: ¿por cuánto tiempo le seguirá importando un poco al menos? Cuando se casaron, estaban enamorados.... sí, claro, pero, incluso entonces, ella se dio cuenta de que, hasta cierto punto, se trataba de un matrimonio de conveniencia. Los dos salieron, por nombramiento, hacia una estación avanzada, donde sus probabilidades de realizar realmente una investigación significativa y original serían

mucho mayores. Preferían las parejas unidas, por la teoría de que se distraían menos en su labor que los solteros. Cuando tenían los primeros hijos, eran trasladados a una ciudad.

Ella y Hugh se pelearon respecto a eso. Las presiones sociales, observaciones, insinuaciones, el evitar el embarazoso tema..., todo les llevaba a la reproducción. Dentro de los límites de población, era deseable mantener la existencia de genes lo mayor posible. Jannika se hallaba todavía dentro de la edad de la maternidad. Hugh estaba ansioso por ser padre. Pero daba por descontado que ella mantendría el hogar, su labor burocrática, mientras él continuaba en el campo...

Tendría que reprochárselo cuando él regresara de su paseo pseudoamoroso. Jannika perdía la calma muy a menudo esos días, se mostraba demasiado suspicaz, hasta que él salía, furioso, de la cabaña, o cogía una botella de whisky y empezaba a beber. No era un mal hombre..., en la intimidad era bueno, se corrigió ella rápidamente; imprevisible en ciertos aspectos, pero de buenos sentimientos. En esa época de su vida, no podía contar con nada mejor.

Aunque... Sintió calor en las mejillas e hizo un gesto como para ahuyentar el recuerdo. Fracaso. Tenía ya dos días de antigüedad.

Tras enterarse por A`i`ach acerca del Tiempo Resplandeciente, Jannika deseó reunir especímenes de las larvas relucientes. Hasta entonces, los humanos sólo sabían que los insectoides adultos surgían a intervalos de aproximadamente un año. Si esto era importante para los habitantes de Hansonia, ella tenía que saber mucho más. Observarlo por sí misma, buscar la ayuda de Biólogos, ecólogos, químicos... Le preguntó a Piet Marais adonde tenía que ir, y él se ofreció a acompañarla.

—Debió ocurrírseme antes esta idea —rezongó él—. Viviendo en el humus, las orugas deben influir en el crecimiento de las plantas.

Se necesitaba una tierra más húmeda de la que había en Port Kato. Caminaron varios kilómetros hasta un lago. La caminata resultó cómoda, porque el denso follaje de lo alto inhibía la maleza. La blanda tierra amortiguaba las pisadas, los árboles formaban naves arqueadas, los múltiples rayos de luz pasaban a través del crepúsculo y las fragancias, moteando el terreno o destellando en alas diminutas, con un sonido como liras tañidas por una garganta invisible.

—Es delicioso —comentó Piet poco después.

Miraba su rostro, y no al frente. Jannika tuvo plena conciencia de su propia belleza rubia. Y de su juventud, se recordó a sí misma. Él tenía diez años más, aunque era un hombre educado, maduro y considerado.

—Sí —asintió ella—. Ojalá pudiera apreciarlo como usted.

—Esto no es la Tierra —discernió Piet.

Jannika comprendió que su respuesta había sido mucho menos expresiva de lo que pensaba.

—No me estaba compadeciendo de mí misma —objetó Jannika—. Por favor, no crea tal cosa. Aquí he visto belleza, fascinación y libertad... Oh, sí, somos muy dichosos en Medea. —Intentó reír—. Y en la Tierra, ¿qué habría hecho por los uránidos?

—Le gustan, ¿verdad? —inquirió él con gravedad. La joven asintió y él puso una mano en su brazo desnudo—. En usted hay mucho amor. Jannika.

La joven realizó un confuso esfuerzo para verse a través de los ojos de Piet. De estatura media, con una figura que sabía asombrosa, cabello negro, largo hasta los hombros, con hebras grises que deseaba que Hugh insistiese en que eran prematuras; pómulos altos, nariz respingona, barbilla puntiaguda, grandes ojos castaños, tez marfileña. Sin embargo, aunque Piet estaba soltero, y alguien tan atractivo no tenía porqué estar desesperado, podía conocer a chicas de la ciudad y mantener la amistad por holocomunicación. Era imposible que estuviera prendado de ella. Además, no podía corresponderle. Ciertamente, había tenido otros hombres antes— antes y después de

casarse. Pero jamás en Port Kato, donde era muy fácil tener complicaciones, y se enfureció cuando Hugh se «enredó» allí. Peor aún, sospechaba que Piet la consideraba sólo como una posible compañera para un rato de diversión. Y eso podía destruir sus vidas.

—Oh, mire —exclamó ella, separándose de su contacto para señalar un grupo de pirámides de semillas. Mientras, su cerebro acudía al rescate—. Lo había olvidado. Deseaba contárselo. Hoy me llamó el profesor al-Ghazi. Creemos haber descubierto lo que hace que esas orugas se metamorfoseen y surjan como insectoides.

—¿Eh? —parpadeó Piet—. Ignoraba que se ocuparan de eso.

—Bueno, fue una idea que se me ocurrió una vez; mi uránido especial me asombró especulando acerca de ellos. El, A'i'ach, quiero decir, me dijo que la época no es estacional, que en los trópicos no es necesario, sino que se debe a Jasón, la luna.

Había dicho el nombre porque el que los humanos empleaban en el más interno de los satélites mayores se parecía a una palabra que ellos habían adoptado, dado por los dormidos en la Zona Enrique, como una analogía al siroco.

—Dijo que las metamorfosis tienen lugar durante los tránsitos particulares de Jasón a través de Argo —continuó Jannika—. Con un intervalo de cuatrocientos años. La cifra exacta es cada ciento veintisiete días medeanos, más o menos. Los nativos tienen conciencia de los cuerpos celestes, lo mismo que en todas partes. Los uránidos convierten la metamorfosis en una fiesta, y hallan deliciosos a los insectoides. Bien eso me dio una idea, y llamé al Centro, para que me enviase una computadora astronómica. Por lo visto, yo tenía razón.

—¿Observaciones astronómicas para una oruga subterránea? —se extrañó Piet.

—Bueno, indudablemente recuerda cómo excita Jasón la actividad eléctrica de la atmósfera de Argo, como lo la de Júpiter —¡el sistema solar donde estaba la Tierra!—. En este caso, hay un efecto radiante en una de las frecuencias de radio que se generan, una especie de máser natural. Por consiguiente, dichas ondas sólo llegan a Medea cuando las dos lunas se hallan en su línea de nódulos. Y éste es el período exacto que mi amigo describía. Asimismo, la fase es la correcta.

—Pero ¿pueden detectar las orugas una señal tan débil?

—Opino que está claro que si la detectan. Por supuesto que no puedo decir cómo lo hacen sin la ayuda de los especialistas. Recuerde, no obstante, que Phrixus y Helle crean pocas interferencias. Los organismos pueden ser altamente sensitivos. ¿Sabe que se necesitan menos de cinco fotones para activar la púrpura visual de su ojo? Supongo que las ondas de Argo penetran en el suelo hasta unos centímetros de profundidad y activan una cadena de reacciones bioquímicas. Sin duda, es una reliquia evolucionada de la época en que las orbitas de Jason y Medea igualaban las estaciones con toda exactitud. Como sabe, las perturbaciones modifican los movimientos de las lunas.

—Usted es una persona extraordinaria, Jannika —observó Piet tras unos segundos de silencio.

Jannika había recuperado ya el equilibrio necesario para controlar su charla hasta llegar al lago. Allí, por un momento, volvió a sentirse estremecida.

Un bosque de helechos ocultó el lago hasta que lo hubieron atravesado y se detuvieron en una playa alfombrada con un césped semejante al musgo, de color ambarino. Sin ser tocada por el hombre en su cáliz de bosque, el agua se veía espumante, burbujeante y aromática. La vista de los suaves colores y el olor de cosas vivas no resultaba desagradable, pues eran normales en Medea, si bien también el Neusiedler See era claro y azulíneo en Danubia. El aliento silbó entre sus dientes.

—¿Qué ocurre? —Piet siguió con su mirada la de la joven—. ¿Los dormidos?

A cierta distancia, un grupo de ellos bebía. Jannika los contempló como si jamás hubiera visto a esa raza.

Un joven adulto, seguramente virgen, puesto que tenía seis piernas, se hallaba más

cerca. Del esbelto cuerpo y de larga cola se elevaba un torso de centauro, de dos brazos, hasta la cabeza con un extraño aspecto zorruno, que llegaría al pecho de Jannika. Su pellejo era de color negro azulado bajo los soles: Argo estaba oculto tras los árboles.

A cuatro patas, un trío de madres vigilaba a los ocho cachorros que tenían entre ellas. Una serie de crías mostraba con su tamaño que sus padres pronto volverían a ovular, impregnados por el acoplamiento, poco después de desprender el segundo segmento, y aguardar a que diese nacimiento al nuevo ser. Otro miembro del grupo se hallaba en esa etapa de su vida, andando sobre dos piernas, no una hembra funcional ya sino con las gónadas masculinas aún por desarrollar.

Ningún macho en edad de procrear se hallaba presente. Tales criaturas eran demasiado impulsivas, lascivas, impacientes y violentas para ser sociables. Había tres seres postsexuales, ya grises pero fuertes, protectores, con movimientos bípedos veloces, según la pauta humana, si bien lentos en comparación con la relampagueante rapidez de sus compañeros.

Todos los adultos estaban armados con lanzas de la Edad de Piedra, hachas y dagas, más los dientes carniceros de sus mandíbulas.

Se fueron casi tan pronto como Jannika los avistó, no por miedo sino porque se trataba de animales medeanos cuya química y vitalidad eran más rápidas que las suyas.

—Los dormidos —indicó la joven.

Piet la contempló unos instantes con ternura antes de contestar.

—Persiguen a sus queridos uránidos. Dice usted que esto empeorará la noche en que los insectoides surjan, al dejar de ser orugas. Pero no debe odiarlos. Están atrapados en una tragedia.

—Sí, en el problema de la esterilidad, lo sé. Mas ¿por qué arrastrar consigo a los uránidos? —Golpeó un puño contra la palma de la otra mano—. Bien, al trabajo. Recogeremos las muestras y regresaremos a casa. Por favor...

Piet se mostró muy comprensivo.

Ella ahuyentó todos sus recuerdos y después se dedicó a prepararse para la noche.

Hugh Brocket y su esposa se marcharon poco después de anochecer. Sus respectivos aparatos de vuelo despegaron con un susurro, llegaron a una altitud intermedia y trazaron círculos durante un minuto, mientras los pilotos se orientaban e intercambiaban despedidas por radio. Vistos desde abajo, reflejando el último resplandor del hundido Colchis en sus flancos, parecían un par de lágrimas.

—Buena caza, Jan.

—Oh, no digas eso...

—Lo siento —se disculpó él con una entonación rígida, y cortó la transmisión.

Seguro, había carecido de tacto, mas ¿por qué tenía ella que ser tan emocional?

No importaba. Había mucho trabajo por delante. Erakoum había prometido estar en Shipwreck Cliff a esa hora, puesto que su grupo deseaba continuar hacia el Norte por la costa desde su campamento antes de internarse tierra adentro. Por tanto, sería imprevisible su situación. Él debería entrar pronto en contacto con el transmisor de Erakoum. El aparato de Jannika desapareció en la distancia, hacia su investigación. Hugh conectó el piloto de inercia y se dispuso, con su cinturón de seguridad puesto, a controlar sus instrumentos. Era algo mecánico, ya que conocía muy bien aquello y sabía que todo estaba en orden. Merced a ello, sus pensamientos se hallaban en libertad.

El toldo ofrecía una vista maravillosa. Abajo, las montañas se extendían como masas sombrías, y se aliviaban por doquier mediante un hilo plateado que era un río o por lo abrupto de unos precipicios y las escarpaduras. El Océano Ring que dividía los hemisferios era como mercurio hacia el horizonte oriental. Al Oeste, en el cielo, el doble sol había dejado una estela tiriana. Arriba se veía una oscuridad aterciopelada cada vez más estrellada, como al compás de los latidos de su corazón. Divisó un par de lunas, lo

bastante cerca como para mostrar discos iluminados por dos lados, mohosas y blancas; reconoció lo que eran simples puntos ante sus ojos, por sus posiciones, como centinelas entre las constelaciones. En lo alto, aunque no mucho, el mar reflejaba a Argo..., no, le hacía brillar porque sus nubes superiores estaban aún a plena luz del día, con bandas resplandecientes sobre el fosco rojo. Jasón estaba próximo el tránsito, con su diámetro angular superior a veinte minutos de arco; no obstante, Hugh tardó en hallarlo en medio de aquel resplandor.

La costa entró en el radio visual. Hugh activó el detector y puso el aparato en vuelo planeado. Un indicador luminoso se puso verde; había establecido contacto. Envió el vehículo hacia arriba, unos tres kilómetros. Eso era debido, en parte, a tener que concentrarse en una alimentación encefálica de la máquina y necesitaba mucho espacio por el error de pilotaje; y, en parte, para mantenerse más allá de la vista y el oído de los nativos, a fin de que su presencia no afectara a sus acciones. Tras tomar estación, conectó y aseguró el casco receptor a su cabeza (no pesaba mucho) y lo puso en marcha. Transmitidos, amplificados, transformados, recibidos, reinducidos, cuando ocurría en el sistema nervioso de Erakoum se fundía con lo que le acontecía a él en su propio sistema nervioso.

No tardó mucho en adquirir el pleno conocimiento de la dormida. La conducción y la traducción eran demasiado primitivas. Había pasado su vida profesional consiguiendo suficiente intimidad con las especies para que, después de suma paciencia, tanta como ambos individuos podían tener durante varios años, apenas pudiese empezar a interpretar las señales que recibía. La velocidad de los procesos mentales de la nativa eran de poca ayuda, a través de repeticiones y reforzamientos, y, en cambio, casi resultaban un obstáculo. Como una tosca analogía, era como intentar seguir una conversación rápida y casi inaudible, perdiendo muchas palabras, en un lenguaje poco conocido. En realidad, nada de lo que Hugh percibía era verbal, sino que pertenecía a la vista y al oído, con un complejo de sentidos, incluyendo los interiores, como el equilibrio y el hambre, y los atisbos soñadores de los sentidos, que él no pensaba poseer.

Divisó el suelo que iba pasando, árboles, ramajes, laderas, estrellas y lunas por encima de los riscos abruptos; sentía sus variados contornos y entramados que los pies iban pisando; oía sus múltiples ruidos bajos; olía buenos aromas; las impresiones eran infinitas, la mayoría vagas y fugaces, las mejores lo bastante fuertes como para sobresaltarle y arrastrarle abajo, hacia la unión con la criatura que allí estaba.

Con mayor claridad, tal vez porque tenía las glándulas estimuladas, se hallaban la emoción y la determinación. Erakoum había salido en busca de un Volador.

Sería una noche larga, horripilante tal vez. Hugh esperaba necesitar una o dos dosis de sueño inducido. Los humanos nunca perdían los antiguos ritmos de la Tierra. Los drómidos dormitaban; los uránidos eran...

¿Soñadores?, ¿contemplativos?

A menudo, como antes, se preguntó cómo sería el informe de Jan con su nativo. Jamás podrían describir adecuadamente sus descubrimientos entre sí.

En las montañas, A'í'ach y su gente hallaron una gran cosecha de alas estrelladas. Las alturas estaban menos arboladas que las tierras bajas, lo cual era bueno ya que las presas brillantes nunca subían tanto, y abajo había una corona de bosques. El Pueblo era vulnerable al ataque de la Bestia. Allí había una gran extensión de terreno abierto, con césped poco crecido y rocosidades, todo ello diseminado entre árboles sombríos. Un barranco angosto cruzaba el mayor de los claros, un verdadero abismo de absoluta negrura.

Como una interminable lluvia de chispas, los alados bailaban, correteaban, esquivaban..., incontables, valiosos para nada salvo en el éxtasis de su acoplamiento y para el Pueblo que los devoraba. A pesar del cansancio, A'i'ach no podía resistirse, lo mismo que los demás. Se abstenía de soltar el gas en su prisa por descender, como

muchos hacían. Eso tornaba lenta la ascensión. Por eso contrajo el globo y se hundió, dejando que se expandiera ligeramente cuando las variaciones de densidad lo exigían. Tampoco soltó gas para impulsarse. Bombeando rítmicamente, su sifón actuaba junto con la brisa y zigzagueaba a lenta velocidad. No tenía prisa. Los alados eran más numerosos de los que el Enjambre podía devorar. Muchos quedarían libres para poner sus huevos para la próxima cosecha.

Entre las motas, A`i`ach inhaló el primer puñado. El sabor dulzón y cálido cantó en su carne. Se reunieron densamente a su alrededor, girando, trazando círculos concéntricos, y agitando sus coribánticos tentáculos, llenando el aire con su música, y el Pueblo olvidó toda precaución. Empezó el amor. No estaba falto de propósitos, aunque sin agua en la que sumergirse las semillas polinadas no germinarían. Todo se unían. El polvillo vital revoloteaba como humo en la radiación de Ruii; la vista, el olfato, el gusto enfebrecían aquella alegría que los alados festejaban despiertos. Una y otra vez, A`i`ach eyaculó. Él surgió de su piel y se convirtió en una célula de un solo ser divino que era un tornado de amor en sí. A veces, cuando sentía la edad en él, derivaría al Oeste a través del mar, hacia el helado Más Allá. Allí, cedería el último calor de su cuerpo y su espíritu tendría su recompensa, la Promesa obtendría lo mismo que ahora, en esa breve noche...

Se oyó un alarido. Muchas formas saltaron de los árboles al claro. A`i`ach divisó una lanza que atravesaba el globo más próximo al suyo. La sangre manó; el gas silbó, la forma se arrugó y cayó como una hoja muerta en otoño. Los tentáculos se agitaban todavía cuando una Bestia los arrancó y hundió sus colmillos en aquellos restos.

Entre la multitud y el caos, no pudo saber cuántos más murieron. La mayoría huía, elevándose lejos del alcance del misil. Los que estaban armados empezaron a arrojar sus piedras y palos. No era probable que mataran a una Bestia.

A`i`ach había relajado los músculos de su globo y ascendió con gran rapidez. A salvo, podía haberse unido al resto del Enjambre, para vagar en busca de un lugar donde reanudar la fiesta. Pero el furor y el dolor eran demasiado grandes. Una parte de sí mismo pensaba en esto: el Pueblo no se condolía demasiado de la muerte de una Persona. Y eso que llevaba, como un misterio susurrante...

¡Y llevaba el cuchillo!

Soltando gas incesantemente, dio media vuelta hacia abajo. La mayor parte de las Bestias se había desvanecido en los bosques. Quedaban algunas, devorando sus presas. Pasó a una altura que rozaba los límites de la prudencia y acechó su oportunidad. Como no podía caer como una roca, debía dirigirse hacia un individuo, después velozmente contra otro, acuchillarle, elevarse y volver a atacar.

Un débil rayo de luz surgió hacia él. Procedía de la cabeza de una Bestia que salía de las sombras, se detenía y miraba hacía arriba.

La voluntad resplandecía en A`i`ach. Más allá se hallaba el monstruo que estaba relacionado con los humanos. Si él ya había conseguido un cuchillo, ¿qué habría logrado ese ser? ¿Qué podía haber obtenido para hacer más daño? Si no otra cosa, matar debía asombrar a sus compañeros, hacerles reflexionar respecto a sus matanzas.

A`i`ach se movió para pelear. A su alrededor, los alados bailaban y se apareaban dichosamente.

Jannika tuvo que buscar durante una hora antes de establecer su contacto. Un uránido era incapaz de llegar al lugar de una cita a una hora exacta. Y el suyo le había comunicado, mientras ella le conectaba el transmisor, que su grupo solía estar en las proximidades del monte MacDonald. Jannika voló hacia allí y se sumergió en una gran oscuridad hasta que su indicador se puso verde. Tras establecer la conexión, se elevó a tres kilómetros y conectó el piloto automático para que volara en círculos. Cuando su sujeto pasaba hacia el nordeste, Jannika avanzaba al centro de su camino.

De lo contrario, estaba intentando ser su uránido. Por supuesto, eso era imposible, aunque, con gran esfuerzo, estaba aprendiendo cosas que jamás habría sabido por el

lenguaje hablado. Respuestas a cuestiones que nunca pensó en formular. Tradiciones, creencias, música, poesía, ballet aéreo, que no hubiese reconocido al observarlos desde fuera. Dentro de ella, más abajo, más oscuro, pero más poderoso, nada que pudiera poner en un informe científico: una sensación de deleites, de anhelos, de viento, de claridades, de perfumes, de nubes, de lluvia, de distancias inmensas; una sensación de lo que sería morar en el cielo. No todo completo, en absoluto, sólo unos atisbos, difíciles de recordar, los cuales, no obstante, la transportaban a un mundo nuevo, resplandeciente de maravillas.

Esta noche, la emoción quedaba multiplicada por la excitación de A'i'ach. Sus impresiones de lo que él experimentaba nunca habían sido tan poderosas ni tan agudas. Jannika flotaba entre corrientes de aire, aromas vitales y cantos, era como una gota en un océano debajo de Ruii el Poderoso: no había ningún hogar que añorar porque todo era su hogar.

El Enjambre llegó al fin sobre una nube de insectoides, y el cosmos de Jannika se tornó salvaje.

Por un momento, medio aterrada, empezó a desconectar su casco. Mas la razón volvió a su mano. Lo que estaba sucediendo era sólo un extremo de lo que ella había compartido antes. Los uránidos casi nunca comían mucho de una sola vez, y tenía un efecto intoxicante cuando lo hacían. Ella también sentía su sexualidad. A'i'ach poseía una masculinidad demasiado no terrestre para trastornarla como la hembra drómida había trastornado a Hugh cuando ella copuló y, más tarde, cuando se desprendió de sus cuartos posteriores. Esa noche, los uránidos estaban dispuestas a gozar plentamente.

Jannika se rindió a ello, *crescendo* tras *crescendo*... ¡Oh, si al menos tuviese aquí a un hombre...! Pero, no, sería diferente, borraría el sagrado esplendor, la Promesa, la Promesa...

Luego las Bestias llegaron. Y el horror surgió. Una voz extraña pregonó la venganza por su júbilo destruido.

Mientras trotaba por un risco pelado, Erakoum pensaba, con un salto de su pulso, que, al frente, divisaba un débil rayo azulado en el aire. No estaba segura por el brillo enviado desde Mardudek, pero alteró su rumbo mediante saltos. Después de saltar largo rato entre piedras y espinos, la visión desapareció. Debía tratarse de un truco de la noche, tal vez el resplandor lunar entre las brumas. Esa conclusión no atemperó su humor. ¡Todo lo de los Voladores era miserable!

Por eso, ella se hallaba detrás del resto del grupo. Las primeras noticias de las peleas le llegaron por sus chillidos.

—Ayay..., ayay, ay; ay..., —resonaba por doquier.

Ella gruñó, asustada. Tal vez llegara demasiado tarde para matar. Sin embargo, giró en aquella dirección. Si los Voladores no conseguían un viento favorable, ella lograría alcanzarles y seguirles de escondite en escondite, sin ser vista. Tal vez no irían muy lejos y ella no quedaría agotada, antes de que hallaran un nuevo grupo de insectoides y descendiesen. El aire raspaba en su gola, la ladera azotaba sus pies con piedras invisibles, pero su impulso hacía que se olvidase de todo.

Era un claro, brillantemente iluminado, aunque zigzagueado en sombras, cortado en medio por un barranco no muy hondo. Los insectos, llamados Mitos por lo pequeños que eran en realidad, mas bien semejantes a diminutos fuegos fatuos, revoloteaban por entre un bosque lóbrego, como una nube de polvo reluciente. Varias hembras estaban agazapadas en la hierba, desgarrando los restos de su presa. Las demas se habían marchado por donde los Voladores habían huido, tal como Erakoum planeó.

Se detuvo al filo de los árboles, jadeante, miro hacia lo alto y se quedo helada. La masa de Voladores iba, lenta y caóticamente, volando hacia el Oeste, pero algunos se demoraban para arrojar sus inútiles armas. Desde lo alto, una luz débil destellaba hacia arriba. Acababa de hallar lo que buscaba.

—¡Eee-aaa...! —chillo, al tiempo que se impulsaba hacia adelante y blandía su

jabalina—. ¡Ven, maldito obrero, y muere! ¡Con tu sangre le darás a mi nueva cría la vida que arrebataste a la primera!

No fue ninguna sorpresa, sino el destino, cuando la extraña forma ascendió en espiral y se aproximó. Muchos más morirían esa noche. Ella, Erakoum, había sido apresada por una Fuerza, se había convertido en instrumento del Profeta.

Agazapada, arrojó su lanza. El esfuerzo casi agotó sus músculos. La vio volar recta, como la condena que llevaba, pero su enemigo se movió y la esquivó por muy poco; de repente, él se dirigió recto hacia ella.

¡Nunca actuaban de ese modo! ¿Que resplandecía en su presa de alga?

Erakoum cogió otra jabalina de su espalda. Debía de haber salido con gran facilidad pero ésta se atascó y tuvo que tirar de ella otra vez; mientras tanto, el enemigo aumentaba de tamaño. Erakoum reconoció lo que él sujetaba: un cuchillo de fabricación humana, hecho con una hoja de obsidiana, sumamente delgada y resistente. Erakoum retrocedió. Ya tenía la lanza a punto. Sin espacio suficiente para arrojarla. Pero la arrojó.

Con júbilo loco, vio cómo chocaba la cabeza. El Volador rodó a un lado antes de ser atravesado, pero la sangre y el gas surgieron a un tiempo de una herida en su pálido semblante.

El enemigo avanzó hasta entrar en la guardia de Erakoum. El cuchillo brilló y brilló. Erakoum sintió los golpes, pero no dolor. Dejó caer la otra lanza que había cogido, batió los brazos y abrió la mandíbula. Los dientes se clavaron en la carne. Por su boca y su garganta se vertió un chorro de energía.

De repente, el terreno ya no estuvo bajo sus pies traseros. Cayó, buscó un asidero con sus pies anteriores y sus manos, lo perdió, y rodó. Cuando chocó con el costado del barranco, siguió rodando entre crueles tocones. Tuvo una fugaz visión del cielo, las estrellas, los Mitos, y el Volador, iluminado por Mardudek, que huía sangrando. Después, sólo sintió la nada...

La gente de Port Kato se preguntó que habría traído a Jannika Rezek y a Hugh Brocket tan pronto y tan agitados a su hogar. Ellos eludieron las preguntas y corrieron hacia la cabaña. La puerta resonó a sus espaldas. Un minuto más tarde, la luz de sus ventanas se apagó.

Se contemplaron mutuamente durante cierto tiempo. La familiar habitación carecía de comodidades: la iluminación resultaba dura para los ojos humanos; el aire procedente del bosque no tenía vida; los débiles ruidos de la colonia espesaban el silencio del interior.

Al fin, Hugh meneó la cabeza y se volvió hacia ella.

—Erakoum ha muerto. Ha muerto —musitó—. ¿Cómo podré entenderlo nunca?

—¿Estás seguro? —susurró ella.

—Yo... sentía cómo su mente se cerraba... Fue como un golpe en mi cráneo..., pero tú estabas tan ensimismada con tu uránido...

—¡A'i'ach está herido! y su gente nada sabe de medicina. Si no hubieses estado como loco hasta que decidí que debía llamarte para que regresaras conmigo antes de que se estrellase tu aparato...

Jannika se interrumpió, tragó con dificultad y abrió los puños. —Bueno —logró articular al fin—, el mal está hecho ya y aquí nos hallamos. ¿Intentamos razonar acerca de ello? ¿Intentamos descubrir dónde nos equivocamos y cómo impedir otro, o no?

—Sí, claro. —Hugh se dirigió a la despensa—. ¿Quieres un trago?

—Vino —pidió ella, al cabo de una corta vacilación.

Hugh le llevó una copa. En la mano derecha sostenía un vaso lleno de whisky, que empezó a beber al momento.

—Lamento la muerte de Erakoum —murmuro.

Jannika se sentó.

—Sí, y yo lamento que A'i'ach sufra una herida que pudo ser mortal. Siéntate, ¿quieres?

Hugh obedeció y tomó asiento pesadamente, frente a ella. Cada uno empezó a beber de su copa respectiva. Los recién llegados a Medea siempre decían que el vino y los licores destilados sabían de modo más peculiar que la comida. Un poeta se había servido de esta observación para componer un verso emocionante sobre el aislamiento. Cuando el verso fue radiado a la Tierra como parte del noticiario, llegó la respuesta al cabo de un siglo, asegurando que nadie podía imaginarse que veían los colonos en ello.

Hugh cuadró los hombros.

—De acuerdo —gruñó—. Deberíamos comparar nuestras notas antes de empezar a olvidarlo todo, y tal vez repetir la comparación mañana, cuando hayamos tenido ocasión de meditar.

Alargó la mano hacia la grabadora y la conectó. Al iniciarse la frase de identificación, el tono se tornó monótono.

—Esto también es mejor para nosotros —observó Jannika—. El trabajo y las ideas lógicas ahuyentan las pesadillas.

—Lo cual es absolutamente... ¡De acuerdo! —Hugh recupero parte de su vigor—. Tratemos de reconstruir lo sucedido.

—Los uránidos iban tras los insectoides y los drómidos detrás de los uránidos. Tú y yo fuimos testigos de un encuentro. Por supuesto, habíamos esperado que no hubiera pelea, y supongo que incluso rogaste por ello, ¿verdad?; pero sabíamos que habría lucha en multitud de sitios. Lo que nos asombró fue que nuestros nativos se pelearon, estando en contacto con nosotros.

Jannika se mordió los labios. —Mucho peor todavía —continuó ella—. Los dos se buscaban. No fue un encuentro casual, sino un duelo. —Levantó la mirada—. Tú no le dijiste nunca a Erakoum, ni a ningún drómido que estábamos relacionados con un uránido, ¿cierto?

—No, por supuesto que no. Ni le dirías nada a tu uránido de mis relaciones con la drómida. Los dos sabemos que no debíamos meter esa variación en un programa como éste.

—Y el resto del personal de la estación posee un vocabulario excesivamente limitado en ambos lenguajes. Muy bien. Pero puedo decirte lo que A'i'ach sabía. No me entere de ello hasta que la pelea empezó. Entonces, llegó a la parte delantera de mi mente, me lo grito, no con palabras pero de manera inequívoca..

—Sí, más o menos, lo mismo me sucedió con Erakoum.

—Admitamos que nosotros no lo queríamos, Hugh. No recibíamos de ellos sino que les radiábamos nosotros. Nosotros les transmitíamos.

Hugh levantó un puño inofensivo.

—¿Qué diablos podía contener un mensaje de vuelta?

—Si no otra cosa, el rayo radiado que nos unía con los sujetos. Modulación inducida. Lo sabemos por el ejemplo de las larvas insectoides... y sin duda hay otros casos de los que nunca hemos oído hablar... ¿Cómo es posible conocer por completo a todo un mundo? Sabemos que los organismos medeanos pueden ser extremadamente ultrasensibles por radio...

—Hum..., sí, la enorme velocidad de los animales de Medea, las moléculas clave más lábiles que los compuestos correspondientes en nosotros... ¡Eh, aguarda! Ni Erakoum ni A'i'ach tenían más que unos rudimentarios conocimientos de inglés. Y, desde luego, nada de checo, que, según me dijiste, es en lo que sueles pensar siempre. Además, fíjate en el esfuerzo que tuvimos que hacer antes de sintonizar con ellos, pese a todo lo aprendido en el continente. No tenían ningún motivo para hacer lo mismo, ninguna idea de un método científico. Con toda seguridad, supusieron que sólo era un capricho o algo de magia... En fin,

algo por lo que nosotros deseábamos que llevaran esos objetos.

Jannika se encogió de hombros.

—Tal vez cuando estábamos conectados con ellos pensábamos en sus lenguajes más de lo que creíamos. Y los pensamientos de esas dos especies medeanas son más rápidos que los humanos, y observan, y aprenden más de prisa también. Sea como fuere, yo no diría que su contacto con nosotros fue tan bueno como el nuestro con ellos. Por otra parte, tiene mucha menos anchura de banda. Es probable que lo captado de nosotros fuera subliminal.

—Supongo que tienes razón —suspiró Hugh—. Tendremos que meter a los ingenieros electrónicos y a los neurólogos en este problema, puesto que no se me ocurre ninguna explicación mejor que la tuya.

Se inclinó hacia adelante. La energía que vibraba en su voz se volvió helada.

—Bien, intentemos encarar las cosas en este contexto, por lo que podemos tener un atisbo de la clase de información que los nativos recibían de nosotros. Y estudiemos una vez más por qué los drómidos y los uránidos están en guerra. Básicamente, los drómidos han sido casi exterminados, y de ello acusan a los uránidos. ¿No podría ser culpa de Port Kato?

—No creo —exclamó Jannika, estupefacta—. Ya conoces las precauciones adoptadas.

—Pensaba en la contaminación psicológica —sonrió Hugh sin ninguna alegría.

—¿Qué? ¡Imposible! En ningún lugar de Medea...

—Calla, ¿quieres? —gritó él—. Intento recordar lo que obtuve de mi amiga, a la que tu amigo mató.

Jannika casi se levantó de la silla, muy pálida, pero volvió a sentarse. Esperó. La copa de vino temblaba en su mano.

—Siempre has hablado de lo amables, gentiles y estéticos que son los uranidos —continuó él—. Desfallecía por la hermosa y nueva fe local que habían adquirido... el vuelo a Farside, la muerte digna, el Nirvana, y olvidé que más. Al diablo con los estúpidos drómidos. Los drómidos no son mas que unos idiotas que hacen instrumentos y encienden fuego, cazan, cuidan a sus crías, viven en comunidades, crean arte y filosofía, igual que los humanos. ¿Cómo puede interesarte esto?

»Bien, permite que te diga lo que ya te comenté antes: los drómidos son creyentes también. Si los comparamos, su fe es más fuerte que la de los uránidos. Siguen queriendo darle un sentido al mundo. ¿No puedes simpatizar un poco con ellos?

»De acuerdo, sienten un enorme respeto por la bondad de las cosas. Cuando algo sale malo o se rompe, cuando se comete un gran crimen o un pecado o una vergüenza..., todo el mundo se conduele. Si el mal no se cambia en bien, todo se derrumba. Y esto es lo que creen en Hansonia, aunque ignoro cómo han llegado a sostener estas verdades.

»Los uránidos nunca prestaron mucha atención a los drómidos del suelo, mas esto no era simétrico. Los uránidos son tan conspicuos como Argo, Colchis, cualquier parte de la naturaleza. A los ojos de los drómidos, también ellos tienen sus lugares y sus ciclos bien ordenados.

»Y, de repente, los uránidos cambian. No caen al suelo cuando mueren, el sitio donde hay que reposar, donde se supone que existe la vida... Oh, no, se dirigen al Oeste, por encima del océano, hacia un lugar ignoto donde los soles descienden cada noche. ¿No comprendes que esto debe ser considerado como antinatural? Como si un árbol caminase o un cadáver resucitase. Y no se trata de un incidente aislado; no, sino que sucede año tras año...

»¿Aborto psicosomático? ¿Cómo podemos saberlo? Lo que si puedo afirmar es que los drómidos se sienten como ahogados por lo que los uránidos hacen. Y por muy ridículo que esto parezca, les duele.

Jannika se puso en pie y su copa se estrelló en el suelo.

—¿Ridículo? —gritó—. Ese *Tao*, esa visión... No es ridícula, eso era lo que tu..., tu drómida creía, pero eso les hacía atacar a seres inocentes y devorarles... ¡Ojalá esos

seres queden exterminados pronto!

Hugh también se había levantado de la silla.

—A ti no te importan las crías muriéndose... Oh, no, claro que no —replicó—. ¿Que sentido de la maternidad tienes tú? Es como el de un globo: liberarse, esparcir las semillas, olvidarlo, florecer y desparramarse, y el Enjambre lo adoptara, nada importa aparte de tu placer.

—Oh, tú..., tú... —se burló ella—. ¿Acaso deseas que yo sea madre? La mano de Hugh avanzó hacia ella. Jannika apenas logró esquivar el golpe; trémulos, permanecieron donde estaban.

Hugh intentó hablar y fracasó. Tomó un sorbo de whisky.

—Hugh —murmuró ella al cabo de un minuto—, nuestros nativos están recibiendo mensajes nuestros. No verbales. Inconscientes. ¿A través de ellos —casi se ahogaba—, estábamos buscando que se matasen uno al otro?

Hugh jadeó hasta que dejó el vaso, con un gesto de autómeta, y tendió los brazos hacia ella.

—Oh, no, no, no... —gritó.

Jannika fue hacia él.

Y ambos se dirigieron a la cama. Y, entonces, él no pudo hacer nada. El botiquín contenía un remedio para eso, mas lo que siguió hubiera podido ocurrir entre un par de máquinas. Al fin, ella empezó a llorar y él volvió a beber una vez más.

El viento la despertó. Permaneció escuchando cómo resonaba en las paredes. El sueño huyó de ella. Abrió los ojos y consultó el reloj. La esfera luminosa le dijo que eran más de las tres. Ya podía levantarse. Tal vez lograra que Hugh se sintiera mejor.

La habitación central seguía iluminada. Hugh dormía despatarrado en un sillón, con una botella al lado. Cuan profundas eran las arrugas de su rostro.

Qué fuerte soplabla el viento... Tal vez se trataba del frente tormentoso en el mar, anunciado por el servicio meteorológico que habría tomado otra dirección. La meteorología medeana no era una ciencia exacta aún. Pobres uránidos, con su fiesta interrumpida, diseminados, y hasta en grave peligro. Normalmente, podían volar en una galerna, aunque algunos corriesen al desastre, heridos por el rayo o lanzados contra un acantilado, o desesperadamente enredados en la copa de un árbol. Los enfermos y los heridos sufrirían más.

A'i'ach.

Jannika apretó los párpados y se esforzó por recordar cuán gravemente herido estaba. Mas todo fue tan confuso y terrible... Hugh distrajo su atención; y, mucho antes, ella había estado fuera del alcance transmisor. Además, ni el mismo A'i'ach podía saber cuál era su propio estado. Tal vez no fuese grave. O tal vez sí. Incluso podía haber muerto, o estar agonizando, o condenado a morir si no conseguía ayuda.

Ella era la responsable..., tal vez no culpable, según una definición moralista, pero sí responsable.

Cristalizó su resolución. Si el tiempo no lo impedía, saldría en su busca.

¿Sola? Sí, Hugh protestaría, tal vez trataría de prohibírselo a la fuerza. Grabó unas palabras para él, mientras se preguntaba si sonaban bastante impersonales, y decidió no componer nada más afectuoso. Sí, deseaba una reconciliación y suponía que él también, pero no se rebajaría. Se vistió con ropa de campaña, añadió una chaqueta en cuyos bolsillos metió unas tabletas alimenticias y salió.

El viento la zarandó, como un torrente impetuoso. Las nubes corrían muy bajas y espesas, teñidas de rojo donde Argo brillaba entre ellas. El planeta gigante parecía volar entre velos de bruma. El polvo se arremolinaba entre las cabañas, y se pegaba a su piel. No había nadie allí fuera.

En el hangar, escuchó el último parte. Bastante malo, amedrentador. (Y si se estrellaba, ¿sería una gran pérdida para ella misma y para los demás?)

—Regreso a mi zona de estudios —informó al mecánico.

Cuando éste intentó disuadirla, ella empuñó la palanca. Respondió, tajante, algo que no le gustaba hacer pero lo había aprendido de los fantasmas danubianos.

—Sin discusiones. Procure orientarme en el camino y présteme ayuda si la necesito. Es una orden.

El aparato tembló y tamborileó sobre el suelo. El despegue precisó de mucha habilidad, pues una ráfaga estuvo a punto de hacerlo volcar; pero, una vez en el aire, el vehículo voló adecuadamente. Al elevarse por encima del banco de nubes, vio que se mecían como el mar. Argo parecía una montaña en retroceso, y las dos lunas destellaban más arriba. Hacia el Norte reinaba una oscuridad más profunda, más alta: el frente tormentoso. El tiempo empeoraría en las próximas horas. Si no regresaba pronto, tendría que aguardar a que la tormenta pasara.

El vuelo hasta el campo de batalla fue rápido. Cuando el piloto de inercia la hubo llevado allí, dio varias vueltas, se puso el casco y activó el sistema. Su pulso se aceleró y se le secó la boca.

—A`i`ach —jadeó—, vive, por favor, vive...

La luz verde se encendió. Al menos, el transmisor existía. ¿Y él? Tenía que ponerse en contacto...

Una debilidad, un dolor, el rumor de unas hojas al crujir, de ramas movidas...

—Resiste, A`i`ach..., ya llego... Voy a descender...

Un salto de júbilo. Sí, ya le veía.

Aterrizar resultaría arriesgado. El aparato poseía una capacidad vertical, buen radar y excelente sonar, un ordenador y aparatos para realizar todas las maniobras necesarias. Sin embargo, el claro de abajo no era grande, sino como una grieta en medio, y si bien el bosque que lo rodeaba era un buen parabrisas, habría corrientes y contracorrientes.

—¡Dios mío, me encomiendo en Tus manos! —rezó, y se preguntó, al igual que tantas otras veces, cómo Hugh soportaba su ateísmo.

Bien, si se demoraba perdería todo su valor. ¡Abajo!

El descenso fue más peligroso de lo que esperaba. Primero, las nubes eran un tornado, y, de repente, se encontró en el centro, zarandeada por unas ráfagas furiosas. Luego, divisó las copas de los árboles, que subían hacia ella. El aparato rodó, rechinó, se desvió. ¿Habría sido una verdadera estúpida? En realidad, no quería perder la vida...

Durante unos minutos estuvo sentada, sin energías. Cuando se estremeció, sintió todo el cuerpo dolorido por la tensión. Pero la herida de A`i`ach estaba en ella. Invocada por su necesidad, se desciñó el cinturón y saltó fuera.

El clamor era inmenso en la negra empalizada de árboles que la rodeaba, con gruñidos de ramas, y sus coronas copudas enfurecidas; pero abajo, en el suelo, el aire, aunque incansable, estaba más sosegado, casi cálido. Argo, invisible, enrojecía a las nubes, que arrojaban un resplandor tal que hacía innecesaria la linterna. No halló rastros de los uránidos asesinados. Bien, no tenían huesos, por lo que los drómidos debieron devorar hasta los últimos restos de carne. Vaya superstición tan horrorosa... ¿Dónde estaba A`i`ach?

Lo encontró tras una penosa búsqueda. Yacía detrás de un arbusto espinoso, en el que había engarfiado sus tentáculos para mayor seguridad. Su cuerpo estaba deshinchado al máximo, como un saco vacío, pero sus ojos brillaban y podía hablar con el lenguaje estridente de su pueblo, que a ella le parecía ya muy melodioso.

—Que el júbilo descienda en ti. Jamás hubiera esperado tal advenimiento. Seas bienvenida. Esto está tan solitario...

Se estremeció al pronunciar la última palabra. Los uránidos no soportaban verse separados de su Enjambre. Algunos xenólogos creían que la conciencia era en ellos más colectiva que individual. Jannika rechazaba esta idea, a menos que se aplicase a las diferentes especies descubiertas en ciertas zonas de Nearside. A`i`ach tenía un alma

propia.

Jannika se arrodilló.

—¿Cómo estas?

Apenas podía hablar mejor que él aquel lenguaje, pero si sabía interpretarlo.

—No demasiado enfermo, ahora que tu estas tan cerca. He perdido sangre y gas, pero las heridas se han cerrado. Débil, me guarecí en un árbol hasta que la Bestia se marchó. Mientras tanto, el viento comenzó a soplar. Pensé que lo mejor era no ser arrastrado por él en mi estado. Pero no podía quedarme en el árbol. Una ráfaga me habría derribado de allí. Por lo tanto, solté el resto del gas y vine a este refugio.

Era mas que una simple declaración. Sus palabras contenían algo mas de lo que expresaban. La denotación era lacónica, estoica; las connotaciones, no. A'i'ach necesitaría un día al menos para generar suficiente hidrógeno para el ascenso, según el alimento que pudiera metabolizar en su mal estado, a menos que un carnívoro lo encontrara antes, cosa probable. Jannika se imaginó cuantos sufrimientos, temores y desdichas se habrían abatido sobre ella de haber llevado el casco.

Recogió la flácida forma en sus brazos. Pesaba poco. Esta caliente y era sedoso al tacto. Colaboró con ella cuanto pudo. Era igual, ya que una parte de su cuerpo se arrastraba por el suelo, lo que debía resultarle muy molesto.

Jannika tuvo que mostrarse más ruda aún, izándole por los pliegues de la piel, cuando le introdujo en el aparato. No había mucho sitio, y el uránido se quedó como un fardo en la sección trasera. En lugar de disculparse cuando él se quejaba o murmuraba algo, Jannika canturreó. El no comprendía las antiguas palabras de la Tierra, pero le gustaban las melodías y comprendía su significado.

Jannika tenía el aparato equipado para una urgencia medica a los nativos, cosa que había tenido que llevar a cabo otras veces. Las heridas de A'i'ach no eran profundas, porque casi todo su cuerpo no parecía mas que un saco; sin embargo, era un saco desgarrado en diversos lugares y, aunque sus heridas podían cerrarse por si mismas, volar volvería a abrirlas a menos que obtuviesen un reforzante. Tras aplicar un anestésico local y antibióticos, algo que había aprendido cuando estudio bioquímica en Medea, suturó las heridas.

—Bien, ya puedes descansar —murmuro después, empapada en sudor y llena de calambres—. Mas tarde, te pondré una inyección de gas y, si quieres, podrás elevarte de inmediato. Sin embargo, opino que será mejor esperar el fin de esta galerna.

Un humano hubiera dicho: «Esto es muy estrecho».

—Si, sé lo que piensas, pero... A'i'ach, deja que me ponga el casco —dijo ella—. Con ello, nuestros espíritus se unirán, tal como estaban antes. Tus dolores tal vez distraigan tu mente. Y, a tan corta distancia, y dados nuestros conocimientos... —se estremeció—, ¿qué no podemos descubrir?

—Si, bien —asintió él—. Podemos gozar unas experiencias únicas. El concepto de descubrir algo por su propio bien le resultaba extraño..., pero su búsqueda de placeres iba mas allá del hedonismo. Anhelante a pesar de su fatiga, Jannika tomó asiento y maniobró en los mandos. El receptor de radio, siempre abierto al transportador de banda normal, escogió aquel momento para zumar.

Argo, en oriente, resplandecía en el muro tormentoso del norte, cercano, relampagueante. Abajo, las nubes rodaban entre tonos rojos y negros. El viento aullaba. El aparato de Hugh se balanceaba y traqueteaba. A pesar del calorífero, el frío se filtraba por el toldo, como empujado por la luz de las estrellas y las lunas.

—Jan, ¿estás ahí? —llamó—. ¿Estás bien?

—¿Hugh? —la voz de ella fue como una estocada—. Hugh, ¿eres tú, querido?

—Si, claro, ¿a quien diablos esperabas? Me desperté, oí tu mensaje y... ¿Te encuentras bien?.

—A salvo. Pero no me atrevo a despegar con este tiempo. Y tú no debes intentar el aterrizaje, pues ahora sería demasiado peligroso. Tampoco debes quedarte por ahí... Querido, *rostomily* que vinieras.

—Por Judas sacerdote, cariño, ¿cómo podía dejar de venir? Dime qué ha sucedido.

Ella se lo contó. Al fin, él asintió con una cabeza que todavía le dolía un poco por el licor, a pesar de una tableta de neodolor.

—Bien —aprobó—. Aguarda a que el viento se calme, bombea aire en tu amigo y vuelve a casa. —De pronto, tuvo de nuevo en el cerebro la idea que le había estado atormentando—. Hum..., me pregunto... ¿Crees que podría bajar a ese barranco y recuperar la unidad de Erakoum? Ya sabes que esos aparatos escasean. —Una pausa— Y tal vez sería demasiado pedirle que le arrojase un poco de tierra encima.

—Yo puedo hacerlo —concedió Jannika, con tono compasivo.

—No, tú no. Obtuve una impresión clara de Erakoum cayendo, antes de partirse el cráneo o lo que fuese. Nadie puede descender allí sin una cuerda bien amarrada en lo alto. Sería imposible el regreso. Incluso con una cuerda, resultaría sumamente peligroso. Los compañeros de Erakoum no lo intentaron, ¿verdad?

—Se lo pediré —accedió ella a regañadientes—. Tal vez sea pedirle demasiado. ¿Se trata de la unidad funcional?

—Hum..., sí. Será mejor que lo compruebe antes. Volveré a llamar dentro de dos o tres minutos. Te amo.

La amaba, y lo sabía, como sabía que, a menudo, ella le hacía rabiar. La idea de que, en lo más hondo de su ser, él hubiese podido desearle la muerte, había de nacer todavía. La habría seguido a través de una tempestad peor que ésa, sólo para negarlo.

Bueno, podría regresar a casa con la conciencia satisfecha y esperar la llegada de Jannika, tras lo cual... ¿qué? La incertidumbre le mantenía vacío.

Su instrumento se puso verde. Bien, el botón de Erakoum estaba transmitiendo, o sea, que no se hallaba dañado y valía la pena rescatarlo. Si sólo ella...

Se puso más tenso. El aire raspaba sus pulmones. ¿Sabía acaso si estaba muerta?

Se bajó el casco hasta las sienes. Las manos le temblaban y le impedían efectuar sus conexiones debidamente. Apretó el botón. Deseaba percibir...

El dolor se retorció como cables al rojo vivo, y la fuerza disminuía, disminuía, mientras oleadas de la nada afluían más a menudo; sin embargo, Erakoum resistía. La grieta de cielo que podía ver desde donde yacía, incapaz de arrastrarse más, estaba llena de viento... Se estremeció al recobrar todo el conocimiento. De nuevo, intuía la presencia de Hugh...

—Los huesos rotos se sienten así. Pérdida abundante de sangre. Morirá dentro de unas horas. A menos que se le preste un socorro de urgencia. Jan. Después, deberá permanecer inmóvil hasta que la llevemos a Port Kato para un examen completo.

—Oh, yo puedo coser, vendar y entablillar, sí. Y el neodolor es un analgésico estimulante para los drómidos, ¿verdad? Y, simplemente, un vaso de agua puede significar toda una diferencia; debe de estar deshidratada. Mas ¿cómo llegar hasta ella?

—Tu uránido podía elevarse, después de inflarlo.

—¡Habla en serio! A` i'ach está herido, convaleciente..., ¡Y Erakoum intentó matarle!

—Eso fue mutuo.

—Bueno...

—Jan, no voy a abandonarla. Ha caído en una tumba, ella que gustaba de correr libremente, y su conexión conmigo significa para ella mucho más de lo que yo hubiera podido imaginar. Me quedare hasta que está a salvo o hasta que muera.

—No. Hugh, no debes quedarte. La tormenta...

—No intento chantajearte, querida. En realidad, ni siquiera le reprocharé a tu uránido que se niegue a salvarla. Pero no puedo abandonar a Erakoum. Además, no quiero.

—Yo... yo he aprendido algo de ti... Lo intentaré.

A'i'ach no comprendía a su Jannika. Era increíble que ayudar a una Bestia pudiera servir para traerles la paz. Esa criatura no era mas que una asesina; no obstante, en otros tiempos no habían tenido diferencias con las Bestias; en otros tiempos eran unos animales muy interesantes, que divertían al Pueblo. El mismo recordaba canciones acerca de su fugacidad y sus fuegos. En aquellos días perdidos, les llamaban los Bailarines de las Llamas.

No veía muy claro en su espíritu por que había cedido ante sus ruegos. Probablemente, ella le había salvado la vida, poniendo la suya en peligro. Y esa idea, nueva para él, era sumamente poderosa. Deseaba mantener su unión con ella, lo cual enriquecía a su mundo, por lo que vacilaba en negarse a una petición tan urgente como aquella. A través de la unión con el casco de Jannika, creía sentir lo mismo que ella cuando le brotaba agua de los ojos.

—Deseo borrar lo que hice...

Y esa clase de sentimiento era trascendente, como el Tiempo Resplandeciente, y eso fue lo que le decidió al fin.

Jannika le ayudó desde el aparato que ella llevaba, y le inserto un tubo. Por este, él absorbió el gas, como una ráfaga de vida renovada. Sus heridas le escocieron cuando el globo se expandió, pero logro ignorarlas.

Necesitaba el peso de ella como anclaje para llegar al fondo del barranco. Con los dedos y los tentáculos entrelazados, estuvieron, pese a ello, a punto de ser transportados lejos por el viento. Si hubiese estado completamente inflado, habría podido levantarla. El aire acosaba y ululaba, como si quisiera apoderarse de el, y deseara arrojarle contra los espinos... ¡Ah, que horrible era aquel terreno!

Y peor aun descender mas abajo. Se hallaba presa de una emoción desconocida. De haber estado ella en conexión con él, podría haberle explicado que significaba la palabra inglesa «terror». Un humano o un drómido que lo experimentara habría retrocedido ante aquel abismo.

A'i'ach se esforzó por impulsarse hacia adelante, porque eso también lo sacaba fuera de sí mismo.

En el borde, ella ciñó los brazos en torno a él, y posó su boca junto a su pellejo.

—Buena suerte, querido A'i'ach, querido y valiente A'i'ach, buena suerte. Dios te guarde.

Eran ésos los ruidos que ella hacía con su lenguaje. Tampoco conocía el gesto.

Un cilindro que ella le dio daba un potente rayo de luz. A'i'ach divisó la escarpada ladera que descendía ante él, y pensó que si se sentía arrojado contra la misma todo habría terminado. Después, su espíritu emprendería un espantoso viaje, sin cuerpo para guarecerse, antes de llegar al Más Allá... si llegaba, y antes no quedaba destrozado y sus restos esparcidos. Rápidamente, antes de que el aire caliente le chamuscara, se tiró desde el reborde. Se contrajo. Se hundió.

El miedo, cuando la oscuridad y los muros se cerraron sobre él, le hizo sentir como con la mayor borrachera de su vida. En su interior, se sentía incandescentemente sabio. Sí. el humano le había transportado a cielos muy extraños.

A través de la humedad, captó un olor más fuerte. Derivó hacia allí. Su rayo de luz divisó a la Bestia, que yacía en el agudo talud, jadeando y muy abiertos los ojos. Usó los propulsores y el sifón para colocarse fuera de su alcance y dijo en el inglés que sabía:

—He venido a sacarte de aquí.

Desde las profundidades de su tumba, Erakoum miró al Volador. Apenas le discernía, como una enorme luna pálida detrás de un resplandor luminoso. El asombro fue inmenso. ¿La había perseguido su enemigo con malas intenciones?

¡Bueno! Moriría luchando, no con el tormento que ahora la destrozaba.

—¡Ven a luchar! —gritó con tono ronco.

Si al menos pudiera hundir sus dientes en él, lamería su sangre. El recuerdo de aquel sabor era como un relámpago dulce. Durante el tiempo en que ella se negaba a terminar, había pensado que ya estaría muerta de no haber bebido aquellas gotas.

Pero las energías habían desaparecido. Se estremeció, y buscó una postura defensiva. La agonía la atravesó, seguida por la noche.

Cuando volvió en sí, el Volador seguía esperando. En medio del zumbido de sus oídos, oyó la misma frase:

—He venido a sacarte de aquí...

¿Lenguaje humano? Ése era el ser que los humanos favorecían lo mismo que a ella. Tenía que ser él, aunque el rayo de su cabeza estaba oculto por el rayo de sus tentáculos.

*¿Podía Hugh haber estado unido a la vez con ambos?*

Erakoum luchó para formar unas silabas que no tenían ningún significado para su boca y su garganta.

—¿Por que has venido? Vete, no te acerques, vete. El Volador dio una respuesta. Ella no le entendía a él, igual que él no le entendía a ella. Debía de haber bajado para asegurarse de su muerte, o solo para burlarse mientras muriese. Erakoum trato de coger una lanza. Si pudiese arrojar...

Desde el lugar desconocido donde el alma de Hugh moraba, ella lo comprendió de repente: deseaba salvarla.

Imposible. Pero... ahí estaba el Volador. Casi delirando, Erakoum recordaba que los Voladores no solían ser tan pacientes.

¿Que otra cosa podía sucederle, mas que la muerte? Se tendió de espaldas sobre las duras rocas. Bien, que el Volador la exterminase o que fuese su Mardudek. Había hallado el valor de rendirse.

La figura planeo. El pelo de Erakoum experimentaba pequeñas ráfagas, y pensó difusamente que este debía de ser también un sitio difícil para él. El lenguaje era tartamudeante, balbuciente. Estaba tratando de explicarle algo, pero ella se sentía demasiado dolorida y cansada para escucharle. Cruzó las manos en su hocico. ¿Apreciaría él el gesto?

Tal vez. Vacilando, él se aproximó. Erakoum se mantuvo inmóvil. Inmóvil, incluso cuando los tentáculos de A'i'ach la rozaron.

Después, se deslizaron en torno a su cuerpo, y apretó. En medio de la bruma de su dolor, vio como se hinchaba. Pretendía elevarla..., ¿tal vez hasta Hugh?

Cuando él subió, sus heridas se abrieron y ella chilló antes de desmayarse.

Al recobrar el conocimiento, se encontró tendida sobre un rincón herboso, bajo un cielo rojizo. Un humano se hallaba inclinado sobre ella, y hablaba hacia una caja pequeña que contestaba con la voz de Hugh. Detrás, el Volador yacía encogido, asido a unas matas. La tormenta aullaba y caían las primeras gotas de agua.

Al modo oculto de los cazadores, ella comprendió que se estaba muriendo. El humano podría curar los cortes y las cuchilladas, mas no podía devolverle lo perdido.

El recuerdo., ¿que había oído decir..., que había saboreado brevemente? «La sangre del Volador. Esto me salvara. La sangre del Volador, si me la da.»

No estaba segura de haber hablado o haberlo soñado. Volvió a sumirse en la oscuridad.

Cuando se recobro de nuevo, el Volador estaba a su lado, la protegía contra el viento. El humano usaba cuidadosamente un cuchillo en un tentáculo. El Volador colocó el tentáculo entre los colmillos de Erakoum. Cuando la plena violencia del viento comenzó, ella bebió...

Un doble orto siempre era algo encantador.

Jannika había demorado darle la noticia a Hugh. Deseaba sorprenderle, mejor después de que su ansiedad respecto a su drómida ya hubiera pasado. Bueno, sí había pasado. Erakoum estaría hospitalizada varios días en Port Kato, lo cual sería una experiencia muy interesante para todos los implicados en el caso, y se curaría muy bien. A'ich se había reunido también con su Enjambre.

Cuando Hugh se despertó tras dormir el agotamiento que siguió a su vigilia al lado de la cama de Erakoum, Jannika le propuso una excursión al amanecer, y se sintió conmovida al ver que él accedía al instante. Volaron a un lugar conocido, un acantilado sobre el mar, y comieron y se sentaron en muda contemplación.

Al principio, Argo, las estrellas y un par de lunas eran sólo unas luces. Poco a poco, el cielo resplandeció, el océano rieló de plata bajo el azul, y Phrixus y Helle giraron en torno al gran planeta. El aire llevaba varios cánticos, entre un aroma de flores silvestres, semejantes a las violetas.

—Tengo noticias del Centro —declaró ella, asiendo la mano de Hugh—. Es definitivo. La química pronto quedará al descubierto, gracias al efecto revitalizante de la sangre en Erakoum.

—¿Cómo? —preguntó él, mirándola.

—Deficiencia de manganeso —continuó Jannika—. Un elemento perdido en la biología de Medea, pero vital, en especial para los drómidos y su reproducción, y también para los uránidos, que lo concentran densamente. Hansonia tiene muy poco. Los uránidos van a morir a oriente, lo que quita un significativo porcentaje a la ecología. La respuesta es simple. No tenemos que cambiar las creencias uránidas. De momento, podemos sintetizar una provisión de manganeso para los drómidos. A la larga, lo extraeremos de aquí y lo esparciremos como polvillo por la isla. Tus amigos vivirán, Hugh.

Éste permaneció algún tiempo en silencio. Luego, ante la sorpresa de ella, ese hijo de minero cantó: «Es magnífico. Una solución de ingeniería. Pero la amargura no desaparece en un instante. El final no será tan feliz rápidamente. Quizá ni tú ni yo lo veremos. Maldición, tenemos que intentarlo...».

Atrajo a Jannika hacia sí.

# CASANDRA

C. J. Cherryh

*Ésta es la tercera escritora de este volumen. Tal vez no lo vean muy claro a causa de las iniciales, pero las mismas significan Carolyn Janice.*

*En realidad, no apruebo el uso de iniciales como identificación. Por un lado, enmascaran el sexo. Lo cual puede ser considerado como una señal de indiferencia. Al fin y al cabo, ¿importa mucho que un escritor sea él o ella, y que tenga el cabello castaño o negro? No, por supuesto que no. Sin embargo, ¿y si uno recibe una carta de A. B. Smith y debe contestarla? ¿Hay que dirigirla a señor, señora, señorita, o a doctor, doctora, profesor o profesora...?*

*Creo que es un asunto de cortesía, si el nombre es ambiguo, bien por el uso de las iniciales, bien por tener un nombre propio epiceno (que sirve para los dos sexos) que se indique cómo debe uno dirigirse a tal persona.*

*En realidad, yo ya lo he decidido. A partir de ahora, desde este mismo momento, si recibo una carta de A. B. Smith, o de Leslie Smith, le contestaré con un «Querido Smith».*

*Sí, mi esposa firmó sus primeros libros con su nombre de soltera, con iniciales, de modo que la autora era J. O. Jeppson. Sin embargo, existía un motivo para eso. Se escondía de esa manera porque no deseaba que nadie supiese que se trataba de la esposa de Isaac Asimov, afín de que nadie le acusara de nepotismo o de utilizarme para promocionarla en su carrera. (La gente, desde luego, lo descubrió, y en sus últimos libros ya aparece como Janet Asimov.)*

*El uso del nombre Cherryh es, por otra parte, un toque de genio. El verdadero nombre de Carolyn es Carolyn Janice Cherry, pero ella añadió una H como una especie de miniseudónimo.*

*Esto es excelente, porque virtualmente garantiza el reconocimiento del nombre. Una ojeada a la autora y uno dirá: «¿H? ¿Cómo diantre hay una H aquí? ¿Cómo se pronuncia este apellido, si no es Cherry?»*

*Es posible que esto le indigne a uno y le ponga colorado, y murmure para su capote: «Una escritora idiota»; pero lo importante es que ese apellido no se olvidará jamás. La próxima vez que el lector lo vea, dirá: «Vaya, ya está aquí otra vez la H». Y si lee el libro y le gusta, el mismo lector decidirá que esa H no está mal y que la autora que la usa es excelente. Luego, empezará a buscar sus relatos y siempre los reconocerá porque no es posible olvidar a un autor o autora con un apellido tan especial. Dentro de poco, Cherryh será un apellido mundialmente conocido.*

*Lo sé porque me ocurrió a mí. Mi nombre, Asimov, es una palabra extraña y graciosa, incluso en el sonido, hasta que uno se acostumbra a ella. La gente que lo vio en la página de una revista, se daba de codazos entre sí:*

*—¿.Como crees que se pronuncia, Joe? —Dios santo, Hill, nunca vi nada igual.*

*—¿Supones que es un apellido ruso, Joe?*

*—Ese apellido podría ser de cualquier país.*

*Les intrigaba y cuando terminaron la discusión, no quedaba mas que el apellido, pero eso bastaba, porque ya nunca lo olvidaron.*

*Por supuesto, yo no sabía que mi apellido resultara tan divertido. Siempre me figure que era noble y patricio, como una herencia real.*

Incendios.

Se reproducían de forma incontenible.

Alis tanteó en busca de la puerta del piso y, al momento, supo que sería sólida. Podía sentir el metal frío del porno entre las llamas... Vio la escalera en penumbra a través del

sulfuroso humo exterior, con la bastante claridad como para tantear su camino, bajando por ella, convenciendo a sus sentidos de que los escalones soportarían su peso.

Loca Alis. No se apresuró. Las llamas estallaban continuamente. Paso a través de ellas, descendió insustancial la escalera hasta el suelo sólido; no podía soportar el ascensor, ese espacio cerrado que caía y caía a plomo; llegó a la planta baja, apartando los ojos de las llamas rojas, sin calor.

Un fantasma le dijo buenos días..., el viejo Willis, delgado y transparente contra las llamas que subían de repente. Ella parpadeo, hizo una tentativa de devolverle los buenos días y no se le paso por alto la sacudida de cabeza del viejo Willis cuando abrió la puerta y se marchó. Frente a ella pasó el trafico del mediodía, sin prestar la menor atención a las llamas, ni a las moles que resplandecían en la calle, ni a los ladrillos que se desmoronaban.

El apartamento se derrumbó..., ladrillos negros que caían en el infierno. Aquel infierno en medio de los verdes y fantasmagóricos árboles. El viejo Willis huyó, entre llamas, cayó —se volvió carne retorcida y ennegrecida— y murió, diariamente. Alis ya no gritaba y era difícil que se acobardara. Ignoró todo el horror que la rodeaba y se abrió paso a través de los ladrillos derrumbados que no contenían sustancia, y paso junto a atareados fantasmas a quienes no se podía molestar en su prisa.

El Café de Kingsley estaba entero, más que el resto. Era un refugio para la tarde, una sensación de seguridad. Empujó la puerta, la abrió, y escuchó el tintineo de una campanilla perdida. Los clientes, en la penumbra, susurraron:

—«La loca Alis».

Los susurros la molestaban. Evitaba sus ojos y su presencia; se sentó en un taburete, en el rincón en el que sólo quedaban vestigios del incendio.

GUERRA, decía el titular con negros caracteres. Se estremeció y levantó la mirada hacia Sam Kingsley y su rostro de fantasma.

—Café —dijo ella—. Y un bocadillo de jamón.

Siempre era lo mismo. Ni siquiera variaba la forma de pedirlo. «La loca Alis». Su aflicción la mantenía. Un cheque le llegaba cada mes, desde que la dejaron salir del hospital. Regresaba cada semana a la clínica, a los doctores que ahora se desvanecían como los otros. El edificio ardía alrededor de ellos. El humo bajaba hacia los antisépticos vestíbulos azules. La semana anterior, un paciente echó a correr... ardiendo.

Un tintineo de porcelana. Sam dejó el café sobre la mesa y regresó poco después con el bocadillo. Ella inclinó la cabeza y comió, alimento transparente sobre porcelana medio rota, una taza astillada, sucia por el humo, con un mango transparente. Comió, pues sentía el hambre suficiente como para superar el horror que ya se había convertido en algo tan habitual. Lo había visto cien veces, y las imágenes más terribles iban perdiendo su poder sobre ella: ya no gritaba a las sombras. Hablaba con los fantasmas y los tocaba, se tomaba la comida que, de algún modo, calmaba el dolor de su hambriento estómago, y llevaba el mismo jersey negro, demasiado largo, y la misma camisa azul y los mismos pantalones grises porque era todo lo que tenía que le pareciera sólido. Los lavaba por la noche, los ponía a secar y se los vestía al día siguiente, dejando que toda la demás ropa permaneciera colgada en el armario. Eso era lo único sólido que tenía.

No les contaba esas cosas a los médicos. Una vida entera entrando y saliendo de los hospitales había hecho que se mostrara muy cautelosa con la confianza. Sabía lo que debía decir. Su semivisión la hizo sonreír hacia los rostros de los fantasmas que manipulaban sus cartas, sentados sobre las ruinas que habían empezado a apagarse a últimas horas de la tarde. En el vestíbulo había un cuerpo ennegrecido. No se acobardó cuando sonrió al médico con aire bonachón.

Le dieron las medicinas. Estas detenían los sueños, los aullidos de las sirenas, los pasos que corrían en la noche por delante de su apartamento. La permitían dormir en su cama fantasmal, muy por encima de las ruinas, con las llamas que crujían y voces que gritaban.

Ella no hablaba de esas cosas. Los años pasados en los hospitales le habían enseñado. Sólo se quejaba de pesadillas y de insomnio, y ellos le permitían tomar de aquellas pastillas rojas.

GUERRA, proclamaba el titular.

La taza tintineó y tembló contra la cafetera cuando ella la levantó. Se tragó el último bocado de pan y lo hizo bajar con un sorbo de café, tratando de no mirar más allá de la rota ventana que daba a la calle, hacia donde las retorcidas moles de metal humeaban. Se quedó como hacia cada día, y Sam, de mala gana, volvió a llenarle la taza que ella mantendría todo el tiempo que pudiera para después pedir otra. La levantó, saboreando la sensación, deteniendo el temblor de sus manos.

La campanilla sonó débilmente. Un hombre cerró la puerta y se instaló en la barra.

Entero, de ojos claros. Ella se le quedó mirando con fijeza, asombrada, mientras el corazón le latía con fuerza. El hombre pidió café, se movió para coger un periódico del montón expuesto a la venta, volvió a sentarse y dejó que el café se le enfriara mientras leía las noticias. Ella solo había visto su espalda mientras lo hacía: chaqueta de cuero marrón, cabello moreno, un poco por encima de su cuello. Finalmente, se bebió el café ya frío, de un solo trago, dejó dinero sobre el mostrador y se marchó, abandonando el periódico, con los titulares vueltos hacia abajo.

Un rostro joven, carne y huesos entre los fantasmas. Ellos ignoró a todos y se dirigió a la puerta.

Alis se bajó rápidamente de su taburete.

—¡Eh! —gritó Sam tras ella.

Rebuscó en su bolso mientras la campanilla tintineaba y dejó un billete sobre el mostrador, sin importarle que fuera de cinco. El temor se expresó en el rictus de su boca; él se había marchado. Salió corriendo del café, rodeó los cascotes sin pensárselo y vio la espalda del hombre, que desaparecía entre los fantasmas.

Corrió, tropezando con ellos, enfrentándose valientemente a las llamas; gritó mientras los cascotes se desmoronaban sobre ella sin producirle dolor, y siguió corriendo.

Los fantasmas se volvieron y la miraron, con fijeza, asombrados; él hizo lo mismo y ella corrió a su lado, asombrada de ver la misma perplejidad en su rostro al contemplarla.

—¿Que ocurre? —preguntó él.

Ella parpadeó, aturdida al darse cuenta de que él no la veía de un modo diferente a como la veían los otros. No pudo contestar. Con irritación, el hombre comenzó a caminar de nuevo, y ella le siguió. Las lágrimas se deslizaron por su rostro y su respiración pareció apretarle la garganta. La gente la miraba. El hombre se dio cuenta de su presencia y caminó aún más de prisa, a través de los cascotes, a través de los incendios. Un muro comenzó a caer y ella comenzó a gritar, incluso a pesar de sí misma.

El hombre saltó. El polvo y el hollín se elevaron como una nube detrás de él. Tenía una expresión de tensión y cólera en el rostro. La miró fijamente, como hicieron todos los otros. Las madres alejaron a sus hijos del lugar. Un grupo de jóvenes no dejaba de mirarla, con una expresión fría en los ojos, sonrientes.

—Espere —pidió ella.

El hombre abrió la boca como para maldecirla; pero ella no se acobardó y las lágrimas se enfriaron bajo el viento sin calor procedente de los incendios. El rostro del hombre se retorció, con una piedad embarazosa. Se llevó una mano al bolsillo y empezó a sacar dinero, apresuradamente, y trató de dárselo. Ella sacudió la cabeza, furiosa, mientras trataba de detener las lágrimas; miró hacia arriba, reuniendo todo su valor, cuando otro edificio empezó a incendiarse.

—¿Le ocurre algo? —le preguntó él—. ¿Le sucede algo malo?

—Por favor —rogó ella.

El hombre miró a su alrededor, hacia los fantasmas que les contemplaban, y después comenzó a caminar despacio. Ella se puso a su lado, al tiempo que trataba de mantener la serenidad, de no ponerse a llorar ante las ruinas, ante las pálidas figuras que

deambulaban por entre edificios derrumbados y quemados, ante los cuerpos retorcidos tumbados en la calle, por donde circulaba el tráfico rodado,

—¿Cómo se llama? —pregunto él.

Y ella se lo dijo. El hombre la miraba de vez en cuando con el ceño permanentemente fruncido, mientras caminaban. Tenía un rostro bien curtido para su juventud, una diminuta cicatriz junto a la boca. Parecía mayor que ella. Se sintió incómoda por la forma en que él la miró, de arriba abajo; pero decidió aceptarlo, soportar cualquier cosa que le proporcionara esa única presencia sólida. Frente a cada inclinación, ella introducía su mano por el hueco del brazo masculino, apretando los dedos sobre el cuero gastado. El lo aceptó.

Y, al cabo de un rato, deslizó su brazo por detrás de ella, la rodeó por la cintura, y caminaron así, como amantes.

GUERRA, gritaban los titulares de los periódicos del puesto. El empezó a doblar por una calle, junto a la tienda de Tenn. Ella grito ante lo que vio allí. El hombre se detuvo al notarlo y se colocó frente a ella, de espaldas a los fuegos de aquel incendio.

—No vaya —dijo ella.

—¿Adónde quiere ir? —pregunto él.

Ella, impotente, se encogió de hombros y terminó por indicar la calle principal, en la otra dirección.

Entonces, él le habló como si se dirigiera a una niña, y tratara de alejar su temor con bromas. Era un rasgo de piedad. Algunos la trataban de ese modo. Ella lo reconoció, e incluso lo admitió sin protestar.

Se llamaba Jim. Había llegado a la ciudad el día anterior. Buscaba trabajo. No conocía a nadie en la ciudad. Alis escuchó su confusa torpeza, leyendo a través de ella. Cuando hubo terminado, le miró fijamente, quieta, y vio cómo su rostro se contraía de consternación.

—No estoy loca —dijo.

Lo cual era una mentira de la que todo el mundo en Sudbury se habría dado cuenta.

Pero él no lo sabía, porque no conocía a nadie. La expresión de su rostro era real y sólida, y la pequeña cicatriz de la boca le daba un aspecto duro cuando se quedaba pensativo; en cualquier otro momento, ella se habría sentido aterrorizada ante él. Ahora sentía terror ante el simple pensamiento de perderle entre los fantasmas.

—Es la guerra —dijo él.

Ella asintió con un gesto, tratando de mirar hacia él y no los incendios. Los dedos del hombre tocaron su brazo, con suavidad.

—Es la guerra —volvió a decir—. Todo es una locura. Todos se han vuelto locos.

Y, entonces, le puso la mano en el hombro y la hizo girar hacia el otro lado, hacia el parque, donde las hojas verdes se ondulaban sobre las ennegrecidas y esqueléticas ramas. Caminaron a lo largo del lago y, por primera vez en mucho tiempo, ella respiró a gusto y sintió una presencia completa y sana junto a sí.

Compraron palomitas de maíz y se sentaron sobre la hierba, junto al lago, y lanzaron el maíz hacia los espectrales cisnes. Fueron pocos los fantasmas que pasaron junto a ellos, sólo los suficientes para tener una sensación de ocupación del lugar; gente anciana en su mayor parte, tambaleándose con la deliberada tranquilidad de su rutina, a pesar de los titulares.

—¿Los ve, todos delgados y grises? —se aventuró a preguntar ella.

El no comprendió, no la entendió bien, y se limitó a encogerse de hombros. Débilmente, ella abandonó la cuestión. Se levantó y miró hacia el horizonte, donde el viento se llevaba el humo.

—¿Quiere cenar? —preguntó Jim. Alis se volvió, preparada para eso, y se las arregló para esbozar una sonrisa tímida, desesperada.

—Sí —contestó, a sabiendas de lo que él esperaba comprar con eso, queriendo y

odiándose a si misma y con un temor desesperado de que él se alejara caminando, esa noche, al día siguiente...

No conocía a los hombres. No tenía la menor idea de lo que podría decir o hacer para impedir que se marchara, sólo sabía que ello haría algún día, cuando se diera cuenta de su locura.

Ni siquiera sus padres habían sido capaces de soportar aquello; al principio, sólo la visitaron en los hospitales; después, dos días de fiesta y, finalmente, dejaron de ir. No sabía dónde se encontraban.

Hubo una vez un muchacho vecino que se ahogó. Ella había predicho que se ahogaría. Lo había gritado ante todos. Y toda la ciudad comentó que ella había sido quien le empujó al agua,

«La loca Alis».

Fantasea, dijeron los médicos. Nada peligroso.

La dejaron salir. Había escuelas especiales, escuelas del Estado.

Y de vez en cuando: hospitales.

Tranquilizantes.

Se había dejado las pastillas rojas en casa. El darse cuenta hizo que brotaran gotitas de sudor en las palmas de sus manos. Las pastillas le permitían dormir, Detenían los sueños. Apretó los labios contra el pánico y decidió que esa vez no las necesitaría..., no mientras no estuviera sola. Deslizó su mano por el brazo de él y caminó a su lado, segura y extraña a la vez, subiendo la escalera que daba del parque a las calles.

Y se de tuvo.

Los incendios se habían apagado.

Los edificios fantasmales se elevaban por encima de sus cascarones dentados y sin ventanas. Los fantasmas se movían sobre masas de cascotes, casi oscurecidos a veces. Él tiró de ella, pero su paso vaciló y eso hizo que la mirara de un modo extraño y que la rodeara con su brazo.

—Estás temblando —dijo él—. ¿Tienes frío?

Sacudió la cabeza, e intentó sonreír. Los incendios se habían apagado. Trató de considerarlo como una buena señal. La pesadilla había pasado. Levantó la mirada hacia el rostro sólido y preocupado del hombre y su sonrisa casi se convirtió en una risa desatada.

—Tengo hambre —dijo ella.

Se entretuvieron con la cena en el restaurante de Graben; él, con su chaqueta gastada; ella, con su jersey holgado, que le colgaba por la cintura y por los codos; los espectrales clientes llevaban ropas mucho mejores y les miraban continuamente, y ellos estaban sentados en un rincón, en el lugar más cercano de la puerta, donde fueran menos visibles. Había cristal rajado y porcelana rota sobre mesas insustanciales, y las estrellas parpadeaban fríamente por entre las abiertas ruinas, por encima del brillo macilento de los candelabros rotos.

Ruinas, frías y pacíficas ruinas.

Alis miró a su alrededor, con tranquilidad. Una podía vivir entre las ruinas sólo cuando los incendios habían desaparecido.

Y estaba Jim, que le sonreía sin ningún matiz de piedad, sólo con una tensa desesperación que ella comprendió. Jim, que se gastó más de lo que podía en el restaurante de Graben, cuyo interior ella nunca había confiado ver, y que le dijo que era muy hermosa. Otros se lo habían dicho. De una forma vaga, no le agradó que él le dijera aquella vulgaridad, precisamente él, en quien había decidido confiar. Sonrió con expresión triste cuando él lo dijo y expresó la sonrisa frunciendo el ceño, temerosa de ofenderle con su melancolía. Por eso volvió a sonreír.

«La loca Alis». El se enteraría y se marcharía esta misma noche si no llevaba cuidado. Trató de dar un poco de alegría a la velada, intentó reír.

En ese momento, la música se detuvo en el restaurante y el ruido de los otros comensales desapareció: el director anunciaba algo de locos.

«Refugios..., refugios..., refugios...»

Hubo gritos. Las sillas rodaron por el suelo.

Alis se quedó flaccida en su asiento, sintió la fría y sólida mano de Jim que tironeaba de ella, vio su rostro asustado pronunciando su nombre mientras la cogía en sus brazos, atrayéndola hacia sí, y echaba a correr.

Se sintió golpeada por el frío aire del exterior; conmocionada al ver de nuevo las ruinas, las fantasmagóricas figuras que corrían hacia aquel caos donde peores eran los incendios.

Y ella lo sabía. —¡No! —grito, al tiempo que tiraba del brazo de él—. ¡No! —insistió. Y los cuerpos, medio vistos, tropezaron con ellos, en un afán de destrucción. El se dejó llevar por su repentina seguridad, la agarro de la mano y retrocedieron de nuevo, frente a la multitud, mientras las sirenas sonaban como locas a través de la noche, y huyo con ella, dejándose dirigir por entre la escena de ruinas que ella había visto ya, y entraron en el local de Kingsley, donde las mesa de café aparecían abandonadas, todavía con la comida caliente sobre ellas, las puerta de par en par, las sillas por el suelo. Se metieron en la cocina y bajaron, bajaron hacia el sótano, hacia la oscuridad, hacia la fría seguridad, huyendo de las llamas.

Nadie les encontró allí. Finalmente, la tierra se estremeció, a demasiada profundidad como para sonar. Las sirenas dejaron de aullar y no volvieron a oírlos.

Permanecieron en la oscuridad, apretados el uno contra el otro, estremecidos, y por encima de ellos, durante horas, el rugido del fuego. A veces, el humo penetraba hasta allí, y les picaba en los ojos y en la nariz. Escucharon el sonido distante del derrumbamiento de ladrillos, de muros que estremecieron el suelo al caer, todo ello muy cerca, pero sin llegar a afectar a su refugio.

Y por la mañana, con el olor del fuego todavía en el aire, salieron a la turbia luz del día.

Las ruinas estaban tranquilas y en silencio. Las fantasmales edificios eran ahora sólidos, completamente derrumbados. Los fantasmas habían desaparecido. Eran los incendios mismos los que resultaban extraños, algunos eran ciertos, otros no, oscilando sobre ladrillos oscuros, fríos. La mayor parte de ellos se estaban desvaneciendo.

Jim lanzó un juramento, con suavidad, una y otra vez, y lloró.

Cuando ella le miro sus propios ojos estaban secos, porque ella ya había llorado por todo aquello.

Y escuchó, mientras él comenzó a hablar de comida, de abandonar la ciudad, ellos dos.

—Está bien —aceptó ella.

Después, apretó los labios, y cerró los ojos a lo que vio en el rostro de él. Cuando volvió a abrirlos, seguía siendo cierto. Aquella repentina transparencia, la estela de sangre. Ella tembló y ella sacudió, con una expresión de tensión en su rostro de fantasma.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. ¿Qué pasa?

Ella no pudo decírselo, no se lo diría. Recordaba al muchacho que se había ahogado, recordaba a los otros fantasmas. De repente, se desprendió de su mano y echo a correr, sorteando el laberinto de cascotes, que ahora eran sólidos.

—¡Alis! —la llamó él, y echó a correr tras ella.

—¡No! —gritó ella de repente, y se volvió para ver la pared inestable, la cascada de ladrillos que se desmoronaba.

Ella trató de volverse, pero se detuvo, incapaz de obligarse a sí misma. Extendió las manos hacia adelante, para advertirle que retrocediera, y le vio sólido.

Los ladrillos cayeron con estrépito. El polvo se levantó del suelo, denso por un momento, oscureciéndolo todo.

Ella permaneció quieta, con las manos en los costados; después se limpió las lágrimas

del rostro, se volvió y comenzó a caminar, manteniéndose en el centro de las calles muertas.

Por encima de su cabeza, las nubes se fueron acumulando, repletas de lluvia.

Deambuló de un lado a otro, en paz, viendo cómo la lluvia manchaba el pavimento, sin llegar a sentirla todavía.

Poco después, la lluvia empezó a caer con fuerza y las ruinas se convirtieron en algo frío. Visitó el lago muerto y los árboles quemados, las ruinas del restaurante de Graben, de entre las cuales recogió un collar de cristal, que se puso.

Sonrió cuando, un día después, un saqueador le quitó sus provisiones de comida. El hombre tenía una mirada de fantasma y ella se echó a reír desde un lugar al que él no se atrevió a subir y se lo dijo así.

Y recuperó sus víveres más tarde, cuando aquello se hizo realidad, y se instaló entre las ruinas que ya no representaban amenaza alguna, ahora sin pesadilla alguna, con su collar de cristal y con mañanas que serían lo mismo que hoy.

Una podía vivir en las ruinas, ahora que los incendios habían desaparecido.

Y todos los fantasmas estaban en el pasado, invisibles.

**FIN**